



DIANE
CHAMBERLAIN


*El faro del
recuerdo*

Lectulandia

La fuerte personalidad de Annie O'Neill la hacía aparecer ante los habitantes de Outer Banks como un modelo de humanidad y perfección y aún después de su trágica muerte continúa marcando la vida de los que la conocieron, especialmente la de su marido Alec, la de su amante Paul y la de la esposa de éste, Olivia. Pero la verdad sobre la auténtica Annie sólo la puede desvelar Mary Poor, la antigua vigilante del faro del río Kiss, entre cuyos muros se forjó un oscuro secreto de pasión y engaño.

Lectulandia

Diane Chamberlain

El faro del recuerdo

ePub r1.0

Titivillus 18.11.2018

Título original: *Keeper of the Light*

Diane Chamberlain, 1992

Traducción: Ana Silvia Mazía

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.0



más libros en lectulandia.com

Agradecimientos

Pido disculpas a los habitantes de Outer Banks por las libertades que me he tomado con respecto a la geografía de esa ciudad con el objeto de incluir Río Kiss y su faro. Río Kiss, el faro y la gente que lo venera son elementos de ficción.

Estoy en deuda con Cher Johnson, Mary Kirk, Suzanne Schmidt, Laura y Pete Schmitz y mi hermana, Joann Churchill, por haber leído los borradores de *El faro del recuerdo* con entusiasmo y perspicacia.

El veterinario Holly Gill, la doctora Martha Gramlich del servicio de Urgencias; la enfermera Betsy McCarthy de Outer Banks; el artista Chris Haltigan; Jimmy Powers, artesano del vidrio esmaltado; los amantes de los faros David Fischetti, Hugh Morton y John Wilson; y Warren Wrenn, guardabosques del Parque Nacional, compartieron todos ellos conmigo su experiencia y soportaron con gallardía mis inagotables preguntas. También *The Keeper Log* que edita quincenalmente la Sociedad Estadounidense de Faros, resultó una estimable fuente de inspiración.

Expreso mi agradecimiento a Peter Porosky por ayudarme a formar un criterio, a mi agente, Adele Leone, por indicarme mi lugar, y a mi editora, Karen Solem, por su fe, su paciencia y su sabiduría.

Y a Richard, por veinte años muy especiales.

Capítulo 1

Navidad de 1990

Había llovido durante todo el día. El agua caía con tanta fuerza que los arbustos alrededor del Servicio de Urgencias se desparramaban sobre el terreno y se había formado una gotera en el tejado nuevo. Una de las enfermeras colocó un cubo y al cabo de una hora se había llenado hasta el borde.

Olivia Simon miraba caer el agua a través del amplio ventanal de su consultorio. No la dejaba concentrarse: el diario estaba abierto sobre el escritorio por la misma página desde hacía horas. Había algo de sobrenatural en esa lluvia. Absorbía el oxígeno del aire, dificultaba la respiración y resonaba en la cabeza de la doctora como un ruido de canicas rodando sobre hojalata. En el mismo momento en que creyó no poder soportarla más, la lluvia cesó. En medio del silencio, Olivia contempló el cielo que se tornaba claro y brillante como el interior de una cáscara de huevo. Y de pronto comenzó a nevar.

Olivia fue hasta la recepción, donde Kathy Brash y Lynn Wilkes habían estado jugando a las cartas durante ese último par de horas de quietud total.

—Está nevando —dijo Olivia.

La miraron con ojos velados por el efecto hipnótico de la lluvia y volvieron las cabezas hacia la ventana.

—Parece irreal.

Lynn se puso de pie para ver mejor y su bata blanca hizo caer algunas cartas de la mesa.

—Se está convirtiendo en una tradición anual en Outer Banks —dijo Kathy—. La Navidad pasada casi quedamos sepultados por la nieve.

Olivia miró su reloj. Las cinco y media. Esa noche no podía quedar aislada allí.

Lynn volvió a sentarse.

—¿Quieres jugar, Olivia?

Olivia rehusó y volvió al consultorio. Esa noche no podía unirse a ellas. Estaba demasiado ansiosa y preocupada.

Se sentó al escritorio y marcó el número de su casa.

—Está nevando —dijo, cuando Paul contestó la llamada.

—Sí, lo sé. —Parecía irritado. La doctora estaba acostumbrándose al tono seco con que su marido se dirigía a ella últimamente—. ¿A qué hora sales?

—Enseguida, dentro de media hora.

Ese día no tenía más alternativa que trabajar. Olivia se contaba, en cuanto al personal médico, entre los de menor antigüedad. Deseó poder decirle a Paul que había valido la pena ir a trabajar ese día y permanecer separados aunque — ¡Dios lo sabía!— necesitaban estar juntos. Pero en el transcurso de once largas horas sólo había atendido una rodilla herida y una «grave» indigestión de pavo. En jornadas así, la doctora echaba en falta el caos del Hospital General de Washington donde había trabajado los diez últimos años; allí, su antigüedad le permitía cierto control sobre el horario de trabajo. Ahora la asustaba estar separada de Paul. Cuando no estaba bastante cerca como para tocarlo, temía que desapareciera.

Habían pasado la Navidad anterior en Filadelfia con la familia de Paul. Él había escrito un poema referido a ella y lo había enmarcado. Estaba colgado en el estudio y cada vez que lo miraba, Olivia se preguntaba por qué había mermado, en el transcurso de un año nada más, la calidez que Paul sentía por ella.

—El pavo está quemándose. ¿Lo saco del horno? —preguntó el hombre.

Olivia iba a contestar cuando sonó la radio de la policía en el vestíbulo.

—Espera, Paul.

Sostuvo el auricular lejos del oído y escuchó a Kathy, que atendía la llamada.

—Servicio de Urgencias de Kill Devil Hills —dijo Kathy.

—Se trata de un herido con una bala en el pecho. —Una voz masculina se abrió paso a través de las ondas—. Una mujer de unos treinta y cinco años. Pulso débil, 50, tensión sanguínea 7,5/4.

—¿Cuánto tiempo tardarán en llegar? —preguntó Kathy.

—Quince minutos, quizá veinte. La nevada es terrible.

Olivia se puso de pie.

—Paul, tengo que colgar.

Cortó la llamada y corrió hacia la sala de curas.

—Llama a Jonathan —ordenó a Kathy al pasar.

Jonathan Cramer no era precisamente un profesional con el que Olivia trabajara demasiado a gusto, pero estaba de guardia esa noche y vivía cerca. Podía llegar en cuestión de segundos.

Cuando llegó Jonathan, Olivia estaba lavándose las manos en la sala de curas.

—Así que herida de bala, ¿eh? —dijo el médico mientras se remangaba los carnosos antebrazos—. Estabilizaremos las constantes y la enviaremos a Emerson.

Olivia se volvió desde la pantalla de electrocardiogramas.

—Tendríamos que verla.

—Necesitará un quirófano.

Ella comenzó a preparar la bandeja de sondas. Anteriormente, Jonathan había trabajado en un tranquilo hospital de Luisiana. Seguramente no tenía mucha experiencia en heridas de bala. Ejercía en Outer Banks desde hacía poco más de un año y era el primer médico contratado para trabajar en el nuevo Servicio de Urgencias gratuito, el único centro de asistencia de Outer Banks, en Carolina del Norte. A Olivia le habían asegurado que ella estaba al mismo nivel y que tenía la misma autoridad para tomar decisiones. Sin embargo, a veces se preguntaba si alguien se habría molestado en comunicarle ese pormenor a Jonathan.

—Primero, veámosla —dijo Olivia.

En el momento en que los dos sanitarios introdujeron la camilla, la sala de curas ya estaba preparada. A la accidentada le habían cortado la camisa y la ropa interior. Sorprendentemente, el orificio de bala en el pecho izquierdo era pequeño y no sangraba. Y eso significaba, sin lugar a dudas, que el proyectil se había alojado en el corazón. Olivia sintió que la inundaba una oleada de adrenalina. La única posibilidad era la cirugía y no había tiempo que perder.

—Trae la bandeja de cirugía —ordenó a Kathy.

—¿Qué? —Jonathan estaba ayudando a uno de los sanitarios a inflar los pantalones de protección sobre las piernas de la mujer—. Ni lo sueñes, Olivia. Saquémosla de aquí y enviémosla a Emerson.

—Tráeme dos unidades de O negativo —ordenó la doctora Simon a Lynn, mientras controlaba las constantes vitales de la mujer.

A causa de la nieve, el helicóptero tardaría cuarenta minutos en llegar a Emerson, o tal vez más, mientras que aquí, quizás en quince minutos podrían prepararla para el quirófano.

—No lo soportaría —respondió la doctora.

Kathy trajo la bandeja de cirugía. Los instrumentos tintinearón entre sus manos temblorosas. Se había recogido el cabello oscuro y Olivia deseó haber hecho lo mismo. El suave cabello castaño le llegaba casi a los hombros y cada vez que inclinaba la cabeza, se deslizaba sobre su cara como una cortina.

—No lo dirás en serio —replicó Jonathan—. No estamos preparados para esto.

—Cinco y tres —dijo Lynn—. No encuentro el pulso radial.

—Abre bien el paso del suero. Jonathan, por favor, y haz el corte —pidió Olivia—. Esta mujer necesita una transfusión urgente.

—Olivia, esto no es el maldito distrito de Columbia. Esta mujer necesita un quirófano.

—Echa una pastilla de bicarbonato —le dijo la doctora Simon a Lynn— y epinefrina, y adminístrale esa transfusión. —Se volvió hacia Jonathan—. Mira, podemos enviarla a Emerson, pero tú y yo sabemos que moriría en el camino. Tal vez operarla aquí no sea lo mejor, pero es la única posibilidad que tiene. —Se

volvió nuevamente hacia la mesa e hizo el corte ella misma, deslizando el bisturí en la vena azul de la ingle de la mujer. Cogió la larga aguja de sondaje.

—Puedo hacerlo yo misma. —Kathy sacó la aguja y la colocó en la vena de la enferma. Ya no le temblaban las manos y Olivia se asombró de la rapidez con que había recuperado el control.

Jonathan la miró ceñudo.

—Yo no voy a participar en esto. Voy a llamar al helicóptero.

Giró y salió de la sala.

Atónita, Olivia lo miró cuando se iba.

—No puedo creerlo.

Se dirigió a uno de los enfermeros.

—Llame al doctor Shelley —le ordenó—. Dígale que venga de inmediato.

Comenzó a aplicar desinfectante por el pecho y el costado de la mujer. Luego metió las manos en los guantes esterilizados que le tendía Lynn.

—Quizá debiéramos enviarla a Emerson —dijo suavemente Lynn.

La transpiración le brillaba en la frente.

—Lynn, lo haremos lo mejor que podamos.

Olivia cogió otro bisturí de la bandeja y percibió el temblor de sus propias manos. De pronto, tuvo conciencia de que era el único médico presente. «Tranquila, vamos, tranquila.» Apoyó el bisturí contra las costillas de la mujer y sintió que se concentraba por entero en el trabajo. Perforó más. No había sangre. Cortó más hondo abriendo las capas de músculo hasta que llegó a la cavidad del corazón. De pronto, por el hueco que la doctora había abierto brotó la sangre. Se derramó sobre el frente de su bata y cayó al suelo, y el enfermero que estaba a su lado soltó un gemido.

—No hay tensión sanguínea —dijo Lynn— y tampoco pulso.

Olivia miró la línea continua en la pantalla, detrás de la cabeza de la paciente. Sintió que la transpiración le bañaba la frente. Se le moría. Tenía que ensanchar la incisión. Miró la bandeja de instrumentos.

—¿No hay separador de costillas?

Kathy negó con la cabeza.

Claro, no contaban con separador de costillas. Olivia volvió a apoyar el bisturí y atravesó la quinta costilla de la mujer. Cuando la herida se ensanchó lo suficiente, metió la mano dentro. Con cuidado, rodeó el corazón con los dedos y deslizó el pulgar por la superficie, buscando el orificio de la bala. Lo encontró enseguida: una pequeña elevación sobre la superficie lisa del corazón; dejó el dedo sobre el orificio para detener el flujo de sangre. Luego encontró el agujero de salida en la parte de atrás del corazón. Lo tapó con el dedo medio y sintió el latido en la palma de su mano. Cuando una exclamación de alegría llenó la sala, miró la pantalla.

—¡Ha recuperado el pulso! —exclamó Kathy.

Olivia sonrió y suspiró de alivio. Ahora no podían hacer otra cosa que esperar la llegada de Mike Shelley, el director del Servicio de Urgencias. No sabía cuánto tiempo podría soportar en esa posición. Era dolorosamente forzada. Estaba casi encorvada, con la columna torcida para mantener la mano sobre el corazón. Si movía los dedos, la mujer moriría, era así de simple. Empezaron a dolerle la cabeza y los músculos de las piernas.

Oyó el ruido del helicóptero que se acercaba y el choque familiar cuando aterrizó sobre el techo. Rogó que llegaran a tiempo, que pudieran restañar el corazón de la mujer y estabilizarla lo suficiente para que pudiera desplazarse.

Miró por primera vez la cara de la mujer. La piel era blanca y pecosa. No usaba maquillaje. El cabello rojizo, largo y espeso, caía por el borde de la mesa de operaciones en una masa de tirabuzones. Parecía la imagen de un anuncio de champú.

—¿Qué ocurrió? —Alzó los ojos hacia el más joven de los sanitarios y trató de olvidar su propia incomodidad.

La cara del enfermero estaba tan blanca como la de la paciente y tenía muy abiertos los ojos castaños.

—Era voluntaria en el Servicio de Acogida a Mujeres Maltratadas, en Manteo —le respondió el muchacho—. Irrumpió un tipo, amenazó a una mujer y a su hijo y esta señora se interpuso en su camino.

El Servicio de Acogida a Mujeres Maltratadas. Olivia sintió un espasmo de dolor en el pecho. Le costó esfuerzo hacer la siguiente pregunta.

—¿Alguien conoce su nombre?

—Annie no sé cuántos —contestó el enfermero—. O'Brien, o algo así.

—O'Neill —murmuró Olivia en tono tan bajo que nadie la oyó.

Recorrió con la mirada el cuerpo que tenía delante: la piel clara, los pechos pecosos, la suave curva de la cintura. Cerró los ojos. El hombro le ardía; tenía las yemas de los dedos entumecidas. Ya no estaba segura de que siguieran en el sitio exacto. Alzó los ojos y miró la pantalla. Si los dedos se desplazaban de allí, lo sabría de inmediato.

Había pasado sólo un mes desde que Paul había realizado aquella entrevista para la revista *Seascope*. Recordaba las fotos de los *vitraux* del estudio de Annie O'Neill. Las mujeres con vestidos de seda, la elegante garza azul, el atardecer en el estrecho... Después de aquella historia, Paul había cambiado. Todo había cambiado.

Llegó Mike Shelley y Olivia percibió el espanto de la escena en la expresión de sus ojos oscuros, pero se puso la bata y segundos después estaba junto a ella.

—¿Dónde está Jonathan? —preguntó.

—Él consideró que la paciente tenía que irse y yo, que debía quedarse. Entonces salió para llamar el helicóptero y aún no ha vuelto.

Mike enhebró la aguja curva con las manos enguantadas.

—Quizá tendríamos que haberla enviado al Emerson. —Lo dijo con mucha suavidad al oído de la doctora—. Ahora, la vida de esta mujer está en tus manos.

A Olivia le ardieron los ojos. ¿Había tomado una decisión equivocada? No, la mujer no habría sobrevivido al viaje. De ninguna manera.

Mike tuvo que trabajar alrededor de los dedos de Olivia. Si ella los movía siquiera un milímetro, de los orificios de la bala manaría la sangre. El dolor del hombro de Olivia se transformó en un fuego constante y el temblor de las piernas se difundió al resto de su cuerpo. No obstante, mantuvo la posición mientras Mike deslizaba un parche minúsculo bajo el pulgar de la doctora y lo cosía allí. Pero el orificio de salida no era tan fácil de cerrar. Era grande y casi imposible de alcanzar sin dañar el corazón.

Observó que las líneas de la frente de Mike se ahondaban mientras luchaba con la aguja.

—Por favor, Mike —musitó.

Por fin, el médico sacudió la cabeza. El parche no se sostenía y la sangre comenzó a filtrarse y luego brotó de la parte posterior del corazón. Olivia sintió el calor en los dedos y vio que la línea verde de la pantalla se estremecía y dilataba: la sensación de fracaso inundó la sala.

Durante un momento, nadie se movió ni habló. Olivia oía la respiración de Mike rápida y profunda, acompasada a la de ella. Se enderezó lentamente; el dolor en la espalda le hizo apretar los dientes. Miró a Kathy.

—¿Hay algún pariente aquí?

Kathy asintió.

—Sí, y hemos avisado a Kevin. Está con ellos en la sala de espera pequeña.

—Yo se lo diré —dijo Mike.

Olivia negó con la cabeza.

—Tengo que hacerlo yo. La he atendido desde el principio. —Se volvió y comenzó a caminar hacia la puerta.

—¡Eh! —Mike la cogió del brazo—. Es mejor que te cambies primero.

Se miró la bata empapada de sangre y sintió un agujijón de duda. No estaba pensando con claridad.

Se cambió en la antesala y luego se dirigió a la pequeña sala de espera. Por la ventana del pasillo vio los copos de nieve que danzaban en la oscuridad. Deseó poder salir unos instantes. Aún le ardían los músculos y detestaba la tarea que tenía por delante. Esperaba que Kevin Rickert, el asistente social, los hubiera preparado para lo que iban a oír.

Kevin pareció aliviado cuando la vio.

—Ésta es la doctora Simon —dijo.

Eran tres personas: una niña de alrededor de trece años, de asombroso parecido con la mujer que Olivia acababa de dejar en la mesa de operaciones, un muchacho un par de años mayor y un hombre, Alec O'Neill, el marido de Annie.

Tenía cabello oscuro, era alto, delgado y de porte atlético. Vestía vaqueros y un jersey azul y le tendió la mano vacilante, preguntando con la mirada lo que le deparaba el futuro.

Olivia le dio un rápido apretón de manos.

—Señor O'Neill —habló con lentitud—, lo siento mucho. El proyectil traspasó el corazón. Las heridas eran muy graves.

En los ojos del hombre todavía quedaba cierta esperanza. Siempre era así. Hasta que se pronunciaban claramente las palabras, hasta que se las masticaba, la esperanza perduraba. Pero el hijo comprendió. Parecía una versión joven del padre: el mismo cabello oscuro y los sorprendentes ojos claros bajo las cejas negras. El muchacho volvió la cara hacia la pared y se le estremecieron los hombros, pero no emitió ningún sonido.

—¿Comprende lo que ha dicho la doctora Simon? —preguntó Kevin.

El hombre miró fijamente a Olivia.

—¿Quiere decir que Annie ha muerto?

Olivia asintió.

—Lo siento. Luchamos una hora para salvarla, pero había...

—¡No! —La niña se arrojó contra Olivia y la tiró contra el brazo de madera de una silla. La golpeó con los puños cerrados, pero Kevin la rodeó con los brazos desde atrás para que no pudiera hacerle daño a la doctora—. ¡No es posible que haya muerto! —gritó la muchacha—. No había sangre.

Alec O'Neill sacó a la niña de los brazos de Kevin y la estrujó en un abrazo.

—¡Chsst, Lacey!

Olivia recuperó el equilibrio y apoyó una mano en la espalda de la muchacha. ¿Cómo sabía que no había sangre?

—Sangraba por dentro, tesoro —le dijo.

La niña apartó el brazo de Olivia.

—No me diga «tesoro».

Alec O'Neill acercó más a Lacey y la niña comenzó a llorar sobre el pecho del padre. Olivia miró a Kevin. Se sentía impotente.

—Me quedaré yo con ellos —dijo Kevin.

Olivia caminó hacia la puerta pero se volvió para mirar otra vez a la familia.

—Si tienen alguna pregunta que hacerme, por favor, llámenme.

Alec O'Neill la miró a través de la sala; Olivia permaneció inmóvil y absorbió el dolor de aquella mirada. Le había quitado algo y tenía que devolverle algo.

—Era muy guapa —dijo.

Jonathan y el piloto del helicóptero estaban en el pasillo y la doctora tuvo que pasar junto a ellos para entrar en el consultorio.

—Buen trabajo —ironizó Jonathan.

Olivia lo ignoró, entró en el consultorio y abrió las ventanas para que entrara el aire frío. Todavía nevaba y el silencio era tan intenso que pudo oír el bramido

del océano a aquellos doscientos metros de distancia.

Al cabo de un rato, Kevin asomó la cabeza.

—Olivia, ¿estás bien?

La doctora se volvió y se sentó tras el escritorio.

—Sí. ¿Cómo está la familia?

Kevin entró en el cuarto.

—El padre y el hijo entraron a verla —dijo, mientras se sentaba al otro lado del escritorio—. La hija no quiso. Creo que están bien. Es una familia bastante sólida, aunque la madre era el eje, de modo que es difícil saberlo. —Movi6 la cabeza—. A veces, la vida te quita cosas, ¿no?

—Sí.

—Me parece que ha resultado muy duro para ti.

Olivia sintió que una lágrima se le deslizaba por la mejilla; Kevin cogió un pañuelo de papel de una caja que había sobre el escritorio y se lo tendió.

—Cramer es un imbécil —dijo.

—Estoy bien. —Se irguió y se sonó la nariz—. ¿Alguna vez has consolado a Jonathan o a Mike? ¿Les has ofrecido un pañuelo?

Kevin sonrió.

—¿Crees que sólo las mujeres tienen derecho a sentirse una mierda?

Olivia recordó la expresión de Alec O'Neill cuando se iba ella de la sala de espera. Esa mirada la perseguiría mucho tiempo.

—No, claro que no —respondió—. Kevin, gracias por atenderme.

Ya eran más de las siete. Hacía rato que había concluido su horario y podía irse cuando quisiera. Conduciría el coche hasta su casa junto al estrecho y le contaría a Paul lo que había ocurrido: por segunda vez aquella noche, vería derrumbarse a un hombre. ¿Qué tendría, pues, Annie O'Neill?

Olivia se miró la mano que tenía sobre el regazo. Giró la palma hacia arriba y creyó sentir aún la vida y la tibieza del corazón de Annie.

Capítulo 2

A las siete y cuarenta y cinco, Paul Macelli apagó las luces del árbol de Navidad y volvió a la mesa del comedor, donde el pavo, las patatas y las judías verdes se habían enfriado. La salsa había formado una costra: la pinchó con el cuchillo y observó aquella película marrón que cubría la fuente de plata. Encendió las velas, sirvió vino. Él se esforzaba, ¿verdad? Pero Olivia... Siempre le proporcionaba excusas para el enfado. Para ella el trabajo era más importante que el matrimonio. Ni siquiera en Navidad podía salir a la hora en punto del Servicio de Urgencias.

Contempló el árbol oscuro. Este año él no se habría ocupado del árbol, pero Olivia lo había comprado la semana anterior: un enorme pino azul que colocó junto a la ventana orientada al estrecho de Roanoke. Lo decoró con los adornos que habían acumulado durante nueve años de matrimonio y lo cubrió de lucecitas blancas. El año anterior, Paul había roto la estrella de cristal que colocaban en el ápice y entonces, en un impulso de nobleza, consideró que le correspondía reemplazarla. Sabía exactamente lo que quería: lo había visto algunas semanas antes en el estudio de Annie. Le había excitado la perspectiva de tener una excusa para volver, para verla a ella y sentirse rodeado por las vidrieras esmaltadas y las fotografías de Annie. Pero esa mañana, Annie no estaba y Paul ocultó su decepción mientras Tom Nestor, el artista de cabello largo sujeto en cola que compartía el estudio con Annie, le envolvía el adorno en papel de seda.

—No voy a cobrarte —dijo Tom—. Sin duda, Annie te lo regalaría.

Paul había sonreído.

—Si pudiera, Annie lo regalaría todo —respondió, y Tom había contestado con otra sonrisa como si compartieran un secreto, como si tuvieran el privilegio de conocer la verdadera naturaleza de Annie.

Llevó el adorno a casa y lo colocó en la copa del pino. Era la figura estilizada de un ángel de vidrio, con un marco ovalado y una luz detrás. La túnica plateada del ángel tenía esa cualidad líquida que constituía el sello de Annie. Nunca entendería cómo lograba jugar así con el vidrio.

Cuando Olivia vio el ángel, palideció y sus ojos adquirieron una expresión de profunda derrota.

—¿No te molesta? —le había preguntado Paul.

—Claro que no —respondió Olivia con valeroso esfuerzo—. Es encantador.

Oyó el coche de Olivia en el garaje, debajo del comedor. Mientras el motor se detenía, Paul sintió que su expresión iracunda se acrecentaba; un instante

después Olivia entraba por la puerta principal y se quitaba la bufanda gris. Contempló el comedor y agitó la cabeza como para liberar el liso cabello castaño de los copos de nieve.

—Hola —dijo con suavidad.

Se quitó el abrigo y lo colgó en el armario, junto a la puerta de entrada.

Paul se hundió en la silla y dio rienda suelta a su enfado, pero no se sintió muy conforme consigo mismo.

—¿Por qué no enciendes las luces? —preguntó Olivia.

Encendió la luz y el ángel de Annie volvió a la vida. La túnica plateada pareció ondular en el cristal.

Paul no respondió; Olivia se acercó a la mesa y se sentó frente al marido. *Sylvie*, la gata persa gris, saltó suavemente sobre su regazo.

—Siento haber llegado tarde —dijo Olivia; las manos pálidas acariciaron distraídas el lomo de la gata—. Tuvimos que ocuparnos de un caso grave.

—Se ha enfriado todo.

La mujer miró la comida y luego al marido, de hermosos ojos verdes y pestañas oscuras que formaban un contraste impactante con su piel pálida.

—Paul —dijo—, la paciente era Annie O’Neill.

El hombre se incorporó en la silla.

—¿Qué? —dijo—. ¿Por qué motivo?

—Estaba trabajando en el Servicio de Acogida a Mujeres Maltratadas de Manteo y se interpuso en una disputa con armas de fuego.

—¿Está bien?

Olivia movió la cabeza.

—Lo siento, Paul. Ha muerto.

Paul se puso de pie tan bruscamente que Olivia saltó y la vajilla de plata tintineó.

—¿Es una broma de mal gusto? —exigió el hombre, aunque sabía que Olivia no solía hacer bromas: ni de mal gusto ni de ningún otro tipo.

—La bala le atravesó el corazón.

Sobre la cabeza de Olivia, el ángel resplandeciente pareció burlarse de él.

—Por favor, Olivia, dime que no es verdad. ¡Por favor, Olivia!

—Lo siento.

Era tan serena, tan fría... En ese momento, Paul la odió.

—Discúlpame —dijo.

Se volvió; comenzó a subir la escalera y Olivia fue tras él pisándole los talones. Sacó una maleta del trastero, la llevó al dormitorio y la arrojó sobre la cama. Mientras sacaba del armario algunas prendas cuidadosamente planchadas y las tiraba en la maleta con perchas incluidas, Olivia permaneció en la entrada de la habitación.

—¿Qué haces? —preguntó la mujer.

—Tengo que salir de aquí.

Se sentía atrapado por la voz de la mujer, por la presencia de ella, que no podría entenderlo.

—Paul. —Olivia dio un paso hacia el hombre, pero se arrepintió y retrocedió aferrándose con los dedos al marco de la puerta—. Paul, esto es una locura. La conocías muy poco. Lo vuestro fue un escarceo según tus palabras, ¿recuerdas? Dijiste que no eras correspondido, que ella vivía un matrimonio feliz. Esta noche he conocido al marido y tuve que decirle...

Paul se volvió a su esposa.

—¡Cállate! —exclamó.

Olivia retrocedió hacia el vestíbulo y comprendió que Paul le daba miedo y que él también tenía miedo de sí mismo. Era un nuevo y desconocido Paul Macelli y no la persona que había sido en los últimos treinta y nueve años.

Olivia se apretó las manos y los dedos de la derecha jugaron con el anillo de bodas de diamantes que llevaba en la izquierda. Volvió a hablar en voz queda.

—Si lo deseas, puedes hablarme de ella. Ya sé que dije que no quería oír más, pero esto es diferente. Escucharé, pero no te vayas, Paul, ¡por favor! —Se le quebró la voz y el hombre se puso tenso. Deseaba taparse los oídos para no escucharla más.

Paul entró en el baño y recogió el cepillo de dientes, la máquina de afeitar, el estuche de las gafas. Volvió al dormitorio, metió aquellos objetos en la maleta y la cerró. Entonces, miró a Olivia. Aún tenía los labios y las mejillas enrojecidos por el frío y los ojos inundados de lágrimas que él no deseaba ver. Miró por encima de la mujer, hacia el vestíbulo, donde podía ver el débil resplandor del árbol en la planta baja.

—Lo siento, Olivia.

Pasó junto a la mujer lo más rápidamente posible y bajó las escaleras haciendo ruido al pisar para no oírla llorar.

Por lo común tenía cuidado en la carretera, pero esa noche condujo de manera temeraria. Circulaban pocos automóviles por la larga y ancha carretera que salía de Outer Banks y se deslizaban con cuidado por el camino resbaladizo, pero Paul continuó apretando el acelerador sin importarle que el coche escapara a su control una y otra vez. Ni aun al pasar frente al estudio de Annie en Kill Devil Hills disminuyó la marcha, pero miró hacia allí. A veces, de noche, las luces del estudio seguían encendidas y las figuras de vidrio esmaltado creaban una vivida escenografía en las ventanas, pero esa noche las paredes de cristal de la fachada del edificio eran opacas como trozos de pizarra.

La nieve caía silenciosa sobre el parabrisas y casi pasó de largo el aparcamiento de la *Beach Gazette*. Sólo había otro vehículo: una camioneta azul,

y a Paul no le sorprendió encontrarla. Todavía estaba Gabe Forrester, el cronista de sucesos de la *Gazette*, y sin duda se alegraría de escuchar una historia sangrienta que le ayudara a pasar la noche.

Paul no se detuvo en su oficina, sino que llamó a la puerta de Gabe. Éste acababa de colgar el teléfono.

—¡Macelli! —exclamó—. Amigo, tienes un aspecto espantoso. ¿Qué haces aquí a estas horas?

—Oí hablar del asesinato en Manteo y pensé que quizá podía proporcionarte una reseña sobre esa mujer. —Se puso tenso; esperaba que Gabe se sorprendiera y le dijera que no sabía nada de aquello y que Olivia le había mentido.

—Sí, es algo insólito. —Gabe se reclinó en el respaldo de la silla alargando la cara angulosa y ancha—. Annie O'Neill. Como vecino reciente, quizá no la conocías.

—Publiqué un reportaje sobre ella en *Seascape*.

—Cierto. Entonces, creo que eres la persona ideal para escribir la reseña. —Movi6 la cabeza con sonrisa torcida—. Te aseguro que esa mujer era única. Tengo que llamar a mi esposa para contárselo y me cuesta hacerlo. Será el funeral más sonado que haya visto este lugar. —Gabe miró por la ventana. La nevada disminuía; los copos eran motas luminosas tras los faroles de la calle—. No sé cómo se lo diré a mis hijos —continuó Gabe—. El año pasado fue entrenadora de béisbol de Jane y anteriormente, guía exploradora de Jimmy. Era un poco loca, de buen corazón, pero algo chiflada. —Apretó los finos labios y apoyó las manos sobre el escritorio—. Pobre Alec. ¿Conoces al marido? Es el veterinario de Kill Devil Hills.

Paul negó con la cabeza y se sentó al escritorio, frente a Gabe, pues se le aflojaban las rodillas. Descansó las manos sobre el regazo.

—¿Cómo ocurrió? —preguntó.

Gabe suspiró.

—Estaba sirviendo la comida a mujeres y niños en el Servicio de Acogida a Mujeres Maltratadas en Manteo, cuando irrumpió ese tipo —Gabe alzó un cuaderno del escritorio y leyó el nombre—, Zachary Pointer, y comenzó a amenazar a su esposa. Blandía una pistola y apuntaba a la mujer; decía que, siendo Navidad, cómo era posible que su esposa no lo dejara ver a su hijo y cosas por el estilo. Annie se interpuso para proteger a la esposa. Habló con él, trató de hacerlo razonar, pero el canalla disparó y Annie recibió el impacto. Sucedió en un instante. —Gabe chasqueó los dedos—. Pointer ha sido detenido. Ojalá lo frían. Paul se estremeció, aunque llevaba el abrigo puesto. Se esforzó por mantener un semblante sereno e inmutable.

—Será mejor que empiece a escribir el artículo —dijo, y se puso de pie. Pero se volvió al llegar a la puerta—. Eh, ¿hablarás con la familia?

—Pensaba hacerlo. ¿Quieres ocuparte tú?

—No, no. Iba a decirte que me parecía mejor que lo hiciera solamente uno de los dos para no someterlos dos veces al mismo sufrimiento. Ocupate tú, ¿de acuerdo?

Le parecía imposible hablar con Alec O'Neill. Jamás lo conocería, nunca querría conocer al hombre con quien Annie se había acostado cada noche, aunque lo hubiera visto un par de veces, la última, en el estudio de Annie cuando entraba para hablar un momento con su esposa. Paul había fingido concentrarse en la vidriera, cuando el objeto que contemplaba los reflejó a los dos hablando, de espaldas a él, con voces suaves e intensas, las cabezas juntas. Cuando Alec se marchaba, Annie deslizó una mano por la parte trasera de los pantalones del esposo y él la besó en la sien. Paul había cerrado los ojos para borrar aquella imagen de intimidad ajena. No, no podría hablar con Alec O'Neill.

Se detuvo ante el estante de archivos y sacó la gruesa carpeta que contenía los datos de Annie. Le resultaba familiar porque la había hojeado prolijamente cuando escribía para *Seascope*. Llevó la carpeta a su oficina y se sentó al escritorio sin quitarse el abrigo.

Había muchos artículos: Annie como miembro de la comunidad; Annie, artesana del vidrio, como fotógrafa y como presidenta de la Protectora de Animales. En muchas reseñas se la llamaba *Santa Ana*, un apelativo que la había hecho reír. El artículo más antiguo, amarillento por el tiempo, databa de 1975. El titular decía: «*Lucha de los artistas contra el desalojo del faro*», que había encumbrado a Annie en Outer Banks. Paul alisó la nota sobre el escritorio y la releyó. En 1975, el Servicio de Parques había decidido hacerse cargo del faro de Río Kiss. Querían utilizar parte de la vivienda como oficinas y la otra como museo turístico. Annie había conocido a la anciana Mary Poor, que entonces contaba con alrededor de setenta años y había vivido allí casi toda su vida, y pensaba que el desalojo era una terrible injusticia. Recabó apoyo público a favor de ésta, y el Servicio de Parques cedió y permitió a la anciana mantener una parte de la casona y seguir habitándola.

Una foto de Annie provocó una momentánea contracción de dolor en el pecho de Paul. Contempló con intensidad la fotografía y cerró los ojos. «Un escarceo... Olivia, vete al infierno.»

El editor de la *Gazette* le había dicho a Paul que su estilo era «demasiado emotivo» y había recibido la misma crítica en su colaboración con el *Washington Post*. No se le ocurría cómo evitar tal inclinación al escribir ahora sobre Annie. «Eres capaz de darle un tono romántico a una epidemia de gripe», le había dicho una vez el editor del *Post*. «Cuando entres en esta oficina, olvídate de que eres poeta.»

Paul dedicó una hora a preparar un borrador sobre Annie y luego elaboró una lista de personas que entrevistaría a la mañana siguiente. A Tom Nestor, por

supuesto, y al director del Servicio de Acogida a Mujeres Maltratadas. La *Gazette* se editaba tres veces a la semana. La próxima saldría dos días después.

Salió de la oficina y volvió al automóvil. Desde el asiento trasero, la maleta parecía burlarse de él. «¿Y ahora, adónde irás, Paul?» Conocía algunos sitios donde podía encontrar habitación, pero no había prisa. Siguió la carretera a Croatan y se dirigió hacia el norte; después de algunos kilómetros, giró hacia el aparcamiento de Jockey's Ridge. Se apeó y comenzó a caminar sobre la arena hacia los grandes médanos. La nieve había cesado mientras estaba en la oficina y el cielo estaba despejado y cuajado de estrellas. Pronto las dunas lo cercaron como un extraño paisaje lunar y disfrutó de la calma y la soledad. Trepó a la duna más alta salpicada de nieve balanceando los brazos para mantener el calor, y el único sonido era su respiración pesada. El aliento le empañó las gafas; se las quitó y coronó la cima.

Cuando llegó arriba, tenía los muslos entumecidos. Volvió a colocarse las gafas y miró hacia el norte. Un viento frío y cortante le incrustó partículas de arena en las mejillas y metió las manos desnudas en los bolsillos del abrigo. Allí se encontraba por encima de todo. Contempló el horizonte y esperó.

Sí, allí estaba el punto luminoso. Desapareció y Paul contó: uno, dos, tres, cuatro. Allí estaba otra vez el faro de Río Kiss. Contempló la luz que brillaba y se apagaba a la distancia y marcaba su ritmo lánguido e hipnótico, una luz clara y blanca. En una de las entrevistas, Annie le había dicho que el cristal transparente, incoloro, le parecía absurdo: «Es como estar vivo y no amar»; después, le confió su fantasía de piezas de vidrio esmaltado en las ventanas del faro de Río Kiss.

—Mujeres con largas túnicas flotantes —decía— en colores rosados, malva, azules fríos...

Paul no había transcrito aquello en el artículo del *Seascape*. Annie le había dicho muchas cosas que él había guardado consigo.

Una ráfaga de viento helado le traspasó el abrigo y le hizo arder los ojos.

Annie.

Un escarceo.

Sin correspondencia.

Paul se sentó en la arena, sepultó la cabeza entre los brazos y, por fin, pudo llorar por lo que había perdido, por lo que nunca había poseído.

Capítulo 3

Junio de 1991

El recuerdo más bello que Alec O'Neill tenía de Annie era el primero. Estaba situado de pie exactamente en el mismo sitio que ahora y el aire de la noche era tan oscuro y denso como la brea. Por encima de él, el faro lanzaba un largo resplandor cada cuatro segundos. En la oscuridad, la pausa entre dos luces parecía eterna y en uno de esos estallidos de luz vio a una joven que caminaba hacia él. Al principio creyó que era producto de su imaginación, algo que ocurría en la mente cuando se permanecía allí solo esperando a que la señal luminosa girara otra vez e iluminase la arena. Pero era una mujer. Al siguiente fogonazo distinguió el largo y salvaje pelo rojizo y una mochila amarilla colgada del hombro derecho. Tendría un par de años menos que él, alrededor de veinte. La joven le decía algo mientras se acercaba y Alec la contempló fascinado. Lo sorprendió su voz al presentarse, Annie Chase. Estaba viajando a dedo por la costa desde Massachusetts hasta Florida y se mantenía cerca del mar. Quería estar en contacto con el océano cada vez que hacía un alto, sentir cómo el agua iba tornándose tibia a medida que avanzaba hacia el sur. Alec estaba extático, mudo. Al resplandor del faro la vio sacar de la mochila un sarape mexicano y extenderlo sobre el suelo.

—Hace días que no hago el amor —dijo la muchacha cogiéndolo de la mano en la oscuridad.

Alec permitió que lo tendiera sobre la manta y luchó contra un repentino pudor al sentir que la joven le manipulaba el cierre de los vaqueros. Después de todo, estaban en 1971, él tenía veintidós años y hacía cinco que había hecho el amor por primera vez. Además, era una total desconocida.

Le atraía tanto aquel cuerpo que a duras penas pudo concentrarse en sus propias sensaciones. La señal luminosa lo incitaba con visiones fugaces a intervalos de cuatro segundos. Cuando reinaba la negrura entre dos señales, el único indicio de la presencia de la muchacha era el contacto de su piel en manos de Alec. Al principio, los ondulantes pulsos luminosos los hacían reír y luego gemir en el esfuerzo indistinto por adaptarse al ritmo del otro.

Alec la llevó a la cabaña que compartía con tres amigos de la Escuela Tecnológica de Virginia. Acababan de graduarse y pasaban el verano trabajando para una empresa de construcciones de Outer Banks antes de entrar en la

universidad. Por espacio de dos semanas habían estado pintando el faro de Río Kiss y reparando la vieja vivienda. En general, los fines de semana se dedicaban a beber y a buscar mujeres, pero esa noche se sentaron con Annie en la pequeña sala arenosa, comieron de las granadas que la muchacha sacó de la mochila y secundaron los juegos que ella parecía inventar sobre la marcha.

—Completar oraciones —anunció Annie con su extraño acento de Boston, y concitó de inmediato la atención de los muchachos—. Necesito... —Miró a Roger Tucker, dándole ánimos.

—Mi tabla de *surf* —dijo Roger, sincero.

—Mi moto —dijo Jim, el hermano de Roger.

—Mi falo —dijo Bill Larkin, riendo.

Annie volvió los ojos con expresión de disgusto y se giró hacia Alec.

—Necesito...

—Esta noche —respondió el joven.

—Esta noche —acordó Annie sonriendo.

Alec la vio sacar otro grano rojo de la granada e introducirse en la boca. Desgajó otro grano en la palma abierta y siguió comiendo de ese modo mientras jugaban: un grano en la boca, otro en la palma, hasta que su mano se llenó de jugo rojo. Cuando la cáscara quedó vacía en el plato, la joven alzó la mano hacia la luz y admiró los granos como si fueran un montón de rubíes.

Le asombraba a Alec ver a sus amigos sobrios jugando tranquilamente, pero lo comprendió. Estaban bajo el hechizo de Annie, la muchacha se había convertido de inmediato en el corazón palpitante de la cabaña, del universo entero.

—Necesito... —dijo Annie.

—Una mujer —gruñó Roger.

—Una cerveza —dijo Jim.

—Hacer el amor —anunció Bill, como era previsible.

—A ti —dijo Alec, sorprendido de sí mismo.

Annie cogió una roja semilla de la mano, se estiró y la introdujo en la boca de Alec.

—Necesito un abrazo —dijo, y sus ojos lo interrogaron. «¿Estás dispuesto? —le preguntaban—, porque no es cuestión de tomarlo a la ligera.»

Esa noche, más tarde, el muchacho comprendió el sentido de la silenciosa pregunta. A Annie no le bastaba cualquier grado de proximidad.

—Podría amar a un hombre que no tuviera piernas, cerebro o corazón —había dicho Annie—, pero jamás a uno que no tuviera brazos.

Se instaló con Alec y renunció al plan de recorrer la costa. Era como si lo hubiera hallado y esperara quedarse con él para siempre, sin necesidad de discutirlo. Le encantaba que Alec estudiara Veterinaria y le llevaba animales heridos a los que curar. Gaviotas con las alas rotas, gatos famélicos con patas

infectadas u orejas desgarradas... En el transcurso de una semana, la muchacha le llevó más animales heridos de los que le habría llevado cualquiera durante toda una vida. Aunque Annie no los buscara, los animalitos la encontraban a ella. Luego, Alec comprendió que los animales se sentían atraídos porque Annie era una de ellos, aunque las heridas de la muchacha no fueran físicas, pues desde el punto de vista físico era perfecta. El dolor estaba escondido y a lo largo de ese verano, Alec entendió que Annie le había encomendado la tarea de curarla.

Ahora, Alec permanecía de pie rodeado por el denso aire oscuro, sintiendo una punzada de tensión mientras se sucedía el intervalo entre señales. Desde esa primera noche habían transcurrido veinte años, veinte años magníficos, hasta el anterior, la noche de Navidad, hacía cinco meses. Alec aún acudía a este sitio tres o cuatro veces a la semana porque ningún otro le recordaba tanto a Annie. ¿Se sentía en paz allí? Cerca de ella, tan cerca como era posible...

Oyó un ruido áspero detrás de él. Volvió la cabeza para escuchar. ¿Serían los caballos salvajes que vagaban por Río Kiss? No. Oyó los pasos firmes de alguien que se acercaba cruzando el campo de avena que había al otro lado del camino. Miró en esa dirección y esperó la luz.

—¿Papá?

La señal iluminó el cabello oscuro de su hijo y la camisa roja. Al parecer, Clay lo había seguido. Caminó por la arena y se detuvo junto al padre. Tenía diecisiete años y era tan alto como Alec. El padre todavía no se acostumbraba a mirar a su hijo de igual a igual.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Clay.

—Contemplar la luz.

Clay guardó silencio y la señal giró dos veces antes de que el muchacho volviera a hablar.

—¿Es aquí donde vienes por las noches? —preguntó en voz queda. Tanto Clay como Lacey adoptaban ese tono para dirigirse a su padre.

—Este sitio me recuerda a tu madre —respondió Alec.

Clay guardó silencio un instante aún.

—¿Por qué no vienes a casa? Podríamos alquilar una película...

Era sábado por la noche y a Clay le faltaban dos semanas para ingresar en la universidad. Sin duda tendría cosas más interesantes que hacer que quedarse viendo películas con su padre. Al siguiente resplandor, Alec creyó distinguir miedo en los ojos azules de Clay. Apoyó la mano en el hombro de su hijo.

—Estoy bien Clay, vete. Debes de tener planes para esta noche.

Clay vaciló.

—Bueno, estaré en casa de Terri.

—Estupendo.

Alec percibió el sonido de los pasos de Clay que regresaba por el prado. Escuchó hasta que sólo oyó las olas rompiendo contra la orilla. Entonces se sentó

en la playa con los codos sobre las rodillas flexionadas y contempló una lucecita amarilla en el horizonte oscuro.

—Annie, ¿recuerdas la embarcación incendiada que vimos una vez? —Habló en voz alta pero susurrante.

Hacía tanto tiempo... unos diez años o más. Estaban sentados en ese mismo lugar y seguramente habían hecho el amor o estaban a punto de hacerlo cuando distinguieron una bola de fuego en el horizonte que lanzaba destellos amarillos contra el cielo y desparramaba chispas de oro líquido sobre el agua. La casa del faro estaba cerrada y a oscuras; sin duda Mary Poor dormía y Alec tuvo que llegar con el coche hasta la carretera y llamar a la guardia costera desde un teléfono público. Le contestaron que ya habían acudido al lugar del siniestro. Se había evacuado la embarcación y estaban todos a salvo. Pero cuando regresó, Annie estaba llorando: había imaginado su propio drama. Decía que sin duda habría niños y ancianos a bordo, demasiado débiles para salvarse solos. Él le contó la verdad para consolarla, pero pasó un buen rato hasta que Annie salió de aquel dramático ensueño. Miraron el fuego hasta que se consumió, hasta que sólo quedó una nube de humo negro.

El verano pasado habían hecho el amor en esa playa. El balneario estaba cerrado en otoño, pero la cadena no había supuesto un obstáculo para ellos. Nadie los había molestado ni una sola vez, aunque desde hacía unos dos años sabían que Mary dormía allí cerca.

Si el agua estaba en calma se bañaban de noche. Alec volvía el primero a la playa porque le encantaba verla emerger del agua oscura como un espectro resplandeciente a la luz intermitente del faro. El cabello se le oscurecía y alisaba con el agua y se le deslizaba blandamente sobre hombros y pechos. Una vez, el año anterior, Annie estaba erguida dentro del mar, escurriéndose el agua del pelo y mirando la señal luminosa. Habló del faro diciendo que era un consuelo tanto para los marinos como para los de tierra.

—Es una señal —dijo—. Nos tranquiliza y, al mismo tiempo, nos muestra el camino.

Alec sintió un nudo en la garganta, como si presintiera lo que le esperaba y lo que iba a perder. Creyó que sería el faro. No imaginó que perdería a Annie.

El faro había sido el único tema de fricción entre ellos. Estaba demasiado cerca del agua y no como aquellos faros de la cercana Currituck al norte y la isla Bodie al sur, que se erguían tierra adentro, a salvo. Cada año el mar se acercaba más a los cimientos del faro de Río Kiss y Alec se unió a la desesperada batalla por su preservación. Annie no.

—Si ha llegado el momento de que el mar lo arrebate, hay que dejarlo ir.

Cada vez que ella lo comentaba, Alec imaginaba la airosa torre de ladrillos blancos derrumbándose en el océano y se sentía embargado por la pena.

Ahora cerró los ojos y esperó al próximo estallido de luz y el resplandor rojizo a través de los párpados. Si se permanecía bastante tiempo cerca del faro, el latido del corazón se hacía más lento y se adaptaba al ritmo de la luz hasta que parecía casi dejar de latir.

Capítulo 4

Olivia estaba obsesionada con Annie O'Neill. Cada vez era peor; ahora, sentada en la sala de su casa, miraba cómo Paul y el bronceado joven que su marido había contratado cargaban cajas y muebles en un camión de alquiler y sintió que esa obsesión cristalizaba dentro de ella.

No quiso estar presente cuando Paul se llevara las cosas. No esperaba que lo hiciera tan pronto, de manera tan brusca, pero aquella misma mañana la había llamado; le dijo que ya tenía el camión y le preguntó si no la molestaba. Olivia respondió que no porque quería verlo. Aprovecharía cualquier ocasión para verlo, aunque cada encuentro la dejara herida. Habían transcurrido algo más de cinco meses desde que Paul se había marchado, pero aún le dolía verlo. Aun ahora que Paul había consultado a un abogado y alquilado una casa en South Nags Head, la doctora se aferraba a la esperanza de que, al verla, su marido comprendiera su error.

En ese momento Paul se detuvo bajo la arcada que separaba la sala del comedor, sacó un pañuelo del bolsillo de los pantalones cortos color caqui y se enjugó la frente.

—¿Estás segura con respecto a los muebles del comedor? —preguntó el hombre.

Un rato antes se había sacado la camisa y le brillaba la piel. Tenía el cabello rubio húmedo y pegado a la frente y las gafas atrapaban la luz de las ventanas que había detrás de Olivia. La mujer sintió una estéril oleada de deseo y desvió la mirada hacia el comedor.

—Es tuyo —respondió, y apuntó un dedo para marcar la página del periódico que estaba leyendo—, forma parte del patrimonio familiar.

—Pero a ti te encanta.

La doctora percibió culpa en el tono de Paul.

—Tiene que quedar en la familia.

Paul la miró largo rato.

—Lo siento, Liv.

Olivia había oído tan a menudo esas palabras que ya carecían de significado. Lo vio levantar dos sillas que había junto a la mesa y caminar hacia la puerta.

Se quedó como pegada al sofá, temerosa de mirar el resto de la casa y descubrir los huecos que había dejado Paul. Cuando el marido y el ayudante se marcharan, Olivia recorrería la casa rodeándose con sus propios brazos. Lentamente. Le haría bien. Quizá lograra imponerse la realidad. Tal vez dejara de tener esperanzas.

Paul volvió a entrar en la sala. Olivia se incorporó y se detuvo bajo la arcada mientras el muchacho daba vuelta a la mesa y comenzaba a desmontar las patas. Cuando quitó el último tornillo, Paul se irguió y la miró. Se acomodó las gafas de montura dorada sobre la nariz y le dirigió una sonrisa sin sentido, una especie de tic nervioso. Todavía tenía ese aspecto levemente distraído, ese atractivo intelectual que la había seducido hacía diez años cuando él trabajaba en el *Washington Post* y ella hacía prácticas en el Hospital General de Washington. Olivia recordó lo rápidamente que podían cambiar las cosas. Bastarían unas pocas palabras para recuperarlo. Dejó que la fantasía se desplegara en su mente. «Estoy embarazada, —diría, y Paul dejaría caer la pata de la mesa y la miraría—. Por Dios, Olivia, ¿por qué no me lo dijiste?» Quizá la noticia lo despertara del loco estupor en que había estado sumido los últimos meses, pero la doctora no diría nada. No quería que Paul volviera por causa del hijo. Si regresaba a ella, quería que fuera porque la amaba, no aceptaría otra cosa.

Olivia se sirvió un vaso de *ginger-ale* y volvió a sentarse en la sala mientras los hombres cargaban la mesa en el camión. Oyó la voz de Paul desde el camino, a través de la puerta principal, diciéndole al muchacho que fuera a almorzar.

—Nos encontraremos en la nueva dirección a las dos —dijo Paul.

Luego volvió a entrar en la casa, caminó lentamente por la cocina, el estudio, los dormitorios, mirando si había algo más que quitarle a Olivia. Cuando terminó, se sentó en la silla de caña, al otro lado de la sala. Llevaba en la mano *Dulce acogida*, el delgado volumen de poesía publicado hacía unos años, y también «*El desastre del Espíritu del Este*», el libro que habían escrito juntos, y los apoyó en el regazo.

—Bien —dijo—. ¿Cómo te encuentras?

Olivia bebió un sorbo de *ginger-ale*.

—Ocupada.

—¡Qué novedad! —El tono fue sarcástico pero luego se suavizó—. Supongo que es mejor que te mantengas atareada.

—Me he apuntado como voluntaria en el Servicio de Acogida a Mujeres Maltratadas. —Atenta, Olivia observó la expresión de Paul.

El cambio fue violento. Palideció y abrió los ojos tras las gafas. Se inclinó hacia delante.

—¿Por qué?

La mujer se encogió de hombros.

—Porque quiero estar ocupada. Acudo allí un par de días a la semana. En realidad, necesitan ayuda. Cualquier infección puede causar un desastre en un lugar como ése.

Al principio, había sido duro trabajar allí. Todos hablaban de Annie con el mismo tono reverente que Paul. Había fotografías suyas en las paredes y vidrio

esmaltado en las ventanas, que bañaban de color a aquellas mujeres derrotadas y a los inquietos niños.

—Es un lugar difícil de soportar, Liv.

Olivia rió.

—Yo solía trabajar en la capital, ¿recuerdas?

—Pero en ese centro es imposible predecir lo que ocurrirá.

—Sin embargo, me gusta.

Paul volvió a sentarse y dejó escapar un suspiro. Olivia sabía que las últimas semanas, Paul había cubierto el juicio a Zachary Pointer, pero no había seguido sus artículos. No quería saber lo que decía de Annie ni enterarse de su satisfacción cuando sentenciaran la reclusión perpetua de Pointer.

—Mira —dijo Paul—, hace tiempo que quiero preguntarte algo, pero no te enfades. Cualquiera que sea tu respuesta, la entenderé, como ser humano que eres. —Otra vez la sonrisa nerviosa. Hojeó distraído las páginas de *Dulce acogida* y Olivia esperó a que volviera a hablar—. Cuando supiste que era Annie la que estaba esa noche en la sala de urgencias, ¿cambió en algo tu modo de atenderla? —preguntó— ¿Intentaste salvarla con la misma dedicación que a...? —Sin duda había visto la expresión de Olivia, porque las palabras se congelaron en sus labios.

Olivia apretó el vaso. Se puso de pie.

—¡Eres un canalla!

Paul dejó los libros sobre la mesa, se acercó a la mujer y le apoyó la mano en el codo.

—Lo siento, Liv. Fue un exabrupto. Lo que pasa es que... siempre me lo he preguntado. Quiero decir que, si yo hubiera estado en tu lugar, no sé si habría podido...

La doctora se sacudió para librarse de la mano de Paul.

—Será mejor que te vayas, Paul.

Paul caminó hasta la mesa sin mirarla y sin decir palabra y ella lo vio coger las cosas y salir de la casa. Cuando se marchó, Olivia volvió a sentarse; se sentía demasiado débil para caminar por allí. ¡Qué lejos quedaba la posibilidad de una reconciliación si Paul era capaz de pensar algo así de ella! Sin embargo, ¿no se había cuestionado ella lo mismo? ¿No se había hecho la misma pregunta en los momentos de mayor desolación? Sabía la respuesta. Había intentado salvar la vida de Annie con todas sus fuerzas. Aquella noche había supuesto su momento más difícil en una sala de urgencias y estaba convencida de que lo había hecho lo mejor posible, aunque no se le escapó la ironía de la situación. Literalmente, había tenido en sus manos la vida de la mujer a la que su propio marido amaba.

Paul no le había ocultado que estaba enamorado y al principio, hizo que Olivia se sintiera segura. Pensó que si Annie hubiera sido una amenaza, Paul no le habría mostrado abiertamente sus sentimientos. Pero todo cambió cuando

Paul escribió el artículo sobre Annie para *Seascape*. Se refería a la mujer con una admiración que pronto se convirtió en adulación. Era como si hubiese contraído una enfermedad. Paul le aseguró que era unilateral: Annie no se había percatado de que él existiera. Sin embargo, no podía hablar de otra cosa. Olivia oyó exhaustivas descripciones de Annie: su belleza física, su generosidad, su energía ilimitada y sus extraordinarias dotes artísticas. Olivia oía y fingía interés. Se decía que era una etapa, que se le pasaría. Pero no se le pasó y la doctora, con tacto y discreción, le sugirió que estaba rebasando el límite. Paul respondió que no, que ella no lo comprendía.

Cuando Paul habló de los dos hijos de Annie, Olivia se sintió realmente amenazada. Paul pertenecía a una familia muy unida que había tenido seis hijos. Ansiaba formar su propia familia y todos los exámenes médicos habían apuntado a Olivia como la causa de la esterilidad de la pareja. Por fin, el otoño anterior se sometió a una operación quirúrgica para aumentar las posibilidades de concebir, pero entonces ya era demasiado tarde. Incluso en el hospital, mientras sostenía la mano de Olivia después de la operación, Paul habló de Annie. Dijo que una vez había donado su médula espinal.

—¿Te imaginas lo que significa soportar una intervención quirúrgica para salvar la vida de un desconocido?

—Sí, Paul, me has convencido. —Olivia demostró enfado por primera vez—. Esa mujer es una santa.

Después de eso, Paul dejó de hablarle de Annie y Olivia se preocupó más aún, pues el penoso silencio del marido le indicó que todavía pensaba en la mujer. Dormía inquieto. Perdía peso. En el desayuno, revolvía la comida en el plato. No seguía el hilo de la conversación, perdía las llaves del automóvil y la cartera. Cuando hacían el amor en inútiles intentos de concebir un hijo, Olivia sentía los dedos del hombre secos como ceniza sobre su piel; aunque los cuerpos de ambos estuvieran muy juntos, la mujer sentía la brecha entre ellos y no lograba cerrarla ni con palabras ni con caricias.

Olivia le preguntó a Paul sin rodeos si era amante de Annie y él le respondió que no sin disimular la decepción.

—Ama a su marido y está comprometida con su matrimonio —le había dicho en tono tétrico, y Olivia comprendió que Paul no estaba comprometido con el suyo.

Era evidente que era Annie y no Paul quien había definido la naturaleza platónica de la relación.

La misma noche que Annie murió, Paul se marchó y alquiló un apartamento cerca de la oficina. Le escribió una carta larga, confusa y colmada de disculpas. Sabía que no podía poseer a Annie, pero conocía a Olivia y tenía conciencia de lo

que perdía al alejarse de ella. Después de leerla, el amor propio que a Olivia tanto le había costado construir a partir de desechos elementales, se derrumbó en pocos instantes.

Durante los meses siguientes, Olivia vio a Paul algunas veces, cuando necesitaba algo de la casa, ropa, herramientas, el ordenador.

Olivia miraba esas manos que plegaban, levantaban, empaquetaban. Echaba en falta el contacto de sus manos; había comenzado a hacerse dar masajes sólo para sentir las manos de otra persona sobre la piel. Paul ya no le hablaba con frialdad y a veces sonreía al verla. La doctora se aferró a la esperanza de que aún quedaba algo entre ellos y que podrían reconstruir el matrimonio sobre esa base, pero Paul nunca le dio la oportunidad. Nunca se quedaba en la casa más de lo necesario, salvo esa noche de abril en que Olivia dejó a un lado el pudor, le pidió que se quedara y Paul cedió; pero el arrepentimiento que luego expresó su mirada la destruyó.

¿Qué había sido del hombre con quien se había casado, el que había escrito un volumen de poesía inspirado en Olivia, quien la había ayudado a dejar atrás el pasado y la había hecho sentirse segura por primera vez en la vida, que le había hecho el amor como si fuera la única mujer a quien podía amar? El hombre que aún no había conocido a Annie O'Neill.

Quería que volviera. Lo necesitaba.

Ahora, de pie junto a la ventana de la sala, Olivia veía desaparecer el camión tras una duna; esa sala la desafiaba a ocupar los espacios vacíos. De los cientos de noches en que habían hecho el amor, ¿por qué el destino había elegido precisamente aquella para que quedara embarazada?

De pronto, sintió que la derrota se convertía en decisión. Igual que la sala, Olivia también tenía espacios vacíos que llenar y los ocuparía con las cualidades de Annie que habían atraído a Paul, pero tenía que averiguar cuáles eran y haría cualquier cosa por descubrirlo, como se lo demostraba el impulso de trabajar en el Servicio de Acogida. Tenía que admitirlo: compartía la obsesión de Paul.

Capítulo 5

Alec despertó con la camiseta verde de Annie bajo la mejilla. Se había acostumbrado a dormir abrazado a esa prenda; de día le parecía un hábito absurdo, pero por la noche sucumbía a él. La camiseta era casi un trapo que Annie usaba para las tareas matinales. La noche que Alec había vuelto de la sala de urgencias, la encontró del lado de Annie en la cama con baldaquino, como un bulto arrugado sobre la antigua y desteñida manta del lecho conyugal. Esa noche durmió con la prenda... es decir, no durmió.

Primero le ofreció a Lacey toda la ropa de su madre, pero la niña se horrorizó ante la idea de usarla y entonces Alec la regaló. Pero no pudo desprenderse de la camiseta verde. No la había lavado y sin duda, ya tenía impregnado el aroma de Alec más que el de Annie, pero de todos modos le brindaba consuelo.

Esa mañana tenía reunión con la Comisión de Salvación del Faro y se afeitó en honor de la ocasión; lo hizo rápidamente, sin mirarse demasiado en el espejo del baño. No le gustaba descubrir las huellas que aquellos días habían marcado en su cara.

Alec bajó y encontró a Clay y Lacey desayunando. Discutían, como de costumbre en los últimos tiempos, pero guardaron silencio en el momento que el padre entró en la cocina.

—Buenos días —dijo Alec, y se sirvió una taza de café.

—Buenos días, papá —dijo Clay; Lacey murmuró algo en voz baja.

Tripod se acercó a Alec al paso vivo de sus tres patas sanas y Alec se inclinó a rascar la cabeza del pastor alemán.

—¿Alguien ha dado de comer a los animales? —preguntó.

—Mmmm —fue la respuesta de Lacey, y el padre la aceptó como una afirmación.

Alec se sirvió una ración de copos de trigo con pasas, cogió del aparador una colección de fotografías y se sentó a la mesa. Mientras comía, miró las fotos sosteniéndolas frente a una de las zonas de luz que entraba por la ventana de la cocina. Las piezas de vidrio de Annie coloreaban casi toda la luz de la habitación y teñían de verde, azul y rojo las tazas blancas y la superficie del aparador.

Alec examinó una foto que había tomado desde la base del faro enfocando el balcón de hierro negro que había en lo alto de la torre.

—Alec, tus fotos son cada vez más extrañas —le había dicho Tom Nestor cuando Alec fue al estudio de Annie a revelar la película en el cuarto oscuro.

Alec apoyó la foto contra la taza de café y hundió la cuchara en el tazón. En verdad, era una foto fantástica. Le gustaba.

—Papá —dijo Lacey.

—¿Mmm? —Giró la fotografía de lado para observarla desde ese ángulo.

—Hoy te llamará la señorita Green.

—¿Quién es la señorita Green? —Alzó la cabeza, miró a su hija y la muchacha bajó la cabeza hacia el tazón de cereal. ¿Por qué lo había hecho?— Lacey, mírame.

La niña alzó los ojos; eran grandes y de un azul profundo como los de su madre y Alec tuvo que hacer un esfuerzo para no desviar la mirada.

—¿Quién es la señorita Green? —repitió.

—Mi tutora escolar.

El padre frunció el entrecejo.

—¿Tienes algún problema?

Lacey se encogió de hombros y volvió a contemplar el cereal. Jugueteeó con la cuchara; tenía las yemas de los dedos heridas. Tenía la costumbre de morderse las uñas, pero nunca lo había hecho con semejante saña.

—Está preocupada por mis calificaciones.

Clay rió.

—¿Qué esperas, O'Neill? No has abierto un libro en todo el semestre.

Alec apoyó la mano en el brazo de Clay para indicarle que se callara.

—Lace, creí que tenías buenas notas.

—Este año no.

—¿Por qué no me lo dijiste para que te echara una mano?

La niña se encogió otra vez de hombros con un movimiento espasmódico.

—No quería molestarte.

—¡Molestarme! —Alec sintió que se le nublaba el rostro—. Lacey, eres mi hija.

Sonó el teléfono que había en la pared, detrás de Alec.

—Sin duda es ella —dijo Lacey. Bajo las pecas, el rostro había palidecido.

—Ahora sí que estás lista, O'Neill —dijo Clay.

Alec se levantó a atender la llamada.

—¿Doctor O'Neill? —dijo una mujer en tono formal.

—Sí.

—Habla Janet Green, la tutora de Lacey.

El hombre se la imaginó: cabello oscuro peinado con fijador, demasiado lápiz de labios rosado y una amplia sonrisa falsa. Una persona demasiado fría y rígida para trabajar con adolescentes.

—Ya me ha dicho Lacey que llamaría usted.

Sin duda, Lacey había esperado hasta el último momento para decirlo. Vio que su hija comía con la cabeza gacha, el largo pelo rojizo cayendo como cortinas a los lados del tazón.

—Vivo cerca de su casa —continuó Janet Green—. Quisiera pasar esta tarde a conversar con usted de Lacey y le evitaría a usted la molestia.

Alec miró alrededor. En el fregadero estaban los platos sucios de la noche anterior manchados de salsa de tomate. La olla de fideos permanecía aún sobre la cocina; una larga cinta de espaguetis apelmazados formaban un gran signo de interrogación. El aparador estaba repleto de cartas viejas y periódicos, y había fotografías del faro desparramadas por todos lados.

—Prefiero hablar por teléfono —respondió.

—Bueno, ¿le ha dicho Lacey que yo quería verlo?

—Me ha comentado que sus notas no son buenas.

—No, es cierto. Por desgracia, va muy atrasada. Sus notas son muy bajas y está retrasada en biología y en álgebra.

—¿Retrasada? —Lanzó una mirada a Lacey. La niña se levantó de la silla como si el padre la hubiera tocado con un cable eléctrico, cargó la mochila con los libros sobre el hombro y salió corriendo. Alec se apoyó el auricular en el pecho—. ¡Lace! —la llamó, pero sólo vio el manchón rojo del pelo de la niña que pasaba ante la ventana de la cocina y salía a la calle. Alec acercó otra vez el auricular al oído—. Se ha ido —dijo.

—Bueno, comprendo que esté preocupada. Si quiere pasar de curso, tendrá que estudiar biología y álgebra en la recuperación de verano.

Alec movió la cabeza.

—No lo entiendo. Siempre ha sido una alumna brillante. ¿No tendría que haberme advertido antes del problema? ¿Qué ocurrió con el último boletín de calificaciones? Si bajaron las notas, tendría que haberme dado cuenta.

—Todas las notas son pésimas.

Alec frunció el entrecejo.

—Creo que no me lo enseñó. Esta conducta no es habitual en ella. —Sus hijos nunca habían tenido notas bajas, ni siquiera mediocres.

—Su hijo ha superado bastante bien la pérdida de su madre, ¿verdad? Tengo entendido que pronunciará el discurso de despedida del año escolar.

—Sí.

Alec volvió a sentarse; de pronto se sentía agotado. De no ser por la reunión de la comisión del faro, volvería a la cama.

—¿Asistirá a Duke el año próximo?

—Sí.

Vio que su hijo se levantaba de la mesa. Clay cogió un melocotón del frutero y salió.

—Creo que Lacey está preocupada ante la perspectiva de que su hermano se marche y ella se quede sola con usted.

Alec hizo otra mueca.

—¿Se lo ha dicho ella?

—No, lo intuía. Al parecer, le resulta muy difícil adaptarse a la muerte de su madre.

—Bueno... creo que, si sus notas han bajado... —Iba retrasada y él no se había enterado—. No percibí nada anormal. —No había buscado nada anormal. Durante los últimos meses había dejado que sus hijos se las arreglaran solos.

—Doctor O'Neill, es usted veterinario, ¿verdad?

—Sí.

—Lacey me ha comentado que en este momento no trabaja usted.

Alec deseó replicarle que no era asunto de la mujer, pero por el bien de Lacey se calló.

—Solicité un permiso.

Tras la muerte de Annie pensó coger un par de semanas, pero las semanas se habían transformado en meses, los meses se acumulaban a increíble velocidad y él no tenía aún intenciones de volver al trabajo.

—Comprendo —respondió Janet Green bajando la voz y confiriéndole un matiz de condescendencia—. ¿Está informado de que a Lacey se le aplicaron dos correctivos en dos meses por encontrarla fumando en el patio de la escuela?

Alec iba a decir que Lacey no fumaba, pero era obvio que esa mujer sabía de su hija más que él.

—No, no lo sabía —contestó—. Gracias por decírmelo.

Abatido, colgó el teléfono y se sentó otra vez a la mesa. La fatiga era algo nuevo en él. Una de sus características era la energía, la incapacidad de quedarse quieto más de un par de minutos, pero ahora se sentía cansado incluso para lavar la olla de fideos.

Comían espaguetis varias veces a la semana. Era fácil. Se hervía agua y se abría una lata de tomate. En ocasiones, uno de los chicos cocinaba pero no tenían más idea que el padre en el aspecto culinario.

Annie era capaz de hacer cualquier cosa con restos, incluso pan. Los sábados horneaba dos hogazas de pan de miel y trigo integral. La casa se inundaba con el aroma. Entonces, la cocina se llenaba de vida. Dejaba extendidos sobre la mesa platos especiales para verlos mientras trabajaba: un conjunto de frutas o coloridos y exóticos envases de té.

En esa época, Annie volvía más temprano que Alec y preparaba un plato especial y a menudo —en el recuerdo de Alec ocurría casi todos los días— él la invitaba al dormitorio; entonces, Annie le entregaba la cuchara a uno de los chicos: el que recibía la cuchara respondía con un gemido, pero se resignaba a cenar más tarde. Con las mejillas ruborizadas de ansiedad, Annie les decía: «Recordad, queridos: cenar tarde resulta elegante».

Así funcionaba la casa entonces. Annie confiaba en la espontaneidad. «En esta casa no hay reglas —decía—. Tenemos que confiar en nuestros cuerpos:

ellos nos indicarán cuándo dormir, cuándo comer, cuándo levantarnos, cuándo hacer el amor.»

Pero en los últimos tiempos, los chicos habían descubierto que la familia tenía muchas reglas distintas de las que regían en las familias de los amigos: reglas particulares, exclusiva de Annie. No permitía relojes en la casa, aunque Alec usaba uno. Lacey y Clay tenían libertad para decidir al respecto y habían seguido el ejemplo de la madre; sin embargo, el año anterior, Clay comenzó a usar un reloj idéntico al de Alec. Los muchachos llegaban tarde a la escuela con frecuencia y a veces —aunque era raro— demasiado temprano. Eran la envidia de los amigos porque no tenían horario para acostarse. De pequeños se les permitía ir a dormir a la hora que quisieran. En realidad, adquirieron hábitos bastante regulares por sí solos y quizá se debía a que los O'Neill no tenían televisor.

Nunca se castigaba a Lacey y a Clay por las pocas travesuras que cometían, pero se los recompensaba con frecuencia por el simple hecho de existir. Muchas veces, Alec se había sentido un espectador pues era Annie quien establecía la educación de los niños. Sin embargo, se adaptó pronto porque descubrió que, tratados con respeto, los niños se comportan de manera responsable. Lacey y Clay habían sido siempre un testimonio de ese método. Cuando salían, Alec les decía: «Lo fundamental es que os divirtáis y os sintáis seguros». Los padres de los amigos llenaban a los hijos de recomendaciones, amenazas y reprimendas, pero Alec disfrutaba de la confianza depositada en sus hijos.

De pronto sintió un impulso y subió al cuarto de Lacey. Abrió la puerta y meneó la cabeza, sonriendo. La habitación era un caos: la cama sin hacer, ropa amontonada por todos lados y un cesto desbordante de prendas sucias en un rincón. El escritorio estaba atestado de libros, pegotes y papeles, y las paredes cubiertas con posters de músicos de aspecto decadente y perverso. A la altura de los hombros de Lacey, sobre un estante que ocupaba tres paredes del cuarto, las muñecas antiguas presentaban un extraño contraste con los depravados carteles. Había trece muñecas apoyadas sobre los estantes que Alec había construido desde hacía cinco años. Annie le regalaba una muñeca en cada cumpleaños. Ahora miraban a Alec con sonrisas plácidas fijas en sus bocas de dientes pequeños.

«Maldición, mi hija fuma.» ¿Sería conveniente que hablara con ella al respecto? ¿Qué habría hecho Annie? Seguramente lo discutiría con franqueza durante la cena sin acusaciones, expectativas ni exigencias. Alec dejó escapar un prolongado suspiro. No se encontraba en condiciones de hacerlo.

Tripod llegó renqueando hasta la puerta y se apoyó pesadamente en la pierna de Alec. Distráido, Alec le rascó la cabeza y contemplaron juntos el desastre del cuarto de Lacey. Annie no era un ama de casa eficaz porque era muy desorganizada, pero tenía una habilidad increíble para guardar las cosas en

guardarropas y armarios y la casa siempre ofrecía un aspecto ordenado. Mientras Annie vivió, el cuarto de Lacey nunca había estado tan desordenado, pero Alec no culpaba a la niña, pues no hacía más que reflejar el caos que reinaba en el resto.

Se recostó contra el marco de la puerta y cerró los ojos: no podía soportar el reproche en la mirada de las muñecas.

—Annie, estoy hecho un lío —dijo y sintió que *Tripod* alzaba la cabeza y lo miraba, extrañado por el tono de derrota de su voz.

A las diez y veinte de la mañana, Alec entró en el aparcamiento del Sea Tern y se deslizó entre el BMW de Nola Dillard y la vieja camioneta de Brian Cass. Otra vez había llegado tarde, pero tenía varias excusas. En primer lugar, la llamada de la tutora de Lacey que, en realidad, no le había ocupado tanto tiempo, pero lo había forzado a reflexionar sobre su vida durante un rato. Luego, lo había llamado Randi instándole a que volviera al trabajo. Desde que Alec no acudía a la consulta, había tenido que ocuparse ella de todo y en un comienzo pudo sobrellevarlo. Alec siempre había criticado a Randi por demasiado comprensiva. Randi permitía que la gente abusara de ella y ahora era él quien lo hacía. Ella comenzaba a reaccionar. Esa semana lo había llamado ya tres veces y Alec se negaba a ceder. Insistió con que aún no estaba en condiciones. No sabía si alguna vez lo estaría.

—Ya viene.

Nola Dillard se acercó a Alec y caminaron juntos hacia el lugar de encuentro en el fondo del restaurante. Nola señaló con un gesto del mentón la sala de reuniones. Se colgó del brazo de Alec y el perfume denso y floral que usaba inundó la atmósfera. Le murmuró al oído:

—Tenemos dificultades, cariño.

—Alec, creíamos que te habías perdido. —Walter Liscott se puso de pie y acercó una silla a la cabecera de la mesa.

—Siento llegar tarde. —Cogió la silla que Walter le ofrecía. Frente a él estaba reunida la Comisión de Salvación del Faro. Además de Alec, había otros dos hombres y dos mujeres bebiendo café y comiendo rosquillas. Era evidente que se habían acostumbrado a que llegara tarde. Sandra Carter, dueña de una pequeña tienda de ropa en Duck, comentó que aquello era un homenaje a Annie, que jamás en la vida había sido puntual.

Entró una camarera y sirvió café a Alec.

—Doctor O'Neill, sírvase una rosquilla —dijo la camarera. Alec asintió y apoyó el cuaderno de notas sobre la mesa. Miró a Nola y le preguntó qué habría querido decirle.

—Bien —dijo—. En esta ocasión tenemos que exprimarnos la cabeza para ver cómo vamos a reunir fondos.

Walter se pasó la mano por el cabello gris. Se aclaró la voz y habló en tono profundo y melifluido.

—Alec, antes de que llegaras hemos estado hablando y, en verdad, no estamos de acuerdo con respecto a un tema.

Alec se puso tenso.

—¿A qué te refieres, Walter? —preguntó. En adelante, tendría que llegar a la hora. No quería darles excusa para la oposición.

—Bien... —Walter volvió a aclararse la voz y miró a los otros. Era evidente que lo habían elegido como portavoz—. Estamos de acuerdo en el objetivo de esta comisión: recabar fondos para salvar el faro; pero no coincidimos en el modo de salvarlo. A mí, por ejemplo, no me gusta la idea de romperme el alma juntando dinero para que luego trasladen efectivamente la torre y los fondos se dilapiden inútilmente.

—Estoy de acuerdo —dijo Sandra—. Si el dinero que reunamos no se utiliza para construir un muro de contención alrededor del faro, no lo entregaremos.

—Esperad. —Alec levantó la mano—. Es evidente que nosotros no podemos decidir cómo puede salvarse el faro.

—Es cierto —afirmó Nola. Como era habitual, llevaba recogido el cabello platino, vestía un traje gris y un broche azul en la solapa. Señaló a Walter con una larga uña roja—. Walter, el Servicio de Parques desea salvar el faro tanto como nosotros, pero no están de acuerdo con algo que no consideran efectivo. Vamos, muchachos —rogó—, hemos trabajado mucho y el dinero está comenzando a llegar. Ahora que nos acercamos a la meta no os acobardéis.

—Terno que optéis por la solución equivocada.

Walter parecía a punto de llorar y Alec comprendió su preocupación. Todos los que estaban en la sala valoraban el faro de Río Kiss y conocían su fragilidad. Semanas atrás, el plan consistía en levantar un muro de contención en torno a la torre. Al cabo de unos años sería sólo un islote. Desde el punto de vista estético, era una solución atrayente. Pero de pronto, el Servicio de Parques había cambiado de idea y hablaba con seriedad del traslado: construir una plataforma, y llevarlo sobre ella hasta medio kilómetro tierra adentro. La idea les resultaba aterradora y difícil de entender. Alec no sólo comprendía los temores de Walter sino que los compartía.

—Nola tiene razón —afirmó Alec—. Tenemos que confiar en que los ingenieros hallen la solución más apropiada. No podemos atribuirles segundas intenciones.

Nola le guiñó un ojo.

—Propongo que continuemos con la reunión.

—Apoyo la moción —dijo Brian.

Refunfuñaron un poco pero nadie se levantó de la mesa y Alec coordinó el intercambio de ideas durante una hora. Una rifa. Un folleto informativo que despertara interés. Entrevistas y conferencias. Pero de regreso a casa, dejó aflorar sus propios temores. Los ingenieros eran seres humanos, por lo tanto, no infalibles. ¿Y si destruían el faro intentando salvarlo?

Cuando Lacey regresó de la escuela, Alec estaba sentado al escritorio del estudio. La vio por la ventana. Estaba en la vereda conversando con Jessica Dillard, la hija de Nola y la mejor amiga de Lacey. Jessica reía con una risa hueca que evidenciaba un desagradable aire de superioridad; lo sorprendió y le dio pena su hija. Jessica apoyaba una mano sobre la cadera. El lacio cabello rubio le caía sobre los hombros y balanceaba con elegancia un cigarrillo entre los dedos. Se parecía mucho a su madre.

Alec se estiró para abrir la ventana.

—Lacey, tendrías que probarlo —decía Jessica—. Este año estás muy apagada. Has olvidado cómo divertirse.

Antes de entrar en casa, Lacey dijo algo que Alec no pudo oír. Se preguntó qué tendría que probar. ¿Alcohol? ¿Marihuana? ¿Sexo? Se volvió hacia la puerta con un estremecimiento y la silla emitió un crujido.

—¿Lacey?

La muchacha entró en el estudio con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Tenéis algún problema Jessica y tú?

—No. —Lacey dejó caer sobre la cara una cortina de cabellos rojizos que la separó del padre.

No la presionaría.

—Estás inscrita en biología y álgebra en la escuela de recuperación de verano.

—Los que van a la escuela de verano son unos fracasados.

—Creo que no tienes muchas alternativas.

La niña lo miró con un ojo descubierto.

—¿Me obligarás?

—¿Obligarte? Claro que no. —Nunca había forzado a sus hijos—. Pero quiero que me prometas que, si vuelves a tener problemas serios en la escuela, me lo dirás.

—Está bien. —Lacey apartó el pelo del hombro y procedió a salir del cuarto. Llegó hasta la puerta, vaciló y se volvió hacia su padre—. Lo siento, papá. Este año no he cumplido bien con mi tarea.

—Te entiendo, Lacey —respondió—. Ni yo tampoco.

Capítulo 6

Cuando escuchó la entrevista por radio, Paul aún estaba acostado. Hablaban del faro de Río Kiss. Al principio creyó que estaba soñando, pero luego la voz comenzó a cobrar sentido y se le aclaró la mente. Abrió los ojos a la luz azul y dorada de luz que tamizaba la pieza de vidrio de la ventana del dormitorio. Se quedó quieto y escuchó.

La mujer se llamaba Nola Dillard y hablaba de la Comisión pro Salvación del Faro. «Si la erosión continúa a este ritmo, en tres años perderemos el faro de Río Kiss», dijo.

Paul giró de costado y subió el volumen de la radio; Nola Dillard seguía hablando del desastre que amenazaba al faro más alto del país. Cuando concluyó, Paul cogió la agenda de la mesilla y marcó el teléfono de la emisora.

—¿Cómo puedo ponerme en contacto con la mujer que acaban de entrevistar en relación al faro? —preguntó; se sentó y se apoyó en el respaldo de la cama.

—Aún está aquí —respondió una voz masculina al otro lado de la línea—. Espere.

Aguardó medio minuto. Al fondo se oían voces. Risas.

—Soy Nola Dillard —dijo una mujer.

—Señora Dillard, me llamo Paul Macelli y la he oído hablar del faro de Río Kiss. Me gustaría colaborar...

—¡Magnífico! —respondió la mujer—. Lo principal es el dinero, señor...

—Macelli. En relación con las finanzas no puedo hacer demasiado, pero dispongo de tiempo y energía. Me gustaría ayudar de alguna manera. No sabía que el faro estuviera en peligro.

Hubo silencio al otro lado. Había cometido un error, había dicho algo indebido.

Cuando la mujer habló otra vez, el tono era de una evidente frialdad.

—Señor Macelli, ¿cuánto tiempo hace que vive en Outer Banks?

De modo que era eso. Era un extraño. Pensó en hablarle del verano que había pasado allí hacía tanto tiempo, el verano posterior a su graduación, pero se contuvo. Nadie sabía que había pasado unos meses en Outer Banks, ni siquiera Olivia.

—Sí —respondió en cambio—. Hace poco tiempo que vivo aquí, pero trabajo para la *Beach Gazette*. Sin duda podría ayudar de algún modo.

Nola Dillard suspiró.

—Bueno, hagámoslo así. El jueves por la noche se reúne la comisión en la taberna Sea Tern. ¿Sabe dónde está?

—Sí.

Claro que lo sabía. En ese restaurante le había hecho a Annie dos de las entrevistas. Desde la muerte de Annie no había vuelto.

—Encontrémosnos allí alrededor de las siete y cuarenta y cinco. Yo hablaré primero con la comisión y lo introduciré, ¿de acuerdo?

Le dio las gracias y colgó el teléfono. Al menos la mujer no le había preguntado por qué le interesaba el faro. Pensaba decirle que era un aficionado a la historia y sentía perder los testimonios del pasado. Y diría la verdad.

Nola Dillard era una mujer impactante. Tendría alrededor de cuarenta años. Llevaba el cabello rubio platino peinado hacia arriba, tenía grandes ojos grises y la piel algo ajada por el sol: era obvio que trataba de mantenerse morena.

Le tendió la mano y Paul se la estrechó.

—Ya estamos reunidos, Paul, ¿no es así? Pase.

Paul la siguió a través del familiar salón principal del restaurante con mesas macizas de madera y toques marinos de decoración hasta un salón más pequeño que había en el fondo. Los miembros de la comisión estaban sentados en torno de una mesa larga y lo miraron cuando entró. Había tres hombres y una mujer además de Nola. Recorrió los rostros con la mirada y se sobresaltó al ver a Alec O'Neill a la cabecera de la mesa. Lo reconoció de inmediato pues lo había visto con Annie y en una fotografía del estudio: una imagen en blanco y negro que lo había asustado con esa expresión adusta, seria y el aire amenazador de los ojos claros. Ahora esos ojos lo observaban mientras Nola conducía a Paul a la cabecera de la mesa. Lanzó una mirada hacia la puerta. ¿Qué pasaría si se iba?: haría el ridículo. La mano de Nola lo empujó con suavidad al mismo tiempo que Alec se levantaba de la silla.

—Paul, éste es Alec O'Neill, nuestro venerable director. Alec, te presento a Paul Macelli.

Alec O'Neill alzó las cejas oscuras. Paul le estrechó la mano y murmuró un saludo sintiendo la boca seca. Saludó con la cabeza al resto del grupo y se sentó junto a Nola. Entró una camarera y le preguntó qué quería beber. Primero pensó en algo fuerte pero miró en torno del salón y comprobó que el alcohol estaba fuera de lugar. La bebida de Alec parecía limonada.

Paul pidió té frío. Se apoyó en el respaldo de la silla y se aflojó el cuello de la camisa.

Alec lo contempló con mirada fija y él se sintió expuesto. ¿Sabría algo? Quizá recordara que había escrito el artículo acerca de Annie en *Seascape*.

—Nola nos ha dicho que es usted periodista —dijo Alec.

—Sí. Trabajo para la *Gazette* y también por cuenta propia. De modo que me gustaría que me dijeran si puedo aportar alguna colaboración. —Lanzó una risa

nerviosa y se ruborizó.

Alec bebió un sorbo de limonada.

—Bueno, creo que sí. Necesitamos que el público se entere. Yo doy conferencias en la comarca y en el resto del estado, pero tenemos que hacer publicidad en todo el país. El faro de Río Kiss es un monumento nacional y, por lo tanto, el esfuerzo de preservación no debe limitarse al apoyo local. Podríamos editar un folleto que relatase la historia del faro y darle amplia distribución. — Alec se respaldó en la silla—. ¿Cree que puede ayudarnos en eso?

—Claro.

En algún momento, Paul había posado los ojos en las manos de Alec. Los dedos de Alec eran largos, bronceados y huesudos. Paul los imaginó acariciando a Annie, abrazándola en la cama. Sin duda ella aceptaba complacida el contacto de esas manos. Aún llevaba la alianza. Desde lejos parecía un anillo liso de oro, pero Paul sabía que, si lo miraba de cerca, vería el mismo galón dorado que adornaba el anillo de Annie. ¿Qué habría hecho Alec con el anillo de Annie? Habían incinerado el cuerpo. ¿Qué hacían con...?

—Nos facilitarán el papel y la impresión —decía Alec y Paul dirigió la mirada al rostro de Alec, a los ojos azules, imposibles de eludir—. Necesitamos a alguien que compile los hechos y lo redacte.

—¿Hay alguna colección histórica que pueda utilizar? —preguntó Paul y de pronto se le ocurrió una idea inquietante. ¿Y si Mary Poor, la anciana del faro, vivía? «Es imposible», se tranquilizó. La última vez que la había visto hacía años, era ya vieja.

—Existe una colección privada —respondió Alec—. Me ocuparé de conseguirle permiso para leerla. Pero por el momento, ¿qué le parece si explica nuestra lucha en la *Gazette*?

—Estupendo —dijo Paul; se sentó otra vez y sintió alivio porque Alec cambiaba de tema proponiendo una rifa. Se iría en cuanto terminara la reunión.

Capítulo 7

Mary Poor cumplía noventa años y se sentía contenta. Sentada en la galería de la casa azul de dos pisos donde vivía desde hacía dos años, contemplaba cómo el sol de la mañana teñía primero de púrpura, luego de rosado y finalmente, de amarillo las embarcaciones ancladas en la costa. Se había habituado a ese paisaje, al ritmo suave de la mecedora y a compartir el porche con otras mujeres de su edad. Esperaba terminar su vida en el faro de Río Kiss, pero sabía que era más afortunada que la mayoría pues había pasado sesenta y cinco años amparada en la tibieza de la señal luminosa.

Aún hablaba del faro a quien quisiera oírla. A menudo relataba anécdotas de tormentas, de desastres, del mar. Sabía que se parecía a otros ancianos que divagaban acerca del pasado, pero no le importaba. Usando el privilegio de la edad prefirió conscientemente permitirse parlotear sin sentido aparente.

El día anterior la había reconocido el médico y se maravilló de la agudeza de la vista, del oído y de la energía de Mary, sin tener en cuenta el dolor de la cadera. Mary alardeó de su lucidez hablando de política con él. «Señora Poor, es usted más inteligente que yo», le dijo, y Mary supo que no trataba de adularla.

—Si estoy tan sana, ¿por qué no puedo fumar un cigarrillo? —le preguntó Mary, pero el médico rió y guardó el estetoscopio en el maletín.

A menudo Mary ocultaba su lucidez. Quería disfrutar algunos placeres de la vejez: que la cuidaran, que la consintieran. Le gustaba que Sandy, una chica del personal, le cortara bien corto el cabello blanco aunque era perfectamente capaz de hacerlo sola.

Intentaba mantenerse al día. Oía las noticias: la televisión aún la asombraba. Tenía un aparato en Río Kiss, pero sólo emitía ruidos y rayas oscilantes. También leía el periódico. En ese momento tenía la *Beach Gazette* sobre el regazo, y cuando por fin las embarcaciones perdieron el color y el sol concluyó su espectáculo, cogió el periódico y se puso a leer. Los crucigramas eran su sección favorita, pero los dejaba para el final, cuando había leído lo demás y quería entretenerse con algo mientras esperaba a que Trudy o Jane se reunieran con ella en el porche.

Leyó la primera plana y luego abrió el periódico. Lo plegó y en ese momento descubrió la fotografía: la alta torre de ladrillos blancos resplandecientes del faro contra el cielo oscuro. La asaltó una breve punzada de dolor en el pecho. En el margen izquierdo de la foto distinguió la cúspide de la parte norte de su antiguo hogar, el hogar de la familia Caleb, que ahora ocupaba la oficina del Servicio de Parques. El titular del artículo decía: «*La erosión amenaza el faro de*

Río Kiss». La firma era de Paul Macelli. Mary entrecerró los ojos. ¿Paul Macelli? En estos tiempos permitían que escribiese cualquiera acerca del faro. Leyó el artículo. Se había formado una comisión para salvar el faro. La dirigía Alec O'Neill. Mary sonrió al leerlo. Le pareció lógica la elección.

Volvió a dejar el periódico sobre el regazo y pensó en Alec O'Neill. Ella se había enterado demasiado tarde de la muerte de Annie; no pudo asistir al funeral y lloró sin poder recordar la última vez que había sentido una pérdida. ¡Pero Annie...! Una criatura tan bondadosa... En cierto modo había sido una hija para Mary e incluso Elizabeth, la propia hija de Mary, no la había escuchado con tanto interés. Annie y ella podían hablar de cualquier cosa y la joven le había contado todo: «¿No es cierto, Mary?, —le dijo una noche; el fuego se había extinguido y estaban bebiendo coñac y café—. Tú me conoces mejor que nadie en el mundo.»

Mary la había amado con amor posesivo y abnegado. Lo recordó después de su muerte. ¿Por qué no había muerto ella en lugar de Annie? Mary había vivido bastante, pero Annie estaba en la flor de la vida. Mary había sentido por ella esa clase de amor ciego que la había llevado a hacer tantas cosas insólitas para velar por su felicidad sin importarle las consecuencias y sin considerar que estuviera bien o mal.

Durante un tiempo después de la muerte de Annie, Mary pensó que no soportaría la vida sin las ansiadas visitas de la muchacha. Desde que vivía en la residencia para ancianos, las entrevistas eran más espaciadas pero aún iba a verla una o dos veces a la semana, siempre con regalos. Eran objetos que Mary no necesitaba, pero Annie era así y a la anciana no se le habría ocurrido decirle que no se molestara. En ese lugar, las visitas de la joven eran más breves. Siempre había gente presente y tenían que medir sus palabras.

La última visita intrigó a Mary y se le quedó grabada en la memoria. Aquella tarde Annie había estado inquieta en la sala y rodeadas ambas por otras residentes. Había desaparecido la sonrisa con hoyuelos y trataba de contener las lágrimas. Por fin, Mary la llevó a su dormitorio y la dejó llorar y hablar de lo que había pasado. Mary la absolvió como un sacerdote en el confesonario. Annie, pues, había recibido el perdón antes de morir.

Mary envió una tarjeta a Alec y a sus hijos. La había acompañado Sandy y la anciana la obligó a recorrer cuatro o cinco tiendas antes de encontrar una que mostrase un faro. Se quedó despierta toda la noche pensando qué diría. Imaginó largos discursos acerca de lo extraordinaria que había sido Annie, cuánto la echaba de menos, pero al final escribió algo sencillo que podría haber escrito cualquiera y envió la postal.

Alec O'Neill. Nunca había podido mirarlo a los ojos.

—No quisiera herirlo —había dicho Annie infinidad de veces—. Nunca le haré daño.

Miró otra vez el artículo y lo releyó. Necesitaban información histórica acerca del faro. Pronto acudirían a ella. ¿Quién vendría? ¿Alec O'Neill? ¿Paul Macelli? Quizás un miembro del Servicio de Parques. Sería lo mejor. A veces, Mary hablaba demasiado, y si veía a Alec o a Paul... tal vez les dijera más de lo que desearan oír.

Capítulo 8

Olivia compró un cucurucho de helado de fresa en la pastelería, se sentó en un banco que había en la acera y contempló el edificio flanqueado de cedros donde estaba el estudio de Annie. La pared del frente estaba formada por diez ventanales. Adivinaba los *vitraux* de las ventanas, pero desde donde estaba, bajo el sol del mediodía, no distinguía las formas ni los dibujos.

Ya había hecho lo mismo anteriormente: se había sentado en un banco y contemplaba el estudio, un mes después de que Paul empezara a hablar de Annie, cuando aún vivía. En la mente de Olivia, Annie había alcanzado una dimensión sobrenatural: se sentaba allí y trataba de verla pero no lo había conseguido. No había tenido valor para entrar en el estudio. No estaba segura de cómo reaccionaría frente a aquella mujer. Paul era brillante y atractivo. Si se proponía seducirla, sólo era cuestión de tiempo que la mujer cediera. Olivia se imaginaba presentándose ante Annie. Si la otra tenía un resto de decencia, no querría herir a Olivia.

Pero ese día tenía motivos diferentes para sentarse a mirar. Quería entender la atracción que Annie ejercía sobre Paul. Ya comenzaba a percibir sus propios cambios. Comenzaba a disfrutar del trabajo voluntario en el Servicio de Acogida aunque hasta entonces no había ofrecido nunca gratuitamente su capacidad profesional. Aunque de manera tácita, la carrera médica siempre ponía el acento en la remuneración.

Al principio, la tarea en el centro le resultó dolorosa. Las historias de las acogidas la seguían hasta su casa y yacía insomne en la cama; las caras fatigadas de las mujeres llenaban el vacío oscuro del dormitorio. El compromiso con las mujeres y los niños reabría heridas que Olivia creía cicatrizadas hacía tiempo. Sabía muy bien lo que significaba ser víctima, lo que era ser pobre y estar desesperado y tenía que recordarse continuamente que ahora era fuerte. Estaba capacitada. Una vez, Paul la había llamado «una profesional consumada», y en ese entonces Olivia lo había considerado un cumplido. Sin embargo, ver a esos niños hambrientos, castigados, desencadenaba el recuerdo de los inviernos helados que había tenido que soportar con un par de zapatos de suelas delgadas, alimentándose de judías en lata y una salchicha compartida con Clint y Avery, sus hermanos.

Terminó el helado y se puso de pie. El movimiento en la playa era más denso con la concurrencia de los escolares que estaban de vacaciones y Olivia cruzó la calle con cuidado. En los últimos tiempos se mostraba más precavida porque

sabía que cada movimiento no sólo era importante para ella sino para la diminuta vida que llevaba dentro.

El sencillo cartel de madera sobre la puerta decía: «*Vitraux* y fotografías». Entró y cerró la puerta tras sí dejando fuera los sonidos de la calle. Le costó unos momentos habituarse a la belleza fresca, tranquila y colorida de la habitación. Frente a ella, un hombre sentado junto a una amplia mesa alzó la vista y la miró. Unas volutas de humo se elevaban sobre su cabeza; apoyó en un cenicero el cigarrillo a medias. Era corpulento, de cabello del color del trigo seco en cola de caballo y lucía un bigote dispar sobre sus labios gruesos. Sostenía una herramienta pesada en la mano y la dejó sobre el cristal teñido que estaba trabajando.

—Si necesita algo, estoy a su disposición. —La voz era profunda y ronca.

Olivia asintió y caminó hacia la derecha evitando la mirada del hombre. Le pareció que se movía a cámara lenta. Se sentía drogada, como hipnotizada por los colores de la luz en el cuarto. El estudio era pequeño, de techo alto, y las paredes de cristal del frente y el fondo estaban cubiertas de arriba abajo con hojas de vidrio esmaltado de todos los tamaños. Al principio no pudo distinguir una pieza de otra pero luego atrajo su mirada una alargada, de más o menos un metro y medio por sesenta centímetros que representaba a una mujer vestida al estilo victoriano. Su traje blanco parecía flotar y ondular en el cristal y le recordó a Olivia el ángel que Paul había comprado para el árbol de Navidad. La mujer miraba con timidez bajo el ala de un sombrero adornado con flores.

Desde su mesa de trabajo, el hombre la sorprendió observando la pieza.

—Esa no está en venta —dijo.

—Es muy bella —respondió Olivia—. ¿La hizo Annie O'Neill?

—Sí. Cuando Annie murió, la reservé para mí. —El hombre lanzó una risa suave y gutural—. Imagino que ella me la habría dado, pues es mi favorita. Las de la derecha son todas de Annie. No quedó mucho, se vendió casi todo.

«La mayor parte la compró Paul», pensó Olivia.

—Lo demás lo hice yo —continuó el hombre. Señaló el extremo este del estudio, hacia un laberinto de mamparas blancas cubiertas de fotografías enmarcadas—. También hice la mayor parte de las fotos, aunque Annie era también una fotógrafa bastante capaz.

Olivia se acercó a las fotografías. Los primeros paneles estaban cubiertos de copias en color: paisajes, crepúsculos, tomas al aire libre, casi todos con la firma de Tom Nestor en el ángulo inferior derecho. Era asombrosa la delicadeza de las fotos teniendo en cuenta la corpulencia del autor.

Olivia giró en el rincón y encontró retratos de tres personas que conocía bien: el marido de Annie y sus dos hijos. El de la niña llegaba a la altura de los hombros. La niña tenía una sonrisa traviesa, dos profundos hoyuelos en las mejillas pecosas y abundante cabello rojizo que flotaba libre en torno a la cara.

La foto del muchacho había sido tomada en la playa. Estaba sin camisa, de pie junto a la tabla de *surf*, el cabello oscuro alisado hacia atrás y unas gotas de agua brillaban como estrellas sobre el pecho.

Entre esos dos retratos había uno en blanco y negro de Alec O'Neill. Olivia se sintió atraída por los ojos claros bajo las cejas oscuras; las pupilas como pequeños puñales le provocaron un estremecimiento. Vestía un jersey negro de lana y una camisa blanca que dejaba ver el vello oscuro del pecho. La cabeza inclinada, una mano en la sien, como si el codo estuviera apoyado en la rodilla flexionada o sobre una mesa fuera del cuadro. No sonreía. Los labios rectos y apretados armonizaban con la fría acusación de la mirada.

Olivia retrocedió y los ojos del retrato la siguieron al tiempo que daba la vuelta para encontrarse con un retrato en blanco y negro de Annie. Olivia lo contempló. La belleza de Annie, su piel blanca le resultaron familiares, aunque al mismo tiempo extrañas. El cabello formaba un halo salvaje de seda sobre el fondo negro brillante.

—Después de fabricar a Annie, rompieron el molde. —El hombre se había acercado y Olivia se volvió a mirarlo.

—¿Es suya la foto?

—Sí. —Al parecer, ese hombre no podía despegar la mirada del rostro de Annie y dirigirla a Olivia, pero por fin le tendió la mano—. Soy Tom Nestor —dijo.

Olía a humo.

—Olivia Simon. —Miró otra vez el retrato—. Debió de ser un modelo maravilloso para un fotógrafo.

—Oh, sí. —Hundió las manos en los bolsillos del mono vaquero. Llevaba enrolladas hasta el codo las mangas de la camisa de rayas azules y un vello rubio y espeso le cubría los antebrazos carnosos—. Uno oye hablar de alguien que muere y no puede creerlo, ¿sabe? Pero luego afronta la realidad. Sin embargo, me costó meses acostumbrarme a la muerte de Annie. A veces todavía imagino que entrará por esa puerta y me dirá que todo fue una broma, que necesitaba tomarse tiempo libre. Me encantaría que ella... —La voz se volvió más aguda; se encogió de hombros y sonrió—. Oh, bueno...

Olivia recordó a la mujer que yacía en la camilla de la sala de urgencias, la línea continua del monitor, la vida que se le escapaba de la mano.

—En realidad, tendría que compartir este lugar con otro artista —continuó Tom—. No puedo pagar la renta yo solo. Alec, el marido de Annie, estuvo ayudándome, pero no concibo la idea de trabajar con otra persona. Trabajé con Annie durante quince años.

Olivia se volvió y lo miró.

—Mi esposo escribió una reseña sobre ella en la revista *Seascope*.

Tom pareció sorprendido.

—¿Es Paul Macelli su marido? No sabía que fuera casado.

«No —pensó Olivia—, sin duda no habló mucho de mí.» Quizá no le dijera a Annie que estaba casado.

—Bueno... estamos separados —dijo.

—Oh. —Tom fijó la mirada otra vez en el retrato de Annie—. Aún viene a veces por aquí. Comentó que se había trasladado. Compró muchos *vitraux* de Annie. Se interesó por el de la dama victoriana, pero yo no quería desprenderme de él.

Olivia contempló el resto de fotografías y luego fue hasta el centro del estudio. Tocó la punta de una pieza de cristal de color que colgaba del cielo raso.

—¿Cómo se hace? —preguntó, y recorrió con los dedos las líneas negras que delimitaban los recortes de cristal azul—. Es plomo, ¿verdad?

Tom se sentó tras la mesa de trabajo. Estaba haciendo un cuadro de iris blancos sobre fondo azul y negro. En el transcurso de diez minutos, Olivia observó fascinada cómo el artesano fundía hilos de soldadura plateada sobre los bordes del vidrio cubiertos de cobre, y los colores de los *vitraux* en las ventanas que jugueteaban sobre las manos, las mejillas y las pestañas claras.

—¿Enseña usted? —preguntó, y se sorprendió tanto como Tom.

—En general, no. —La miró y sonrió—. ¿Le interesa?

—Sí, me gustaría intentarlo, aunque no soy muy creativa. —Nunca había hecho nada semejante. No había tenido oportunidad, nunca se hubo concedido tiempo para una disciplina ajena a su profesión.

—Quizá se sorprenda —respondió Tom. Le mencionó una cifra y Olivia aceptó; habría aceptado cualquier precio.

Tom observó que calzaba sandalias.

—Venga con zapato cerrado —le advirtió—. Necesita gafas de seguridad, pero creo que tengo en algún lugar un par de Annie que podrá usar.

Antes de irse compró una pieza ovalada de Annie: una pluma de pavo real con detalles delicados e iridiscentes. Ya se iba del estudio cuando casi tropezó con una pila de revistas que había cerca de la puerta.

Tom suspiró.

—Tendría que hacer algo con ese lío. —Señaló con un gesto las revistas y un montón de libros en rústica que había allí cerca—. La gente traía revistas y libros y Annie los llevaba al hogar de ancianos de Manteo. No quise decir que dejaran de traerlos porque a Annie no le habría gustado, pero yo no he tenido ánimo de llevarlos.

—En algún momento podría llevarlos yo —propuso Olivia. «¿Cuándo?», se preguntó. Ya la estaban preocupando sus impulsos repentinos.

—¡Ah!, ¿sí? ¡Sería estupendo! Avíseme cuando vaya hacia allá y la ayudaré a cargarlo.

El sábado siguiente llegó al estudio a las once en punto. Tom le ajustó las gafas verdes de seguridad y el delantal de Annie. Dibujó figuras de cuadrados y rectángulos en papel gráfico, apoyó encima un cristal incoloro y le enseñó cómo usar la cuchilla para marcar el vidrio. El primer corte le había salido perfecto, según él, así como el segundo y el tercero.

—Tiene usted un talento natural para esto.

La mujer sonrió complacida. Tenía mano firme; estaba acostumbrada al bistorí. Sólo tenía que habituarse a la fragilidad del cristal.

Con la cabeza inclinada sobre el trabajo oyó a alguien que entraba en el taller.

—Buenos días, Tom.

Alzó la mirada, vio a Alec y la mano se le paralizó sobre el cristal.

—¿Qué tal, Alec? —respondió Tom.

Alec pareció no advertir la presencia de Olivia. Llevaba el estuche de una cámara; traspuso una puerta lateral del taller y la cerró tras él.

—¿Qué hay allí? —preguntó Olivia.

—Un cuarto oscuro —respondió Tom—. Ése es Alec, el marido de Annie. Viene un par de veces a la semana a revelar películas o a hacer distintas copias.

Olivia miró la puerta cerrada del cuarto oscuro y volvió a concentrarse en su tarea. El corte siguiente se quebró un poco y alejó bruscamente las manos del cristal.

—¿No sería conveniente que usara guantes?

—¡No! —Tom pareció ofendido—. Necesita sentir lo que hace.

Olivia trabajó un rato más mirando a menudo el reloj; esperaba terminar antes de que Alec O'Neill saliera del cuarto oscuro. El siguiente corte le salió torcido. No era tan fácil como había creído. Al llegar a casa colgaría la pluma de pavo real en la ventana de la cocina; ahora que tenía una noción más clara de la tarea que había emprendido, deseaba volver a contemplarla, examinarla desde una perspectiva nueva.

Estaba usando unas pinzas para separar las partes marcadas del cristal y la puerta del cuarto oscuro chirrió; fijó la mirada en el trabajo cuando Alec O'Neill entró otra vez en el estudio.

—He dejado los negativos ahí dentro —le dijo Alec a Tom.

—Esos primeros planos de los ladrillos han salido muy bien —afirmó Tom.

Alec no respondió y Olivia sintió que la observaba. Alzó la mirada y se quitó las gafas.

—Te presento a Olivia Simon —dijo Tom—. Olivia, éste es Alec O'Neill.

Olivia saludó con la cabeza y Alec frunció el entrecejo.

—Yo diría que ya la conozco...

Olivia dejó las pinzas y apoyó las manos en el regazo.

—Sí, es verdad —respondió— pero creo que en circunstancias desafortunadas. Yo era la médico de guardia la noche que llevaron a su esposa al Servicio de Urgencias.

—Oh. —Alec asintió—. Sí.

—¿Cómo? —Tom se volvió hacia Olivia.

—Vine a ver los trabajos de su esposa y me gustaron tanto que le pedí a Tom que me enseñara.

Alec ladeó la cabeza como si no la creyera del todo.

—Bueno —dijo un instante después—, ha acudido a la persona apropiada. — Pareció que quería decir algo más y Olivia contuvo el aliento percibiendo la atmósfera inmóvil y colorida que los rodeaba. Pero Alec hizo un breve ademán —. Tom, volveré dentro de un par de días —dijo; giró y salió del taller.

—¿Estaba usted de guardia la noche que Annie murió? —preguntó Tom cuando se cerró la puerta.

—Sí.

—¿Por qué no me lo dijo?

—No me gusta recordarlo.

—¡Pero por Dios, es muy raro! ¿No le parece? Estuvimos de pie allí mismo — señaló las fotografías—, hablamos acerca de Annie y usted no dijo una palabra.

Olivia lo miró. Tenía las cejas rubias fruncidas y los ojos enrojecidos.

—¿No hay temas de los que usted preferiría no hablar? —preguntó Olivia.

Tom se alejó de ella y Olivia comprendió que, sin querer, había tocado algún punto sensible.

—Sí. Está bien. —Movié la cabeza como para disipar las emociones que lo habían conmovido hacía unos instantes—. No quise hacerle ningún reproche. Volvamos al trabajo.

Olivia se sentó a trabajar de nuevo, pero mientras cortaba y medía tuvo conciencia del silencio penoso de Tom y supo que aquel hombre también había amado a Annie O'Neill.

Capítulo 9

—Esta noche vendrás a la fiesta de graduación, ¿verdad? —Clay miró a su padre a través de la mesa; Lacey bañaba su bizcocho helado con almíbar.

—Claro —respondió Alec—. No me la perdería. —Le sorprendió que Clay dudara pero recordó que, últimamente, su conducta no era demasiado previsible.

—¿Llevas bien preparado el discurso? —preguntó.

Desde hacía unos días Clay estaba nervioso, cosa poco habitual, y en ese momento golpeaba el suelo con el pie bajo la mesa. Llevaba los apuntes a todos lados en el bolsillo de la camisa o apretados en la mano. En ese instante las fichas, manchadas y arrugadas, se apoyaban contra el vaso de zumo de naranja. Alec sintió pena por su hijo. Quiso poder ayudarlo de algún modo.

—Voy bien —dijo Clay—. De paso, ¿puedo invitar a algunos amigos después de la ceremonia?

—Por supuesto —respondió Alec, contento—. Hace tiempo que no invitas a nadie. Yo os dejaré.

—Bueno, no es necesario que te vayas —se apresuró a afirmar Clay.

Alec buscó en el bolsillo trasero, sacó la cartera y la dejó en la mesa junto al tazón de Clay.

—Coge lo que necesites para la comida o cualquier otra cosa que haga falta.

Clay contempló un instante la cartera. Echó una mirada a Lacey y luego la abrió y sacó un billete de veinte.

—Con eso no podrás comprar gran cosa —dijo Alec. Recuperó la cartera y le dio dos billetes más—. Sólo te graduarás una vez en la vida.

Clay apoyó el dinero en la mesa.

—Últimamente actúas como si el dinero no tuviera importancia —observó, cauteloso. Alec tenía la sensación de que sus hijos creían que estaba perdiendo la cordura. No trabajaba y gastaba sin preocuparse. No obstante, aún no estaba dispuesto a hablarles del seguro. Necesitaba conservar todavía para sí aquel dulce y tierno secreto que compartía con Annie.

—No tienes que preocuparte por ningún problema económico, excepto los tuyos —aseguró Alec.

Clay echó un vistazo a la cocina.

—Será mejor que vuelva a casa temprano para limpiar esto.

—Ya lo haré yo —se ofreció Lacey, sorprendiendo al padre y al hermano—. Será mi regalo de graduación.

Alec pasó el día con la cámara en la playa de Río Kiss. Tomó diapositivas que utilizaría la semana siguiente en la charla que ofrecería en el Rotary Club de la ciudad de Elizabeth.

Alec y Clay llegaron a casa al mismo tiempo y casi no la reconocieron. Olía a esencia de limón y a aquel aroma que Annie acostumbraba a colocar en la bolsa de la aspiradora. La sala estaba immaculada y la cocina, fregada, resplandecía inundada por los cristales de color de las ventanas.

—¡Dios! —exclamó Clay mirando alrededor—. Es una pena hacer una fiesta aquí. No quisiera desordenar.

Lacey entró en la cocina desde el lavadero con un cesto de ropa limpia en los brazos.

—Lacey, la casa está preciosa —afirmó Alec.

La niña dejó el cesto y frunció la nariz pecosa.

—Ya estaba fastidiándome el desorden —dijo.

Alec sonrió.

—Sí, a mí también, pero no tenía ánimos de limpiar.

—Gracias, O'Neill —dijo Clay—. Si fracasas en la universidad, siempre podrás conseguir trabajo como sirvienta.

Alec contempló el cesto de ropa limpia. Encima, cuidadosamente doblaba, estaba la camiseta verde de Annie. La levantó; los pliegues se deshicieron y la tela gastada le cayó sobre el brazo.

—¿La has lavado? —Pregunta de respuesta obvia.

Lacey asintió.

—Estaba sobre tu cama.

Alec se llevó la prenda a la nariz y sintió el olor del detergente. Lacey y Clay se miraron y Alec dejó la prenda a un lado.

—Vuestra madre la usaba mucho —explicó—. Cuando regalé sus pertenencias conservé ésta como recuerdo. Aún tenía el olor de aquello que usaba para el pelo. Tendría que haberla separado para que no se mezclara con el resto de ropa sucia. —Forzó una risa—. Supongo que ahora puedo deshacerme de ella. —Miró el cubo de basura del rincón de la cocina, pero deslizó la camiseta bajo el brazo.

—Estaba con tus sábanas sucias —dijo Lacey en tono agudo, asustada y a la defensiva—. ¿Cómo podía saber que no era para lavar?

—Está bien, *Annie* —dijo—, es que...

Lacey dio una patada en el suelo, colérica.

—¡Yo no soy Annie!

Alec repasó rápidamente lo que había dicho. Sí, acababa de llamarla «Annie». Le tocó el hombro.

—Lo siento, tesoro.

Lacey le apartó la mano.

—¡La próxima vez lavarás tú tu maldita ropa!

Alec la vio salir corriendo de la cocina, poco después oyó los pasos ligeros en las escaleras y por fin, el portazo de la puerta del dormitorio de Lacey.

—¿Te das cuenta de lo que has estado haciendo? —dijo Clay con calma.

Alec miró a su hijo.

—¿Qué? ¿Llamarla Annie? —Frunció el entrecejo y trató de recordar—. No, no suelo hacerlo.

—Pregúntale a ella. —Clay hizo un gesto hacia las escaleras—. Sin duda Lacey te dirá cuántas veces la has llamado así.

Alec se quitó con esfuerzo la chaqueta y apoyó la espalda contra el asiento del coche. Sintió la transpiración en el cuello, sobre el pecho. Intentó disminuir el ritmo de la respiración, darle regularidad, dejar de tragar bocanadas de aire.

Dejó el automóvil separado de los demás coches en el aparcamiento de Cafferty High. Necesitaba unos instantes a solas para tranquilizarse antes de afrontar a los demás, los padres de los amigos de Clay que no había visto desde hacía meses y los profesores. Todos querían hablar con Alec y ponderar a su hijo. Si pudiera conservar la sonrisa y decir las palabras adecuadas en cada momento... Por Dios, las próximas dos horas serían muy difíciles. «Maldición, Annie.»

Annie solía hablar de la graduación de sus hijos. Aunque fingiera que los logros de Lacey y Clay eran espirituales, se enorgullecía de todo lo que hacían. Habría armado el suficiente barullo en la ceremonia para que Clay supiera que estaba allí presente. «Annie es una madre apasionada», había dicho una vez Tom Nestor, y tenía razón. Procuraba dar siempre a sus hijos lo que nunca había recibido ella de sus padres.

Ellos no habían asistido a la graduación de Annie en aquella escuela privada de Boston. «Habríamos asistido orgullosos si hubieses conservado tus buenas notas —le había dicho su padre—, pero es imperdonable que el semestre pasado perdieras tu lugar en el Cuadro de Honor.»

Los padres de Annie eran muy ricos. Habían criado a Annie para que ocupara un lugar en el círculo social al que pertenecían, para que tratara con los hijos de sus bien relacionadas amistades. Cuando la muchacha los decepcionaba, cosa que ocurría a menudo ya fuese casual o deliberadamente, la castigaban echando mano al desprecio. Alec se imaginó la infancia de Annie: una niña de salvaje cabello rojo sentada sola en un rincón de su cuarto, con los ojos llenos de lágrimas y abrazada a un osito de felpa. Annie nunca le había descrito semejante escena, pero Alec la había visto con claridad en la mente cuando la conoció y comprendió su desesperada necesidad de amor.

Annie reaccionó a la educación recibida absteniéndose de criticar a sus hijos, amándolos de manera incondicional. «No me importaría que fuesen tan horribles que la gente no pudiera mirarlos sin descomponerse, o tan tontos que no pudieran aprender a contar hasta diez —decía—. Aun así, serían mis preciosos niños.»

Alec la oía pronunciar aquel discurso mientras amasaba pan en la cocina: en su recuerdo, Annie usaba la camiseta verde remangada con una mancha de harina en el pecho izquierdo.

«La camiseta.» ¿Por qué lo atraía tanto? La prenda conservaba el olor de Annie sólo en su imaginación, pero cuando la vio sobre la pila de ropa limpia sintió como si volviera a perder a su esposa.

«¡Crece!» Dijo esa palabra en voz alta para sí; cogió la cámara y salió del coche. El aire era pegajoso y cálido, y la brisa le inflaba las mangas de la camisa. Tendría que pensar en el faro o en el *windsurf*. Por el bien de Clay, tenía que sobreponerse.

—¿Alec?

Se volvió y vio a Lee y a Peter Hazleton que se acercaban. Eran los padres de Terri, la novia de Clay. No los había visto desde el funeral de Annie.

—¡Hola! —Se las ingenió para esbozar una sonrisa.

Peter le palmoteo la espalda.

—Es un gran día, ¿verdad? Mi cámara no funciona. ¿Le haces unas fotos a Terri, por favor?

—Si no lo hago, Clay no me lo perdonará. —Divisó a Lacey con un grupo de niñas—. Iré con Lacey a buscar asiento —dijo, aliviado de escapar.

Últimamente, Alec se sentía confundido cuando veía a Lacey. Necesitaba volver a ver a Annie para poder comparar los rostros y distinguir las diferencias. Quizás así acabara con la sacudida que sentía al ver a su hija. Se parecía más a su madre que la misma Annie. Alec se sentía incómodo con ella. No podía mirarla más que unos segundos sin sentir una intensa tristeza.

La llamó y la niña se acercó con especial cuidado en evitar la mirada del padre, con los ojos hacia el suelo o hacia el cielo. Alec no la había visto desde la explosión la tarde anterior en la cocina.

—Busquemos asiento —le dijo, y la niña lo siguió en silencio.

Clay les había reservado dos asientos en primera fila. Alec se sentó entre Lacey y una obesa mujer que transpiraba en abundancia y que se apretaba contra el muslo de Alec. Alec se acercó más a Lacey y sintió olor a cigarrillo en el pelo. ¡Sólo tenía trece años, maldición!

Sacó la cámara del estuche y comenzó a cambiar las lentes. Lacey miraba hacia delante, a la tarima de madera vacía, y Alec comprendió que sería él quien tendría que romper el silencio.

—Lace, siento haberte llamado Annie —se disculpó.

Lacey se encogió de hombros como si no respondiera a nadie en particular.

—No importa.

—Claro que importa. Clay me ha dicho que no era la primera vez que lo hacía.

Lacey se encogió otra vez de hombros y bajó la mirada hacia el sector de tierra seca delante de ellos.

—Exageraba mi reacción con aquella camiseta.

La muchacha giró la cara hacia el lado contrario al padre. Se mecía ligeramente como si oyera un tambor que Alec no percibiera.

—¿Cuándo comienza la escuela de verano? —preguntó tratando de interesarla, pero en ese momento apareció Clay frente a ellos. Ya llevaba puestos el birrete y la toga azules y una capa de sudor le cubría la frente.

—Os he conseguido unos asientos estupendos, ¿verdad? —Clay le tendió la mano y Alec la estrechó: el gesto lo hizo sentirse viejo. Clay metió la mano en la toga y sacó las notas ajadas del bolsillo del pantalón. Se las entregó a Alec—. Guárdalas. No quiero apoyarme en ellas. —Tironeó un largo mechón del cabello de su hermana—. ¿Cómo estás, O'Neill?

Lacey se alzó de hombros.

—Bien.

Clay miró hacia atrás.

—Es mejor que ponga manos a la obra —dijo; se volvió y caminó hasta el escenario.

Por fin, los graduados se sentaron y comenzaron los discursos. Mientras Clay ascendía a la tarima, Alec sintió que Lacey se ponía tensa a su lado. Quiso abrazarla, atraerla hacia él, pero dejó las manos sobre el regazo y contempló a su hijo. Desde allá arriba, Clay pareció afrontar al mundo como un hombre. La voz que salía del micrófono era más profunda; la sonrisa, auténtica. Nada delataba su nerviosismo. Podía imaginarse que estuviera improvisando el discurso, pues las palabras brotaban con fluidez. Habló acerca de la clase y de los logros. Luego vaciló un instante y, cuando volvió a hablar, la voz le temblaba de modo casi imperceptible.

—Agradezco a mis padres que, con su amor y respeto, me enseñaran a creer en mí mismo y a pensar por mis propios medios. —Clay miró un momento a Alec y luego a la multitud—. Mi madre murió en diciembre y mi único dolor es que no pueda estar aquí para compartir este momento.

Los ojos de Alec se llenaron de lágrimas. Percibió que el público se giraba para mirarlos a Lacey y a él. No se derrumbaría.

«*Windsurf*. Cortar el agua, lejos del ruido, lejos de la orilla, lejos de la melancólica realidad de mi vida.»

Desde la fila de delante, una mujer se inclinó para mirarlo. Por un momento creyó que era Olivia, la médica que había conocido en el estudio. Alec también se estiró para verla con más claridad y se decepcionó: una desconocida.

Al día siguiente era sábado. Iría al estudio a la hora en que la mujer terminara la lección y la invitaría a almorzar. Por fin, le haría unas preguntas, lo que lo había atormentado durante aquellos solitarios e interminables meses.

Capítulo 10

Sintió la frescura del cristal en las yemas de los dedos. Olivia guió el filo de la cuchilla con limpieza sobre la superficie, fascinada por los colores cambiantes de sus manos. Al principio, la luz violácea, verde y rojo intenso que inundaba el taller y caía sobre la mesa de trabajo le impedía concentrarse.

—Ya te acostumbrarás —le aseguró Tom.

Tenía razón. Al cabo de un rato los colores le parecieron elementales, embriagadores.

Tom le entregó otro instrumento de mango biselado.

—Prueba con éste —le indicó.

Olivia cogió el instrumento de manos de Tom y trazó una línea absolutamente recta en el centro del vidrio.

—Has estado practicando —afirmó Tom.

Olivia irradió satisfacción.

—Nada de eso.

Pero era cierto: cada tarde, después del trabajo, se sentaba a la mesa de la cocina y cortaba cristales. La primera vez le había costado ponerse, pues tenía varios artículos pendientes en *Medicina de Urgencia*, pero luego adquirió cierto ritmo y comenzó a sentir ansias de llegar a casa por las tardes y sentarse a trabajar con el vidrio. La noche anterior había dibujado un esbozo de figuras geométricas sobre papel cuadriculado y ahora lo utilizaba para cortar las formas en trozos de cristal.

Casi había terminado de cortar la tercera pieza cuando llegó Alec O'Neill. Saludó a Tom con la cabeza y luego reparó en Olivia.

—Me gustaría charlar con usted —dijo Alec—. ¿Tiene tiempo después de la clase?

La mujer se quitó las gafas verdes de protección y miró el reloj de pulsera, aunque no tenía planes para el resto del día.

—Sí —dijo mirándolo. Alec llevaba unos vaqueros desteñidos y una camiseta de cuello alto de color azul pálido, pero en ese momento lo bañaba de pies a cabeza una luz de color bermellón.

—¿A las doce? —propuso—. Nos encontraremos en la pastelería de enfrente.

Desapareció unos momentos en el cuarto oscuro y se marchó otra vez después de decirle a Olivia que se verían más tarde. Cuando salió, la pieza que colgaba sobre la puerta osciló un instante y Olivia contempló la pared de al lado del cuarto oscuro que cambiaba del azul al rosado y otra vez al azul.

Cogió otro trozo de vidrio que le había interesado al llegar al taller. Era de color verde intenso y de textura liviana y ondulada.

—No —advirtió Tom—. Ese trozo no. Está biselado a mano; es demasiado frágil.

—¡Pero es tan bello...! —Olivia pasó los dedos por la superficie fría y ondulada—. Tom, hasta ahora no he roto ninguno. ¿Podría probar?

—Está bien. —De mala gana, Tom apoyó el cristal sobre la mesa delante de Olivia—. Pero imagina que este trozo de cristal es Alec, ¿de acuerdo? Ese hombre es todo lo frágil que una persona puede ser. No sé de qué quiere hablar contigo, pero ten en cuenta que debes ser cautelosa, ¿entiendes?

Olivia contempló los ojos azul oscuro de Tom.

—De acuerdo —respondió en un susurro.

Volvió a colocarse las gafas de protección y apoyó con cuidado la cuchilla sobre el vidrio pasándose la lengua por los labios, reteniendo el aliento. Sin embargo, a pesar del cuidado que puso, de la suavidad del contacto, el cristal estalló en fragmentos bajo sus manos multicolores.

La pastelería estaba repleta. Había gente en traje de baño apoyada contra el mostrador; olía a fiambres y encurtidos, y a crema bronceadora. Olivia se sintió demasiado formal con la falda estampada y la blusa verde. Desde la pared, al lado de la puerta, buscó el rostro de Alec entre la multitud.

—Doctora Simon.

Siguió la dirección de la voz y tras la espalda de una mujer que había cerca de ella vio a Alec sentado a una de las cuatro mesitas situadas junto a las ventanas. Se abrió paso entre la gente. Alec se puso de pie, se inclinó sobre la mesa y apartó la silla.

—Gracias. —Se sentó y vio su reflejo en la ventana.

El cabello oscuro y lacio le acariciaba los hombros y los mechones a los lados de la cara habían crecido bastante como para llevarlos hacia un lado. Recordó el retrato de Annie en blanco y negro con la amplia sonrisa y el cabello brillante.

—Está lleno pero atienden rápido. —Alec giró para mirar el menú escrito con tiza sobre una pizarra negra que colgaba sobre la barra—. ¿Qué le apetece?

—Un emparedado de pavo con pan integral —respondió— y una limonada.

Alec se levantó como un resorte y caminó hasta el mostrador; habló con uno de los muchachos que preparaban los emparedados apoyándole la mano en el hombro. Olivia lo examinó a gusto desde la seguridad de la silla junto a la ventana. Por el aspecto, parecía tener alrededor de cuarenta años y estaba bastante delgado, más aún que aquella noche en la sala de urgencias. Estaba bronceado pero tenía ojeras y las mejillas hundidas, rasgos que Olivia tampoco recordaba aquella vez. El cabello era muy oscuro aunque incluso a distancia se

distinguían los matices grises en las sienes. Se movía con gracia atlética y Olivia supuso que trabajaba en la construcción o en alguna otra profesión que lo obligaba a estar al aire libre, que le permitía descargar esa energía casi eléctrica y lo mantenía en buena forma.

La mujer del mostrador le entregó las bebidas, Alec le dio las gracias con un gesto de cabeza y se abrió paso de vuelta a la mesa. Olivia se preguntó si alguna vez sonreía.

El hombre colocó la limonada frente a Olivia, bebió un trago largo de su vaso y se sentó. La mujer tuvo la impresión de que no se sentaba a menudo.

Alec la miró a través de la mesa. El sol le dio en los ojos y acentuó el contraste entre el azul translúcido y las pupilas negras.

—Le pedí que nos viéramos porque necesito hacerle algunas preguntas respecto a lo que ocurrió con mi esposa aquella noche —dijo. Olivia sintió el roce de la tela de los pantalones contra sus rodillas desnudas y retrocedió un poco—. En aquel momento no me parecieron importantes, pero no puedo... sigo pensando... —Se frotó las sienes con sus largos dedos bronceados—. Presiento algunos vacíos en nuestra historia. La mañana de Navidad le dije adiós y aquello fue lo último.

Bajó la mirada y se echó hacia atrás mientras la camarera depositaba los emparedados sobre la mesa. La nuez de Adán subió y bajó en el cuello del hombre y Olivia comprendió que estaba al límite de la tensión.

—Señor O'Neill... —dijo cuando la camarera se retiró.

—Alec.

—Alec, responderé a cualquier pregunta del mejor modo que sea capaz, pero algunas de las respuestas le resultarán muy duras. Quizá no sea éste el lugar apropiado.

El hombre miró alrededor a la gente amontonada.

—Mi oficina está aquí cerca —dijo—. En estos momentos no estoy trabajando, pero está abierta. Podemos llevarnos los emparedados. ¿No le molesta? ¿Tiene tiempo?

La mujer asintió.

—Me parece bien.

Alec consiguió una bolsa para los emparedados; salieron y cruzaron la calle hacia el aparcamiento del taller.

—Sígueme —le indicó, y abrió la puerta de un coche azul.

Olivia entró en su automóvil y lo siguió por la carretera a Croatan; el hombre giró a la izquierda, hacia Nag's Head. Había hablado de una oficina. Tal vez fuera capataz de la construcción, pero ¿por qué no estaba trabajando? Olivia comprendió que no sabía nada sobre aquel hombre excepto que se había casado con la mujer que ella odiaba e idolatraba al mismo tiempo.

Se detuvieron en el aparcamiento del Hospital Veterinario Beacon y la mujer frunció el entrecejo cuando vio el cartel que indicaba: «Alec O'Neill y Randall Allwood, veterinarios». Era veterinario. Rápidamente tuvo que readaptar su concepto sobre Alec.

Alec se apeó con la bolsa de los emparedados.

—Entremos por la puerta trasera —dijo.

Para su asombro, Olivia se sintió como una intrusa y caminó de puntillas por el sendero de grava que conducía a la parte trasera del edificio. Alec abrió la puerta y entraron en un fresco vestíbulo con baldosas de vinilo. El aire vibró con aullidos frenéticos. El hombre abrió la puerta de la izquierda e hizo pasar a Olivia. Era una oficina pequeña con las paredes empapeladas de color gris perla. La atmósfera estaba tibia y olía a cerrado, y Alec encendió el aire acondicionado que había bajo el techo falso.

—Siento que no esté ventilado —se disculpó—. Dentro de unos momentos estará mejor.

—Es usted veterinario —dijo Olivia y se sentó en la silla tapizada de cuero rojo que le indicó Alec.

—Sí.

Le alcanzó el envoltorio con el emparedado de pavo y se sentó tras el escritorio. Las paredes estaban cubiertas de fotografías y había muchas del faro de Río Kiss. Había algunas otras de gente practicando *windsurf* y una de un cachorro cocker tostado sentado junto a una gata persa gris que se parecía a *Sylvie*. Quiso comentárselo pero el hombre parecía tan ensimismado en sus pensamientos que desistió.

Sobre la ventana que había tras el escritorio colgaba una pieza de vidrio con las letras «M.V.» cobijadas por la cola de un gato negro y las alas desplegadas de una gaviota. Súbitamente, Olivia imaginó a Annie entregárselo: era la sorpresa que simbolizaba el orgullo que sentía por él.

Alec desenvolvió el emparedado y alisó el papel sobre el escritorio.

—Aunque en estos momentos no me siento como un veterinario... Después de la muerte de Annie pensaba tomarme un mes libre, pero... —se encogió de hombros— ... ya ha pasado algo más de un mes.

Olivia asintió. Sabía con exactitud el tiempo que había pasado. La noche en que Alec perdió a su esposa, ella había perdido a su marido.

—Bien. —La miró expectante.

—¿Qué quiere saber? —preguntó la mujer.

—Qué ocurrió exactamente esa noche en la sala de urgencias. Dijo usted que la atendió. En general, comprendo lo que puede significar pero, en el caso de Annie, ¿qué sucedió? —Contuvo el aliento y contempló una fotografía que había sobre el escritorio.

Estaba colocada de modo que Olivia no podía verla pero tenía la certeza de que eran Annie y los niños. Alcanzaba a ver un mechón de cabello rojo, sin duda de Annie.

—Ante todo necesito saber si mi mujer fue consciente en algún momento —continuó—, si sintió algo, si sufrió...

—No —respondió la doctora—. No sufrió ni recobró el conocimiento. Para ser sincera, creo que ni siquiera se dio cuenta de lo que pasó. Lo más probable es que sintiera el dolor agudo de la bala, se sorprendiera y perdiera la conciencia de inmediato.

Alec se pasó la lengua por los labios y asintió.

—Entiendo —dijo.

—Cuando la trajeron estaba muy grave y por los síntomas reconocí que la bala había atravesado el corazón y que la única posibilidad era la cirugía.

—¿La operó usted?

—Sí, con el doctor Mike Shelley. Es el director de la sala de urgencias y llegó a mitad de la operación.

—Con una herida de ese tipo, ¿no deberían haberla trasladado al quirófano del Emerson Memorial?

Olivia se puso rígida. En el fondo de la mente oyó las palabras de Mike Shelley. «Tendríamos que haberla trasladado. Ahora, la vida de esta mujer está en tus manos.»

—Sí, desde el punto de vista teórico era necesario el quirófano, pero se habría tardado mucho tiempo en trasladarla al Emerson y habría muerto en el camino. La única alternativa era la cirugía inmediata.

—¿De modo que tuvo usted que... abrirla en ese mismo momento?

—Sí, y entonces... ¿Está seguro de que quiere escuchar el resto?

Alec dejó el emparedado.

—Quiero saberlo todo.

—El corazón no latía. Logré situar la mano en torno al corazón, obturé con el pulgar uno de los orificios del proyectil y comenzó a latir nuevamente. —Sin darse cuenta, Olivia había alzado la mano. Alec la contempló y algo se contrajo dentro de él. La doctora vio que se sobresaltaba, que la respiración del hombre se aceleraba; bajó de inmediato la mano y la apoyó en el brazo de la silla—. En ese momento concebí grandes esperanzas. Pensé que si podíamos cerrar los orificios, se salvaría.

Le contó cómo Mike Shelley intentó coser los agujeros en la parte dorsal del corazón de Annie. Recordó la sensación de la sangre de Annie fluyendo entre sus dedos. Aun ahora, algunas noches se despertaba agitada y necesitaba encender la luz para asegurarse de que su mano no estuviera tibia y pegajosa de sangre. De pronto, temió echarse a llorar. Estaba a punto de hacerlo. Le escocía la nariz en el esfuerzo por retener las lágrimas.

—Bien —dijo Alec. La voz no tenía matiz alguno—. Al parecer, se hizo todo lo posible.

—Sí.

El hombre se hundió en la silla.

—Había olvidado lo que había sucedido aquella noche —dijo. No la miró. Tenía la mirada perdida en algún punto invisible—. Alguien debió de haber llamado a Nola, mi vecina, pues luego nos llevó a casa en automóvil, pero no recuerdo el viaje. Mis hijos estaban conmigo, pero tampoco lo recuerdo. —La miró—. Empiezo a entender que significó también una noche difícil para usted.

—Sí. —Se preguntó qué manifestaría su propia expresión.

—Ni siquiera es fácil hablar al respecto.

—Tiene usted derecho a saber.

Alec asintió.

—Bueno, gracias por lo que hizo aquella noche y por el tiempo que me ha dedicado. —Señaló el emparedado que tenía Olivia sobre el regazo—. No ha tocado su almuerzo.

Olivia miró el envoltorio del emparedado.

—Lo guardaré para la cena —dijo, pero él no la escuchaba. Contemplaba la fotografía sobre el escritorio.

—Me habría gustado disponer de un momento para despedirme de Annie —dijo. Miró la mano de Olivia y el anillo de bodas en el dedo—. ¿Está usted casada?

—Sí.

—Procure vivir cada momento con su esposo como si fuera el último.

—Bueno, en realidad estamos separados. —Olivia se agitó; se sintió culpable de que Paul y ella estuviesen sanos y salvos, y aun así separados.

—Oh —exclamó Alec—, ¿y eso es bueno o malo?

—Horrible.

—Lo siento. ¿Hace mucho?

—Seis meses. —Si Alec estableció alguna relación entre los seis meses desde la muerte de su esposa y la separación de Paul y Olivia, no lo demostró.

—¿Fue idea suya o de su esposo?

—De mi esposo. —Se miró las manos y jugueteó con el anillo de diamantes—. Había otra mujer —dijo, y se preguntó hasta dónde podría revelar—. No se puede decir que fuera un romance, sino un amor platónico. Paul apenas la conocía. Más bien era una fantasía y, de todos modos, ella se marchó, aunque supongo que mi esposo todavía sigue perturbado.

—¿Existe alguna posibilidad de que se reconcilien?

—Eso espero. Estoy embarazada.

Alec contempló azorado el vientre de Olivia.

—Once semanas —puntualizó la mujer.

Alec alzó las cejas, interrogante.

—Me parecía haberle oído decir...

—Oh. —Sintió que se ruborizaba—. Ocurrió una noche que se quedó a dormir.

Alec sonrió por primera vez y Olivia descubrió el atractivo que se ocultaba tras el rostro ojeroso. La doctora también rió.

Se entreabrió la puerta de la oficina y una mujer asomó la cabeza.

—¿Alec? —Entró en la habitación. Llevaba una bata blanca sobre los vaqueros azules y el cabello oscuro trenzado a la espalda. Lanzó una mirada a Olivia y luego a Alec—. Lo siento —se disculpó—. No sabía que estuvieras acompañado. ¿Trabajando?

—Eso quisieras. —Alec rió entre dientes. Se puso de pie, dio la vuelta al escritorio y besó a la mujer en la mejilla. Luego señaló a Olivia con un ademán—. Te presento a Olivia Simon. Cubría la guardia la noche que murió Annie.

—Oh. —La mujer adoptó una expresión seria y se volvió a Olivia—. Soy Randi Allwood.

—Randi es mi socia —explicó Alec.

—Yo no podría asegurarlo —replicó Randi—. En los últimos tiempos, al parecer soy la única que se ocupa de este lugar.

Alec indicó a Olivia con un gesto que era hora de marcharse y la doctora se puso de pie.

—Alec, necesito hablar contigo —dijo Randi, mientras él se dirigía hacia la puerta.

—Está bien. —Alec abrió la puerta para dejar pasar a Olivia—. Volveré enseguida.

La acompañó hasta el coche.

—Vuelvo a agradecerle sus palabras —dijo— y le deseo buena suerte con su esposo.

—Gracias. —Olivia se volvió a mirarlo.

—Pero... —Alec hizo un ademán hasta tocar casi el vientre de Olivia con el dorso de los dedos— ¿sabe él que está usted embarazada?

Olivia negó con la cabeza.

—No.

—¿Sabe que usted aún lo ama?

—Creo que sí. —¿Lo sabría? En los últimos tiempos la relación había sido tan desagradable que quizá Paul dudara de que lo amaba.

Alec abrió la puerta del automóvil.

—Procure que lo sepa, ¿de acuerdo?

Olivia entró en el coche, lo saludó con la mano y se dirigió a la carretera de Croatan. No recordaba la última vez que le había dicho a Paul que lo amaba. Los últimos meses habían borrado el recuerdo de esa noche.

Fue un jueves por la noche, a principios de abril, y Paul llegó a la casa buscando algo. ¿El *software* del ordenador? No lo recordaba, no tenía importancia. Cuando lo oyó entrar, Olivia ya estaba acostada pero no dormía. El primer pensamiento fue de enfado y amargura: «Qué desfachatez, entrar en la casa como si todavía viviera aquí»; pero pronto se convirtió en el alivio de verlo, de hablar con él. Se quedó quieta mientras Paul cruzaba la sala y subía las escaleras. Entró al dormitorio y se sentó al borde de la enorme cama.

—Siento molestarte tan tarde —dijo—. He venido a recoger unas cosas y me iré.

Olivia lo miró. La habitación estaba a oscuras y sin embargo, ella creyó ver una expresión de ternura en los ojos de Paul. Era real: estaba sentado allí cerca sobre la cama y su muslo tibio y alargado rozaba la cadera de Olivia. La mujer le cogió la mano y la apoyó sobre la rodilla del hombre, y se sintió agradecida porque no intentaba retirarla.

—Quédate un rato —dijo.

Paul le acarició el dorso de los dedos con el pulgar como dándole ánimos y, perdiendo el pudor, Olivia introdujo la mano del hombre bajo la sábana, sobre su pecho desnudo.

Él no dijo nada, pero Olivia sintió que sus dedos jugueteaban con el pezón una y otra vez. Ella apoyó la mano en la hebilla del cinturón de Paul pero temió ejercer excesiva presión, apresurarlo demasiado; sin embargo no pudo detenerse. Había estado sola mucho tiempo.

Paul sacó con suavidad la mano de debajo de la sábana, se quitó las gafas y las dejó sobre la mesilla de noche plegando cuidadosamente la montura. Inclínó la cabeza y le dio un suave beso en los labios. Comenzó a desnudarse con lentitud, dobló la camisa, los pantalones y el corazón de Olivia comenzó a latir con fuerza con la promesa de aquel momento más que por el deseo de hacer el amor. Era la esperanza. Cuando Paul se metió en la cama a su lado, Olivia sonrió. Deseaba darle la bienvenida al hogar.

Al principio la tocó con cierta rigidez, como si no recordara quién era o lo que le gustaba. El falo yacía laxo contra el muslo de Olivia y ella se mordió el labio desilusionada. Sin duda estaba haciendo algo mal: Paul no se excitaba. La asaltó la antigua inseguridad, que Olivia creía desaparecida hacía mucho tiempo.

Sin embargo, las caricias se volvieron más intensas, Paul comenzó a apretarla; y cuando por fin Olivia se colocó a horcajadas y lo guió dentro de ella, Paul estuvo absolutamente dispuesto. Hicieron el amor con exquisita lentitud y Olivia sintió que era ella la que manejaba el ritmo con su propio cuerpo. No quería que acabara. Mientras estuvieran abrazados, se imaginaba todo en orden, que seguirían estando juntos en ese momento y al día siguiente, una semana después y al cabo de un año.

Cuando terminaron, Olivia lloró bañándole el hombro de lágrimas y Paul le acarició el cabello.

—Lo siento, Liv —dijo.

La mujer se apoyó en el codo y lo miró: no sabía por qué se disculpaba.

—Quédate, por favor —suplicó.

Paul negó con la cabeza.

—No tendríamos que haber hecho el amor, puesto que hace la situación más difícil.

—Aún piensas en ella. —Trató de no darle un tono acusador a sus palabras.

—Sí. —Paul se apartó de debajo de la mujer, se sentó a un costado de la cama y cogió las gafas—. Es un sentimiento enfermizo —aceptó—. Sé que está muerta, pero siento como si me hubiera arrebatado la cordura. Ya he dejado de luchar contra ella, me he dado por vencido.

Olivia se sentó y se acercó a Paul; le apoyó la barbilla en el hombro y la mano en la espalda.

—Si volvieras a vivir aquí —dijo—, si intentáramos construir una nueva vida... Tal vez la olvidarías.

—Es inútil y sería injusto para ti.

—Deja que lo decida yo, Paul, me gustaría intentarlo. Ha sido tan hermoso hacer el amor... Eso es lo que tenemos que hacer... —en su mente surgió la palabra «exorcizar»—... para que la olvides.

—No daría resultado. —Se puso los calzoncillos y se levantó; miró por la ventana hacia la mar en sombras—. Hace unos momentos, cuando hacíamos el amor, sólo pude excitarme imaginando que eras Annie. —Se volvió a mirarla—. ¿Es eso lo que deseas?

De inmediato, las lágrimas de Olivia se desbordaron. Cubrió rápidamente su desnudez con la sábana.

—¿Qué tenía esa mujer de especial? —preguntó— ¿Qué virtud poseía que me hace tan deficiente en comparación?

—¡Chst! Nada. —Paul se inclinó sobre ella y la sacudió ligeramente—. Por favor, Liv, no llores.

La mujer lo miró.

—¿Acaso no te ha gustado nunca hacerlo conmigo? ¿Has estado fingiendo durante todos estos años para no herir mis sentimientos?

Paul había sido su primer amante y aunque había sobrepasado la edad en que las mujeres suelen tener su primera experiencia sexual, Olivia estaba aterrorizada. Sin embargo, Paul la alentó con infinita paciencia y le allanó el camino. Alimentó su confianza en sí misma con amorosos elogios, con tiernos halagos y le aseguró que era una fiera en la cama. Durante mucho tiempo, Olivia había pensado que el deseo y la pasión serían emociones que le estarían vedadas y sintió un profundo alivio al saberse capaz de experimentarlas.

—Claro que me ha gustado —respondió Paul—. Esto no tiene nada que ver con el sexo. —Volvió la cabeza hacia la ventana, dejó escapar un prolongado suspiro y se frotó la cara con las manos en ademán de fatiga—. Liv, siento lo que te he dicho acerca de Annie. —Movi6 la cabeza y volvi6 a hablar con voz espesa—. No te lo mereces. De verdad, lo siento.

La mujer no supo qu6 decir. No se le ocurría qu6 palabras podrían salvar los restos del sentimiento que quedaba entre ellos y se qued6 callada mirando c6mo terminaba de vestirse, se inclinaba sobre ella para besarla en la cabeza y se marchaba de la habitaci6n. Lo oy6 buscar algo en el estudio, luego, que salía de la casa y cerraba la puerta con suavidad pero sin dudar, c6mo enfilaba la carretera e incluso lo oy6 girar la curva hacia Mallard Run. Pas6 una hora hasta que Olivia pudo cerrar los ojos y otra hasta que se durmi6. Y al cabo de algunas semanas, descubri6 que la semilla que Paul había imaginado implantar en el vientre de Annie, había engendrado una nueva vida dentro de ella.

Alec no se sorprendi6 al ver que Randi lo esperaba aú n en la oficina. Desde hacía seis meses había evitado verla. Se top6 con su socia un par de veces en la tienda y otra vez en el Sea Tern, pero cort6 bruscamente los encuentros y la rehuy6 cuando comprendi6 que la simpatía de Randi se convertía en impaciencia. Y ahora estaba acorralado.

—Siéntate, Alec. —Randi ocupaba la silla que había albergado a Olivia y Alec volvi6 a instalarse en el escritorio.

—Me ha alegrado entrar y verte sentado en esa silla —dijo Randi.

—Mira, Randi, he venido porque teníamos que hablar de un asunto demasiado delicado para hacerlo en el restaurante. Éste era el sitio ideal para encontrarnos. No te hagas ilusiones.

—Alec, ¿cuándo vas a reincorporarte?

Al hombre le disgust6 que se lo preguntara de modo tan directo. Era imposible evadir la respuesta.

—No lo sé —respondió.

La mujer suspir6 exasperada y se inclin6 hacia delante.

—¿De qu6 demonios vives? ¿C6mo alimentas a tus hijos? ¿C6mo piensas costear los cuatro ańos de Clay en Duke?

—No es ningú n problema.

—¿No estarás perdiendo el juicio?

—Randi, disfruto del tiempo libre. Me ofrece la posibilidad de trabajar en la comisi6n del faro.

La muchacha se apoy6 en el respaldo con el entrecejo fruncido.

—Alec, estás tomándome el pelo.

El hombre sonri6.

—No me dediques esa sonrisa condescendiente —replicó la joven, pero también sonrió—: ¡Oh, Alec, la cuestión es que te echo en falta y me preocupas! Tú te limitaste a dejarlo todo a mi cargo. Dijiste que dispondrías de un mes, pero ha pasado casi un año y tengo que hacerlo todo yo sola.

—Ni siquiera han pasado seis meses y no estás sola. ¿Acaso no te ayuda Steve Matthews?

Randi hizo un gesto impaciente con la mano.

—No se trata de eso.

Alec se puso de pie, dio la vuelta al escritorio y se apoyó en él intentando ganar la puerta.

—Randi, si hay demasiado trabajo, dímelo y buscaremos a alguien que te ayude. No quiero que estés sobrecargada.

La muchacha suspiró y pareció desinflarse.

—Estoy bien, pero supuse que si te sentías culpable tal vez te haría reaccionar. —Randi se puso también de pie y Alec se sintió complacido porque al fin se rendía.

La muchacha se acercó a abrazarlo, el hombre respondió al abrazo y por un momento descubrió atónito la sensación de los senos de ella contra su pecho, el cabello tibio y fragante junto a su mejilla.

La apartó con suavidad.

—¡Ah, qué estupendo! Hacía mucho que no abrazaba a una mujer.

En los ojos de Randi brilló una súbita chispa.

—Me encantaría arreglarte una cita con esa amiga mía —dijo.

Alec negó con la cabeza.

—Alec, te encantaría, y ya es hora de que empieces a salir. El mundo está lleno de mujeres solas y tú eres un hombre libre.

La palabra «libre» lo irritó.

—Todavía es pronto —replicó.

—¿Y la doctora? Es bonita y...

—Y está casada... y espera un hijo.

—¿No echas de menos el sexo? —le preguntó sin rodeos.

—Eso y muchas otras cosas —replicó; de pronto se sintió irritado y Randi retrocedió— Randi, esto no es un juego de escuela secundaria. He perdido a mi esposa. Era mi brazo derecho, ¿sabes? Annie es irremplazable.

—Lo sé —dijo Randi en voz suave. Tenía lágrimas en los ojos.

—Déjame hacer las cosas a mi manera, ¿de acuerdo? —Cogió las llaves de encima del escritorio y se dirigió hacia la puerta.

—Alec —dijo la muchacha—, por favor, no te enfades.

—No estoy enfadado. —Abrió la puerta y se volvió, mirándola—. No creo que me entiendas Randi, no te preocupes.

Cuando llegó al coche estaba sudando. Se sentó, dejó la puerta abierta un momento y esperó a que el aire acondicionado lo refrescara. Entonces condujo hacia la carretera con rumbo norte con el piloto automático. En unos instantes llegó a Río Kiss. A esa hora había turistas en el faro, pero sabía cómo eludirlos.

Tomó el camino serpenteante bordeado de árboles que lo acercaba al faro. Tuvo que detenerse, pues uno de los caballos salvajes, el potro negro que había curado de una infección el otoño pasado, cruzó sin prisa frente al automóvil. Siguió conduciendo hasta que llegó al pequeño aparcamiento rodeado de densas matas de laurel. Se apeó y caminó por el sendero hasta el faro.

Ese día estaba el mar agitado. Rompía salvaje contra el malecón y sintió que se le mojaba la cara mientras se acercaba al faro. En la medialuna arenosa que formaba la playa de Río Kiss y que menguaba constantemente, había un par de niños y algunos turistas que paseaban; unos leían las placas, otros se protegían los ojos con la mano y miraban hacia la baranda de hierro que circundaba el faro allá arriba, contra el cielo.

Alec procuró pasar inadvertido mientras se acercaba a la puerta de la torre de blancos ladrillos. Echó una mirada a la casa de la anciana guardesa. Al parecer, ese día no había acudido el Servicio de Parques. Bien. Sacó la llave del bolsillo, la introdujo en la cerradura y con cierta dificultad se abrió la puerta. Hacía unos años, Mary Poor le había dado la llave a Annie y ella la guardaba con exagerado celo.

Se deslizó dentro y cerró la puerta tras él. Estaba fresco, casi frío. En algún lugar de la torre había pájaros. No podía verlos pero oía el eco de su aletear, del piar ocasional que rebotaba contra las curvas paredes de ladrillo. También allí eran blancos los ladrillos, aunque la pintura estaba descascarillándose y caía al suelo en forma de áspero polvillo.

Alec comenzó el prolongado ascenso por la escalera metálica circular; no se detuvo ante las ventanas rectangulares, seis, que jalonaban los rellanos y cuando llegó a la enclaustrada sala del fanal estaba aturdido. Últimamente no hacía suficiente ejercicio.

Abrió la puerta y salió a la galería iluminada por el sol. Se sentó cerca de la torre para no ser visto desde abajo y aspiró el aire húmedo y salado.

El agua, cristalina y azul, se extendía frente a Alec hasta donde alcanzaba su mirada. Podía ver claramente el malecón, que le trajo el recuerdo del funeral y la bienvenida insensibilidad que lo había protegido en ese momento. Desde el instante en que Olivia Simon le dijo que Annie había muerto, no sintió más. Ni lloró ni se sintió con ganas de hacerlo. Nola lo ayudó en los preparativos entre sollozos comentando la eficiencia de Annie para unir a la gente en momentos de crisis y Alec le respondía con un murmullo de asentimiento desde el interior de la cápsula protectora que había levantado alrededor de sí.

El funeral se celebró en la enorme iglesia de la zona norte de Outer Banks, pero aun así resultó pequeña para contener a cuantos habían asistido. Más tarde, alguien le contó que la gente llenaba el vestíbulo, las escaleras e incluso la zona de aparcamiento.

Alec se había sentado entre Clay y Nola. Lacey no quiso ir y él no insistió; pero todos preguntaron dónde estaba la niña. Demasiado aturdido, no comprendió que no bastaba con responder: «No ha querido venir».

Acudió la madre de Annie y Alec accedió a que se sentara, pero al fondo de la iglesia, aunque Nola le había rogado que no le guardara rencor.

—Alec, Annie no permitiría que su madre se sentara allá atrás. —Se lo dijo al oído.

—No la quiero cerca —replicó, y deseó que Clay no se volviera a contemplar a una abuela que todavía no conocía.

La gente comentaba cómo había influido Annie en sus vidas. Hablaron uno tras otro desde el púlpito y por fin, el comisario del distrito dijo que Annie había sido «la mujer del año» durante los cuatro últimos, que había adornado con su trabajo la biblioteca del centro comunitario y cómo había luchado por los derechos de los que no podían hacerlo por sí mismos: «Ella fue nuestra Santa Ana. Uno sabía que podía contar siempre con ella. La palabra “no” no figuraba en su vocabulario».

Alec lo escuchaba todo tras el muro de protección. Le disgustaba la exaltación de la generosidad de Annie precisamente porque era aquello lo que la había matado.

Después fueron todos a la orilla de Río Kiss para ver a Alec y Clay esparcir las cenizas de Annie por el ventoso malecón. Cuando Alec las liberó, cuando vio horrorizado cómo el viento las arrebatava y las alejaba con cruel velocidad, el aturdimiento se convirtió en una pena arrasadora. Contempló atónito las cenizas hasta que Clay le sacudió el brazo.

—Papá, tenemos que irnos.

Cuando volvieron a la orilla, Alec sollozaba sin contenerse apoyado en el hijo. Hubo brazos que lo sostuvieron y se encontró en un círculo amoroso. Clay, Nola, Randi, todos se acercaron más a Alec hasta formar una sola masa situándolo en el centro: estaba rodeado de gente... y absolutamente solo.

Alec se inclinó hacia delante y miró hacia abajo desde la galería. El océano estaba más cerca de la torre que la última vez que había subido allí... ¿O era su imaginación? Fuera lo que fuese lo que el Servicio de Parques decidiera, tendrían que apresurarse.

Tanteó el bolsillo donde llevaba la llave ilícita. ¡Mary! Entonces se le ocurrió que, en cuanto llegara a casa, llamaría a Paul Macelli, el periodista, y le diría que

entrevistara a Mary Poor. Ojalá la anciana siguiera viva y lúcida. Sin duda, recordaría mil anécdotas y si ella podía ayudarlo, no necesitaría más documentación.

Alec se puso de pie y aspiró una gran bocanada de aire salado. Aunque aún recordaba a Randi hablándole de las ventajas de ser «libre», se sintió mejor. Movi6 la cabeza. Era imposible que Randi lo comprendiera. No tenía que culparla por ello.

Pensó en la doctora. Olivia, la mujer a quien el marido había abandonado en pos de una fantasía. Ella sí que sabía cómo se sentía Alec, a tenor del modo en que le hablaba y por la simpatía que percibía en sus ojos. Ella sabría entenderlo.

Capítulo 11

De espaldas sobre la cama, Paul contemplaba los colores en el techo. Eran las seis de la tarde, la mejor hora para estar en ese cuarto. La inclinación de la luz daba vida al pez tropical en la pecera de vidrio esmaltado que colgaba de la ventana y lo reflejaba en el cielo raso, quizás un poco distorsionado pero resplandeciente de azul, verde y dorado. Era capaz de permanecer acostado mirando esos reflejos hasta que oscurecía. Había pasado muchas noches en casa viendo oscurecer en el dormitorio y en ese mismo momento anhelaba la oscuridad y el sueño. Quería dormir y olvidar la llamada de Alec O'Neill. Quería fingir que no había descolgado el teléfono una hora antes, que no había escuchado el entusiasmo que vibraba en la voz de Alec. ¿Cómo era posible que estuviera tan contento, tan satisfecho de la vida? Alec le dijo lo que había pensado, y no entendía cómo no se le había ocurrido antes. Podía entrevistarse con Mary Poor, la anciana guardesa del faro, en búsqueda de datos para el folleto del faro.

Atónito, Paul guardó silencio. «Oh, sí —pensó—, y también podría acostarme sobre una cama de clavos.»

—Vive en la residencia de ancianos de Manteo —continuó Alec—. Mi esposa solía visitarla y la última vez que lo hizo, hace aproximadamente seis meses, estaba muy lúcida.

Paul no tuvo escapatoria. Aquella mañana que habló con Nola Dillard y le pidió que lo incluyera en la comisión, se había tendido su propia trampa. Pero quizá Mary Poor no lo recordara. Sin importar lo lúcida que estuviera, era una mujer muy anciana y no lo había visto desde hacía años. Pensó decirle a Alec que había surgido un inconveniente y que, en definitiva, no podía participar más en la comisión, pero la atracción del faro era demasiado intensa. Respondió que le encantaría entrevistar a la anciana guardesa del faro. Colgó el teléfono, fue al dormitorio y se acostó, dejando que los colores ejercieran su efecto sedante.

El teléfono volvió a sonar y Paul se estiró sobre la mesilla para atenderlo.

—¿Interrumpo? —preguntó Olivia.

—No. —Se acostó otra vez con el teléfono al oído. Los colores comenzaban a desviarse y se desvanecían sobre la pared opuesta.

—Sólo llamo para saber cómo estás.

—Estoy bien —respondió Paul—. ¿Y tú?

—Bien. Esta noche trabajo en el Servicio de Acogida.

—Todavía sigues con eso, ¿eh? —Detestaba que Olivia trabajara allí.

Annie había colaborado en el centro por un auténtico deseo de ayudar a los demás, pero Paul no entendía los motivos de Olivia. A veces imaginaba que podía ocurrirle algo espantoso en ese lugar. Quizás apareciera otro marido enloquecido. La idea de que Olivia resultara herida lo inquietaba de una forma insospechada.

—Sí, sólo una vez a la semana —Olivia vaciló—, pero el motivo real de mi llamada es para decirte que aún te amo.

El hombre cerró los ojos.

—No, Olivia —dijo—. No lo merezco.

—No he olvidado cómo transcurría nuestra relación.

Paul se sintió un canalla. Era una situación tan dura para Olivia... Ella contaba con él, dependía de él. En la sala de urgencias se mostraba fuerte y segura, pero cuando se quitaba el estetoscopio era más frágil y blanda de lo que parecía.

—¿Paul?

—Aquí estoy.

—Lo siento. No quiero que lo tomes a mal. Es que necesitaba que lo supieras.

—Está bien, gracias.

Olivia dudó un instante antes de despedirse. Cuando cortó, Paul hizo una mueca. ¡Maldición! ¿Qué esperaba que dijera? Olivia seguía exponiéndose a que la hiriera.

Pensó decirle la verdad. Al principio se pondría furiosa, pero luego entendería. Tenía que saber que lo que Paul sentía por Annie no era una mera fantasía. Aunque Olivia no tuviera la culpa, esa palabra quemaba a Paul cada vez que salía de labios de ella. Él le había hecho creer que era todo una «fantasía».

Había realizado innumerables entrevistas a Annie postergando el momento inevitable de escribir el artículo cuando ya no tenía ninguna razón para verla, entrevistas que habían resultado una tortura para Paul. Tuvo que mantener la distancia y se aferraba a cada palabra desde el extremo opuesto de la mesa del restaurante; sin embargo, lo que anhelaba era tocarle la mejilla, enroscar en torno del dedo alguno de aquellos increíbles rizos. Pero sabía que no debía hacerlo. En la mirada de Annie había una pequeña luz de advertencia que lo obligó a mantener un trato profesional.

Aunque Annie no lo aceptó de buena gana, Paul había grabado las entrevistas. «Prométeme que me entrevistarás como si jamás nos hubiéramos conocido, como si fuésemos unos desconocidos», le rogó, y él había cumplido escrupulosamente. Ahora temía escuchar otra vez las grabaciones, volver a oír la voz ronca, el acento de Boston, la risa alocada.

Las grabaciones estaban llenas de alusiones a Alec. Paul odiaba oírla hablar de Alec con calidez, siempre nombrándolo en tono tierno. Le dijo que no necesitaba oír hablar de Alec, que el marido no hacía falta en el artículo. Pero

Annie insistió: tozuda, relató anécdotas acerca de su matrimonio, como si quisiera escudarse tras las palabras. Paul aceptó que se protegiera con ese escudo, que creara esa distancia. Hasta que una noche, no pudo soportarlo más.

Esa noche de crudo frío, cinco días antes de Navidad, fue en coche al estudio. No lo había planeado de manera consciente pero sabía exactamente lo que haría. Dejó el coche y miró hacia las ventanas. Las luces estaban encendidas y las piezas de vidrio esmaltado hacían vibrar la luz. Se acercó a la puerta principal aturdido por el despliegue de formas multicolores que lo rodeaban. O quizá por sus propios nervios.

Desde la puerta principal vio a Annie inclinada sobre la mesa de trabajo; movía la mano con lentitud sobre una lámpara de cristal esmaltado. La puerta no estaba cerrada con llave y cuando Paul entró, la mujer lo miró. Abrió la boca y los ojos y Paul supo que estaba sorprendida y un tanto asustada. Era de noche y estaba sola en la intimidad y la colorida tibieza del estudio. Allí no existía la seguridad de una mesa de restaurante y Annie sabía que Paul no iba a permitirle desgranar pequeñas historias acerca de Alec y del matrimonio para mantener la distancia. Paul comprendió el miedo que reflejaban los ojos de Annie. Lo que no sabía era si tenía miedo de él o de sí misma.

—Paul. —Se respaldó en la silla y le ofreció una sonrisa forzada.

—Sigue trabajando —dijo—. Me gusta mirarte.

La mujer no hizo ademán de levantar el trozo de algodón que sostenía. Paul acercó una silla al extremo de la mesa y se sentó.

—Continúa —insistió.

Annie sumergió el algodón en un tazón de líquido oscuro. Luego lo pasó con cuidado sobre las vetas de plomo que surcaban la pantalla. Llevaba puestos unos pantalones verdes de pana y un grueso y amplio jersey de lana de color hueso. El cabello caía sobre el brazo, sobre la mesa, sobre el cristal.

Por unos instantes, Paul la observó trabajar y no habló.

—Annie, te amo —dijo, y las palabras restallaron en el silencio.

Annie lo miró y se echó el cabello sobre el hombro.

—Lo sé —respondió. Volvió a trabajar, pero un par de minutos después, alzó otra vez la cabeza—. Paul, sería mejor que te fueras.

—¿De verdad lo deseas?

Rápidamente, Annie bajó la mirada hacia la lámpara. Dejó el trozo de algodón y enlazó los dedos sobre la mesa.

—Paul —rogó— por favor, no lo hagas tan difícil.

—Si eres capaz de decirme honestamente que me marche, lo haré.

La mujer cerró los ojos y Paul se estiró y apoyó su mano sobre la de ella. Tenía los dedos fríos y rígidos.

—Annie —dijo.

Ella lo miró.

—Estaba agradecida por el modo en que habías hecho las entrevistas —dijo—, porque no hablabas del pasado, porque no intentaste... aprovecharte de la situación, aun cuando en realidad te habría gustado hacerlo.

—Resultó muy duro estar contigo y no...

—Pero lo lograste —le interrumpió ella inclinándose hacia Paul—, ambos lo logramos. Entonces, ¿por qué vienes ahora a desbaratar tres meses de fuerza de voluntad?

—Porque estoy volviéndome loco, Annie —respondió—. Sólo puedo pensar en ti.

La mujer retiró la mano y la dejó en el regazo.

—Tienes que pensar en tu esposa —le recordó—, y yo, en mi marido.

Paul negó con la cabeza.

—Desde que vivimos aquí, he tratado a Olivia de un modo espantoso.

—Tienes que invertir tus energías en ella, no en mí. Espera. —Abrió un cajón de la mesa de trabajo, sacó una goma y la colocó en la muñeca de Paul—. Cada vez que pienses en mí, haz esto. —Tiró con fuerza de la goma y la soltó contra la cara interna de la muñeca del hombre. Paul hizo una mueca de dolor—. Pronto me olvidarás.

Paul le sonrió.

—Conque es así de sencillo, ¿eh? —Se miró la muñeca y se pasó los dedos por la piel enrojecida—. ¿También tú vas a usarla?

—No la necesito —replicó—. Cuando pienso en ti, me obligo a pensar en Alec. Mi matrimonio es primero. Ahora tengo casi cuarenta años y me atengo a una escala de valores clara. Paul, olvídate, sal por esa puerta y olvídate de que existo.

Paul se puso de pie.

—Jamás podré olvidarte —replicó. Se quitó la goma y la dejó sobre la mesa—. Y no necesito esto. Ya es bastante doloroso pensar en ti. Pero me iré. Lo último que quiero es herirte.

Se inclinó para besarle la frente y sintió la suavidad del cabello de Annie en los labios. Caminó lentamente hacia la puerta, decidido a irse sin mirar atrás.

—¿Paul?

Se volvió. Annie se había puesto de pie. Cruzó los brazos con fuerza sobre el pecho y Paul percibió la batalla que se libraba en el interior de la mujer.

—No quiero que te vayas —dijo—. ¿Podrías... tan sólo abrazarme?

Paul volvió hacia Annie y la cogió con suavidad en sus brazos. Ella se refugió en el abrazo y Paul sintió el olor del sol en el pelo de ella. La mujer suspiró, le rodeó la espalda con los brazos y el hombre la sintió estremecerse.

—¡Oh, Paul, por Dios!

Paul le puso la mano en la garganta. Bajó los dedos, sintió el pulso cálido y acelerado.

—Quiero hacerte el amor —dijo.

Annie echó la cabeza hacia atrás para mirarlo y Paul vio que tenía un surco en el entrecejo.

—Éste es un sitio peligroso para hacer el amor —le advirtió—. Hay vidrios por todos lados. Se incrustan en la alfombra. Se...

—Chst. —Paul le puso el dedo sobre los labios—. No me importa. —Se inclinó para besarla y no se sorprendió cuando Annie echó la cabeza atrás y abrió la boca para recibirlo.

Se alejó de Paul y se estiró para alcanzar el interruptor de luz en la pared, pero él la detuvo.

—Déjala encendida —le dijo—. Quiero verte.

—Ésta es una casa de cristal, Paul. —Annie se soltó.

Claro, Annie tenía razón. Era de noche y afuera estaba oscuro tras las paredes de cristal de ambos lados, pero todo lo que ocurría dentro podía verse desde el aparcamiento, filtrado por las imágenes multicolores de las piezas de vidrio.

Annie apagó la luz y le cogió la mano: ahora guiaba ella.

—Ven —le indicó.

Lo condujo al otro extremo del estudio donde las fotografías se desplegaban sobre un laberinto de mamparas blancas. Annie caminó entre las fotos y encendió una pequeña luz sobre cada una creando un suave resplandor en torno de los dos. Luego se sentó en el suelo con la espalda contra la pared.

Paul iba a sentarse cuando vio una foto a la altura de su cabeza y se encontró ante la mirada seria de Alec O'Neill. Un estremecimiento le recorrió la columna y se sentó tembloroso junto a Annie, pero la mujer lo atrajo hacia ella y la ansiedad del hombre se desvaneció.

Mientras la desnudaba, le miró el rostro. Había en sus ojos una urgencia, un deseo que había ocultado mientras duraban las entrevistas y que ahora era evidente.

—Sólo quiero que me abracés —dijo, pero no impidió que Paul le desabrochara el sostén.

Se puso de rodillas para bajar el cierre de los pantalones de pana y Paul la ayudó a quitárselos. En el cuerpo de la mujer había una suavidad, una plenitud inesperada en la que el hombre deseaba sumergirse.

La acostó sobre la alfombra, la besó y luego bajó la cabeza hasta los pechos. Annie le cogió la barbilla y le alzó el rostro para mirarlo a los ojos.

—¿No te basta con acostarte a mi lado? —preguntó.

Paul negó lentamente con la cabeza; la tocó, deslizó las manos por su cuerpo y la resistencia se esfumó.

Cuando acabaron, Paul sintió una especie de alegría sosteniéndola entre sus brazos junto a él, los corazones latiendo acompasados. Le pareció que habían estado mucho tiempo así y de pronto la sintió llorar.

—¿Qué pasa? —le preguntó, y la besó en los ojos.

Annie se apartó de él con brusquedad y se cubrió la cara con las manos.

—Soy tonta —dijo.

—No, Annie, no digas eso, ni lo pienses.

La mujer se sentó, se apartó hacia un rincón, levantó la ropa y la sostuvo en un bulto contra los pechos. Sollozó con la cara hundida en el jersey; Paul intentó abrazarla y percibió que los hombros se ponían tensos. Bajo la luz blanca, distinguió la plata en el cabello, montones de hebras blancas que se abrían paso entre el rojo y la hacían parecer más vulnerable.

Paul le acarició el pelo. No sabía qué decir; sólo que la amaba y lo repitió una y otra vez mientras Annie sollozaba con la cara oculta entre los brazos.

—Annie, háblame —le suplicó—. Dime que estás enfadada conmigo, cualquier cosa.

Ella no contestó; minutos después, Paul comenzó a vestirse. Se puso de pie, apagó la luz sobre el retrato de Alec y se sentó otra vez junto a Annie. Había dejado de llorar, pero no levantaba la cabeza y los hombros seguían estremeciéndose.

—Te ayudaré a vestirte —ofreció.

La mujer negó con la cabeza.

—No. Por favor, vete.

—No quiero dejarte en estas condiciones.

—Por favor.

Volvió a ponerse de pie y se encaminó de mala gana hacia la puerta.

—Paul.

Se volvió. Había alzado el rostro y a la tenue luz, Paul vio el pavoroso brillo rojizo en las mejillas.

—¿Por qué no te vas de Outer Banks? —le pidió—. ¿Puedes irte a otro sitio? Por favor, Paul, te lo ruego.

La desesperación que sonó en la voz de Annie lo acongojó. Volvió al laberinto de fotografías, se arrodilló y apoyó las manos sobre las rodillas desnudas de ella. En ese momento, el estudio pareció muy frío y Annie no impidió que Paul ajustara el jersey entre los brazos temblorosos de ella. Le sacó el cabello rojo fuera del cuello, se inclinó y le besó la frente.

—Annie, haría cualquier cosa por ti —dijo—, pero no puedo irme. Ahora, éste también es mi hogar.

Cuando Paul regresó a casa, Olivia dormía. La había llamado para avisarle que no lo esperara, que volvería tarde. Se duchó en el baño de la planta baja para no despertarla y en ese momento descubrió los trocitos de vidrio en las rodillas, en el hombro y en la palma.

Fue al cuarto de baño de la planta alta que compartía con Olivia; en el botiquín médico de Olivia buscó las pinzas. Se sentó al borde de la bañera y luchó por quitarse los trozos de cristal a la luz de cera del cuarto de baño. El fragmento de la palma de la mano salió con facilidad; el de la rodilla costó algo más y la herida sangraba cada vez que flexionaba la pierna. Si no se colocaba una venda, por la mañana habría en las sábanas manchas de sangre que tendría que justificar.

El trozo de cristal más difícil de extraer, el más difícil de alcanzar con la pinza, era el del hombro. Cuando terminó, se acostó y comenzó a pensar en lo ocurrido: se preguntó si Annie se habría clavado también trocitos de vidrio. Esperaba que no. No soportaba que sufriera dolor, así como tampoco recordar sus lágrimas.

¿Y si Alec aún estaba despierto cuando Annie llegara a casa? Podría ser que le preguntara por qué había llegado tarde o la sorprendiera tratando de quitarse los fragmentos de cristal de los hombros. ¿Qué le diría Annie? ¿Con qué palabras explicaría un engaño evidente?

Capítulo 12

Como era de esperar, el joven estaba nervioso. Mary lo percibió en la sonrisa cautelosa, en el modo en que evitaba mirarla a la cara. Usaba gafas con montura de metal; el cristal era delgado, parecía que no fueran de aumento, como si las utilizara para parecer más inteligente de lo que era en realidad. Golpeteaba con el extremo de la pluma estilográfica sobre el portafolios mientras se embrollaba en una complicada explicación acerca de lo que deseaba y Mary adoptó la mirada acuosa de los viejos; quería que dudara que comprendía, hacerlo hablar más, verlo inquietarse.

No lo reconoció de inmediato. Es cierto: la gente cambia. Además, cuando se presentó, farfulló el nombre. «Polmasell», dijo, pero luego Mary recordó. Ahora lo recordaba todo.

—Entonces, deseamos editar un folleto informativo con anécdotas de su época en el faro. Cómo es un día en la vida de un farero o algún hecho poco común que hubiera ocurrido, ya sabe. —Miró a Mary de frente por primera vez—. ¿Comprende?

—Sí, señor Macelli —respondió Mary; era obvio que el hombre se había sobresaltado.

—Ah —en los labios de Paul apareció una súbita sonrisa—, así es que me recuerda —dijo—. Ha pasado tanto tiempo, que pensé que...

—Yo no me olvido de nadie.

—Bien. —Jugueteó con el cierre del portafolios—. ¿No le molesta que grabe la conversación? —Sacó de la cartera un bloc de notas y una pequeña grabadora negra.

Mary se alegró: al parecer, el hombre no deseaba hablar del pasado.

—En absoluto, en absoluto —respondió. Se había habituado a repetir las cosas y eso irritaba a los demás tanto como a la misma Mary.

Paul colocó la grabadora sobre el ancho brazo de la mecedora y, cuando la puso en marcha, Mary vio que le temblaban los dedos.

—Comience por donde quiera —le dijo.

Mary dejó las manos sobre la falda de su vestido de algodón y cruzó los pies calzados con zapatillas. Contempló la orilla donde los barcos brillaban al sol. ¡Cómo habría disfrutado Caleb la posibilidad de hablar cuanto deseara acerca de Río Kiss! Él sabría exactamente por dónde comenzar el relato. Pero en la actualidad Mary tenía ciertas dudas sobre el orden de los sucesos, qué era verdad y qué leyenda. Sin embargo, no tenía importancia. Nadie lo sabría.

Se respaldó en la mecedora y cerró los ojos unos segundos; oyó el leve murmullo de la grabadora que registraba su silencio. Entonces, abrió los ojos y comenzó a hablar.

—El faro de Río Kiss se encendió por primera vez la noche que nació el padre de mi esposo Caleb —dijo—. Llegó al mundo en el dormitorio de la planta baja de la vivienda del faro. El primer farero fue el abuelo de Caleb; hacía una semana que su esposa y él vivían allí cuando nació mi suegro y debo agregar que hizo su aparición con unas semanas de anticipación. Todos dijeron que era a causa de la luz, que habría provocado el parto. La partera midió la duración de las contracciones por la rotación del reflector. Eso ocurría el 13 de septiembre de 1874. Veintisiete años después, en 1901, Caleb nació en la misma habitación, casi a la misma hora de la noche y ayudó a traerlo al mundo la misma partera; se decía que aquella mujer era tan vieja como el mundo.

Mary calló unos momentos. Miró otra vez hacia la costa y de pronto lamentó lo limitado del panorama, como advirtiera a su llegada a la residencia. Echaba de menos el paisaje que se veía desde la torre y la extensión infinita del mar que se desplegaba ante ella.

—Caleb solía decir que era innato. —Mary asintió para sí—. Absolutamente innato.

—¿Cómo dice? —preguntó Paul.

Mary lo miró. En el centro de los ojos del color del polvo, las pupilas eran apenas unas motas.

—Cuando uno nace bajo el imperio de la luz, necesita proteger a la gente de los peligros del mar y de las tormentas, de los errores de navegación. La primera inspiración lo llena a uno con el aire del mar; la primera visión es una luz blanca y pura. Y desde el principio mismo de la vida uno sabe cuál es su misión... nadie tiene que decírselo. Esa luz no tiene que apagarse: todo lo que se hace tiende hacia ese objetivo. —Mary hizo una breve pausa y se aclaró la voz—. Lo mismo sucede cuando uno se casa allí —prosiguió—. Desde el momento en que posé un pie en Río Kiss supe que sería la compañera de trabajo de Caleb.

»Caleb solía decir que uno no podía ser hijo y nieto de fareros y no respetar el mar. Es bello y al mismo tiempo peligroso, como algunas mujeres.

Mary miró otra vez a Paul Macelli y éste comenzó a tomar febriles notas en el bloc, aunque la grabadora registrara cada palabra. Tenía los dedos blancos por la fuerza con que oprimía el lápiz y a pesar de sí misma, a Mary le inspiró simpatía.

Rápidamente, continuó.

—Tenía que haber al menos dos guardas en el faro. Los ayudantes llegaban y se iban, pero la familia Caleb jamás se marchó. Para nosotros, era el hogar.

Le contó lo que suponía para Caleb haber crecido en Río Kiss, que la madre cruzaba con él el estrecho en bote cada mañana para que pudiera asistir a la escuela en Deweytown.

—Allí fue donde nos conocimos Caleb y yo —dijo Mary—. Nos casamos en 1923 y yo me transformé en la ayudante de Caleb. Pero estoy adelantándome.

Tenía la boca seca. Le habría gustado beber algo. Una cerveza estaría bien, pero el alcohol estaba prohibido en la residencia. Suspiró y volvió a concentrar la atención en el visitante.

—Antes me preguntaba cómo era un día en la vida de un farero. Consistía en subir escaleras. —Mary sonrió—. En sueños, subo a veces esas escaleras: los doscientos setenta escalones, y cuando me despierto por la mañana me duelen las piernas y juraría que siento el olor del petróleo sobre la almohada. Por cierto, usted creerá que era una vida monótona, pero al recordarla pienso que no fue así, pues ocurren aventuras, tormentas, buques que naufragan y quedan abandonados en la playa... ¿Y qué decir de la noche que los mosquitos cubrieron la luz del reflector? ¿Ha oído algo de eso?

—Me gustaría oír todo cuanto desee usted contarme.

—No tendría usted un cigarrillo, ¿verdad?

—Oh, no —pareció sorprendido—, lo siento.

Mary sacudió la cabeza decepcionada y luego le habló del verano del año en que Caleb y ella se casaron; los mosquitos eran grandes como moscas y el faro los atrajo en tal cantidad que no se podía ver la luz desde el mar. Le habló de cuando Caleb tenía diez años y se había descompuesto el mecanismo que hacía girar los reflectores. El padre se había roto una pierna y no podía subir las escaleras; sólo había auxiliares y entonces, Caleb y la madre se turnaron dos noches enteras haciendo girar las lentes con manivelas a la velocidad usual para que los barcos pudieran percibir la luz en medio del océano y no se desviarán del curso. Recordaba Mary la preocupación que sintió cuando Caleb faltó a la escuela durante dos días. Cuando por fin se arregló el mecanismo, Caleb casi no podía mover los brazos entumecidos y la madre había llorado toda la noche a causa del dolor en los hombros. En los últimos años Caleb aseguraba que sólo había resultado duro el esfuerzo físico. El ritmo de la rotación no los molestaba porque sus cuerpos captaban la armonía de los giros de luz.

Mary le relató el primer naufragio que Caleb recordaba. Había escuchado tantas veces a Caleb esa historia que podía repetirla con facilidad. Había ocurrido una mañana de 1907 cuando la *Agnes Lowrie*, una goleta de cuatro mástiles, encalló en un obstáculo de la costa próxima a Río Kiss.

—Cuando Caleb y su padre llegaron con los miembros del equipo de salvamento, ya había permanecido varada mucho tiempo —dijo Mary—. Veían a las personas sobre la cubierta que les hacían señas creyendo que al fin iban a rescatarlos, pero fue un fracaso. —Describió los intentos inútiles por acercarse a la goleta con los salvavidas y prolongó el relato, recreándose en él—. La goleta se partió en dos y la gente comenzó a arrojarse al agua y a nadar hacia la playa con todas sus fuerzas, pero no sabían lo cruel que puede ser el mar. Cuando llegaron

a donde estaban Caleb y los demás, eran cadáveres flotantes. —Mary se estremeció y recordó cómo la voz de Caleb se convertía en un susurro al recordar el naufragio.

Dentro de la residencia alguien encendió un televisor. Resonó con fuerza en el porche durante unos segundos, hasta que se apagó.

—Bueno pues —prosiguió Mary—, el padre de Caleb murió poco antes de que nos casáramos, y como Caleb tenía gran experiencia, lo nombraron farero, aunque no sin presentar su solicitud. El puesto no pasaba directamente de padres a hijos, pero no tuvo dificultades para obtenerlo. Permaneció unas semanas sin ayudante, hasta que nos casamos; por lo tanto, la noche que lo alcanzó la descarga de un rayo estaban solos su madre tullida y él.

—¿Es cierto? —Paul Macelli estaba impresionado.

—Sí, claro, así fue. Fue algo aterrador y le aseguro que me alegro de no haberlo presenciado. Caleb estaba de pie sobre los escalones interiores del faro, cayó un rayo en la torre y envió una descarga a través de los doscientos setenta escalones de acero. Las piernas de Caleb se entumecieron y ni siquiera entonces dejó que se apagara la luz. No, señor. Se arrastró hasta la sala de reflectores así como estaba y completó la noche de guardia. —Mary contempló las embarcaciones y pensó que había sido un rasgo típico de Caleb, siempre honesto y responsable—. Así eran las cosas en aquellos tiempos —afirmó—, la gente tenía sentido de la responsabilidad. Sentían orgullo por su tarea. Hoy no sucede lo mismo con los jóvenes.

Mary cerró los ojos y calló un par de minutos, hasta que Paul Macelli le preguntó si estaba cansada. La anciana lo miró.

—No —respondió—. Me acuerdo de otra historia. Déjeme que le hable del *Mirage*.

—¿Qué?

—El *Mirage*. Era un barco, un remolcador. —Mary bajó tanto la voz que Paul tuvo que acercarse a la grabadora a la boca para registrar sus palabras—. Sucedió en marzo de 1942. Sabe lo que ocurría entonces, ¿no es cierto?

—¿La guerra? —adivinó Paul.

—Claro, la guerra —asintió Mary—. En ese entonces, el faro disponía de corriente eléctrica y no era necesario preocuparse por los mecanismos ni los reflectores. El único motivo para que permaneciéramos allí era que tenía que haber alguien y la guardia costera dejó que Caleb se quedara como civil, gracias a Dios, pues no sé adónde habríamos ido. De cualquier modo, en ese entonces parecía que la guerra se desarrollara allí mismo, a cierta distancia de la costa. A menudo había apagones en Outer Banks y se mitigó la luz del faro. En la costa no podía haber luz porque los submarinos alemanes habrían distinguido la silueta de cualquier buque recortado contra ella. No obstante, resultaba inútil. En ese

entonces los submarinos derribaban uno de nuestros barcos cada día. Uno cada día.

Mary hizo una pausa dramática.

—Pues bien, una mañana, antes del alba, Caleb estaba en la sala de reflectores y divisó una pequeña embarcación que se alejaba mar adentro balanceándose sobre el agua agitada y que parecía a punto de hundirse. En esto divisó a dos hombres. Embarcó en un pequeño bote de motor y fue en busca de ellos. El mar estaba agitado y helado y Caleb no estaba seguro de llegar. Cuando los alcanzó, estaban medio congelados. Caleb los remolcó; al desembarcar en la playa, le contaron que habían viajado en el remolcador inglés *Mirage*, atacado por los alemanes la noche anterior. Eran los únicos que habían podido salir a la superficie cuando se hundía el remolcador. —Mary miró hacia la calle—. Cuando Caleb pronunció el nombre de la embarcación, yo recordé que, siendo niña, había visto la palabra *Mirage* y le pregunté a mi padre qué significaba. Me explicó que en un día caluroso podría parecer que hubiera agua en la playa cuando en realidad no la había. «Mary —me dijo—, a veces las cosas no son lo que parecen.» Debí prestar atención a lo que me decía. —Mary miró a Paul Macelli para asegurarse de que estuviera prestando atención él también.

»Esa noche alojé a esos muchachos en los dormitorios desocupados de la planta alta. Alrededor de las once Caleb y yo oímos un grito procedente del dormitorio de Elizabeth; Caleb asió rápidamente la escopeta y subió. Uno de los muchachos estaba en la habitación y trataba de convencerla de hacer algo indecente. Caleb le dio su merecido con la escopeta: lo mató allí mismo, en el vestíbulo del piso alto. El otro muchacho huyó cuando vio que Caleb había matado a su compañero; llamamos de inmediato a la guardia costera y lo atraparon. —Mary sonrió al recordar—. Lo hallaron trabado en lucha con un jabalí, un destino que no le deseo a nadie. Luego se descubrió que no eran británicos sino espías alemanes. La guardia costera conocía su existencia desde hacía semanas pero no conseguía hallarlos. A Caleb le dieron una medalla por ese hecho, pero aun así, él se reprochaba no haber dejado que se congelaran los dos en el océano. Por supuesto, el *Mirage* no existía.

De pronto, Mary se sintió exhausta y lanzó un largo suspiro. Señaló al interlocutor con un dedo delgado y recto.

—A veces, señor Macelli, las cosas no son como parecen —dijo—, sino distintas de lo que parecen ser.

Paul Macelli la observó un instante. Apagó la grabadora, alzó el portafolios y lo apoyó en el regazo.

—Me ha sido muy útil —dijo—. ¿Puedo volver a que me cuente más historias?

—Claro, claro —respondió Mary.

Paul guardó la grabadora y se puso de pie. Miró un momento la costa y luego a Mary.

—A comienzos de los años setenta intentaron quitarle la vivienda del faro, ¿no es cierto? —preguntó.

Mary lo observó. Era tonto. Podía haber dejado las cosas como estaban, no tentar al destino y a la cólera de la anciana más de lo que lo había hecho, pero era evidente que no podía evitarlo.

—Sí, es cierto —respondió.

—En ese entonces fue cuando la apoyó Annie O’Neill, ¿verdad? —preguntó.

Mary tuvo deseos de responderle: «Bien lo sabemos los dos ¿verdad, señor Macelli?», pero quería que el joven regresara para contarle más historias, para hablar sin descanso del faro ante la pequeña grabadora negra.

—Sí —dijo—, Annie O’Neill.

Lo observó caminar por la acera y subir al automóvil. Luego apoyó la cabeza en el respaldo de la mecedora y cerró los ojos, sintiendo un punzante dolor de estómago que no desapareció hasta que dejó de oír el ruido del automóvil de Paul Macelli.

Cuando Mary conoció a Annie en mayo del 74, tenía setenta y tres años: casi una muchacha. Estaba limpiando las ventanas de la sala de reflectores cuando divisó a la joven en la playa. Era su playa, porque el sendero que iba hasta el faro no estaba pavimentado en esa época y poca gente se animaba a transitarlo. Primero creyó que Annie era un espejismo y permaneció junto a la ventana para ver si la muchacha se movía y era real. Desde esa altura, Annie parecía una diminuta muñeca que contemplaba el mar, con la falda oscura y el cabello rojo ondeando tras ella.

Mary descendió las escaleras y caminó hasta la playa.

—¡Eh, hola! —gritó acercándose a la muchacha; Annie se volvió, se protegió los ojos con la mano y le dirigió una amplia sonrisa.

—¡Hola! —dijo, sorprendiendo a Mary con su voz ronca. Era una voz profunda para una joven. Y como si la intrusa fuese Mary, preguntó—: ¿Quién es usted?

—La farera —replicó Mary—. Vivo aquí.

—¡La farera! —exclamó Annie—. Sin duda es la mujer más afortunada del mundo.

Mary había sonreído porque era precisamente eso lo que sentía.

—Tenía ganas de venir aquí, hasta el faro. —Annie contempló la arena bajo sus pies—. En este mismo sitio conocí al que es hoy mi marido.

—¿Aquí? —preguntó Mary, incrédula—. Nunca viene nadie a este lugar.

—Estaba pintando y habilitando la casa.

Ah, sí, recordó Mary. Hacía unos veranos la casa bullía de muchachos medio desnudos, bronceados y bellos, con pañuelos a la cabeza para resguardar los ojos del sudor. Seguramente la muchacha se refería a alguno de ellos.

—Sin embargo, cuando conocí a Alec era de noche, una noche oscura, pero lo veía cada vez que alumbraba la luz del faro. Estaba de pie en este sitio y disfrutaba de la noche. Cuanto más me acercaba, más apuesto me parecía. — Sonrió, se ruborizó y volvió el rostro hacia el mar. El cabello se agitaba en largos mechones en torno a la cabeza y alzó las manos para echarlo tras los hombros.

—Bien. —A Mary la asustó que eso hubiera ocurrido tan cerca de su casa—. De modo que este lugar tiene para usted un significado especial.

—Sí. Ya tenemos un niño. Mientras Alec terminaba de estudiar veterinaria nos quedamos en Atlanta, pero siempre supimos que vendríamos a vivir aquí. — Pareció confusa y contempló el faro—. ¿Es usted la farera? —preguntó—. Creía que ya no existían fareros. ¿Acaso no funcionan ya con electricidad?

Mary asintió.

—Sí, éste tiene corriente eléctrica desde 1939. Actualmente, la mayoría de los faros están a cargo de la guardia costera. Mi esposo fue el último farero en la costa de Carolina del Norte y cuando murió lo reemplacé yo. —Observó a Annie que se protegía los ojos para mirar a lo alto de la torre—. ¿Le gustaría entrar? —propuso, sorprendida de su propio impulso.

Nunca invitaba a nadie a subir. La torre había estado cerrada al público desde hacía muchos años.

Annie batió palmas.

—¡Oh, me encantaría!

Caminaron hasta la puerta del faro; Mary se detuvo a recoger el cubo de moras que había recogido por la mañana temprano.

Aún podía ascender hasta la cima de la torre deteniéndose una o dos veces para recuperar el aliento y descansar las piernas. Annie también tuvo que detenerse... o quizá lo fingió para que la guardesa no se sintiera tan vieja. Mary la condujo hasta la sala de reflectores donde las enormes lentes cóncavas ocupaban tanto espacio que casi no se podía caminar.

—Oh, Dios —exclamó Annie, atónita—. Jamás en mi vida había visto tanto cristal junto. —Miró a Mary—. Me encanta el cristal —dijo—. Esto es magnífico.

Mary la dejó deslizarse entre las lentes, por la abertura que se había formado cuando se había tenido que cambiar uno de los cristales roto durante una tormenta. Annie giró lentamente en círculo para abarcar todo el paisaje; Mary sabía que lo vería cabeza abajo a través del cristal curvo de las lentes.

Le costó apartar a Annie de las lentes, conducirla al piso de abajo y salir con ella a la galería. Se sentaron sobre el tibio suelo de hierro y Mary le señaló distintos hitos a lo lejos. Al comienzo, llena de asombro, Annie había permanecido callada y Mary vio que tenía los ojos llenos de lágrimas por la

belleza que se desplegaba ante ellas. Después supo que casi todo hacía llorar a la joven.

Pasaron dos horas en el faro comiendo moras y charlando: la guardesa había olvidado la limpieza de las ventanas de la sala de reflectores.

Mary le contó algunas cosas de Caleb: cómo disfrutaba al sentarse allí con él, y aun después de tanto tiempo viviendo en Río Kiss, nunca se habían aburrido del paisaje. Hacía años que Caleb había muerto y, conversando con Annie, que la escuchaba con atención, Mary se deprimió al advertir qué pocos amigos había hecho después y lo hambrienta que estaba de compañía. Por alguna razón, le habló a Annie de Elizabeth.

—No le gustaba vivir en un lugar tan aislado y estaba resentida con su padre y conmigo. Cuando cumplió quince años se marchó. Dejó la escuela y se casó con un hombre de Charlotte, diez años mayor que ella. Se instaló allí y no nos dio la dirección. Una vez fui para tratar de encontrarla, pero no tuve suerte. —Mary miró hacia el horizonte azul—. Nos destrozó el corazón. —¿Por qué le contaba todo aquello a una extraña, cuando ya ni siquiera pensaba en esas cosas?—. Ahora Elizabeth tendrá cuarenta y cinco años. —Mary movió la cabeza—. Me cuesta creer que tenga una hija de cuarenta y cinco años.

—Nunca será tarde para hacer las paces con ella —dijo Annie—. ¿Sabe dónde está ahora?

La mujer asintió.

—Unos amigos de ella me dieron la dirección. Oí decir que su marido había muerto hace unos años, de modo que debe de estar sola. Le escribo dos veces al año pero jamás he recibido respuesta.

Annie se puso ceñuda.

—Elizabeth ignora lo afortunada que es de tener una madre que se preocupe por ella —dijo—. No sabe lo que ha despreciado.

Mary sintió un nudo en la garganta. Cogió un paquete de cigarrillos del bolsillo de los pantalones marrones de trabajo, sacó uno, lo encendió en la mano ahuecada y aspiró profundamente el humo. Hacía mucho, mucho tiempo que no se permitía pensar en Elizabeth y no podía soportar el dolor que le provocaba, de modo que cambió el tema de conversación con la joven que compartía su balcón. Annie se había manchado manos y labios con jugo de moras y el color formaba un contraste salvaje con su pelo.

—¿De dónde es usted? —preguntó Mary— ¿De dónde viene ese acento?

—De Boston —respondió Annie con una sonrisa.

—Ah, claro —dijo Mary. Estrangulaba las palabras como los Kennedy.

—Mi familia tiene muchísimo dinero. —Annie hizo rodar una mora entre dos dedos—. Mi padre es cirujano cardiólogo. Recibe pacientes de todo el mundo.

El orgullo resonó en su voz. Y algo más, quizá un matiz de nostalgia.

—Sin embargo, hace tiempo que no los veo ni a él y ni a mi madre.

—¿Por qué?

Annie se encogió de hombros.

—Porque están demasiado ocupados. Mi padre, con su profesión, y mi madre, con la beneficencia, amigos de la jardinería y cosas por el estilo. Nunca tuvieron tiempo para ocuparse de una criatura. Yo soy hija única pero aun así, creo que me tuvieron casi por accidente. Sólo me daban dinero de vez en cuando. Tienen tanto, que no saben qué hacer con él. Yo podría tener todo lo que quisiera, al menos en lo que a cosas materiales se refiere. —Contempló el horizonte—. Pero yo no criaré a mi hijo de ese modo. Nunca.

Después de ese primer encuentro, Annie visitaba a Mary con frecuencia; algunas veces llevaba a su precioso niño y otras, no. Mary esperaba ansiosa sus visitas y descubrió que prestaba atención esperando oír el ruido del pequeño Volkswagen rojo de Annie en el camino polvoriento, o trataba de divisarlo desde lo alto de la torre. Siempre le llevaba algo: pan o bizcochos hechos por ella e incluso menús completos que había preparado para la anciana con la comida de la familia. Ella se enfadaba.

—Muchacha, no deberías gastar dinero en mí —le decía, pero Annie le replicaba que era descortés rechazar un regalo o mencionar lo que podía haber costado.

Aunque Annie proviniese de una familia rica, en ese momento, al parecer, no lo era. Decía que, a menudo, el marido tenía que trabajar muchas horas, incluso de noche, y conducir hasta las granjas del interior para curar vacas, caballos y cabras. En Outer Banks no había el suficiente trabajo que le permitiera ganar bastante.

Pocas semanas después de que Mary conociera a Annie, el Servicio de Parques comenzó a hablar de hacerse cargo del faro de Río Kiss. Corrían rumores. La gente decía que iban a pavimentar el camino arenoso. Iban a hacer de la vivienda del faro una atracción turística.

Por primera vez en la vida, Mary tuvo dificultades para dormir. Sabía lo que se avecinaba y no le sorprendió que apareciera un miembro del Servicio de Parques a decirle que iban a prescindir de sus servicios. Tendría que marcharse. Prosiguió diciendo que la ayudarían a encontrar una nueva vivienda, pero ella ya le había cerrado la puerta en las narices.

El rumor llegó a Annie y se puso en acción antes de que Mary supiese que estaba comprometida en ello. Se dedicó a recoger firmas y arrastró a los diarios a la polémica. Incluso apareció a la puerta de casa de Mary con un equipo de la televisión. No dejó piedra sin remover ni político sin molestar en base a una cruzada vehemente, aunque desorganizada. Cuando todo se aquietó y se le concedió a Mary el uso de la mitad de la vivienda del faro, ya se conocía a Annie en Outer Banks tanto como a la propia Mary.

—Vamos, Mary, a la mesa. Es hora de cenar.

Mary sintió que alguien le tocaba el brazo. Abrió los ojos y vio que Gale, una de las muchachas del servicio de la residencia, le entregaba el bastón. Miró hacia la calle.

—¿Aún está aquí el joven? —preguntó. Entonces recordó que lo había visto marcharse.

—No, Mary. Su visitante se ha ido hace rato.

—Volverá —afirmó Mary; se puso de pie haciendo una mueca cuando el pie izquierdo se posó en el suelo y le reprodujo el dolor de cadera—. Sin duda, volverá.

Capítulo 13

Alec podía haber llevado la película al estudio cualquier día de la semana, pero esperó hasta el sábado. Sólo cuando detuvo el coche en el aparcamiento admitió el motivo del retraso: quería volver a ver a Olivia Simon. Se descubrió hablando mentalmente con ella durante la semana, contándole cosas de Annie que otras personas ya no deseaban escuchar. Siempre podía acudir a Tom Nestor, pero la pena de Tom era aún tan intensa como la de Alec y eso lo perturbaba. Nunca le había gustado compartir a Annie con Tom.

Olivia estaba ante la mesa de trabajo, allí donde Alec solía ver a Annie. Tenía la cabeza baja y usaba las viejas gafas verdes de seguridad de ella. La pasada semana la había visto con ellas y aquello le produjo cierto resquemor, pero no se le ocurrió ningún motivo para que no las usara.

Olivia sostenía el soldador y un rollo de soldadura. Tom se inclinaba sobre ella, le guiaba los dedos, la alentaba. Sobre la cabeza de Tom se elevaba la espiral de humo de un cigarrillo. Cuando vivía Annie, Tom jamás había fumado en el estudio.

Alec cerró la puerta y Tom lo miró.

—Hola, Alec —dijo.

Olivia alzó la cabeza del trabajo y sonrió.

—Hola. —Alec caminó hasta la mesa y miró la pieza de cristal—. ¿En qué trabaja? —le preguntó a Olivia.

La mujer le tendió una hoja de papel cuadriculado y Alec examinó el esbozo de fibras de colores: un rectángulo con un loco diseño de formas, cada una de distinto color. La simplicidad del dibujo y el placer de la expresión de Olivia lo hicieron sonreír.

—Tiene talento natural —aseguró Tom señalando a Olivia con la cabeza; Alec dejó el papel sobre la mesa.

—Soy una novata —lo corrigió Olivia, pero ninguno de los dos hombres se sintió inclinado a discutirle.

Alec le tocó con suavidad el hombro y Olivia lo miró: el verde de las enormes gafas de seguridad era casi del mismo color que sus ojos.

—Me gustaría invitarla a almorzar —propuso—, un almuerzo de verdad, esta vez no habrá indigestión.

La mujer pareció sopesar un instante la invitación y luego asintió.

—Está bien.

Alec entró en el cuarto oscuro y comenzó a revelar la película en blanco y negro que había utilizado el domingo anterior. Pensó en el cristal que estaba

trabajando Olivia. El primer trabajo de Annie había sido grande y complicado: dos ovejas en un prado con cinco matices de verde. Nunca había querido perder el tiempo en prácticas. Si esa primera obra no hubiese resultado digna de exhibirse, no habría hecho un segundo intento.

Al mediodía, Alec y Olivia se encontraron en el aparcamiento.

—¿Tiene prisa? —le preguntó Alec cuando la mujer entró al automóvil—. Si tiene tiempo, podemos ir a Duck y comer a orillas del mar.

—Me parece una idea magnífica.

Se abrochó el cinturón de seguridad sobre los pantalones blancos de algodón y por unos segundos el hombre observó fascinado la delicadeza de las manos, la blancura de los dedos y los bordes suaves y redondeados de sus uñas cortas. Recordó que le había contado que sostenía el corazón de Annie en la mano y no pudo apartar la mirada mientras ponía el automóvil en marcha y lo conducía hasta la carretera.

—Nunca he llegado tan lejos —dijo la mujer cuando Alec cogió la bifurcación derecha en dirección a Duck.

—¿Cómo es eso posible? —Le pareció absurdo, ridículo—. Queda cerca de su casa y vive usted aquí desde... ¿cuánto tiempo hace?

—Casi un año —admitió—. Comencé a trabajar en cuanto nos instalamos. Teníamos que habilitar la casa y no hubo tiempo de explorar la región.

Lo dijo como si el marido y ella aún estuviesen juntos. La situación podía haber cambiado durante la semana en que Alec no la había visto. Tal vez había vuelto el marido.

Consiguieron una mesa en el muelle, fuera del diminuto restaurante. Estaban situados sobre el agua y unos gansos cebados los miraron expectantes mientras se sentaban.

Pidieron los dos ensalada de cangrejo. Alec estaba relajado, parecía una persona diferente de la que había sido la semana última. Recordó haber pedido los emparedados en la pastelería con el cuerpo crispado y tenso, listo para saltar. Le había dado miedo oír hablar a Olivia de la noche de la muerte de Annie, pero lo había ayudado mucho escuchar la descripción de lo que había sucedido, oírla expresar el mismo sentimiento que él: la urgencia desesperada de mantener a Annie con vida.

Alec pidió vino, pero Olivia no: se dio unas suaves palmadas en el vientre a modo de explicación y él se acordó del niño.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó.

Se la veía saludable, salvo la palidez casi translúcida de la piel, y supuso que era una característica de ella.

—Estoy bien —respondió—. Un poco cansada. Me preocupa que afecte al niño la tensión que estoy soportando.

—¿No ha vuelto su esposo?

—No. —La mujer contempló las manos que tenía sobre el regazo; quizá jugueteara con la sortija como había hecho la semana última—. Nunca imaginé pasar un embarazo sola y mucho menos criar a mi hijo en estas condiciones. —Le sonrió—. En mis pesadillas sueño que son mellizos. ¡Es lo único que me faltaba!

—¿Hay mellizos en su familia?

—Yo soy gemela.

—¿En serio? ¿Idéntica? —Intentó imaginar otra persona igual a Olivia.

—No. Él era varón.

—¿Era?

—Murió hace unos años. —Olivia agitó una mano en el aire desechando el tema—. De todos modos, ocasionalmente he tenido la sensación de que fueran dos y me aterrorizaba. Pero he oído los latidos del corazón cuando consultaba al médico y sé que sólo es uno.

Callaron mientras les servían la comida. Un rayo de sol brilló en el cabello oscuro y lacio de Olivia.

—¿Cómo está la situación con su marido? —preguntó Alec cuando la camarera se retiró.

Olivia alzó el tenedor.

—Mal —respondió—. Al parecer, le soy indiferente. Como usted me sugirió, lo llamé para decirle que le quería y me contestó que no debía amarlo, que no valía la pena. —Intentó sonreír, pero sin éxito.

—Quizá se sienta culpable por ese amorío.

El hombre vio que Olivia se sobresaltaba.

—No tuvo ningún amorío. Ya le dije que fue más bien una fantasía.

—Lo siento —dijo.

La mujer tomó un bocado de ensalada de cangrejo, masticó y tragó, y luego volvió a hablar.

—Se obsesionó con ella a raíz de un trabajo que hubo de hacer; luego hablaba de ella constantemente. Nos comparaba a las dos y yo salí malparada.

—Me cuesta creerlo.

—La mujer era casada y Paul no le interesaba en lo más mínimo. Mi esposo admitió que el sentimiento era unilateral. —Habló de manera forzada, como si tratara de convencerse a sí misma tanto como a Alec—. De todas maneras —continuó— quedé yo tan desmerecida en la comparación, que aun cuando no podía poseerla, Paul me abandonó.

Alec adoptó una expresión ceñuda. Pensó que el marido de Olivia era un imbécil.

—Paul no hacía otra cosa que hablar de esa mujer y yo lo toleraba. Pensé que no tenía que enfadarme, que era preferible dejarlo hablar y entonces la olvidaría, pero no sucedió así.

—Seguramente se iría para estar más cerca de ella. Perdóneme, Olivia, pero tal vez quiso establecer un romance y se sintió culpable viviendo con usted...

Olivia negó con la cabeza.

—Ella se marchó antes de que él me abandonara.

—¿Y a dónde fue? ¿No podía ponerse él en contacto con ella?

De pronto, la mujer rió sin poder contenerse y se tapó la boca con la mano.

—No, de eso estoy segura. —Pinchó la ensalada de cangrejo con el tenedor—. Esa mujer está en California.

—California no está en otro planeta. ¿Por qué está tan segura de que su marido ya no se comunica con ella?

—Me lo diría. Aunque muchas veces habría preferido que lo hiciera, nunca me ocultó sus sentimientos. —Lo miró desde el otro lado de la mesa—. En algunos aspectos, esa mujer era muy superior a mí —explicó—, en aspectos que para mi esposo son importantes.

Alec se respaldó en la silla.

—Escúcheme —dijo—, ese hombre está obsesionado. Es irracional. No se haga a la idea de que Paul esté en sus cabales. En realidad, no pudo conocer bien a esa mujer. Si hubiera tenido siquiera una oportunidad, quizás habría descubierto que no era más que una arpía.

La doctora bajó la cabeza; Alec vio una pequeña lágrima resplandeciente que colgaba de las pestañas y que cayó sobre la blusa de color lavanda, donde dejó una mancha redonda y oscura sobre el pecho.

Se inclinó hacia ella.

—Olivia.

Olivia se llevó la servilleta a los ojos y miró a los demás comensales.

—Lo siento —dijo en tono suave—. Por cierto, usted no me invitó a almorzar para hacerlo sentirse incómodo.

El hombre acercó más la silla a la mesa.

—Tampoco la invité para perturbarla. —Las rodillas de Alec rozaron las de Olivia y la mujer retrocedió un poco.

Olivia comenzó a rasgar la servilleta en largas bandas deshilachadas.

—Sencillamente, no lo entiendo —dijo—. Antes de conocerla, Paul era maravilloso conmigo... En verdad, nuestro matrimonio era bueno, excelente, y de pronto se derrumbó. Sigo esperando que regrese el antiguo Paul, pero es como si hubiese muerto.

Alec movió la cabeza.

—Quizás esté hibernando. Olivia, no se aleje de la vida de Paul hasta que despierte. Recuérdele lo buena que solía ser su relación.

Olivia había dejado de llorar, pero tenía la nariz enrojecida y presentaba un aspecto vulnerable. No parecía la mujer que había visto la semana última, la que le había descrito escrupulosamente sus intentos de salvar la vida de Annie.

—He intentado parecerme a ella —dijo— desde entonces.

Alec volvió a ponerse ceñudo.

—Es de Olivia de quien se había enamorado Paul, ¿verdad?, y con quien tuvo una relación saludable, no con esa... —quiso decir «perra» pero no se atrevió a utilizar la palabra frente a Olivia—... mujer que lo enloqueció.

Olivia cruzó los brazos sobre el pecho con las manos convertidas en puñitos blancos.

—Yo era estéril —explicó—. Creo que fue lo que lo decidió todo. Los sentimientos de Paul cambiaron. Me sometí a una intervención pero resultó demasiado tarde para arrancarlo de su obsesión.

—¿Y si le dijera que espera un hijo?

—Entonces jamás estaría segura de que me quisiera a mí y no al niño.

Se oyó un súbito sonido que emergía del bolso de la doctora y ella lo abrió para apagar el aparato de busca.

—¿Hay teléfono aquí? —preguntó.

—Sin duda le dejarán utilizar el que tienen.

La mujer se puso de pie, se irguió, hizo un pequeño gesto con la cabeza que sacudió el brillante cabello oscuro y caminó al interior del restaurante: una vez más era la profesional competente.

Alec desmigajó una rebanada de pan y, cuando Olivia regresó y se sentó, estaba alimentando a los gansos con las migas.

—¿Tiene que marcharse? —preguntó.

La mujer negó con la cabeza.

—Pueden arreglárselas sin mí. —Observó la servilleta desgarrada y frunció el entrecejo, como si no supiera de dónde había salido. Juntó las hilachas, las dejó en el plato y dirigió a Alec una sonrisa torcida.

—Lo siento, Alec —se disculpó—. La próxima vez que comience a barbotar mis problemas, póngame un corcho en la boca, ¿eh?

—No me molesta escuchar —replicó el hombre, y dejó caer las últimas migas al agua. Los gansos se las disputaron ruidosamente—. Las circunstancias de su vida son en absoluto diferentes a las mías, pero lo fundamental es que ambos estamos solos. Sé lo que siente.

Olivia jugueteó con la pajita en el té frío, pues ya no podía hacerlo con la servilleta.

—Cuando echo de menos a Paul, pienso en que usted ya no tiene a Annie ni la posibilidad de estar con ella y... —Dudó y movió la cabeza—. Echo de menos el contacto. No me refiero al sexo en particular, sino a cogerse de la mano,

simplemente a esa intimidad con otra persona. Uno no sabe lo bueno que es hasta que lo pierde.

El hombre asintió y Olivia se respaldó en la silla y dejó caer otra vez las manos sobre el regazo.

—Estoy haciéndome dar masajes sólo para sentir que alguien me toca —dijo.

Alec sonrió ante tal candor, pero comprendió lo que quería decir. Se preguntó si acudía a un hombre o a una mujer, si le daba lo mismo y si sería bueno hacerse dar masajes. ¿Qué se sentiría pagando a alguien que aliviara el dolor de un cuerpo que sufriera tal abandono?

En la bifurcación de Croatan y Ash, de regreso al estudio, los detuvo la luz roja del semáforo y Alec señaló Ash en dirección a la costa.

—¿Ve la tercera casa a la derecha? —preguntó—. Vivimos allí con Annie cuando nos trasladamos a la ciudad. —La pequeña casa de campo se erguía sobre columnas de arcilla sobre la arena. Estaba ennegrecida por el tiempo aun cuando no hacía tanto que la habían ocupado—. Como ve, no teníamos mucho dinero entonces.

Olivia guardó silencio cuando el automóvil arrancó otra vez lentamente entre el tráfico denso del verano.

—Desde que Annie murió comencé a trabajar en el Servicio de Acogida —dijo al fin.

Alec la miró.

—¿Por qué? —Odiaba tal sitio.

Olivia se encogió de hombros.

—Bueno, en ese momento me enteré de su existencia. Mi esposo me había abandonado y tenía tiempo libre. —Le devolvió la mirada—. El personal aún habla de Annie.

Alec sonrió.

—¿Es cierto?

—La adoran. Siempre se le ocurrían ideas y dependían todos de su creatividad. Sin ella, el lugar se vendrá abajo. Al menos, eso es lo que dicen.

—Como mi casa —reflexionó en voz baja Alec, casi para sí mismo.

Entró en el aparcamiento. Olivia se desabrochó el cinturón de seguridad, pero se volvió en el asiento y lo miró.

—Alec, ¿cómo era ella en realidad? Cuando hablan de Annie en el centro parece ser que deberían canonizarla.

El hombre rió.

—No creo que canonicen a ningún ateo. —Subió un punto el acondicionador del aire—. Tenía principios muy firmes y los respaldaba con su dinero, de

manera literal. Casi todo lo que ganaba lo donaba a una causa u otra: la protección de animales, el sida, los desamparados, el derecho a la vida...

—¿El derecho a la vida?

—Oh, sí. Era una apasionada opositora al aborto. Para neutralizar los esfuerzos de Annie, yo hice donaciones a la Paternidad Planificada. —Sonrió al recordar—. Eso la volvía loca.

—Me sorprende que rechazara el aborto. Parecía tan liberal...

—En la mayoría de las cosas, lo era, pero también muy partidaria de la familia. —Contempló las ventanas del estudio—. La gente habla de ella como si hubiese sido perfecta, pero no lo fue. Era humana. A veces se malhumoraba.

Se sintió algo culpable al enturbiar la imagen de Annie en la mente de Olivia, pero aquellos extraños períodos de melancolía eran tan propios de Annie como su altruismo. La melancolía iba y venía por ciclos. Alec nunca la había comprendido y ella no era capaz de explicarlos. Se aislaba de él y de todos. «Es mi lado oscuro», decía, y Alec se imaginaba una pesada nube oscura sobre los hombros de Annie y sobre su cabeza. Pronto descubrió que no podía hacer nada para disipar aquella marea de tristeza, sino esperar a que pasara por sí sola. Lo angustiaba pensar que hubiera muerto en tal estado de melancolía, desasosegada.

—He llegado a admirarla. —Olivia hablaba casi con timidez—. Ahora que sé lo difícil que es trabajar con cristal esmaltado, contemplo sus trabajos y me quedo estupefacta.

Alec se sintió conmovido. Miró hacia el estudio y distinguió uno de los pocos trabajos que quedaban de Annie: un diseño en cristal biselado.

—Era una artista con talento —dijo—. Creo que habría llegado muy lejos si yo no la hubiese separado de la universidad para casarnos.

—¿Dónde estudiaba?

—En la universidad de Boston.

—¿Sí? —Olivia pareció algo sorprendida—. Mi esposo también. Se graduó en el setenta y tres.

—Ésa debió de ser precisamente la promoción de Annie —dijo Alec—. La próxima vez que hable con Paul, pregúntele si la conocía. El apellido de soltera era Chase.

Olivia calló un momento.

—Bueno —dijo al fin abriendo la puerta—, gracias por el almuerzo.

Alec la retuvo cogiéndola del brazo.

—¿Tiene muchos amigos aquí? —preguntó.

Olivia negó con la cabeza.

—Sólo en el trabajo.

El hombre sacó la cartera y extrajo una tarjeta. Le dio la vuelta y anotó el número de teléfono.

—Manténgame al tanto de cómo marchan las cosas con su marido —dijo, y le entregó la tarjeta.

—Gracias. —Comenzó a salir del automóvil.

—Olivia.

Se volvió y lo miró.

—Sepa que me alegro de que fuera usted quien cubriera el turno aquella noche en la sala de urgencias.

Olivia sonrió.

—Gracias —dijo.

Salió del coche y cerró la puerta con suavidad. El hombre la vio dar la vuelta al vehículo y quitarse un mechón de pelo de la cara.

Su marido era un estúpido.

Capítulo 14

Era la cuarta vez que Olivia se detenía a mirar la cuna. Cuando se hubo despedido de Alec pensaba dirigirse directamente a casa, pero la pequeña tienda que había frente al estudio ejercía sobre ella una atracción desde kilómetros de distancia.

La cuna era blanca y Olivia la imaginaba en el pequeño dormitorio de la casa. Tendría un aspecto maravilloso: ese blanco limpio contra el empapelado amarillo soleado que ya había elegido. Deseaba comprar la cuna en aquel mismo momento, pero todavía era posible que Paul pasara por casa a buscar algo y quería que se enterara de que iba a ser padre cuando ella se lo dijera.

Cuando entró en su coche aún tenía aferrada la tarjeta de Alec. Era suave como felpa por haber permanecido durante meses en la cartera. La deslizó en el fondo de la suya y se mordió el labio. Había mentido a Alec callando tantas cosas... No le había dicho que el autor del artículo sobre Annie en *Seascope* era Paul. ¿Qué alternativa tenía? No podía correr el riesgo de decírselo, de permitirle deducir que era precisamente Annie a quien adoraba Paul.

Llegó a la casa y preparó una hornada de bizcochos —no podía recordar la última vez que lo había hecho— y se puso una blusa azul de flores que a Paul siempre le había encantado. Estudió el mapa sobre la mesa de la cocina buscando la dirección que le había dado Paul mientras la casa se llenaba con el aroma de avena y azúcar moreno. Llevó los bizcochos al coche y condujo hasta South Nag's Head.

Eran más o menos las seis cuando se detuvo frente a la casa de Paul: una pequeña construcción gris a unos cien metros del mar, en medio de otras de alquiler para turistas, nueva. Sintió el perfume de los cedros que la flanqueaban mientras recorría el sendero de entrada y llamaba a la puerta. Paul no abría y tuvo que llamar otra vez.

—¡Olivia! —exclamó, sin molestarse en ocultar su sorpresa.

Olivia sonrió.

—Quería ver tu casa nueva. —El tono era el de una amiga íntima: curioso y cariñoso—. Y te he hecho unos bizcochos.

Paul se apartó para dejarla entrar.

—¿Has hecho bizcochos? Creía que no sabías manejar el horno.

La casa parecía un altar dedicado a Annie. Los cuatro ventanales de la sala albergaban piezas de vidrio: dos mostraban mujeres con vestidos de seda y otros dos, escenas submarinas con peces tropicales y las flexibles orlas verdes y

azules que caracterizaban el estilo de Annie. Tom le había explicado la técnica en detalle dos veces, y sin embargo Olivia no terminaba de entenderla.

—Tu casa es muy bonita, Paul —dijo.

En el techo abovedado había cuatro claraboyas que irradiaban un bienhechor lago de luz sobre ellos.

—Gracias.

Paul recorrió el comedor y comenzó a enderezar las ya prolijas pilas de papel que había sobre la mesa, esa mesa que Olivia había considerado propia durante tanto tiempo. Parecía confundido al ver a Olivia allí y ella sintió como si lo hubiese encontrado con otra mujer. En cierto modo, así era.

—Interrumpo tu tarea —dijo.

También el ordenador portátil estaba sobre la mesa y al parecer, Paul había estado atravesando dolores de parto cuando ella llegaba.

—No, está bien. Iba a hacer un descanso. Siéntate.

La mujer se dejó caer sobre una de las familiares sillas del comedor.

—Tengo té frío. ¿O prefieres vino?

—El té me parece estupendo —dijo.

Lo vio desaparecer en la cocina y se dio cuenta de que también ella le ocultaba cosas a Paul. No podía decirle que había almorzado con Alec y por cierto no le preguntaría si había coincidido con Annie en la universidad de Boston. Podía imaginar la reacción del marido si no estaba enterado. Se atormentaría pensando en lo que podía haber sido. Olivia no quería seguir alimentando las fantasías de Paul.

El marido volvió al comedor y puso el té sobre la mesa, pero no se sentó ni trajo bebida para él. Se quedó de pie cerca del ordenador con las manos en los bolsillos.

—Prueba un bizcocho —ofreció Olivia señalando el plato.

Paul abrió despacio la envoltura y se llevó un bizcocho a la boca.

—Espero que no tengan arsénico. —Sonrió y, por un instante, Olivia observó fascinada los ojos castaños, la calidez que les otorgaba la sonrisa.

En ese momento volvió a descubrir el encanto de su rostro y advirtió cuánto tiempo hacía que no sentía afecto por él. Deseó saber seducirlo. Nunca había aprendido tales habilidades: lo había evitado directamente.

Volvió la mirada a la mesa.

—¿En qué estás trabajando?

Paul contempló una de las pilas de papel.

—Me he apuntado a la Comisión pro Salvación del Faro. Estamos haciendo un folleto explicativo para despertar el interés.

Siempre había sentido una extraña fascinación por el faro. El día que llegaron a Outer Banks, fue a verlo aun antes de descargar el equipaje en casa. Olivia permaneció rodeada de cajas cerradas, un tanto enfadada porque la había

dejado sola con el trabajo y desconcertada porque no le había propuesto ir con él. Ese día había sido el comienzo del fin.

—Fue algo grotesco, Olivia —dijo ahora—. Acudí a la reunión, y ¿quién era el director de la comisión?: el marido de Annie.

La miró y Olivia advirtió que la estudiaba para saber si era un tema seguro. No podía estar segura de la expresión de su cara. ¿Alec, director de la comisión del faro? ¿Y Paul trabajaba hombro a hombro con él? Pensó con rapidez. ¿Debía decirle a Paul que conocía a Alec? En ese caso, tendría que hablarle de las clases de técnica del cristal y de los dos almuerzos compartidos. Se sintió cada vez más enredada en una telaraña de mentiras.

—Quise levantarme y marcharme —continuó Paul agitando el bizcocho en el aire— pero estaba atrapado. Casi rogué que me permitieran participar, pero lo último que esperaba era encontrar a Alec O'... —Se interrumpió e hizo una mueca—. Lo siento, creo que no deseas oír hablar más de Annie.

—Está bien —respondió—, puedes hablar de esa mujer. Sé que lo necesitas, ya que no podrás hablar de ella con nadie más.

Tal vez Paul se sintiera igual que Olivia esa tarde, cuando le había hablado a Alec de Paul. Por fin comprendió la necesidad de Paul de descargarse.

Paul se sentó a la mesa frente a Olivia y la miró con los ojos enrojecidos.

—¿Por qué lo haces? —preguntó—. ¿Por qué te sientas ahí y me permites parlotear precisamente sobre la persona que destruyó nuestro matrimonio?

—Porque aún te amo y me preocupo por ti.

Paul volvió la cara.

—No tendría que hablar de Annie contigo. No ha sido justo que lo hiciera.

Olivia se puso de pie y se acercó a Paul. Se arrodilló junto a él, puso su mano sobre la del hombre, pero él se puso rígido y la retiró.

—Deja —dijo.

La mujer se sentó sobre la alfombra.

—¿Recuerdas las largas charlas que solíamos mantener por la mañana?

Paul la miró ceñudo.

—¿Por qué me lo recuerdas?

—Es uno de mis recuerdos preferidos: caminábamos cogidos de la mano por Rock Creek Park. Comprábamos pasteles de queso en la tienda de Joe y...

—Y el busca nos interrumpía constantemente.

Derrotada, Olivia se apoyó en la pared.

—¿Ocurría con tanta frecuencia?

—Casi.

—Lo siento. Si hubiese sabido lo que me costaría, habría hecho algo al respecto.

Olivia había creído que Paul la admiraba por su dedicación. Solía llamarla «adicta al trabajo», aunque lo decía más como un elogio que como una queja. Por

cierto, comprendía las causas que la habían hecho así mejor que nadie. Incluso en la escuela y en secundaria, Olivia se había sumergido deliberadamente en las tareas sin dedicarle tiempo a la vida social. El trabajo la había salvado de los flirteos que nunca hubiese podido manipular y el sexo ocasional estaba totalmente descartado. Cuando conoció a Paul y sintió que estaba segura con él, su modo de trabajar ya estaba establecido y no creyó tener motivos para cambiar. Ahora comprendía su error. Creyó tenerlo asegurado. Le había dado a Paul tan poco de sí misma que había necesitado de una fantasía para sentirse completo y había descubierto que aquella fantasía era superior a su matrimonio.

—Es culpa mía. —Olivia apoyó la cabeza en los brazos—. Es culpa mía que todo se haya desmoronado. Paul, te echo en falta tanto... Haría cualquier cosa para que volvieras, dejaría el trabajo, trabajaría como camarera, pelaría camarones, abriría ostras y sólo entre semana, ni de noche ni los fines de semana.

Lo oyó reír y cuando alzó la cabeza vio que se había quitado las gafas. Aún tenía los ojos enrojecidos pero sonreía.

—Liv —dijo, con un matiz de ternura en la voz que Olivia no le había oído hacía meses—. Soy yo el que lo ha estropeado todo, no tú.

—Nueve años —dijo—. Parecías feliz y satisfecho.

El hombre asintió.

—Estaba muy contento. Era bueno, casi perfecto. Liv, he sido yo quien ha cambiado y lo siento.

Olivia pensó en la cuna, en el latido que había invadido el consultorio médico.

—Podríamos consultar a un asesor —ofreció—. Tendría que haber un modo de arreglarlo.

El hombre movió la cabeza, se puso de pie y le tendió la mano para ayudarla a levantarse del suelo. En cuanto estuvo de pie la soltó y se encaminó hacia la puerta: era obvio que la invitaba a marcharse.

—Gracias por los bizcochos —dijo abriendo la puerta.

Mientras salía, Olivia sintió una oleada de desesperación. Se volvió y lo miró.

—Lo que he dicho es cierto, Paul. Podría cambiar, dejar el trabajo si es necesario...

La interrumpió con un movimiento de cabeza.

—Olivia, deberías contratar a un abogado —dijo, y cerró la puerta entre los dos con suavidad.

Capítulo 15

Julio de 1991

—¿De dónde has sacado eso? —Clay miró a su hermana a través de la mesa donde desayunaban.

Alec alzó la vista del periódico para ver a qué se refería. Lacey tenía conectados unos auriculares a una pequeña radio de transistores roja apoyada junto a su plato. Era la primera vez que la veía el padre.

—Me la regaló Jessica para mi cumpleaños —dijo Lacey en tono monocorde.

Levantó la radio, la enganchó al cinturón de sus pantalones cortos y se puso de pie dejando la mitad del barquillo helado.

Alec la miró ceñudo.

—¿Para tu cumpleaños? ¿Qué cumpleaños?

—No tiene importancia. —Lacey asió la cartera de los libros del aparador—. Tengo que irme.

—Lacey, espera un minuto. —Alec se puso de pie mientras Lacey escapaba por la puerta de tela metálica.

Oyó el chasquido de las zapatillas en el sendero cuando salía a la calle a esperar el autobús. Era el primer día de la escuela de verano.

Miró a Clay y éste le devolvió la mirada con el tenedor congelado en el aire.

—Nos olvidamos de su cumpleaños —explicó Clay.

—Es imposible. Es el día uno, ¿no es cierto?

—Claro, y hoy es dos.

Alec sintió como si hubiese recibido un puñetazo en el estómago.

—¡Maldición!

Volvió a sentarse, cerró los ojos y se apretó las sienes que habían comenzado a dolerle tan pronto como había recordado el día anterior. En el desayuno, Lacey había permanecido callada y él, absorto en el informe sobre la erosión de Río Kiss. Durante todo el desayuno no había quitado ojo del informe. La noche pasada, cuando había llegado a casa, Lacey estaba arriba en su dormitorio. Dijo que no tenía hambre; Clay y Alec encargaron una *pizza* y la comieron solos en la cocina. Lacey no salió del dormitorio en toda la noche, lo cual había sorprendido a Alec. Últimamente pasaba mucho tiempo en su cuarto, pero no era propio de ella desaparecer por la noche.

—¿Papá?

El nuevo timbre adulto en la voz de su hijo hizo que Alec abriera los ojos. Suspiró y se incorporó en la silla.

—No puedo creer lo que he hecho —dijo—. ¿También he olvidado el tuyo? Clay sonrió.

—No, papá. El mío es en octubre, ¿recuerdas?

Alec se pasó la mano por el mentón. Necesitaba afeitarse.

—Tenemos que celebrarlo hoy —dijo—. Le compraré un regalo. ¿Tienes tiempo de comprarle algo tú también?

Clay asintió.

—¿Qué podría regalarle? —Miró impotente a su hijo—. ¿Qué es lo que le gustaría en estos momentos?

—Mamá siempre le compraba una muñeca antigua.

—Sí, pero ya tiene catorce años.

De todos modos, no tenía idea de lo que podría regalarle. En el transcurso del año, Annie solía comprar la muñeca y la ocultaba hasta el momento del cumpleaños de Lacey. Además, era el regalo especial de Annie. La madre había muerto cuando la niña tenía trece años y por lo tanto, Lacey debía de tener trece muñecas.

Cuando Clay se fue, Alec fue al dormitorio de Lacey. No estaba tan desordenado como el día anterior a la graduación de Clay, cuando Lacey acometió aquella limpieza enérgica, pero ya comenzaban a amontonarse otra vez la ropa y los papeles. El cuarto se había convertido en el refugio de la niña.

La noche pasada, Lacey había llegado tarde a casa y pasó corriendo junto al padre hacia su habitación. Pero una mirada le bastó a Alec para comprender que le había ocurrido algo malo: tenía la blusa mal abrochada y el rostro empapado en lágrimas. Alec se detuvo junto a la puerta del dormitorio y estuvo oyéndola llorar hasta que llamó a la puerta y entró. La habitación estaba a oscuras y tuvo que guiarse por el tacto hasta la cama de la niña. Se sentó al borde mientras sus ojos se acostumbraban a la oscuridad y vio que su hija estaba tendida de lado, de cara a la pared. Sollozaba quedamente y trataba de ocultar el llanto.

—¿Qué ha pasado, Lacey? —preguntó.

—Nada.

Tuvo que inclinarse sobre ella para escucharla.

—¿Te ha hecho daño alguien?

Lacey emitió un bufido de disgusto.

—¡No seas tan retorcido!

Alec se oprimió las manos.

—Lace, si consultaras a un profesional te ayudaría —dijo—. ¿Qué te parece? Podrías hablar de lo que te preocupa.

La niña no contestó.

—Lace, ¿te gustaría hablar con alguien?

—¡No!

—Entonces, ¿puedes decirme qué te pasa? —repitió.

—Nada, ya te lo he dicho.

—Cariño. —Le tocó el brazo y Lacey lo retiró con brusquedad, gimiendo como si estuviera herida.

—Por favor, vete —le pidió.

Alec se levantó y fue hasta la puerta.

—Lace, te quiero —le dijo, y entornó la puerta en silencio.

Aguardó en el vestíbulo fuera del dormitorio y, como suponía, el llanto se repitió pero más fuerte, como si hubiese acrecentado él el dolor de su hija.

Ahora, de pie en la puerta del cuarto, se preguntó cómo podía ayudarla. Las muñecas lo observaban con aire de reproche y los jóvenes de torsos desnudos y pantalones de cuero lo miraban de reojo. Bueno, ahora sí que le había dado un motivo para llorar.

Compró una tarta de chocolate cubierta de azúcar. Le pidió a la mujer de la pastelería que le escribiera «Feliz Cumpleaños, Lacey», en letras azules entre las flores de azúcar de la primera capa. Miró en la tienda de ropa en la que solía comprar con Annie. Lo aturdió la variedad de pantalones cortos, camisetas, faldas y vestidos. No conocía las medidas de Lacey ni tampoco sus gustos. Por fin se decidió por un vale de la tienda de discos —ni siquiera sabía qué clase de música prefería— y razonablemente satisfecho de su elección, volvió a casa para preparar el plato favorito de su hija: enchiladas de pollo.

El bloc de apuntes de Annie no le sirvió demasiado como guía. Era evidente que Annie había inventado el procedimiento a medida que lo hacía, y lo poco que había estaba anotado con escritura casi ilegible. Con el tiempo, Alec aprendió a descifrarlo, pero en este caso, todo lo que pudo comprender de aquella receta fue lo que Annie había escrito en el ángulo inferior izquierdo de la hoja: «¡El preferido de Lacey!».

Llamó a Nola.

—¿Puedes creerlo? ¡Me olvidé del cumpleaños de Lacey!

—Lo sé, querido, Jessica me lo dijo.

—Tendría que haberlo anotado en el almanaque. Últimamente, mi memoria es un desastre.

—Alec, no te culpes. Lo superará.

—Quería hacer las enchiladas que preparaba Annie. A Lacey le encantan, pero la receta de Annie es ilegible. ¿La tienes?

—Claro. Espera, iré yo y te ayudo.

—No, por favor, no lo hagas. ¿Podrías leérmela simplemente? —Nola vivía al otro lado de la calle y podía estar allí en un momento, pero a Alec no le apetecía.

Se preguntó si Nola había advertido con cuánto cuidado evitaba quedarse a solas con ella.

Preparar el pollo era más complicado de lo que había imaginado. Se quemó los dedos, destrozó el pollo y estropeó cuatro tortillas hasta que descubrió un sistema para embadurnarlo en la salsa, rellenarlo y enrollarlo rápidamente.

Lacey entró por la puerta trasera a las cinco y media y el padre la envolvió en los brazos estrechándola contra sí antes de que tuviera tiempo de protestar. La sintió delgada y tensa. Percibió en la mejilla el frío de los auriculares y oyó el sonido tenue de música *rock*.

—Lacey, lo siento mucho —dijo—. Se me olvidó el día.

La niña se apartó sin mirarlo.

—No pasa nada. —Se quitó los auriculares y los dejó sobre la encimera.

—Llama a Clay a cenar, ¿quieres? —le pidió—. He preparado tu plato preferido: enchiladas.

Lacey echó una mirada a la cocina y subió las escaleras.

—Está bueno, papá —dijo Clay escarbando en la masa informe de su plato.

El pollo no sabía como el de Annie y Alec se preguntó en qué se había equivocado. Lacey tenía la cabeza inclinada sobre el plato y revolvía el queso con el tenedor.

—Pero no es como el de mamá —admitió Alec, antes de que alguno de los dos lo dijera.

—Mamá le ponía pimientos verdes. —Lacey habló sin alzar la cabeza.

—Ah —dijo Alec—. Para la próxima vez, ya lo sé.

—No te molestes —replicó la niña en tono sarcástico, cruel.

Incrédulo, Clay miró a Alec.

—Eres una malvada —le dijo a su hermana.

Pero su padre meneó enérgicamente la cabeza.

—Sigamos con el postre —propuso—. No lo preparé yo, de modo que quizá sepa algo mejor que la cena.

La tarta estaba sobre la mesa del comedor y mientras encendía las catorce velitas se le ocurrió que Annie jamás celebraría un cumpleaños en la cocina como lo estaba haciendo él. Ni siquiera lo había pensado. Desde que Annie había muerto, Alec y los chicos no habían usado el comedor.

Llevó la tarta con las velas encendidas hasta la cocina, cantando.

—Por favor, no cantéis —pidió Lacey cuando Clay se unió a Alec; lo que los obligó a cantar más alto. Lacey se tapó las orejas con las manos—. ¡No cantéis! —exclamó— ¡Me molesta!

Alec vio que tenía los ojos llenos de lágrimas; dejó de cantar y le hizo señas a Clay para que se interrumpiera.

—Bien —dijo—, basta de diversión.

Puso la tarta sobre la mesa y entregó el cuchillo a Clay mientras él buscaba los paquetes de los regalos en uno de los armarios. Los depositó en la mesa frente a Lacey y de pronto se sintió mortificado. El regalo de Clay venía en una caja: eran zapatillas de agua; pero el de Alec era sólo un sobre delgado. Así era. Annie siempre hacía muchos regalos a todos. Amontonaba sobre la mesa una enorme pila envueltos por ella misma. Además de celebrarlo con un día de retraso, tampoco lo había preparado bien.

Lacey siguió con la ceremonia de los regalos. Le gustaron las zapatillas; Alec lo percibió en su expresión y sintió gratitud a Clay por conocer tan bien a su hermana. La niña le dio las gracias por el vale y luego comenzó a picotear al azar la porción de pastel. El padre estaba desesperado sin saber cómo hacerla feliz.

—Lace, también hay un cheque para ti —dijo, aunque se le había ocurrido en ese mismo momento—, de cincuenta dólares que podrás gastar en lo que desees.

Annie lo habría matado. Lo habría arrojado al suelo de la cocina y lo habría molido a golpes.

«Lo único que me dieron mientras crecí fue dinero —le dijo una vez, cuando Alec sugirió que les regalaran dinero a los niños para Navidad—. Eso fue todo lo que me dieron; sin embargo, quería a mis padres. Habría dado todo lo que poseía, hasta el último céntimo, si mis padres me hubieran dicho al menos una vez: “Annie, te queremos. No importa lo que hagas, ni el aspecto que tengas: eres nuestra hija y te queremos”.»

—Éste es el primer cumpleaños de mi vida que no me regalan una muñeca —dijo Lacey.

No miró al padre ni al hermano. Se dedicó a destrozarse con el tenedor una flor de azúcar rosada.

—Bueno, pero ya tienes catorce años —replicó Alec—. Eres demasiado mayor para jugar con muñecas.

La muchacha se encogió de hombros.

—Mamá me dijo que me regalaría una cada año hasta que cumpliera veintiuno.

—¿Sí? —preguntó Alec verdaderamente sorprendido.

Lacey lo miró y sus ojos se encontraron por primera vez en mucho tiempo; Alec se crispó al percibir la expresión herida en el rostro de su hija.

—Cuando tenga hijos, jamás olvidaré sus cumpleaños.

—Lacey, en realidad no lo olvidé, pero no me había dado cuenta de que ya estábamos en julio.

—Claro, creíste que era el veintinueve o el treinta de junio, ¿no es cierto? Y sin duda estabas pensando en lo que ibas a regalarme. Seguro.

Se levantó de la mesa. Comenzó a llorar y trató de ocultar el rostro dejando caer el cabello hacia delante para cubrirse los ojos.

Alec se levantó también y la cogió del hombro.

—Cariño...

La niña lo apartó con rudeza.

—Seguro que sabes la fecha exacta en que fue construido tu estúpido faro, ¿no?, y estoy segura de que estás preparando una fiesta mayúscula para el aniversario.

Salió por la puerta trasera.

—Lace, mañana tienes que ir a la escuela —le gritó a través de la puerta de tela metálica—. No quiero que...

—¡Muérete! —le gritó por encima del hombro.

La palabra lo hizo callar y le provocó un dolor en el pecho donde sentía el pollo como cemento tras el esternón. Quiso correr tras su hija, decirle que no le permitiría dirigirse a él de ese modo, pero Annie no habría armado un escándalo por ese motivo. Además, Lacey no había hecho otra cosa que aproximarse a la verdad. La construcción del faro de Río Kiss había comenzado el 5 de abril de 1869 y concluyó cinco años después. El reflector se había encendido por primera vez el 30 de septiembre de 1874 y se preparaba una celebración en el aniversario. Alec ya había encargado la tarta.

Capítulo 16

No fue precisamente un impulso lo que llevó a Alec al Servicio de Urgencias de Kill Devil Hills. Ya llevaba varios días pensando en hacerlo, pero sólo cobró conciencia de que era el momento cuando aparcó y le palpitó el corazón al recordar la última vez que había estado allí.

La sala de espera estaba atestada y se preguntó si Olivia podría atenderlo. Sin embargo, lo alegró que hubiera tanta gente, lo cual le daba a la sala de urgencias un aspecto distinto al que tenía la noche en que Annie murió. Casi no parecía el mismo sitio.

Se acercó al escritorio de la recepción; un hombre calvo de pecho ancho intimidaba a la asustada recepcionista.

—¡Maldita sea, hace una hora que espero! —El hombre se apoyó en el escritorio y avanzó el mentón hacia la muchacha. Llevaba un trapo ensangrentado en el antebrazo—. Uno podría desangrarse aquí antes de que lo atendieran.

Balbuceando, la recepcionista trató de explicarle el motivo del retraso, pero el hombre la interrumpió con insultos y amenazas. A desgana, Alec supo que tendría que intervenir. Estaba pensando el mejor modo de hacerlo cuando apareció Olivia junto a la muchacha. Por un instante, Alec no la reconoció. Parecía distinta en aquel lugar. No se trataba sólo de la bata blanca, parecía más alta, los ojos de un verde más intenso bajo las pestañas largas y negras. Mientras rodeaba el escritorio de la recepción para acercarse a aquel hombre, no vio a Alec.

—Siento que tenga que esperar —le dijo—, pero esto no es un McDonald s.

Alec lanzó una risita y el hombre abrió la boca para decir algo, pero Olivia lo cortó en seco.

—Antes que usted hay personas con heridas más graves —le dijo—. Lo atenderemos tan pronto como sea posible.

El tono de su voz hizo que el hombre cerrara la boca. Se volvió refunfuñando, se sentó otra vez y entonces Olivia vio a Alec. Frunció el entrecejo.

—¿Está usted bien?

La pregunta lo sorprendió.

—Oh, sí, estoy bien. —Se inclinó sobre el escritorio para hablarle sin que los demás oyeran—. ¿Está libre para cenar?

La doctora sonrió.

—¿Todavía le quedan ganas de llevarme a un restaurante después de haber estado llorando sobre una ensalada de cangrejo?

—Sí —respondió Alec—. Sí que quiero.

—Bien. ¿Qué le parece si cogemos comida china y vamos a mi casa? Salgo a las siete.

Era evidente que el marido no había regresado.

—Magnífico —respondió Alec—. Conseguiré la comida y pasaré a buscarla. ¿Qué le gustaría?

—Elija usted. —Anotó una dirección en un papel y se lo dio.

Alec caminó hasta el automóvil. En ese lugar, la doctora estaba en su elemento. Se percibía en ella una confianza que no tenía en el restaurante de Duck. Deseó verla trabajar. Le habría gustado ver cómo trataba al hombre del brazo herido, qué le diría mientras lo atendía, observar mente y cuerpo trabajando en armonía. Sabía lo que se sentía: aún lo recordaba aunque había pasado bastante tiempo. De pronto, echó de menos la sensación de tocar otro cuerpo vivo, de emplear sus manos para curar. Pensó que estaba vigilando el faro, trabajando para salvarlo, pero no era lo mismo. No importaba la tibieza del día, la intensidad del sol: el faro era frío al tacto.

En cuanto salió del Servicio de Urgencias, Olivia se arrepintió del impulso que la había llevado a invitar a Alec a su casa. Tenía ganas de verlo, de seguir hablando con él, pero... ¿en su casa? ¿La casa de la que Paul aún pagaba la hipoteca? Incluso era posible que estuviera allí, aunque poco probable. Era la primera vez que volvía del trabajo a casa deseando que a su marido no se le hubiera ocurrido ir.

Alec la esperaba frente a la casa con una bolsa de papel marrón acunada en el brazo. Aparcó junto al coche de él en el camino de acceso y se apeó.

—Huele bien —dijo; pasó junto a Alec y abrió la puerta. Entró en la sala—. Adelante.

Cuando atravesaron la sala hacia la cocina, *Sylvie* los saludó con un maullido. Alec dejó la bolsa sobre la mesa y se agachó a cogerla.

—Qué bonita es. —Alzó a *Sylvie* en el aire sobre él y la gata le tocó la nariz con la zarpa—. ¿Cuántos años tiene?

Acunó a la gata contra el pecho. Olivia la oyó ronronear.

—Seis años —respondió Olivia—. Se llama *Sylvie* y por lo general odia a los extraños.

—Mmm. —Alec sonrió y volvió a dejar a *Sylvie* en el suelo—. No le diga que soy veterinario y nos llevaremos a la perfección.

Olivia sacó dos platos del armario y deseó poder sacudirse la incomodidad que sentía. Se atareó con la vajilla, las servilletas y observó a Alec con el rabillo del ojo mientras él sacaba la comida de la bolsa. Llevaba vaqueros y una camisa de manga corta a rayas blancas y azules. Tenía los brazos bronceados y

musculosos, cubiertos de vello negro y suave. Despedía un suave aroma a loción para después del afeitado y llevaba el cabello húmedo de la ducha... o tal vez por el aire del mar. Era una rotunda presencia masculina en la casa y Olivia no recordaba la última vez que había estado a solas con un hombre que no fuese su marido. ¿Y si entraba Paul en ese momento? Prestó atención por si oía el sonido del coche en el camino mientras colocaba los platos en una bandeja. ¿Y si la encontraba con el marido de Annie O'Neill?

—Esto es de Annie. —Alec tocó la pluma de pavo real que colgaba en la ventana sobre el fregadero.

—Sí —respondió la mujer—. Lo compré la primera vez que fui al estudio. — Si Alec sabía que era de Annie, sin duda lo sabría también Paul. Tenía que colocarlo en otro sitio donde Paul no lo viera cuando fuera—. Comamos en el porche —propuso, y alzó la bandeja.

Lo dejó pasar por las puertas corredizas a la galería que daba al mar.

—Esto es muy bonito —dijo Alec dejando la comida sobre la mesa de cristal. Se enderezó, apoyó las manos en las caderas y contempló el paisaje—. Mi casa también mira al mar.

Olivia se sentó y comenzó a abrir los envases.

—Cuando vinimos aquí y descubrí que podíamos afrontar el gasto de una casa con semejante paisaje, a ras de mar, quedé atónita. Me sentí como si hubiera hallado mi hogar espiritual. —Esbozó una sonrisa triste—. ¡Tenía tanta confianza en que éste era el lugar para establecernos y fundar una familia...!

Alec se sentó frente a ella.

—¿Cómo están los mellizos? —preguntó.

—¿Qué?

Olivia no había oído esa pregunta desde hacía mucho tiempo, pero aun así se imaginó de inmediato en la minúscula casa de un solo dormitorio en que había crecido. Recordaba a la gente preguntando: «¿Cómo están los mellizos?», y a su madre responder balbuceando.

Alec hizo un ademán hacia el vientre de Olivia.

—Oh. —Olivia rió—. ¡Por favor, Alec! No necesito mellizos. —Abrió el envase de arroz con dedos temblorosos.

—¿Está bien? —preguntó Alec—. ¿O es cuestión de hambre?

Tuvo el tacto de facilitarle un escape al nerviosismo, pero Olivia decidió no utilizarlo.

—Tengo la sensación —dijo— de estar haciendo algo malo.

—Oh. —Detuvo él la cuchara de arroz a medio camino del plato—. ¿Prefiere que me vaya?

—No —se apresuró a responder—. Sólo me preguntaba qué le diría a mi esposo si se le ocurriera aparecer esta noche.

Alec se encogió de hombros y le alcanzó el arroz.

—Nos limitaremos a decirle que somos dos personas solitarias que se reúnen ocasionalmente para rumiar acerca de sus respectivas pérdidas. ¿Viene a menudo?

—Casi nunca. —Se sirvió arroz en el plato—. Hay algo que tengo que decirle acerca de Paul.

—¿Qué?

—Bien, primero, que usted ya lo conoce. Se llama Paul Macelli y trabaja en la comisión del faro, aunque aún no lo sabía la última vez que nos vimos.

Alec dejó el tenedor y la miró.

—¿Paul? ¿El periodista? ¿Es su marido? Por Dios, jamás me habría imaginado que su marido fuese alguien como Paul.

—¿Qué quiere decir?

—Me imaginaba que su marido sería un tipo... no sé, musculoso, de cabello oscuro, barba florida, tipo Neanderthal. Un poco irascible y duro de entendederas. Un hombre lo bastante estúpido para abandonar a alguien como usted en pos de una fantasía.

Olivia rió.

—Paul parece muy... inteligente —dijo él.

—Sí, lo es.

—Y muy sensible. Entrevistó a la anciana del faro y me mandó una copia de su relato. Es... no sé... conmovedor, cautivador. Esperaba algo interesante pero formal, ¿sabe? Unos simples párrafos que describieran los hechos. Tiene mucho talento.

Olivia sonrió.

—Lo sé.

—No obstante, es callado y reservado.

—No siempre. —Sin embargo, Olivia podía imaginarse cuán reservado sería Paul ante el marido de Annie—. Hay algo más —dijo. Lo diría con cautela. No quería que Alec pudiera unir las piezas del rompecabezas—. Paul fue el autor del artículo sobre Annie en *Seascape*.

—¿Es cierto? No reparé en el autor. Sé que Annie sostuvo varias entrevistas con ese hombre... ¿así que era Paul?

—Sí. —Se puso tensa. «Por favor, que no lo descubra.»

—Fue un artículo estupendo. Me preocupaba un poco el resultado porque ese otoño Annie estaba perturbada. Era uno de sus períodos melancólicos —Alec se estremeció—, y se había alargado, de modo que me alivió leer el artículo y comprobar que Paul se las había ingeniado para captar la verdadera esencia de Annie. —Bebió un sorbo de té y miró a Olivia con expresión confundida—. ¿Por qué no me dijo que lo había escrito él?

—Bueno, es que, como usted dice, Paul es reservado, modesto. —Comió un bocado del pollo condimentado—. Él y yo escribimos un libro juntos —dijo—.

¿Recuerda el espantoso accidente del tren de Washington, en 1981?

—¿El que cayó al Potomac?

Olivia asintió.

—Así nos conocimos. Paul trabajaba en el *Washington Post* y cubría la noticia en el servicio de urgencias del hospital donde trabajaba yo como interna.

La doctora no había reparado en Paul pero sin duda él la había visto a ella. Se presentó cuando la crisis había concluido, dos días después, y le dijo que estaba enamorado de ella. Olivia mostraba una fría confianza, gran habilidad para tratar a los pacientes y, al mismo tiempo, compasión hacia los familiares. Paul le mostró cuanto había aparecido en el *Post* acerca del desastre: los objetivos artículos de otros periodistas y los que había escrito él sobre la doctora de la sala de urgencias. A ella le impresionó el idealismo romántico del joven y la halagó que la hubiera estado observando en su elemento y que se hubiera enamorado de ella.

—Unos años después decidimos escribir un libro de aquella experiencia — continuó Olivia—. Enfocamos el desastre desde distintas perspectivas: los pasajeros, los miembros del equipo de rescate y el personal del hospital. Resultó muy bueno. Hicimos una gira de promoción y ganamos varios premios.

—Me gustaría leerlo.

La mujer se levantó, fue hasta la sala y sacó del estante el manoseado volumen de «*El desastre del Espíritu del Este*». Lo llevó al porche y se lo entregó a Alec.

—Oh, Dios —dijo Alec examinando la cubierta.

Era una vista aérea del accidente tomada desde gran altura, y al principio era difícil distinguir, entre las dos orillas del río cubiertas de cerezos en capullo, los restos de un desastre que había costado la vida a cuarenta y dos personas. Abrió el libro y leyó la solapa, y luego pasó a la contraportada para leer la reseña acerca de Olivia y Paul.

—¿Ha publicado Paul un libro de poesía? —preguntó Alec.

—Sí, *Dulce acogida*.

—*Dulce acogida*. —Alec sonrió—. ¿A qué se refiere?

—A mí. —Olivia se sonrojó—. Paul me decía que su vida había cobrado sentido cuando me conocí.

Alec la miró con simpatía. Se estiró sobre la mesa y le oprimió la mano con suavidad; el anillo de bodas de oro captó la luz que venía de la cocina. Volvió la mirada a la contraportada del libro. Desde el lugar que ocupaba Olivia, la pequeña foto en blanco y negro, Paul y ella, quedaba cabeza abajo. Las sonrisas de ambos parecían muecas.

Alec movió la cabeza.

—Tuvo que ser una pesadilla. ¿Cómo pudo llevar a cabo aquel trabajo sin desmoronarse?

—Uno se acostumbra. Creo que se endurece un tanto. Soy capaz de llorar con una película y ese tipo de cosas y a veces, derramo lágrimas sobre la ensalada en los restaurantes, pero casi nunca he llorado en el trabajo. —Contempló la cubierta del libro junto al plato de Alec—. Excepto la noche que Annie murió.

—¿Por qué? —preguntó él—. Si ha visto tantas cosas horrendas en la sala de urgencias, ¿por qué la conmovió ese hecho?

—Por usted —dijo, expresando la verdad sólo a medias—. Sus ojos. Parecía estar desolado. Yo acababa de perder a Paul y... no es que quiera comparar lo que me sucedía con lo que le ocurrió a usted... pero compartí su tristeza. Durante mucho tiempo no pude borrar su expresión de mi mente.

Alec miró su plato. Había comenzado a levantar el tenedor pero lo dejó sobre la mesa y alzó la mirada a Olivia.

—¿Recuerda a mi hija? —preguntó.

Olivia sonrió.

—Quiso pegarme.

—¿Es cierto? No lo recuerdo.

Giró él la cabeza y miró hacia el mar.

—Está cambiando. No lo había notado porque desde la muerte de Annie dejé de prestar atención a los chicos. Mi hijo se sobrepuso, está trabajando y se prepara para ingresar en Duke en otoño, pero Lacey... —Movié la cabeza—. Comenzó a fumar, aunque no creo que mucho. Muchos chicos de su edad lo hacen. Pero últimamente llora con facilidad. La otra noche vino a casa llorando con la blusa desabrochada. No quisiera sacar conclusiones fáciles, pero...

—¿Cuántos años tiene? —lo interrumpió Olivia.

—Tre... catorce. Acaba de cumplirlos.

Olivia dejó el tenedor y cruzó los brazos sobre el pecho.

—A esa edad las niñas se vuelven vulnerables —dijo—, en particular una niña que haya perdido a su madre.

—Bien, intento no ser demasiado ingenuo. Siempre ha sido una niña buena, muy responsable, y estoy seguro de que no ha tenido relaciones sexuales o cosas así, pero...

—Tal vez contra su voluntad. —La mujer habló con cautela.

—¿Qué quiere decir?

—Bueno, estaba llorando, desgredada, quizá porque alguien... No quiero decir que la forzaran en la calle, pero ya sabe cómo son los muchachos y tal vez, en una fiesta, alguien... se había aprovechado de ella.

Alec abrió los ojos.

—Me tranquiliza usted.

—Lo siento. Uno adquiere una visión retorcida del mundo trabajando en un servicio de urgencias. ¿Por qué no habla con la niña? Sea directo.

—No quiere hablar conmigo. Me digo que es la actitud típica de los adolescentes, pero Clay nunca se portó de esa manera y no sé cómo reaccionar. Annie y yo los dejamos en paz. No establecimos reglas para actuar. Confiamos en ellos y, en lo esencial, resultaron perfectos.

—¿Qué quiere decir que no les proporcionaron reglas?

—Nada de obligaciones ni restricciones. Tomaban sus propias decisiones con respecto a dónde querían ir y lo que deseaban hacer. —Empujó el plato hacia el centro de la mesa—. Desde pequeños, los dejamos decidir qué ropa usar y lo que querían comer. Annie era partidaria de enseñarles a asumir sus propias responsabilidades y resultó bien. Pero ahora Lacey se sienta a la mesa con auriculares. Tengo ganas de decirle: «¡Apaga esa radio y escúchame, maldición!». —Golpeó la mesa con el puño—. «Y no maldigas delante de mí.» Pero Annie jamás le habría hecho esa exhortación. No puedo imaginar lo que habría hecho Annie cuando Lacey actúa de ese modo.

Olivia se reclinó en la silla.

—Ahora no importa lo que haría Annie —dijo—. Haga lo que haría usted. Dígale que no puede escuchar la radio en la mesa. Dígale...

—No puedo. Temo perderla a ella también. Yo... —Cerró los ojos un instante, luego se levantó—. Discúlpeme. —Dejó la servilleta sobre la mesa y entró en la casa.

Olivia cerró los envases de comida, los volvió a colocar sobre la bandeja y pensó como Alec hacía un momento: ¿qué haría Annie en este caso? Jamás permitiría que un invitado angustiado se fuera sin seguirlo para comprobar que estuviera bien. Dejó la comida en la bandeja y entró en la cocina. Alec estaba junto a la ventana mirando el mar. Le tocó el brazo desnudo con la mano.

—¿Alec?

—Tengo miedo de mi hija —dijo. El agua se reflejaba en sus ojos y el azul claro se tornó un gris lechoso—. Tengo miedo de mirarla porque cada vez que lo hago veo a Annie. —Miró a Olivia y ella, a medias consciente, dejó caer la mano al costado—. Aquella noche en el centro de acogida, Lacey estaba con su madre —dijo.

—No lo sabía.

—Ayudaba a servir la comida. Cuando Annie recibió el disparo, Lacey estaba al lado. Vio todo lo que sucedió.

—Por eso sabía que no había sangre —dijo Olivia—. Siempre me he preguntado cómo lo sabía. Alec, debe de haber sido horrible para ella.

—También pude haber perdido a Lacey. Ahora tengo una aguda noción de lo rápidamente que se puede perder a un ser querido. Si me apego demasiado a Clay o a mi hija y les ocurre algo... no podría soportarlo otra vez. Y si intento buscar una manera de disciplinarla, terno que me odie. Me parece que ya comienza a odiarme. —Apoyó las manos en el aparador y volvió a mirar a Olivia

—. Me olvidé por completo de su cumpleaños. Soy una porquería de padre, ¿no es cierto?

Olivia sintió una oleada brusca y repentina de simpatía hacia Lacey. La mayoría de sus cumpleaños cuando era niña habían sido olvidados, pero al menos ella podía compartir su pena con Clint.

—Bien —dijo—, creo que Lacey está aprendiendo que eres humano.

Alec se volvió desde la ventana y se apoyó en el aparador.

—¿Cómo eras tú a la edad de mi hija? —preguntó.

—Oh. —Sintió que se ruborizaba—. No puedes compararla conmigo. Yo no era... normal.

El hombre rió.

—¿Puedes explicármelo?

—Como soy melliza... y todas esas cosas... —Olivia sabía que eran «todas esas cosas» lo que explicaba la historia, lo que la hacía sentirse distinta de otras niñas de su edad. Quiso contárselo a Alec. Presintió que él entendería y la idea de compartir su pasado con ese hombre le aceleró los latidos del corazón. Abrió la boca para hablar pero en ese momento Alec suspiró y se despezó como para borrar los últimos momentos, y Olivia volvió rápidamente al presente.

—Es mejor que me vaya —dijo Alec—. Préstame el libro. —Fue hasta el porche y volvió con el volumen de *«El desastre del Espíritu del Este»* que Olivia le había dado.

Lo acompañó hasta la puerta y sintió que temblaba porque había estado muy cerca de contarle cosas que nadie sabía, ni siquiera Paul.

¿De qué habrían hablado Alec y Paul en la reunión de la comisión?

—Alec —dijo—, prefiero que Paul no sepa que somos amigos.

El hombre alzó las cejas.

—No deseo complicar las cosas. —Ya eran bastante complicadas por sí solas—. ¿No podemos decir sencillamente que nos encontramos para hablar de lo que ocurrió aquella noche en la sala de urgencias? Que piense que eso es todo.

Alec frunció el entrecejo.

—Olivia, soy muy malo para mentir, y no se trata de que tengamos un romance.

—Lo que ocurre es que no quiero que te considere un rival. Tenéis que trabajar los dos juntos, ¿recuerdas?

El hombre asintió.

—De acuerdo.

Cuando se fue, Olivia llenó el lavavajillas y barrió el porche. Si no se mantenía atareada, los recuerdos la asaltarían. Una vez que comenzaban, duraban días, y ya iba cobrando forma la imagen de su décimo cumpleaños. Fue entonces cuando confirmó que su madre era incapaz de mantenerse en buen estado. No

estaba sobria el tiempo suficiente para preparar una comida, y ni pensar en que recordara un cumpleaños.

La mañana del décimo cumpleaños de ambos, Clint había escrito una tarjeta para Olivia en la escuela y, cuando se la llevó al patio durante el recreo, algunos niños comenzaron a provocarlo como solían hacer cuando uno de los retrasados aparecía por allí. Uno de ellos, Tim Anderson, le arrebató la tarjeta de la mano.

—Mirad lo que le ha traído a Livi el retrasado —dijo agitándola en el aire. Otros muchachos rodearon a Tim para leer la tarjeta y Clint se quedó mirando con expresión abierta y confiada. Olivia sufrió por él. Sabía el aspecto que tendría la tarjeta: la «f» de «feliz» estaría inclinada hacia atrás y «cumpleaños», mal escrita. Sin duda habría dibujado un pastel como el año anterior. Parecería el dibujo de un chico de cinco años.

Intentó quitarle la tarjeta al tal Tim.

—¡Con amor! —se burló Tim—. Firma: «Con amor, Clint». Livi, ¿es tu novio? Es un retrasado.

Al oír esas palabras, los niños saltaron sobre Clint sujetándolo contra el suelo y golpeándolo con los puños mientras él se debatía indefenso incapaz de liberarse. Olivia contempló la agitación inútil de las manos sobre las cabezas de los agresores. Les pegó en la espalda con los puños y gritó que lo dejaran en paz. Les dio patadas en las piernas, en los costados, hasta que la señora Jasper salió del edificio. Se acercó con energía hasta ellos gritando: «¡Niños! ¡Deteneos de inmediato!». Al oír su voz, Tim y sus secuaces se dispersaron de inmediato y Olivia se agachó junto al hermano. Le sangraba la nariz y tenía la cara enrojecida y manchada de lágrimas.

La señora Jasper se estiró la falda sobre las piernas y se arrodilló al otro lado de Clint. Sacó del bolsillo un pañuelo de encaje y lo presionó sobre la nariz del niño.

—Ten, querido —dijo la señora Jasper—. ¿Estás bien?

—Zí —contestó Clint con su ligero ceceo.

Olivia vio a unos pasos la tarjeta que su hermano había dibujado y corrió a recogerla. Estaba tan estrujada que casi no se la reconocía, pero ella distinguió el pastel de cumpleaños con las diez velitas. Clint las había pintado de verde.

—Son unos cobardes —le dijo la señora Jasper a Clint al tiempo que Olivia se arrodillaba otra vez junto a su hermano.

—Avery les dará una paliza a todos. —Clint se sentó sosteniendo el pañuelo ensangrentado contra la nariz.

Olivia miró hacia un rincón del patio donde los niños mayores jugaban al balón. Su hermano Avery tenía la pelota y la niña lo observó arrojarla con fuerza a una de las muchachas que saltó justo a tiempo. Sí, Avery disfrutaría zurrándole a Tim Anderson. Cualquier excusa le servía para pelear.

La señora Jasper miró a Olivia.

—Sería mejor que Clint se fuera a casa el resto del día. ¿Puedes llamar a tu madre?

Olivia negó con la cabeza, consciente de que la señora Jasper sabía que sería inútil llamar a la señora Simon.

—Yo lo acompañaré. —Olivia le dio la mano al hermano y el niño la cogió con los dedos manchados de azul.

Hacía tiempo que había terminado la temporada de moras y los Simon habían gastado también el poco dinero que habían ganado recogiendo moras. Pero las manchas azules tardarían bastante en desaparecer.

Acompañó a Clint a casa y esperó que al llegar, la madre estuviera inconsciente en el sofá, porque Olivia sabía lo que diría al ver que habían golpeado otra vez a Clint. Movería la cabeza con el fino cabello oscuro despeinado colgando en sucios mechones. «Livi, Dios debió de estar de mal talante el día que os hizo a los dos, —diría, como si Clint no pudiera comprender que estuviera insultándolo—. Te dio a ti el cerebro de Clint además del tuyo, por lo tanto eres tú quien debe cuidarlo.»

La madre estaba echada en el sofá, la cara hinchada apretada contra los almohadones. La botella yacía en el suelo cerca de ella. Olivia metió a Clint en la cama: una de las tres del atestado dormitorio que compartía con los hermanos. Clint estaba agotado por el incidente y se durmió enseguida; la sangre formaba una costra despellejada en torno a la nariz. De nuevo en la sala, Olivia recogió la botella del suelo y la puso lo más alto que pudo en el armario de la cocina para que su madre tuviera que buscarla cuando despertara. Luego se fue de la casa pensando que tenía que dibujar una tarjeta para Clint cuando volviera de la escuela. Aquello sería todo lo que recibieran.

Dejó de barrer el porche y escuchó. Había alguien en casa. Miró a través de las puertas corredizas hacia la sala, pero estaba demasiado oscuro. ¿Se había olvidado de cerrar cuando se había ido Alec?

—¿Olivia?

¡Paul! Soltó el aliento y caminó por el porche. Le molestaba que creyera que podía entrar en la casa cuando quisiera, pero al mismo tiempo sintió tal alivio al verlo que no quiso decirle nada que pudiera ponerlo a la defensiva.

—Me has asustado —dijo.

Si hubiese llegado veinte minutos antes, se habría llevado una sorpresa. Recordó la pluma de pavo real que había en la cocina. Tenía que evitar que la viera.

—Lo siento. He llamado, pero sin duda no me has oído. —Se sentó a la mesa y la observó—. Quería hablar contigo —dijo—, si quieres.

—Claro que quiero. —Dejó la escoba contra la pared y se sentó frente a Paul.

—¿Decías en serio que podía hablarte de Annie?

Olivia ocultó su decepción.

—Sí.

—Lo necesito. Tenías razón al decir que no podía hablar de ella con nadie. A nadie le importo sino a ti. —Tamborileó nervioso con los dedos sobre la mesa—. No es fácil, pero como fuiste a verme y te comportaste... con tanta bondad, pensé que quizá podría decirte la verdad.

Olivia apretó las manos sobre el regazo.

—Creí que ya la sabía.

El hombre negó con la cabeza.

—En su mayor parte. Sabes que me enamoré de un imposible y que enloquecí, pero lo que no sabes es que... —Contempló el cielo raso de madera e inspiró—. Oh, Liv —movió la cabeza—, lo siento mucho. Cuando nos casamos no podía imaginar que haría algo que te hiriera tanto.

—Te acostaste con ella.

Paul se pasó la lengua por los labios.

—Sólo una vez —dijo—. Antes de Navidad. Me sentí obligado a hacerlo, como si...

—¿Más que a respetar las promesas que me hiciste? —Creyó que el dolor en el pecho la mataría. Había hecho el amor con ambas. Las había comparado y Annie habría salido triunfante.

—Tendría que haberme marchado antes —dijo—. No me sentía muy bien pero me convencí de que, en cierto modo, la culpa era tuya: con tus horarios tan prolongados y... —Se interrumpió y miró otra vez hacia la oscuridad.

—¿Y qué?

—... porque eres un poco rígida, mientras que Annie era tan libre de espíritu, tan vivaz y...

—¡Basta! —Olivia se puso de pie—. Al parecer, crees que carezco de sentimientos en absoluto.

Paul la miró y continuó como si Olivia no hubiese hablado.

—Sencillamente me sentí arrastrado. Era tan buena persona...

—Oh, sí, fue maravillosa. Estaba engañando a su marido, Paul. ¿Qué opinas de eso?

—Lo propuse yo y no ella. La obligué. No quiero decir que la violara, pues ella también lo deseaba, pero...

—Paul, te dije que escucharía pero no puedo. Me duele demasiado.

El hombre se levantó y, para su sorpresa, la cogió en sus brazos. Olivia no se lo impidió. No podía. Había pasado mucho tiempo.

—Liv, todavía significas mucho para mí —dijo—, pero esa mujer me destruyó. Desearía que nunca hubiéramos venido a vivir aquí ni haberla conocido.

El aroma de Paul era tibio y familiar, aunque cuando Olivia cerraba los ojos sólo podía imaginarlo en la cama con Annie. Se alejó de él con un gemido.

—Vete a tu casa, Paul —dijo—. Regresa a tu pequeño templo.

Paul vaciló un instante y se volvió para marcharse. Olivia esperó hasta oír el coche que salía del camino particular. Luego fue a la cocina y sacó la pluma de pavo real de la ventana. La llevó afuera, al final del muelle, la alzó en la oscuridad sobre su cabeza y la arrojó con fuerza oyendo con enorme satisfacción el ruido de cristales rotos.

Capítulo 17

Paul se topó literalmente con Alec en el supermercado: sus carritos chocaron cuando el primero daba la vuelta buscando la sección de lácteos. Alec le sonrió al verlo, pero Paul estuvo a punto de gemir de desesperación. Estaba atrapado.

—¡Paul! —Alec le dio un sincero apretón de manos—. He estado pensando mucho en ti últimamente.

—¿Sí?

Alec se apoyó en el carrito como si se dispusiera a sostener una larga conversación.

—El material que me enviaste sobre el faro es magnífico. Se lo comenté a Nola y con alguna información más podríamos imprimir un libro en lugar de un folleto. El editor está de acuerdo y se nos ha ocurrido distribuirlo en todo el país.

—Estupendo —respondió Paul. Acomodó otra vez los paquetes en el carrito para evitar la mirada de Alec.

—He pensado en tu próxima entrevista con Mary Poor —exclamó Alec—. Hazla hablar de sí misma. Solían llamarla *El Ángel de la Luz*. Podría enviarte algunos artículos sobre ella; así sabrías qué preguntarle si se muestra demasiado modesta. Y más adelante, avanzado el verano, podríamos pedirle que fuera nuestra guía en una visita al faro. ¿Te parece que esté en condiciones?

—¿Una visita a la casa? —Paul trasladó el envase de helado de vainilla de un lado a otro del carrito—. No sé —dijo—. Cuando hablé con ella estaba sentada en una mecedora, de modo que no sé si podrá caminar sin problemas. —No estaba seguro de poder sostener otro encuentro con la anciana y mucho menos una visita a la casa del faro. ¿Cuánto más soportarían sus nervios? Después de la primera entrevista se había sentido mal y había detenido el coche en una calle lateral de Manteo para vomitar en una zanja.

—Bien, ya veremos —respondió Alec—. De paso, ¿por qué no me comentaste que habías sido tú quien había escrito el artículo sobre mi esposa en *Seascape*?

Paul trató de adivinar la intención por el tono de voz. Alec sonreía; no había expresión acusadora en su rostro. Más bien creyó en su actitud humilde.

—Oh, bueno. No sabía qué recuerdos podría traerte.

—Fue un hermoso homenaje a Annie. Le habría encantado.

Paul sonrió. Si no lo sabía, es que Annie no se lo había dicho.

—Gracias —respondió—. Es muy importante para mí. ¿Cómo lo has sabido?

—Tu esposa era la doctora de guardia la noche que Annie murió. Creo que lo sabías, ¿eh?

Paul se puso rígido.

—Sí.

—He hablado con ella varias veces: necesitaba saber qué había pasado esa noche y sacármelo de la cabeza, ¿entiendes?

—Claro. —¿Qué le habría contado Olivia? Las manos de Paul aferradas a la barra del carrito comenzaron a sudar.

—Olivia me ha ayudado mucho —dijo Alec—. Me siento bien sabiendo que fue ella quien atendió a Annie.

—Sí... imagino que sí.

—¿Sabías que Annie y tú fuisteis compañeros de clase en la universidad de Boston?

¿Cómo demonios se habría enterado Alec de aquello?

—Sí, sí. Lo descubrimos durante las entrevistas.

—¿No la recuerdas entonces?

—Había muchos estudiantes.

Alec contempló lo que llevaba en el carrito y Paul le siguió la mirada hacia los productos congelados y las latas de verduras.

—Si Annie viera esto, le daría un ataque —dijo Alec mirando el carrito.

—Bueno, yo también como congelados últimamente —dijo Paul—. Y hablando de eso, es mejor que vayamos saliendo antes de que se descongele todo.

—De acuerdo —aceptó Alec—. Ah, estoy leyendo: «*El desastre del Espíritu del Este*».

Paul lo miró.

—¿Cómo...?

—Le comenté a Olivia que me gustaba lo que escribías y ella pensó que me gustaría leerlo. Os conocisteis entonces, ¿verdad? Verla en acción debió ser impresionante, ¿no es cierto?

—¿A Olivia? —preguntó con aire estúpido, y el recuerdo le provocó un estremecimiento de pena.

Olivia era joven, bonita, afectuosa y eficiente, y Paul se habría prendado de ella. Sin duda percibiría que aquella muchacha podía ayudarlo a olvidar y, sin saberlo, en efecto lo habría ayudado.

Alec volvió a apoyar los codos en la barra del carrito.

—Sin embargo, leyendo sobre el accidente del tren, me di cuenta de lo deficiente que es nuestro modesto Servicio de Urgencias —dijo—, en caso de accidente.

El candor de Alec dirigiéndose a él como a un amigo inquietó a Paul.

—Estoy de acuerdo. —Eché una mirada sobre la cabeza de Alec al tentador espacio abierto del pasillo y luego, al reloj—. Bueno, tengo que llevar esto a casa

—dijo—. Te veré en la próxima reunión de la comisión. —Con aire cobarde empujó el carrito, consciente de que su salida no había sido precisamente airosa.

Mientras conducía el carrito a través de la sección de carnes, lo asaltó una suerte de pánico. No podía fijar la mirada en la lista que había preparado al efecto. Contempló las chuletas, las costillas y los trozos sanguinolentos. De pronto soltó el carrito, echó alrededor una mirada perdida y salió del supermercado imaginando cómo se derretía el helado, goteaba el envase de cartón y formaba un charco en el suelo.

Subió al coche y condujo los doscientos metros hasta la playa de Nags Head. Aún era temprano, sólo las siete y media de la tarde y la playa estaba casi desierta. Había algunos pescadores junto al agua y de vez en cuando a su lado pasaba una pareja cogida de la mano. Se sentó en la arena y esperó a que la tensión abandonara su cuerpo.

Alec había estado hablando con Olivia. Al fin. Sin embargo, era obvio que su esposa no le había dicho nada comprometedor, pues en ese caso Alec no lo habría tratado con tanta cordialidad y respeto. Y pensar que había desperdiciado tanto tiempo y energías odiando a aquel hombre...

Una pareja de jóvenes que se reían y un perro corrían a la orilla del mar. El largo cabello de ella era de color castaño, pero a la luz del sol crepuscular, Paul se permitió engañarse e imaginar que fuera cobrizo.

La universidad de Boston. «Había muchos estudiantes.» Alec no lo había puesto en duda. ¿Cómo podía suponer aquel tipo que alguien asistiera a la misma clase que Annie y no la recordara?

Capítulo 18

Habían elegido a Paul protagonista de *La calle del ángel*, una representación de los novatos de primer año de la universidad de Boston. En la escuela secundaria había sido un alumno mediocre que despreciaba las matemáticas y las ciencias, pero se aplicaba en literatura y poesía y en el melodrama sin límites de su propia imaginación. También había sido presidente del club de teatro; su talento natural le proporcionó una beca en la universidad de Boston. De otro modo, su familia no habría podido mandarlo allí, aunque el negocio de fuegos de artificio que regentaba su padre en Filadelfia durante la época de secundaria de Paul marchaba bien y su madre ahorraba cuanto ganaba como criada. Pero los Macelli tenían seis hijos: Paul y cinco hermanas, todos brillantes y ambiciosos y todos con ganas de estudiar.

El primer papel adjudicado para la puesta en escena de *La calle del ángel* había sido pues, el suyo. Mientras Harry Saunders lo observaba en intervención de Jack Manningham, Paul estaba convencido de que nadie más tendría que molestarse en hacerlo. Así pues, se sentó en primera fila del auditorio junto a Harry, tranquilo y relajado, mientras otros novatos leían nerviosos sus papeles.

Annie Chase se presentó por capricho para cubrir el papel de la joven coqueta. Había acudido por acompañar a una amiga y aceptó probar suerte. Se deslizó escaleras arriba cuando le tocó el turno y su cabello parecía llenar el escenario. Harry dejó de removerse en el asiento, se inclinó hacia delante y apoyó las manos sobre las rodillas.

—Adelante, por favor —dijo.

La muchacha leyó un par de líneas con voz gutural y comenzó a reír. Era una risita entre dientes, en realidad un sonido particular de Annie Chase, un tono murmureante y cantarín: una sorpresa en contraste con su ronca voz. Todos los presentes la miraron y las caras se abrieron lentamente en grandes sonrisas. Paul descubrió a Harry al borde de la risa.

—¿Quiere intentarlo otra vez, señorita Chase?

—Claro.

La joven leyó otra vez y llegó casi al final del monólogo, pero las risitas la atacaron de nuevo; aunque parecía una muchachita descontrolada, y aunque la lectura había sido mediocre, a Paul no le sorprendió que Harry le diera el papel. A él tampoco le disgustó.

—Se ganará al público —le comentó Harry a Paul como si fuesen colegas—. Lo atraparé y no lo soltaré. Sencillamente, la necesitamos... y ese cabello un tanto salvaje que sin embargo no la eclipsa...

Harry no necesitaba preocuparse. Era imposible que algo eclipsara a Annie Chase. Resplandecía, burbujeaba, atraía a las personas como un trovador que fuera reuniendo un círculo de gente alrededor.

Paul se enamoró en aquel escenario de la universidad de Boston. Annie llegaba tarde a los ensayos, pero al parecer, a nadie le importaba. Era como si la esperaran todos, como si contuvieran el aliento aguardando la llegada de la muchacha y las sonrisas invadían las caras cuando por fin Annie saltaba al escenario.

Tenía que besarla. Estaba en el libreto y antes de la primera vez, durante varias noches se quedó despierto imaginándose. Le habría gustado no tener que hacerlo frente a Harry Saunders y el resto del elenco. Quería besarla en la intimidad.

Cuando por fin llegó la tarde del beso, Paul lo hizo rápida y levemente.

—Otra vez —dijo Harry desde la primera fila—. Macelli, procura prolongarlo un poco más.

El muchacho le dio un beso más prolongado, trató de no perder la cordura y cuando al fin se separaron, la muchacha reía entre dientes.

—La cuestión no es sonreír, Annie —dijo Harry—. Según el libreto, tienes que mostrarte seductora.

La muchacha rió.

—Lo siento.

—Convendría que los dos lo practicarais hasta que os saliera bien.

Harry hizo a Paul un gesto cómplice.

Así es que se dedicaron a practicar. Se encontraban en el dormitorio de alguno de los dos, leían su intervención y trabajaban los fragmentos anteriores que llevaban al beso y los siguientes, pero el resto de la letra era un anticlímax. Cuando daban por terminado el ensayo del día, Paul le leía sus poemas si estaban en el dormitorio de él o miraban las bagatelas de Annie si en el de ella. La muchacha modelaba oro y plata según complicados diseños y hacía pendientes y brazaletes. A Paul le encantaba verla trabajar. Annie se sujetaba el cabello con un trozo de cuero que rara vez servía para esa función, y las largas guedejas rojas iban deslizándose poco a poco mientras trabajaba el metal resplandeciente.

Paul sentía cómo lo ganaba la dedicación. Hacía pocas semanas que la conocía y sin embargo no se apartaba de su mente. La visitaba con el pretexto de ensayar sus papeles, pero era inevitable que conversaran de otros temas, y Paul atesoraba cada palabra que salía de labios de Annie y repasaba hasta el cansancio en la memoria aquellas charlas acostado en la cama.

Entonces comenzaron a llegar los regalos. La noche del estreno, Annie lo sorprendió con un brazaletes de oro que había hecho para él. Al día siguiente,

Paul encontró una cesta de piñas junto a la puerta y al otro, la muchacha apareció con un cinturón de macramé.

—Me he quedado despierta toda la noche haciéndolo —le dijo.

Sacó de las presillas de los vaqueros el cinturón que usaba Paul y comenzó a colocarle el que había hecho para él. Era un poco grande y la presión de los dedos de Annie mientras ajustaba el cinturón le produjo una erección instantánea. Avergonzado, se apartó de la muchacha.

Annie lo miró desde la cama donde estaba sentada.

—Paul —dijo con los ojos azul oscuro grandes y tristes—. No lo entiendo. ¿No me deseas?

Alarmado, el joven le devolvió la mirada.

—Yo... sí. Pero creía que tú...

Annie gimió y deslizó los dedos en los bolsillos del vaquero de Paul.

—Por Dios, Paul, estaba volviéndome loca: no he dejado de pensar qué podría hacer para que te enamoraras de mí.

—Hace semanas que estoy enamorado de ti —respondió—. Mira, puedo probarlo. —Levantó la tapa del escritorio y le entregó un poema, uno de los muchos inspirados en ella las semanas anteriores. La hicieron llorar.

Annie se puso de pie y lo besó con un beso mucho más prolongado, más ardiente que el que habían compartido en el escenario. Luego fue hasta la puerta y cerró con llave. Paul sintió que las rodillas le flojeaban y se preguntó cómo saldría adelante en esa situación.

—Nunca he hecho el amor —admitió, y se apoyó con torpeza contra el escritorio.

En la escuela secundaria había tenido varias novias, en particular dos que se habían sentido atraídas por su sensibilidad y sus poemas, pero en lo fundamental aún era virgen.

No obstante, Annie no lo era.

La joven sonrió.

—Era eso —dijo, como si aquello lo explicara todo—. Yo lo hago desde los quince años, de modo que no tienes que preocuparte.

Al principio, esas palabras impresionaron a Paul y lo decepcionaron, pero luego se sintió aliviado pues Annie comenzó a besarle, a tocarlo y comprendió enseguida que, evidentemente, sabía lo que hacía.

—Tú no tienes que hacer nada en absoluto —le aseguró.

Lo desnudó hasta que quedó en ropa interior y lo hizo acostar boca abajo. Luego se colocó a horcajadas sobre Paul e inició un masaje profundo y prolongado; al principio las manos de ella eran suaves y frescas, pero se calentaron a medida que las deslizaba por la piel del muchacho. Lo volvió de espaldas y se quitó la camisa y el sostén. Paul se estiró para tocar la piel blanca de los pechos pero ella le cogió la mano y la colocó al costado, sobre la cama.

—Puedes mirar pero no tocar —aclaró—. Ya te lo dije, límitate a quedarte acostado, quieto. Esta noche está por completo dedicada a ti.

Le hizo el amor del mismo modo que hacía todo en la vida: con generosidad, teniendo en cuenta el placer del otro en lugar del propio.

Las semanas siguientes, Paul comprendió que Annie era capaz de entregarse hasta el límite sin necesidad de recibir. Si intentaba tocarla cuando hacían el amor, la joven le apartaba la mano.

—No es necesario —decía, y Paul supo que hablaba en serio, que si él trataba de intercambiar los papeles y dedicarse a Annie, ella se sentía trastornada, perdía por completo el equilibrio.

Una vez le compró flores porque sí y cuando se las entregó, se esfumó la sonrisa de Annie.

—Son demasiado bellas para mí —le dijo con las mejillas arrojadas.

Ese mismo día le dio las rosas a una compañera de habitación que las había admirado.

El día de su cumpleaños le compró un chal y al día siguiente Annie lo devolvió y deslizó los doce dólares en el bolsillo del pantalón de Paul.

—No gastes dinero en mí —le dijo sin querer escuchar las protestas del muchacho.

Sin embargo, ella seguía llevándole regalos a él y Paul se sentía cada vez más incómodo.

Un día, almorzaban los dos en la cafetería y se acercó una bonita morena que había conocido Annie en la escuela primaria.

—Tú eras la niña más hermosa de la escuela —le dijo a Annie. Y se volvió hacia Paul—. Sin duda, era la más famosa de toda la escuela, una de esas muchachas que deseas odiar porque es tan popular que no deja sitio a nadie más, pero al mismo tiempo tan buena que no puedes dejar de quererla.

Esa noche, acostada a su lado, Annie le contó a Paul cómo había ganado la popularidad en la escuela.

—Mis padres me daban mucho dinero —relató en un extraño tono amortiguado, casi sin inflexiones— y yo les compraba dulces y juguetes a los otros niños y me los ganaba.

Paul la acercó más a él.

—¿Crees que no merecías ningún cariño?

—No. Me daba la impresión de ser una niña horrible de espantoso cabello rojo. Por las mañanas, mi madre se quejaba de mi cabello y decía que era horroroso y que mi aspecto era horrible. Yo lloraba cada día camino de la escuela.

—Eres muy hermosa. ¿Cómo es posible que tu madre dijera eso?

—Oh, bueno. —Annie agitó un brazo en el aire—. No creo que quisiera herirme. Es que... por cierto tendría sus propios problemas. De cualquier

manera, cuando llegué a la escuela secundaria, sentí pánico al comprobar que había millones de chicos nuevos y desconocidos. Sabía que ya no me servirían los dulces y los juguetes. Tenía que encontrar otro modo de que me quisiera la gente.

—¿Lo encontraste?

—Sí.

—¿Cuál?

—Al menos hallé el modo de que me quisieran los muchachos.

—Oh, Annie.

—No me odies.

Paul le pellizcó con suavidad la mejilla.

—Te quiero. Ya no necesitas hacerlo, me tienes a mí.

—Lo sé. —Se acurrucó más cerca—. Abrázame más fuerte, Paul.

Paul le obedeció encantado de que confiara en él y pensó que había llegado el momento de hacerle la pregunta que se le había ocurrido la primera vez que hicieron el amor.

—Annie, hay algo que me inquieta —dijo—. Cuando hacemos el amor, ¿llegas al orgasmo?

La sintió encogerse de hombros.

—No, pero no importa. Me satisface el solo hecho de estar cerca de ti y de verte gozar a ti.

El muchacho se sintió desilusionado y molesto.

—Debo de estar haciéndolo mal.

—No se trata de ti, Paul. Yo no...

Paul se apartó y la miró.

—¿Has hecho el amor desde los quince años y nunca...?

—De verdad, no me importa. No ha sido importante para mí. Veo a un muchacho y deseo abrazarlo, sentirme bien así, tibia y amada. Si tengo que tener relaciones sexuales para lograrlo, pues bien...

El muchacho volvió a abrazarla.

—Annie, si en realidad quieres verme feliz, déjame darte placer a ti a cambio.

—Me das placer. Haces que me sienta estupendamente.

—Ya sabes lo que quiero decir.

Annie se apartó de Paul.

—Creo que es imposible —dijo—. Ya tendría que haber ocurrido.

Paul no quiso hablar con los amigos de algo tan íntimo y la tarde siguiente acudió a la biblioteca buscando una solución al problema de Annie. Encontró un libro repleto de consejos e ilustraciones y no pudo evitar que la bibliotecaria,

antigua en el oficio y experta en lectores, registrara el dato. Se sentó en un rincón apartado y lo leyó hasta la última página.

Esa noche en el dormitorio de Annie, Paul se sentó en la cama y le indicó que se sentara junto a él. La muchacha lo obedeció y lo abrazó, dejando un beso húmedo sobre la mejilla de Paul.

—Hoy he leído un manual sobre sexo —dijo.

—¿Qué? —Se apartó de un salto—. ¿Para qué?

—Porque esta noche te toca a ti. —Aferró el borde de la camisa de Annie, pero ella lo detuvo.

—No —gimió.

—Annie. —La sostuvo por los hombros—. Hazlo esta vez por mí y no por ti misma, ¿de acuerdo?

—¿Y si no da resultado? Te desilusionaré...

—Ni me desilusionarás ni dejaré de quererte. Será hermoso, pero tienes que relajarte.

Annie se mordió el labio.

—Apaga la luz —pidió.

Paul le obedeció y volvió a la cama; la desvistió de manera casi metódica y se sentó detrás de Annie con la espalda contra la pared.

—¿Qué hacemos? ¿No te vas a quitar la ropa tú también? —preguntó.

—Mmm. —Separó las piernas y abrazó a Annie contra el pecho.

La ilustración del manual ardía en la mente de Paul. Todo el día imaginó cómo sería abrazar así a Annie, tocarla y por fin, sentir que respondía. La envolvió en los brazos y le besó el hombro. La muchacha temblaba.

—Esto ya es hermoso —dijo—. No tienes más que abrazarme así. Prefiero hacer esto que...

—Chst. Apoya tus piernas junto a las mías. Eso es.

—Esto es estúpido. Me siento ridícula.

Paul le acarició los brazos, los hombros.

—Tienes que decirme qué te gusta —explicó, y deslizó las manos hasta los pechos—. Avísame si te hago daño.

—Esto no hace daño. —Lanzó una risita y pareció aflojarse entre los brazos de Paul, pero cuando el muchacho bajó las manos hasta las caderas se puso rígida.

—Vamos, Annie, relájate.

—Lo intento. Es que no me gusta que la atención se centre en mí. No sé por qué... ¡Oh!

Los dedos de Paul habían encontrado la meta. Annie contuvo el aliento y de pronto apartó más las piernas y las presionó con fuerza contra las del muchacho, apretando con las manos la tela del vaquero. Paul deslizó un dedo dentro de Annie y la muchacha se estremeció.

—Annie, me gusta hacer esto —dijo para animarla, pero no era necesario.

Annie se dejaba ir, se dejaba tomar. Cuando alcanzó el clímax, Paul tuvo un instante de terror creyendo que Annie iba a desmayarse, pero entonces sintió las contracciones en torno a su dedo y a la muchacha que se relajaba.

Para los dos, esa noche fue un punto sin retorno: no sólo el sexo fue mejor —Annie siguió considerándolo como una consecuencia del amor— sino que elevó la relación a un plano diferente, en el que Annie se pudo permitir que hicieran cosas por ella. Aunque aún era una adicción, al menos era mutua.

La familia de Paul la adoraba. Annie y él fueron a Filadelfia dos veces aquel año y Annie se introdujo en el centro de aquella familia dominada por mujeres con la misma facilidad que si hubiera nacido en ella.

—Paul, tu familia es tan cálida... —le dijo—. No sabes lo afortunado que eres.

Sin embargo, aunque vivían a una media hora de la universidad, Annie no lo llevó a conocer a sus padres. Después de ejercer mucha presión sobre la muchacha, al fin consintió en ello con motivo del quincuagésimo cumpleaños del padre.

—Estás hablando siempre de tu padre —dijo—. Me gustaría conocerlo.

Por cierto que hablaba a menudo de él, casi siempre con la voz hinchada de orgullo a causa de sus éxitos profesionales. Estuvo trabajando durante un mes en un regalo de cumpleaños: un par de gemelos de oro que había diseñado ella misma, y cada vez que veía a Paul le mostraba sus progresos.

Mientras Paul y Annie giraban en la calle bordeada de árboles que llevaba a la casa, el muchacho sostuvo el pequeño envoltorio sobre su regazo. Durante todo el viaje, Annie había estado callada y tamborileaba con los dedos sobre el volante del descapotable rojo.

—¿Qué hora es? —preguntó Annie mientras dejaban atrás enormes mansiones.

Paul miró el reloj.

—Las cuatro y diez.

—Ay, Dios. Mi madre se enfadará.

—No es tan tarde.

—No lo entiendes. Mi madre tiene verdadera manía con el horario. Cuando yo era pequeña y había prometido llevarme a algún sitio, si me retrasaba aunque fuera un minuto, suspendía el paseo.

Paul la miró, ceñudo.

—Lo dices en broma.

Annie negó con la cabeza.

—Digámosle que tu apellido es Macy —sugirió.

—¿Por qué?

—Para gastarles una broma.

El joven la miró, confundido.

—Ése no es mi apellido —replicó.

Annie se detuvo ante una señal y lo miró.

—Paul, no quisiera herir tus sentimientos, pero mis padres tienen muchos prejuicios. —Dejó caer las manos sobre el regazo y las enlazó—. ¿Entiendes? Es decir, si no eres como ellos... Les gustaría más que tú...

A Paul le ardieron las mejillas.

—¿También quieres que les oculte cómo se ganan la vida mis padres?

Annie se miró las manos.

—Por eso mismo no quería traerte.

—Annie, no mentiré. —Hasta ese momento, jamás lo había hecho.

Annie no dijo nada y apretó otra vez el acelerador.

—Pensé que me querías —dijo Paul.

—Te quiero, pero me gustaría que ellos también lo hicieran.

Condujo por un largo camino de coches y Paul vio una casa estilo Tudor a través de una extensión de césped bien cuidado hasta que desapareciera tras una hilera de pinos.

—Mis padres ya han organizado mi vida. Tendría que estar estudiando para graduarme en algo útil; cuando les dije que sería artista, tuvimos una terrible discusión; esperan que me case con alguno de los hijos del círculo de sus amigos. ¿Entiendes ahora por qué no quería traerte aquí?

Sí, Paul comprendía, pero Annie se había dormido demasiado en explicarle los motivos.

Los hizo entrar una mujer mayor con uniforme oscuro. Besó a Annie en la mejilla y los introdujo en la sala.

—Querida, mamá y papá bajarán enseguida. —La mujer salió de la habitación y Annie dirigió a Paul una sonrisa nerviosa. El joven se estremeció. La sala era grande y fría como una caverna.

—Uno se acostumbra —le aseguró Annie. A pesar del fresco, estaba transpirando.

Primero entró el padre. Era un hombre delgado, apuesto, bronceado y en buen estado físico, pero adusto. Casi todo su espeso cabello era gris. Besó a la hija en la mejilla.

—Papá, éste es Paul —dijo Annie eludiendo el conflicto del apellido.

—¿Paul...? —El doctor Chase le estrechó la mano.

—Macelli —respondió Paul y de súbito el apellido le sonó sucio.

Estrechó la mano del hombre con una sensación de derrota y supuso que ya había sido desechado como candidato a la mano de su hija.

La madre de Annie hizo un débil intento de fingir calidez, pero Paul sintió la frialdad de su mano cuando estrechó la de Paul con las yemas de los dedos. Era una mujer de aspecto corriente, quizás incluso hogareño a pesar del espeso maquillaje. Llevaba el cabello rojo sujeto en moño, bajo férreo control.

Paul casi no pudo comer el tajo de carne asada que le deparó un sirviente cuando se sentaron a la mesa. Sin embargo, no se arredró ante las preguntas exploratorias acerca de su familia. En lugar de intimidarse, comenzó a disfrutarlas y dejó claro a los padres de Annie que tenían sentado a su mesa, y tal vez durmiendo con su hija, al hijo de una familia de trabajadores. Habló extensamente del negocio de fuegos artificiales y de que su madre había limpiado la casa de un intendente de Filadelfia.

A los postres, cuando trajeron una tarta de cumpleaños en forma de raqueta de tenis, Annie ofreció al padre los gemelos.

—Bueno, gracias, princesa. —El doctor Chase se inclinó para besar la mejilla de Annie y luego dejó la caja junto al plato.

Paul imaginó que los gemelos irían a parar al fondo de un cajón, o tal vez a la basura.

—El profesor de Annie dice que es la mejor alumna que ha tenido —manifestó Paul.

—¡Paul! —Annie se ruborizó.

El doctor Chase levantó la vista de la ración de pastel.

—Annie es brillante en cualquier cosa que se propone —dijo—. Podría ser lo que quisiera. Tiene inteligencia para algo más que retorcer alambres para joyas.

Paul miró a Annie y vio brillo de lágrimas en sus ojos.

El doctor Chase dejó el tenedor y miró el reloj.

—Chicos, tengo que irme.

—Pero papá —protestó Annie—, es tu cumpleaños. —La voz estuvo a punto de quebrarse.

Paul percibió un tintineo de cristal en el tono ronco, pero los padres no parecieron advertirlo.

El padre se puso de pie y se inclinó para besarle la frente. Saludó a Paul con un gesto.

—Me alegro de haberlo conocido, señor Macelli. Estoy seguro de que nos acordaremos de usted la próxima vez que veamos un buen espectáculo de fuegos artificiales.

Paul y Annie se marcharon poco después de la cena y cuando llegaron al automóvil, la muchacha ya estaba llorando.

—Quizá no tendría que haber venido —dijo Paul.

—No es tu culpa. Siempre me marché de aquí llorando.

—Los odio. Lo siento Annie, pero son detestables.

—Por favor, Paul, no digas eso. No me consuela. Son todo lo que tengo. Tú tienes a tus hermanas pero yo sólo cuento con ellos. Punto. —Abrió la puerta del coche y miró hacia la casa—. Nunca tiene tiempo para mí. Cuando yo era niña siempre estaba ocupado y ahora no sabría cómo prestarme atención.

El verano siguiente al primer año de universidad, pasaron las vacaciones en New Hope, en Pensilvania; Paul con un amigo de la escuela secundaria y Annie con dos muchachas de la universidad de Boston. De día, Paul trabajaba como camarero y de noche, en la producción del repertorio de verano en Carousel, y Annie en una galería donde aprendía los rudimentos del trabajo del cristal esmaltado. Fue un verano maravilloso: ambos hacían lo que les gustaba y pasaban juntos el tiempo libre. Sólo tenían diecinueve años y sin embargo, Paul sentía una nueva madurez en la relación. Hablaban del futuro y de los hijos: pequeños italianos de cabello rojo que se llamarían Guido y Rosa para fastidiar a los padres de Annie.

—Guido y Rozer —decía Annie con su acento de Boston que sonaba extraño a oídos de Paul ahora que no estaba en Nueva Inglaterra.

Daban paseos al azar por la pequeña ciudad. Annie se enamoró de un caballito azul esmaltado que había visto en una tienda. Aunque se detenía casi todos los días a contemplarlo, Paul sabía que no lo compraría. Entonces, cuando al fin tuvo suficiente dinero, se lo regaló como sorpresa. Le costó casi todo lo que había ahorrado y en un principio ella quería devolverlo. Sin embargo, Paul insistió en que lo conservara y Annie lo envolvió en una tela suave y lo llevaba a todos lados en el bolsillo: se lo enseñaba a cualquiera con quien se cruzara. Lo bautizó *Baby Blue* en alusión a una canción de Bob Dylan.

A mediados de julio la visitaron sus padres y durante tres días, Paul no la vio. Finalmente, se acercó a la galería donde trabajaba Annie y de inmediato supo que ya no era la misma. Tenía ojeras; la risa salvaje había desaparecido. Paul detestaba el modo en que los padres le habían envenenado la vida.

—Quieren que cambie de carrera —le dijo Annie a Paul.

—¿A cuál?

—Algo más provechoso que el arte. —Enderezó un cuadro en la pared—. Si no lo hago, no me pagarán los estudios. Pero no puedo abandonar el arte. Tendré que mentirles. —Lo miró—. También les mentí sobre ti.

—¿Qué quieres decir?

—Les dije que ya no nos veíamos. No les conté que estabas aquí. Si lo supieran, no permitirían que me quedara.

—¿Y el futuro? ¿Qué sucederá cuando queramos casarnos?

Nerviosa, Annie enroscó un mechón de cabello en torno al dedo.

—No lo sé. Ahora no puedo preocuparme por eso.

—Si te casas con un italiano, ¿te desheredarán?

—No me importaría que lo hicieran —le replicó de inmediato Annie—. Paul, no es dinero lo que quiero de mis padres. A estas alturas, ¿aún no te has dado cuenta?

Era cierto que a Annie no le importaba el dinero. Se hacía ropa con telas que a Paul le parecían trapos, usaba un champú barato que le dejaba el pelo con olor a jabón de ropa y cuando Paul entraba en una lavandería le recordaba siempre a Annie. Le importaba el dinero sólo porque le permitía ayudar a otros. De noche pasaba horas despierta pensando quién lo necesitaría más. Al final del verano usó lo que había ganado en la galería en una fiesta para los niños del hospital local.

Annie dejó de tomar la píldora en el otoño, antes de volver a la universidad. La tomaba desde los quince años.

—Es malo tomarla durante tanto tiempo —dijo—. Probaré algo nuevo, más natural.

—Podría usar yo preservativos —ofreció Paul.

—No —aseguró Annie—, no disfrutarías.

Paul no intentó discutirle. Así comenzó la larga serie de métodos de Annie para el control de natalidad y hubo momentos en que Paul rogó que fracasaran. Le encantaba la idea de tener un hijo con ella, de fortalecer el vínculo que existía entre los dos.

Cuando regresaron a la universidad, Paul ocupó un dormitorio con Annie, un piso más abajo que el anterior. El ritmo plácido que había asumido la relación en New Hope se prolongó en Boston y duró casi hasta fin de año. En ese momento los padres de Annie recibieron noticias de la universidad y descubrieron que Annie continuaba la carrera de arte. Cuando la llamaron para comprobar el engaño, Paul atendió el teléfono y se identificó sin saberlo creyendo que sería algún profesor. Más tarde llamó Annie a sus padres y los encontró hechos un torbellino de furia. La batalla telefónica se prolongó durante una hora y Paul, incapaz de soportar las sumisas disculpas de Annie, se fue de la habitación. Un par de horas después de la discusión, volvió a llamar la madre de Annie diciendo que el padre había tenido un ataque al corazón poco después de hablar con ella y estaba en el hospital. Los médicos no sabían si se recuperaría.

Annie no quiso que Paul la acompañara a casa y volvió al cabo de una semana. No respondió a las llamadas del muchacho, aunque él estaba seguro de que se las comunicaban.

Cuando volvió a la universidad, estaba cambiada. Se había abierto entre ellos una brecha que Annie se negaba a reconocer y, en consecuencia, Paul no sabía cómo cerrarla.

—Paul, no te entiendo. Permanezco contigo, ¿no es así?

Continuaron con los ritos de la relación: conversaban, iban al cine, comían en la cafetería, hacían el amor, pero alguna parte de Annie estaba ausente.

Hasta que una noche, muy cerca de fin de año, Paul le cerró el paso y le impidió que saliera del dormitorio.

—No puedes irte hasta que me digas exactamente qué estás pensando —le dijo.

La hizo sentar en la cama y él se sentó junto al escritorio, lo bastante lejos para evitar que Annie lo indujera a hacer el amor y eludiera la discusión.

—Paul, mi padre casi se muere —jugueteaba con el brazalete de plata que llevaba en la muñeca—, tuve yo la culpa por hacerlo enfadar y no sé cuánto tiempo más voy a disfrutarlo. Ahora está muy débil. No soporto verlo así. En el hospital me dijo muchas cosas, entre ellas que me quería... aunque no con esas mismas palabras, pero sí que yo era lo más importante en el mundo para él. —Se le nublaron los ojos—. Que no comprende por qué mis objetivos son tan bajos y que está decepcionado. «Tesoro, el arte es magnífico —me dijo—, pero nunca serás Picasso.» Voy a estudiar otra carrera. Ya he presentado la solicitud.

—¿Cuál?

—Biología.

—¡Biología! Pero si la biología no te interesa en lo más mínimo...

Annie se encogió de hombros.

—De todos modos, creo que podré hacerlo. Me prepararé para ser enfermera y quizá médico, cualquier cosa que me permita ayudar a la gente, para que mi padre esté orgulloso de mí... —Miró otra vez el brazalete—. Voy a dejar lo que he estado haciendo hasta ahora.

—Annie...

—Dice que tú estás tratando de elevar tu posición social a mi costa pero que lo único que lograrás es arrastrarme contigo a un nivel inferior.

El muchacho tuvo ganas de tirar algo contra la pared.

—¿Y tú crees eso?

—Por supuesto que no, Paul, pero me siento como si estuviera matándolo.

—El que está tratando de matarte a ti es él. Intenta convertirte en un doble de su maldita persona.

Annie se apretó las manos contra los oídos y Paul se sentó a su lado y la acercó hacia él.

—Lo siento —se disculpó—. Mira, cuando estás con tu padre, caes bajo una especie de embrujo. Al cabo de un tiempo te sentirás otra vez tú misma, y con respecto a mí, este verano volveremos a New Hope y...

La muchacha negó con la cabeza.

—Este verano no iré a New Hope.

Paul se quedó helado.

—¿Qué quieres decir?

—Necesito estar sola, volver a pensar las cosas.

—¿Te quedarás con tus padres? —No podía tolerar la idea de estar dos meses separado de Annie. Al terminar el verano, el lavado de cerebro sería completo.

—No —respondió Annie—, pienso viajar por la costa, de aquí a Florida.

—¿Qué significa «de aquí a Florida»? ¿Con quién irás? —Sola.

—No puedes hacer eso. ¿Y si tu coche tiene alguna avería? —Haré autoestop.
Paul se puso de pie.

—Lo has planeado todo, ¿no es cierto? Has estado pensando en eso desde hace tiempo y no me has dicho una palabra.

—Lo siento.

—Annie, no puedo separarme de ti todo el verano.

—Tal vez no sea tanto tiempo. Quizá durante la primera semana se aclare todo; además, te escribiré cada día.

Paul volvió solo a New Hope. Participó en el repertorio de verano pero la reposición fue mala: era la primera vez que actuaba mal. Al principio, Annie le enviaba una postal cada día desde las ciudades costeras de Nueva York, Nueva Jersey, Delaware, Maryland. En el pequeño espacio de la tarjeta escribía de manera tan apretada que era casi ininteligible; le hablaba de las playas, del agua, de las galerías, de las personas interesantes que conocía, y eso lo inquietaba. ¿Cuántos serían hombres? No obstante ponía «te quiero», antes de la firma y Paul trataba de tranquilizarse, de decirse que Annie volvería renovada, libre de la sombra de su padre. Varias veces a la semana recibía paquetitos envueltos en cartón y dentro encontraba caracolas, estrellas de mar, un caballito de mar. Annie y sus regalos... Sin embargo, de pronto cesaron los regalos y también las postales. Paul estaba enloquecido de inquietud. Después de cinco días sin noticias de Annie, llamó a sus padres.

—Ha decidido quedarse un tiempo en Carolina del Norte —le respondió la madre.

—Es que, hasta ahora... recibía noticias de Annie cada día y de repente han dejado de llegar... y pensaba que... —Paul hizo una mueca. Podía imaginar la sonrisa complacida de la madre de Annie al otro lado de la línea—. ¿En qué parte de Carolina del Norte está? —preguntó.

—En una playa. Creo que en Outer Banks.

Pasaron otras dos semanas sin noticias de Annie. Paul estaba angustiado. Literalmente, le dolía el cuerpo cuando se levantaba de la cama por la mañana. No podía concebir que lo dejara en suspenso de ese modo, que se apartara de él. Leyó varias veces la última postal y le pareció que el «te quiero» era tan sincero como el de la primera. Quizá su madre mentía. Tal vez estaba en Boston. Quizá seguía escribiéndole cada día y la madre interceptaba las cartas.

Entonces llegó una desde Kitty Hawk.

Querido Paul:

He escrito esta carta en la mente miles de veces y nunca me satisfacía, pero no puedo posponerla más. Aquí he conocido a otra persona. Se llama Alec y me he enamorado de él. Paul, créeme, nunca imaginé que sucedería. Me marché de Boston pensando sólo en ti, pero también en que las cosas entre nosotros ya no eran como antes. Aún te quiero y creo que siempre te querré. Tú me enseñaste que recibir puede ser un acto de amor tan importante como dar. Paul, eres la última persona en el mundo que desearía herir. No creo que vuelva a Boston en otoño. Pienso que no volveremos a vernos. Por favor te lo ruego, perdóname.

Annie

Pensó en ir a Carolina del Norte a buscarla, rogarle, pero en esos términos no importaba tenerla. Se obsesionó con la idea de hacerse daño a sí mismo. De noche ya no podía conducir sin sentir la tentación de cruzar con el automóvil la línea blanca que separaba el tráfico en dirección contraria, y a veces se sentaba durante horas en la cocina y contemplaba la hoja del cuchillo de carnicero imaginando qué pasaría si se cortaba las venas.

Renunció a la obra y volvió a su casa con su familia el resto del verano; allí las hermanas lo envolvieron en su afecto y los padres insistieron en hacerlo comer. Lo trataron como a un enfermo, como el adicto que era. No obstante, no podía soportar que sus hermanas llamaran a Annie «perra de dos caras».

Regresó a la universidad de Boston como un muerto viviente. Hizo la prueba para una obra, pero Harry Saunders le dijo que parecía «sin vida» y eligió a otro para el papel, aunque Paul sabía que había pensado en él. Acabó por perder interés en la actuación y se matriculó en la carrera de periodismo. En noviembre, un amigo de Annie le dijo que ella se había casado con Alec O'Neill en Carolina del Norte. Paul imaginó que, a los ojos de los padres, un irlandés era mejor que un italiano.

Y también a los ojos de Annie.

Capítulo 19

Por las noches, Alec solía llamar a Olivia. La primera vez, con una excusa. Recordó que le había dicho que tras la publicación de «*El desastre del Espíritu del Este*», había sostenido algunas entrevistas con la televisión. Podía imaginarla: equilibrada, atractiva y persuasiva, aunque en su imaginación hablando del faro.

—¿Te gustaría participar en una entrevista? —le preguntó la primera noche que la llamó. Los chicos habían salido y Alec estaba solo en la sala contemplando el sol que se diluía en el horizonte—. Hemos recibido muchas propuestas y cuando salga el folleto, habrá una avalancha. Ya son demasiados compromisos para mí.

—Pero yo no sé nada del faro —respondió Olivia.

—Te diré todo lo que necesites saber.

La mujer vaciló y Alec pensó que quizá le pedía demasiado.

—Alec, ¿por qué es el faro tan importante para ti?

Alec contempló la habitación y las diez pequeñas ventanas ovaladas de cristal esmaltado en la pared lateral de la casa. Casi no se distinguían los dibujos a la luz difusa del atardecer.

—Allí conocí a Annie —respondió—. Aquel verano después de graduarme, estuve trabajando en el faro. Annie viajaba por la costa y una tarde nos encontramos en la casa del faro. Desde entonces se transformó en una suerte de símbolo para mí.

—Está bien, Alec, lo haré, siempre que no interfiera en mi trabajo en el Servicio de Urgencias.

—Estupendo. —Pasó la mano sobre el brazo de la silla—. Ayer me encontré con Paul en el supermercado.

—¿Sí? —La voz sonó alarmada—. ¿Qué le dijiste?

—Oh, sólo le pregunté algunas cosas sobre sus fantasías.

Olivia calló unos instantes.

—Supongo que es una broma.

—Por supuesto. —Frunció el entrecejo—. Para ti no es cosa de broma, ¿verdad?

—No.

—No te preocupes —dijo—. Estuvimos hablando del faro.

La noche siguiente, llamó a Olivia y no se molestó en presentar ningún pretexto, ni la siguiente. La cuarta, volvió tarde a casa después de haber llevado a Clay a Duke para un curso de orientación de cinco días. Eran las diez y media,

demasiado tarde para llamarla y sintió que a su jornada le faltaba algo antes de irse a la cama. El vacío en su cuarto lo angustió más de lo que le había pasado últimamente, y finalmente descolgó el teléfono y marcó el número. Lo sabía de memoria.

Cuando contestó, la voz de Olivia sonaba adormilada.

—Te he despertado —dijo.

—No. Bueno, sí, pero no importa.

Se hizo un silencio; Alec se sintió extraño ante la idea de que estuviera hablando desde la cama, lo mismo que Olivia desde la suya. Podía imaginarla: el cabello lacio y sedoso, la piel suave, los ojos verdes.

—Hoy he llevado a Clay a Duke al curso de orientación —dijo—. Aún no me acostumbro a que esté fuera de casa.

—Quizá sea un buen momento para Lacey y para ti.

—Ja. Me parece improbable. —Sintió una oleada de temor al pensar en los próximos cuatro días sin la presencia de Clay para atenuar la tensión entre Lacey y él.

Esta vez lo llamó Olivia durante tres noches seguidas para convencerlo.

El miércoles por la mañana, antes del desayuno, Alec fue al dormitorio de Lacey. Iba vestida para el colegio con pantalones cortos amarillos, demasiado cortos, y una camisa del establecimiento donde trabajaba Clay. La niña buscaba la otra sandalia en el fondo del armario.

Alec se sentó en una esquina de la cama.

—Lacey, me gustaría que hiciéramos algo juntos —propuso— tú y yo.

La niña lo miró.

—¿Por qué?

—Como solíamos hacer antes, ¿recuerdas? Acostumbrábamos a pasar mucho tiempo juntos.

—Esta noche iré a casa de Jessica.

—Ves a Jessica todos los días. Vamos, concédele a tu viejo un poco de tiempo. La niña se apoyó en la pared junto al armario con la sandalia en la mano.

—¿Y qué vamos a hacer?

Alec se encogió de hombros.

—Lo que quieras. Te gustaba jugar a los bolos.

Lacey desvió los ojos.

—Podríamos ir al cine —volvió a proponer él.

—Ya he visto todas las películas de la cartelera. Son siempre las mismas.

—¿Y si vamos a pescar de noche? —ofreció—. También te gustaba mucho.

—Sí, cuando tenía ocho años.

Alec suspiró.

—Lacey, ayúdame. ¿Qué podemos hacer esta noche?

—Ya sé. —De pronto pareció entusiasmada, y Alec se inclinó hacia delante—. Yo podría salir con Jessica y tú quedarte en casa con las fotografías del faro. Herido, el padre la miró y la niña suspiró y dejó la sandalia en el suelo. —Lo siento —dijo Lacey en tono derrotado—. Hagamos lo que quieras. Alec se puso de pie. —Entonces, iremos a pescar. Lo prepararé todo.

En el viaje hasta la cala, Lacey se encasquetó los auriculares de la radio. Se hundió en el asiento del coche con los pies apoyados en el salpicadero y tamborileó un ritmo que Alec no podía oír.

Llegaron al muelle; Lacey se bajó del vehículo y colgó la radio del cinturón de los pantalones cortos. Caminó delante del padre y a Alec se le derrumbó la ilusión de pasar una velada tranquila con su hija.

—¿Lacey?

Siguió caminando. No podía adivinar si había decidido ignorarlo o no lo escuchaba con los auriculares puestos. Era lo mismo. De un modo u otro, se aislaba del padre.

Alec se le aproximó y le puso la mano en el brazo para detenerla.

—Por favor, no lles la radio a bordo —le dijo—. Déjala en el coche, Lacey, por favor.

La niña murmuró algo inaudible, pero volvió al vehículo y dejó la radio en el asiento delantero.

Era la única mujer a bordo. Había una docena de hombres con edades desde los veinte en adelante y observaron a Lacey sin disimulo, lo cual obligó a Alec a mirar a su hija con más objetividad. De pronto la vestimenta de Lacey le pareció provocativa. Los pantalones eran cortos hasta la insensatez y exhibían las piernas largas, esbeltas y bronceadas, de piel delicada. Se había cambiado la camisa por una especie de sostén, un delgado trozo de tela blanca, escotado y corto, que no llegaba hasta la cintura. Tras la delgada tela se percibían los pezones de los pequeños pechos. Llevaba una cazadora azul y Alec sintió deseos de cubrirla con ella.

Cuando Lacey saltó del muelle a la embarcación, uno de los jóvenes se pasó la lengua por los labios y le sonrió.

—Soy el padre —le advirtió Alec a aquel idiota—. Tenlo en cuenta.

—¡Papá! —replicó Lacey—. ¿Ves por qué no quiero salir contigo? Me haces avergonzar.

Encontró un lugar para ambos en un costado del barco, cerca de la cabina y lejos de los demás pasajeros que en ocasiones pasaban a buscar una cerveza o un trozo de carnada fresca y miraban en dirección a Lacey. ¿Era eso lo que sucedía cada vez que su hija salía a la calle? Si aquellos tipos eran tan descarados

cuando Lacey estaba con su padre, ¿cómo se comportarían cuando él no estuviera presente?

Con toda facilidad, como si lo hiciera todos los días de su vida, Lacey insertó en el anzuelo un trozo de atún como carnada.

—En el asunto de la pesca siempre lo has hecho mejor que Clay —dijo Alec—. Nunca le gustó tocar la carnada.

—A veces, Clay parece una monja. —Se sentó y se apoyó en el respaldo del asiento.

Alec se sentó cerca de la niña y aspiró el aroma de sal y de algas mientras la línea de la costa se desdibujaba a lo lejos.

—Lace, ¿te acuerdas de aquel que se te escapó?

—¿Eh?

—Aquel pescado azul que saltó por la borda.

Lacey esbozó una media sonrisa y ocultó el rostro a su padre.

—Hace tiempo —dijo.

—Era enorme. Yo te ayudé a enrollar el sedal y tú estabas entusiasmada, pero cuando sacamos al maldito del anzuelo, saltó.

—Nadie me creyó —dijo en voz baja pero con cierta indignación—, aunque tú dijiste que habías sacado una foto del pez pero...

—Pero que se había mojado y se veló.

Lacey se rió pero se contuvo rápidamente.

—Bueno, creo que mamá nunca lo creyó.

—Sí, lo creyó. Es que le divertía provocarte.

Quedaron en silencio unos momentos.

—No me gusta el pescado azul —dijo Lacey—. No me gusta ningún pescado.

Pronto oscureció, y con la oscuridad apareció un viento repentino y furioso. El mar comenzó a agitarse y la embarcación se balanceaba y giraba más de lo que Alec hubiera deseado. Se pusieron las cazadoras.

De pronto, Lacey se puso de pie.

—He cogido algo, papá.

La caña se doblaba y el carrete giraba y giraba mientras el pez arrastraba la carnada mar adentro.

—Sostenlo, Lace. Déjalo correr. Eso es.

Lacey se aferró a la caña dejando asomar la punta de la lengua entre los labios, en plena concentración.

—¡Se ha parado! —exclamó.

—Bien, recoge el sedal. Ajústalo. ¿Necesitas ayuda?

—Sí.

Uno de los jóvenes se acercó y se quedó junto a ellos.

—Bueno, muchacha —dijo, mientras Lacey hacía girar la manivela del carrete—, tal vez tengas que repetirlo un par de veces. Tú sólo...

Lacey gritó cuando el pez comenzó a tirar de la cuerda otra vez, pero en esta ocasión estaba fatigado por la lucha y la muchacha recogió poco a poco otra vez, riendo.

Otro hombre se acercó a observar.

—Es azul —afirmó; el pez se agitaba violentamente algo más abajo de la superficie—. Es una hermosura, casi tanto como el pescador.

Lacey se las ingenió para sonreírle mientras luchaba con la caña.

—Pescadora —le corrigió el joven que se había acercado primero.

—Es cierto —reconoció el amigo—. No hay duda de eso.

Lacey se sonrojó. Alec la vio como una masa temblorosa de zonas erógenas.

El primer interlocutor se inclinó sobre la borda con la red mientras Lacey sacaba del agua el pescado azul.

—Yo diría que pesa cerca de cuatro kilos. —Metió con facilidad el pez en la red y lo alzó hacia la cubierta.

—¡No lo deje escapar! —gritó Lacey; se inclinó cerca de Alec y sostuvo el pez con un trapo mientras el hombre le quitaba el anzuelo de la boca.

Uno de los jóvenes levantó la tapa de la heladera portátil y Alec echó el pez adentro. Los otros dieron un último vistazo a Lacey y volvieron a ocuparse de sus propias cañas.

Alec y Lacey colocaron nuevas carnadas y se sentaron. Lacey sonreía.

—Lacey, ha estado muy bien —afirmó el padre.

—No es imprescindible que lo comamos, ¿verdad? —preguntó Lacey.

—No. Podríamos dárselo a Nola. Le encanta el pescado azul.

—Noler —le corrigió la muchacha, y el hombre rió. Annie, con su acento de Boston, nunca había podido pronunciar la «a» abierta—. Te presento a mi amiga Noler y a su hija, Jessiker —dijo Lacey imitando la voz ronca de la madre.

—No pronunciaba tan mal —protestó Alec.

—Por mi parte, me alegro de que no me haya llamado Melissa o algo así.

El recuerdo hizo sonreír a Alec.

—Quería llamarte Emma, pero yo me negué. Le dije que consentiría sólo en el caso de que fuese capaz de pronunciarlo bien durante una semana sin transformarlo en «Emmer». Pero por supuesto, no podía.

—Emma. ¡Por Dios, gracias, papá, me salvaste!

Se acercó el joven que había llamado «hermosa» a Lacey, y la muchacha se volvió y le sonrió.

—Les diré que tienes sólo catorce años —dijo Alec.

Lacey se encogió de hombros.

—Bueno, mamá sólo tenía quince la primera vez que... ya sabes.

—¿Cómo lo sabes?

—Ella me lo contó.

—¿Es cierto? —«Gracias, Annie», pensó Alec.

—Es decir, mamá me explicó que no era adecuado hacerlo tan joven, pero a ella no le fue tan mal.

—Fue afortunada de no quedar embarazada, y ahora existen enfermedades que en aquel entonces no había.

—Papá, ya lo sé.

Alec no podía ver la cara de Lacey, pero casi podía imaginársela girando los ojos y esperó unos instantes antes de volver a hablar.

—Entonces, ¿significa que piensas tener relaciones sexuales el año que viene, cuando tengas quince?

—¡Por Dios, papá, eso no es asunto tuyo!

El padre se contuvo en decirle que sí, que lo era, pues era un momento demasiado precioso. Por fin podían conversar. Quizá convendría que le dijera algo sobre control de la natalidad. Pero si mencionaba el tema, ¿no era lo mismo que darle su aprobación?

—Jessica ya lo ha hecho —dijo Lacey de pronto con la mirada fija en el agua.

—¿Qué?

—Dios mío, no tendría que haberlo dicho. Papá, no se lo dirás a Nola, ¿verdad? —rogó—. Por favor, no se lo cuentes, Jessica me mataría.

—No, no se lo diré. —¿Podría cumplir la promesa? Tenía que hacerlo. Trató de imaginar a la pequeña y apocada Jessica Dillard en la cama con alguien y no pudo—. ¿Está... tomando precauciones?

—Creo que sí. —Lacey pareció irritada por la pregunta y Alec decidió no presionarla.

Agarraron otros dos pescados azules hasta que el balanceo de la embarcación les estropeó el placer de la pesca. Cuando el piloto viró el barco hacia la costa, Alec sintió alivio. Casi todos los demás habían recogido los sedales y estaban sentados. Cuando el viento arreció, entraron algunos en la cabina.

—Si no te sientes bien, hay que mirar hacia el horizonte, ¿verdad? —preguntó Lacey.

—Lace, ¿estás descompuesta? —Alec tampoco se sentía bien.

Lacey se arropó más con la cazadora y asintió.

De repente, gimió y se puso de pie agarrándose a la barandilla. El padre se acercó a la niña y le sostuvo el espeso cabello apartado de la cara mientras ella vomitaba y recordó que había hecho lo mismo con Annie cuando estaba embarazada de Lacey. Ese embarazo había sido horrible, pero Annie le había contado a Lacey que habían sido nueve meses deliciosos, como si hubiese querido creerlo ella misma.

Alec sacó el pañuelo del bolsillo del vaquero y limpió los ojos y la boca de Lacey.

—Vayamos allí —le dijo.

Se sentaron sobre la cubierta, apoyados en la cabina para protegerse del viento y de la lluvia. A la niña le castañeteaban los dientes y el padre la rodeó con el brazo, contento de que no protestara.

Uno de los pescadores vomitaba en algún otro sitio, al otro lado de la cabina. Lacey gimió al oír las arcadas y se reclinó contra Alec.

—Papá —dijo—, me siento tan mal...

—Lo sé, tesoro. —Miró hacia el horizonte. A través de la bruma distinguía la hilera de luces en la orilla y hacia el norte, el resplandor pulsante del faro del río Kiss—. Mira, Lacey —dijo—, ya casi estamos en casa.

La muchacha alzó la cabeza, pero volvió a ocultarla en el hombro del padre y él la estrechó más. Hacía frío y humedad y temía que Lacey vomitara otra vez sobre su chaqueta, pero de todos modos hacía mucho tiempo que no se sentía tan contento.

Cuando llegaron a la caleta, Lacey entró en el coche trastabillando mientras Alec colocaba la heladera con los peces en el asiento trasero del coche. Luego se sentó en el asiento del conductor y miró a la hija.

—Aún tienes mala cara —dijo—. ¿Cómo te sientes?

—Mmmm. —Apoyó la cabeza contra la ventanilla y cerró los ojos.

En el camino a casa permaneció silenciosa. Ni siquiera se preocupó por los auriculares y la radio, apagada, quedó sobre su regazo.

Llegaron al fin; Alec puso la heladera portátil sobre la mesa de la cocina y observó a la hija que se quitaba la cazadora empapada. Tenía la cara blanca y la piel hinchada en torno a los ojos.

—Me parece que ir de pesca no fue buena idea —dijo Alec.

Lacey dejó la chaqueta arrugada sobre una silla y levantó la tapa de la heladera.

—Bueno —dijo alzando uno de los peces pequeños—, Noler estará contenta. El padre sonrió.

—Annie, yo me ocuparé del pescado. Tú ve arriba a...

Lacey giró violentamente y se enfrentó a él.

—¡Yo no soy Annie! —Le arrojó el pez frío y húmedo, que acertó a la mejilla de Alec y cayó al suelo con ruido sordo.

—Lo siento, Lacey —se disculpó.

—¡Me pones enferma! —Se volvió sobre los talones y salió a zancadas; el cabello rojo reflejó la luz de la cocina.

Cuando Alec se levantó por la mañana, Lacey ya se había ido y la casa parecía vacía. Llevó el pescado a casa de Nola. Había salido, pero la puerta no estaba cerrada con llave; lo puso en el refrigerador y le dejó una nota sobre la mesa de la cocina. «Hay pescado azul en el refrigerador, —escribió, y fantaseó con una

segunda línea—: Tu hija tiene relaciones sexuales». ¿Cómo se sentiría él si Nola supiera algo así de Lacey y no se lo contara?

Buscaba datos que enviarle a Olivia sobre el faro cuando Lacey llegó a casa por la tarde. Oyó el golpe de la puerta trasera al cerrarse y el resonar de los pasos de la muchacha en la escalera que subía al dormitorio. Toda la tarde había estado repasando lo que le diría; Olivia lo había aleccionado en conversación telefónica la noche anterior. Le diría a Lacey que había disfrutado de su compañía la tarde anterior, que por favor no permitiera que un único error lo estropeará.

La puerta de la habitación de Lacey estaba abierta y al principio pensó que había una extraña allí: una jovencita con cabello negro azabache que asomaba por el cajón superior de la cómoda de Lacey.

—¿Lacey?

La muchacha se volvió a mirarlo y Alec tragó saliva. Se había teñido el pelo y esquilado casi al cero. En algunos sitios parecía casi afeitado: se veía la blancura del cuero cabelludo en contraste con el negro intenso del tinte.

—¿Qué te has hecho? —preguntó.

Lacey puso los brazos en jarras y entrecerró los ojos.

—Ahora ya no me parezco a ella, ¿verdad?

Capítulo 20

— *Se* ha cortado el pelo y teñido de negro —dijo Alec.

Olivia se colocó de costado y apartó a *Sylvie*. Cuando sonaba el teléfono a las diez y media, ya sabía quién era y procuraba estar en la cama. Alec lo había expresado el primero: que le gustaba hablar con Olivia acostado, que la cama era el lugar más solitario de la casa desde la muerte de Annie. Sí, Olivia había estado de acuerdo y comprendía lo que sentía. Hablando con Alec en la oscuridad se sentía cerca de él. El hombre también apagaba las luces; Olivia se lo había pedido la primera. Se abstuvo de preguntarle con qué dormía, pues no estaba segura de que deseara saberlo.

—Está harta de vivir a la sombra de Annie —afirmó Olivia. Comprendía muy bien lo que sentía Lacey.

—Tiene un aspecto tosco —dijo Alec—. Sigo pensando en los pasajeros del barco. Creo que Lacey disfrutaba demasiado de ser el centro de atención. Me dijo que su mejor amiga ya tenía relaciones sexuales. Quizá no sea tan ingenua como yo prefiero considerarla. La primera vez, Annie tenía quince años.

Olivia se puso ceñuda.

—¿Quince?

—Sí, pero existían circunstancias atenuantes.

—¿Cuáles?

Alec suspiró.

—Bueno, los padres de Annie le daban mucho dinero pero poco afecto —dijo—. Supongo que trató de encontrarlo como podía. Siendo adolescente era bastante promiscua... a Annie no le gustaba la palabra, pero no sé de qué otro modo se podría decir.

Olivia calló. Se preguntó si Annie aún estaba buscando amor la noche que se acostó con Paul.

—¿Y tú, qué edad tenías? —preguntó Alec.

—¿Cómo dices?

El hombre rió.

—Creo que he sido un poco zafio. Me pareció que te pusiste tan incómoda cuando te dije que Annie sólo tenía quince años que me pregunté cuál habría sido tu caso. No es necesario que respondas.

Olivia enrolló el cable del teléfono en torno a los dedos.

—La primera vez tenía catorce años —respondió— y la segunda, veintisiete. Pasaron unos segundos antes de que Alec volviera a hablar.

—Me parece que he escarbado en la herida.

—Bueno, no hablo mucho de este tema.

—No tienes por qué hacerlo si no lo deseas.

Olivia rodó otra vez sobre la espalda y cerró los ojos.

—Cuando tenía catorce años, me forzó un muchacho del vecindario, mayor que yo.

—Por Dios, Olivia, lo siento.

—No cicatrizó. Me hizo... aprensiva con el sexo, y no volví a hacer el amor hasta los veintisiete, cuando conocí a Paul.

—En todo ese tiempo, ¿no apareció nadie con quien te sintieras segura?

La mujer rió.

—En realidad, no necesitaba apartar a los hombres a garrotazos. Siendo adolescente era muy tímida y una vez adulta no cambié demasiado. Dejé de lado la cuestión de hombres y citas y me concentré en el estudio y en el trabajo.

—No puedo imaginarte tímida. Eres tan atractiva y segura de ti misma...

—Quizás en el Servicio de Urgencias, pero no me resulta tan fácil sentirme cómoda en el plano personal. Siempre me ha costado esfuerzo confiar en mí misma y no me ha ayudado mucho que mi marido me haya abandonado por otra mujer casi producto de su imaginación.

—Siento haber sacado a la luz recuerdos tan tristes.

—No lo has hecho. Siempre están presentes de un modo u otro.

—¿Qué hicieron tus padres entonces? ¿Denunciasteis al tipo?

Olivia contempló el cielo raso en sombras.

—Mi padre había muerto y mi madre estaba enferma... en realidad, era alcohólica y no estaba en condiciones de hacer demasiado. No se lo conté a nadie hasta que conocí a Paul. Eres la segunda persona a quien se lo digo. —Acercó a *Sylvie* junto a ella y la suave cabeza de la gata se apoyó contra la mejilla de Olivia —. Me fui de casa por aquel motivo y me acomodé en la de una de mis maestras.

—No imaginaba que tuvieras un pasado tan duro.

—Bueno, le debo mucho a Paul.

Le había contado a Paul toda la historia de su pasado, incluida la violación, cuando hacía ya varios meses que salían juntos, porque entonces ya sabía que las películas tristes lo hacían llorar y le había leído poemas inspirados en ella, y comprendió que podía confiar en él.

Paul había reaccionado con la compasión que Olivia esperaba. Fue un tierno amante y demostró una paciencia infinita. Hizo todo lo que un hombre era capaz de hacer para cicatrizar las heridas de época tan remota. En aquel proceso, despertó algo en Olivia: «Tu parte lasciva», lo llamó Paul, y la mujer sabía que tenía razón. Olivia sentía una necesidad apremiante de recuperar el tiempo perdido y Paul la complacía alimentando aquella faceta recién descubierta de su ser.

No obstante, había hecho el amor con Annie, una mujer con veinticinco años de experiencia amorosa a sus espaldas, y le había dicho a Olivia que aquella tenía un espíritu tan libre... tan lleno de vida...

—Alec —dijo Olivia—, es preciso que cuelgue.

—Te he inquietado.

—No, pero me has recordado lo cariñoso que era mi marido.

—Olivia, no comprendo a Paul. Siento deseos de llamarlo y decirle que tiene una hermosa esposa que lo ama, lo necesita y...

Olivia se sentó.

—Alec, no lo hagas.

—Creo que no está en sus cabales. No sabe lo que tiene y cuán rápido puede perderlo.

—Alec, escúchame. Tú sólo conoces mi versión de la historia. No sabes cómo es nuestro matrimonio desde el punto de vista de Paul. No fue justo para él, o fue insuficiente, o... no sé muy bien qué. Pero por favor, te ruego que no interfieras.

—Cálmate, no haré nada. —Alec calló un momento y luego habló otra vez—. Cuando por fin Paul recupere la cordura y vuelva a ti, ¿crees que le molestará que me llames desde la cama?

Olivia se recostó nuevamente en la almohada sonriendo.

—Espero poder ocuparme de ese problema cualquier día de éstos.

—Yo también.

—Es mejor que cuelgue.

—Olivia.

—¿Qué?

—Nada. Es que me gusta decir tu nombre.

Capítulo 21

Colgó el teléfono después de hablar con Olivia y supo que no podría dormir. Salió de la cama y se puso los pantalones azules que había usado de día, subiendo el cierre mientras salía del dormitorio hacia la terraza del segundo piso. Se sentó en el columpio, lo impulsó un poco con el pie desnudo y el artilugio se balanceó produciendo un sonido sordo. El agua chapoteaba con suavidad sobre la playa en el patio trasero y una brisa húmeda le acariciaba el pecho y los brazos.

Si no lograba que Olivia y Paul se reconciliaran pronto, corría el riesgo de decir algo más comprometido que: «me gusta decir tu nombre». No podía evitar la sensación de que estuviera haciendo algo incorrecto, impropio por el solo hecho de hablar con Olivia desde la cama. Pero Alec conocía el motivo de su sensación de culpa.

La llamada había llegado un domingo por la mañana, hacía un par de años. Alec estaba sentado allí mismo, en el columpio, leyendo el periódico y bebiendo un tazón de café, cuando oyó que Annie contestaba al teléfono desde el dormitorio. Hablaba en voz queda y apagada, poco habitual en ella, cosa que le hizo volver la cabeza para escuchar, pero no pudo percibir las palabras y se concentró otra vez en el periódico. Unos minutos después, ella salió a la terraza y se sentó junto a Alec.

—Me han llamado del banco de médula espinal —dijo—, soy absolutamente compatible con una niña de Chicago.

Unos años antes, Annie se había apuntado como donante y hasta ese momento, Alec no había pensado demasiado en ello. Lo consideró otra de sus buenas acciones, aunque nunca esperó que se concretara. Según sabía, era muy difícil encontrar un donante de médula espinal compatible fuera de la familia pero, al parecer, no imposible.

Alec dejó el periódico, le cogió la mano y la llevó hasta su propio muslo.

—¿Y eso qué significa? —preguntó.

—Tengo que ir a Chicago. La operación está prevista el martes. —Frunció la nariz y cuando volvió a hablar, el tono era bajo y vacilante—. ¿Podrías acompañarme?

—Por supuesto. —Le soltó la mano y le acomodó el cabello sobre el hombro—. ¿Estás segura de querer hacerlo?

—Claro. —Se puso de pie, se inclinó y lo besó—. Prepararé el desayuno.

El resto del día permaneció callada y Alec no la forzó a hablar, pues percibió que batallaba contra algo que necesitaba resolver ella sola. Durante la cena, esa

noche, les contó a los chicos todo lo que sabía sobre la niña que seguramente moriría si no contaba con su ayuda. Lacey y Clay tenían once y quince años y la escucharon atentos, con expresión seria. Así pues, ellos se quedarían en casa de Nola y Alec y ella volverían el miércoles por la noche.

—¿Cómo sacan la médula y se la ponen a la niña? —preguntó Lacey.

—Pues —respondió Annie con expresión animada— primero nos hacen dormir a las dos para que no sintamos dolor. Luego hacen una pequeña incisión en la espalda y extraen la médula con una aguja, y eso es todo. El doctor me explicó que mantendría la espalda rígida durante algunos días, pero nada más. Y ayudaré a salvar la vida de la pequeña.

Esa noche no pudo dormir. Se agitaba y daba vueltas hasta que al fin se acurrucó en brazos de Alec.

—Por favor, abrázame —pidió.

Alec la abrazó; Annie temblaba y cuando apoyó la cabeza en el hombro desnudo del marido, éste sintió una tibia humedad en la mejilla y se dio cuenta de que ella estaba llorando.

La estrechó más.

—¿Qué pasa?

—Estoy aterrada —murmuró—. ¡Tengo tanto miedo de morir en la operación!

Alec se alarmó. No era habitual que Annie pensara en sí misma. Se apartó de ella y trató de percibir los ojos de su esposa en la oscuridad.

—Entonces, no lo hagas —le dijo—. No tienes obligación.

—Lo haré. —Se sentó de cara al marido, con la mano en el pecho—. Es la única posibilidad de esa criatura.

—Quizás haya otras personas compatibles.

—Me comunicaron que era yo la única.

—¡Dios! No hay nada como una sacudida de culpabilidad.

—La sensación es muy intensa. —La mujer se estremeció— como si en definitiva fuera a morir. Debe de ser un castigo por todo lo que haya podido hacer mal.

Alec rió, cogió la mano de Annie y se la llevó a los labios.

—Tú nunca has hecho nada malo en tu vida.

—No soporto la idea de no ver crecer a Lacey y a Clay. —Comenzó a llorar verdaderamente acongojada, y Alec comprendió que una vez más se dejaba dominar por la imaginación que la atormentaba entonces con la fantasía más funesta—. Nunca llegaré a llevar en brazos a mis nietos. Alec, quiero envejecer contigo. —Le suplicaba, como si el marido pudiera hacer algo para asegurarle un futuro venturoso.

—Annie, quiero que desistas. —Alec también se sentó, le sostuvo las manos y las oprimió entre las de él—. Échame la culpa. Diles...

—No puedo. Esa niña necesita...

—Me importa un rábano la niña.

Annie apartó bruscamente las manos.

—¡Alec! ¿Cómo puedes decir algo así?

—Es un ser anónimo. Ni la conozco ni quiero conocerla. Por otro lado, es evidente que estás asustada. No es conveniente que te sometas a la operación en estas condiciones.

—Tengo que hacerlo. Ya se me pasará. Es que... —Movi6 la cabeza—. Ya sabes que uno puede enloquecer un poco en plena noche.

Volvió a acostarse y se acurrucó junto al marido; esper6 un instante y habló otra vez.

—Sin embargo, quisiera preguntarte algo —dijo— hipotético.

—¿Qué?

—Si yo muriera, ¿cuánto tiempo esperarías antes de volver a salir con otra?

—¡Annie! Deniega esa maldita operación.

—No. Hablo en serio, Alec. ¿Cuánto tiempo?

Alec permaneci6 un instante en silencio, consciente de lo rápido que podría perderla. En el transcurso de una cirugía voluntaria, podía abandonarlo para siempre. La acerc6 más hacia sí.

—No puedo imaginar el deseo de estar con otra persona que no seas tú —respondió.

—¿Te refieres al sexo?

—Me refiero a todo, punto.

—Por Dios, no quisiera que te quedaras solo para siempre. Pero si muero, por favor, ¿podrías esperar un año? Creo que no significa mucho tiempo que llorar por alguien a quien adoras profundamente, ¿no es cierto? Eso es todo lo que pido. Luego puedes hacer lo que desees, aunque me gustaría que pensaras en mí de vez en cuando y comprobaras que tu nueva mujer es inferior a mí en muchos aspectos.

—¿Por qué no en todos? —pregunt6 Alec sonriendo—. Deja de hablar así, Annie. —Se apoy6 en el codo y la bes6—. Tal vez sea mejor que hagamos el amor una vez más antes de que pongas un pie fuera de la casa. —Le desliz6 la mano por el pecho, pero Annie lo retuvo.

—Alec, aún no me lo has prometido —dijo—. Sólo un año, por favor.

—Te prometo dos años —dijo, seguro de que no tendría que preocuparse de cumplir esa promesa.

Por la mañana, Annie se sentía mejor: un alegre optimismo había ocupado el lugar de la melancolía. Sin embargo, Alec se sentía peor, como si la esposa le hubiera traspasado sus temores. Cuando embarcaron en el avión, estaba enfermo de ansiedad. Permaneci6 sentado con la cabeza sobre el respaldo del asiento tratando de ignorar la náusea que lo dominaba y Annie le sostuvo la

mano y le apoyó la cabeza en su hombro. Le leyó el artículo de la *Beach Gazette* del día que relataba su viaje a Chicago: otra hazaña que sumar a la generosidad de Annie O'Neill.

La noche anterior a la operación tenía que quedarse en el hospital y Alec ocupó el cuarto de un hotel al otro lado de la calle. Vio la televisión durante toda la noche. Si se quedaba dormido no oiría el despertador, y llevarían a Annie a la sala de operaciones antes de que pudiera verla.

Llegó al hospital antes del amanecer y entró en el cuarto de Annie en cuanto se lo permitieron. Estaba hermosa con el cabello sobre los hombros y una sonrisa de satisfacción en el rostro.

—Oh, Alec. —Le cogió la mano—. No has dormido.

—Sí he dormido —mintió.

Annie negó con la cabeza.

—¿Y esas ojeras? Tienes un aspecto horrible.

Alec trató de sonreír.

—Gracias.

Entró la enfermera y les dijo que era el momento. Alec se inclinó a besarla y no separó los labios de ella durante largo tiempo.

—No tengas miedo.

La condujeron fuera y Alec luchó para contener las lágrimas y el pánico mientras la veía desaparecer por el pasillo.

La operación transcurrió sin dificultades y cuando la devolvieron a la habitación, ella estaba casi eufórica.

—Lo primero que he pensado al salir de la anestesia ha sido: «¡Estoy viva!» —le dijo con sonrisa fatigada—. Estoy cansada como un perro, pero ha sido maravilloso.

No le resultó fácil sentarse en el avión. Se removi6 y se ajustó el cintur6n de seguridad intentando estar m6s c6moda, pero no exhal6 una sola queja.

—He estado replante6ndome —dijo Annie mientras volaban sobre Virginia— algunas cosas respecto a nosotros.

—¿Cu6les?

—Necesitamos estar m6s tiempo juntos.

—Estupendo.

—Te propongo que almorcemos juntos una vez a la semana.

—De acuerdo.

—Un almuerzo de dos horas —agreg6— en un motel.

Alec ri6.

—Entiendo.

—Alec, de verdad lo necesito. —Apoy6 la cabeza en el hombro del esposo—. Nunca salimos solos sin los chicos. Es muy importante. Es m6s importante de lo que imaginas, m6s de cuanto podr6a decirte.

Se encontraban los viernes, desde las doce hasta las dos, en cualquier motel que los aceptara. En invierno era fácil hallar habitación, pero en temporada de verano pagaban un precio exorbitante por el privilegio de pasar dos horas en un cuarto. Sin embargo, en ese entonces, Alec comprobó que esas dos horas valían cualquier suma por desmesurada que fuese. La intimidad compartida en esas habitaciones se extendía al resto de la semana y él comprobaba el cambio que se producía en Annie. La ocasional melancolía, los períodos de retraimiento desaparecieron por completo. Era asombroso lo que podían influir dos horas a la semana.

—Nunca en mi vida he sido tan feliz como este año pasado —le dijo Annie a Alec.

En ese momento hacía un año que se citaban y la satisfacción de Annie era tan completa que ese otoño, cuando la acometió la depresión, fue imposible no percibirla. Se puso nerviosa, se sobresaltaba, lloraba cuando hacían el amor en el cuarto del motel; se quedaba en silencio mientras comían lo que hubiera llevado ella. No lo miraba a los ojos cuando le hablaba. A veces lloraba sin motivo alguno. En una ocasión, Alec la descubrió llorando sumergida en la bañera; se despertaba por la noche y la oía sollozar suavemente contra la almohada. Al parecer era peor que otras ocasiones, o quizá lo imaginaba porque hacía mucho tiempo que no la veía tan triste.

«Annie, déjame acercarme —le decía Alec—. Déjame ayudarte.» Sin embargo, Annie desconocía tanto como Alec el motivo de su desazón; por lo tanto, el marido se conformaba con abrazarla estrechamente, con tratar de aquietar los temblores de su esposa entre sus brazos.

Y de pronto, Annie había desaparecido. La noche de Navidad en el hospital, Alec recordó la promesa que le había hecho; en aquel momento le había parecido divertida la exigencia de que estuviese en duelo por ella al menos durante un año. No imaginaba que pudiera volver a sentir interés por ninguna otra mujer. Un año no parecía ser un espacio de tiempo más prolongado que una rotación del reflector del faro.

Pero había conocido a Olivia, una mujer absolutamente distinta a Annie, y ahora, mientras se mecía suavemente en el columpio, se dijo que Olivia era simplemente una amiga. Estaba casada con otro hombre y además esperaba un hijo.

Tal vez podía llamarla más temprano, antes de acostarse en la cama impregnada aún con el recuerdo de Annie, o no llamarla nunca más.

Capítulo 22

Tom Nestor ayudó a Olivia a cargar las bolsas de revistas y libros en el maletero del automóvil después de la lección del sábado. El Hogar de Ancianos de Manteo no estaba lejos del Servicio de Acogida de Mujeres Maltratadas y como Olivia trabajaría allí esa noche, era un buen momento de cumplir aquel propósito.

—Gracias por hacerlo —dijo Tom.

—Tendría que haberlas llevado hace tiempo —dijo Olivia mientras se acomodaba tras el volante.

—Ah, Olivia —dijo él dándole un apretón en el hombro a través de la ventanilla—. El último esmalte es un primor.

La mujer le sonrió y contempló la obra que había terminado, por fin, esa misma mañana: una combinación geométrica de cristales coloreados en claro, muy apropiado para una ventana... una de las que Paul no pudiera ver cuando pasara por casa.

Condujo hasta Manteo y aparcó en una calle frente al Hogar, delante de una pequeña tienda de antigüedades. De aquella tienda atrajeron su mirada tres muñecas antiguas vestidas de satén y encajes, sentadas en sendas sillas de mimbre viejas y astilladas. Aquí debía de comprar Annie las muñecas que regalarle a su hija en su cumpleaños. Tendría que decírselo a Alec.

Salió del coche, se protegió los ojos con la mano y miró la residencia de ancianos. Era una encantadora casa antigua pintada de color azul cielo con ribetes blancos inmaculados. Una amplia galería ocupaba todo el frente. Desde la calle, Olivia vio varias ventanas cubiertas de piezas de vidrio; sin duda había sido donación de *Santa Ana*.

Sacó las bolsas del maletero del coche, cruzó la calle y subió a la acera de la casa. Ya estaba sudando al cabo de unos segundos fuera del recinto acondicionado del automóvil. Era el día más tórrido del verano y no corría el menor sople de brisa.

En el porche se alineaban cerca de una docena de mecedoras de aspecto resistente, pero sólo dos estaban ocupadas: en una había una anciana arrugada que parecía demasiado frágil para quedarse sentada al aire libre con semejante calor, y en la otra una mujer de cabello blanco en zapatillas y con un periódico sobre el regazo.

—Hola, jovencita —dijo la mujer de las zapatillas mientras Olivia subía los escalones—. ¿Trae revistas?

Olivia apoyó las bolsas en el escalón superior y se protegió los ojos nuevamente. La mujer se mantenía erguida y tenía la mirada lúcida, pero a esa distancia a Olivia le pareció bastante anciana, de rostro arrugado y apergaminado. Llevaba el blanco cabello cuidadosamente cortado y arreglado.

—Sí —respondió Olivia—. ¿Hay alguien a quien pueda dejárselas?

—Pregunte por Sandy.

—¿Eh? —La otra mujer se inclinó hacia delante y la mujer en zapatillas le habló en voz alta al oído.

—Jane, nos trae revistas como solía hacer Annie, ¿recuerdas?

Jane asintió con un breve gesto y se reclinó otra vez en la mecedora cerrando los ojos.

—¿Conoció usted a Annie? —Olivia se cobijó a la sombra bajo el tejado de la galería.

—Ya lo creo. —La anciana extendió a Olivia una mano de dedos largos—. Soy Mary Poor, la encargada del faro de Río Kiss.

Olivia sonrió y le estrechó la mano, impresionada por la fuerza de los delgados dedos de la mujer.

—Encantada de conocerla, señora Poor. Me llamo Olivia Simon.

—Olivia. Bonito nombre. Algo anticuado.

—Creo que conoce usted a mi esposo, Paul Macelli —continuó Olivia—. La entrevistó a usted con motivo del faro.

Mary Poor entrecerró los ojos.

—¿Y la incita a usted a correr por ahí con las tareas de Annie?

Olivia se quedó un instante sin habla y trató de discernir cuál de las dos estaba confundida.

—No —dijo al fin—. El compañero que compartía el estudio con Annie me da lecciones sobre técnica del vidrio...

—Se llama Tom, ¿verdad? Tom no sé cuántos, que lleva el cabello como una muchacha.

—Sí, así es. Tom Nestor. ¿Lo conoce?

—Oh. —Mary sonrió y exhibió unos encantadores dientes, muy parejos para una mujer de su edad—. Lo he visto un par de veces —explicó—. Entonces, es Tom el que le ha encargado a usted de las tareas de Annie.

En la silla que ocupaba junto a Mary, Jane comenzó a roncar.

—No exactamente —replicó Olivia—. Vi el montón de revistas y Tom me dijo que Annie solía traerlas aquí; como estoy cubriendo trabajo voluntario en el centro de Mujeres Maltratadas, pensé que...

—¿Está usted trabajando en ese rincón del infierno?

—No es tan terrible.

—Oh, no, niña, no tendría que volver allí. —Mary indicó con una palmada la mecedora que había a su lado—. Siéntese —dijo.

Olivia miró el reloj. Se le hacía tarde pero la anciana le inspiraba curiosidad. Se sentó en la mecedora.

—Eres una bonita muchacha —dijo Mary.

—Gracias.

—Me recuerdas a mi hija Elizabeth. Tenía el mismo tipo de cabello, oscuro y sedoso, y ojos como los tuyos con un matiz de tristeza en la mirada. —Olivia se apartó de la mujer. No quería tener la mirada triste—. Pero no te pareces a Annie.

—Lo sé —respondió Olivia—. He visto fotos de ella.

—Estoy segura de que eres absolutamente distinta —Olivia se sintió insultada y a Mary no le pasó por alto la expresión. Se apresuró—, pero eso es bueno, muchacha —continuó—. Tú debes ser tal como eres y dejar que Annie siga siendo Annie. ¿Habrías hecho lo mismo que ella? ¿Saltar delante de una mujer a la que el marido amenazara con una pistola?

Olivia se había hecho esa misma pregunta.

—Pues me gustaría creer que...

—Maldita sea si lo hubieras hecho. Te domina el instinto y luchas por ti misma y por tu propia seguridad y así debería ser. —Mary se pasó la lengua por los labios y miró la calle, hacia la tienda donde las muñecas se calentaban al sol—. Annie era una muchacha estupenda —agregó— pero en ocasiones se comportaba como una tonta.

Olivia no supo qué decir. Contempló el periódico sobre la falda de Mary; estaba plegado en la página de los crucigramas y vio que habían sido resueltos casi por completo.

—Ese marido tuyo... —dijo Mary.

—¿Paul?

—Paul. Es un tipo demasiado sensible, ¿verdad? De los que tendrían que alimentarse de coles con sal marina y limón.

Olivia rió.

—Las coles con sal marina le aplacarían los nervios. Y dile que ya es hora de que regrese. Tengo mucho más que contarle y sólo Dios sabe durante cuánto tiempo podré mantener la lucidez en esta sesera. —Se tocó las sienes con las yemas de los dedos.

—Señora Poor, a mí me parece que es usted muy lúcida. —Olivia se levantó. Se inclinó a recoger las bolsas y sintió el esfuerzo en la espalda.

—Que sea la última vez que traes revistas aquí, ¿de acuerdo? —le advirtió Mary.

Olivia frunció el entrecejo.

—No entiendo —dijo—. Creí que...

—Muchacha, podrías venir a verme cuando quisieras, pero no hace falta que cubras las tareas que dejó pendientes Annie.

Cuando se fue la muchacha, Mary se recostó en la mecedora y cerró los ojos. Por el momento, había cubierto buena parte de los crucigramas y sabía que Jane dormiría hasta la hora de la cena. Ella también podría descansar un poco, pero el rostro de la muchacha permanecía en su memoria. ¿Se parecía verdaderamente a Elizabeth? Tal vez no. Sinceramente, Mary casi no recordaba la cara de Elizabeth. Estaba congelada en su recuerdo a la edad que tenía cuando le habían hecho las pocas fotografías que le quedaban de ella. A los tres años, a los ocho y a los quince, la última, el día anterior a la huida. No obstante, recordaba muy bien su aspecto, la última vez que la había visto, hacía dos años en el ataúd. Mary no la habría reconocido. Elizabeth tenía cincuenta y ocho años, el cabello gris y una palidez de cera.

Una amiga de Elizabeth había escrito a Mary desde Ohio diciéndole que su hija había sufrido un ataque en el trabajo y no había recuperado la conciencia. Mary le comentó entonces a Annie que deseaba asistir al funeral. Necesitaba darle el último adiós.

Annie la llevó en coche y tardaron bastante en llegar, quizá días, no estaba bien segura. Durmió durante casi todo el trayecto mientras Annie cantaba acompañada de la radio. Mary oía retazos de las canciones y le divertía la energía que depositaba la muchacha en ellas como si estuviera en un escenario. Pero luego se sintió culpable de aceptar el consuelo que le brindaba mientras su propia hija había muerto como una desconocida para ella.

En ese viaje, Annie se cuidó de ella; por una vez, Mary necesitó el cuidado de la joven más de lo que la muchacha hubo necesitado el de la anciana. Alejada de Río Kiss por primera vez en mucho tiempo, de repente sintió todo el peso de la edad: ochenta y siete años y medio. La repentina conciencia de su fragilidad le resultó casi tan devastadora como contemplar el cuerpo sin vida de su hija. Estaba confundida, no tenía conciencia de la hora ni el día. Otras veces, tampoco sabía qué año era. En los restaurantes contemplaba los cubiertos e intentaba recordar cómo sostener el tenedor o cómo cortar la carne. Por la noche, en el hotel, había despertado a Annie varias veces para preguntarle por qué no entraban por las ventanas los haces de luz.

Los extraños que vio en el funeral la trataron como a una anciana y hablaron como si no estuviera presente. Annie se convirtió en sus ojos, sus oídos y su memoria. Mary descubrió a su querida y joven amiga mirándola con una expresión de preocupación que no había advertido anteriormente. Annie lloró en el funeral de Elizabeth y Mary comprendió que no lloraba por la muerta sino por ella. Quería tranquilizarla, decirle que estaba bien, que no era necesario que se afligiera pero en verdad, lejos de Río Kiss, se sentía extremadamente vieja.

Después de un viaje tan largo y pesado, se sintió aliviada de volver. Al bajar del coche estaba rígida, pero el aire fresco y salado la rejuveneció de inmediato. Quería trepar las escaleras hasta la cima del faro, pero Annie la disuadió. Antes de volver a casa con su familia, la joven preparó la cena de Mary y alborotó como si la anciana fuese un niño desvalido.

Cuando Mary se cayó, hacía un día y medio que había vuelto a Río Kiss. Más tarde, cuando recordó la caída, quiso imaginar que había tropezado con algo, pero la verdad es que iba andando tranquilamente por la cocina, había perdido el equilibrio y se había caído. El dolor le atravesó la cadera y el brazo, y su mejilla se estampó con fuerza contra las baldosas. No pudo levantarse.

Permaneció en aquella posición dos días con sus noches. Se ensució encima. El suelo le enfrió tanto como si hubiese estado al aire libre; el fuego del hogar se transformó en cenizas y un viento helado barrió Río Kiss. Mary perdía la conciencia y la recobraba tratando de mantener la mente ocupada: repasaba los nombres de todos los que hubieron trabajado en el puesto de socorro a lo largo de los años.

Annie llegó la tercera noche. Mary oyó la llave en la puerta principal. Escuchó los pasos en la sala; trató de gritar pero tenía la garganta seca. Annie la llamó mientras recorría las habitaciones y ella la oyó tragar saliva cuando entró por fin en la cocina.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Annie dejándose caer a su lado; la tela suave de la falda acarició el rostro de la anciana.

¿Había venido alguien más con ella esa noche? Sí, claro, recordó Mary: Annie hablaba con un desconocido que había permanecido en las sombras de la sala helada y le decía que llamara a una ambulancia. Luego alzó la cabeza de Mary, la colocó en su regazo y la meció como habría hecho con sus hijos siendo pequeños.

—¡Oh, Mary! —murmuró; el cabello era como un velo rojizo sobre los ojos de Mary—. Esta vez la has hecho buena, tesoro mío. Ahora se te llevarán de aquí con toda seguridad.

Mary deseó morir en ese mismo momento. Cerró los ojos con fuerza y quiso que el alma abandonara el cuerpo, pero sólo consiguió un sueño profundo y sin dolor. Cuando despertó y percibió el olor a antiséptico y el aire purificado, supo que había dejado Río Kiss para siempre.

Capítulo 23

Paul comprendió que tendría que haber evitado la reunión de esa noche. Estaba sentado en el coche, en la calle bordeada de árboles frente a la casa de Alec con las ventanillas abiertas y el aire acondicionado soplándole el rostro y trataba de armarse de valor para entrar. Las reuniones anteriores en el Sea Tern ya habían sido bastante incómodas. No entendía por qué Alec había sugerido que la comisión se encontrara allí.

Desde afuera, la casa era una expresión vivida de la personalidad de Annie: amarilla con rebordes blancos, rodeada de árboles cubiertos casi por completo de musgo. Tenía diez años de antigüedad: la habían construido cuando por fin el trabajo de Alec comenzaba a ser rentable. Había dos tablas de *surf* de colores brillantes apoyadas contra una pared lateral y una cometa en forma de pez que se elevaba como si hubiera estado amarrada al muelle. La casa estaba junto a la desembocadura en una lengua de tierra rodeada de agua, tal como se la había descrito Annie. «Esos atardeceres, Paul, esos colores, te darían ganas de escribir. Te harían llorar.»

Unos golpecitos repentinos en la ventanilla sobresaltaron a Paul; se volvió y vio a Nola Dillard al otro lado de la ventanilla.

—¿No entras, querido? —preguntó.

Iba a pie. Debía de vivir cerca.

Paul abrió la puerta y se reunió con ella en la calle: el perfume de Nola cubría el aroma del océano y el sol poniente jugaba sobre el oro falso del pelo de la mujer.

—No estaba seguro de que fuese ésta la casa —mintió.

—Sí, ésta es. Se puede distinguir por las tablas de *surf*. En la puerta los saludó el pastor alemán cojo.

—Éste es *Tripod* —anunció Nola.

Paul dio unas palmadas al perro en la cabeza. Annie le había comentado que tenían un perro y dos gatos. No eran muchos animales, considerando que hubiera un veterinario en la casa.

La personalidad que exhibía la casa de puertas afuera se intensificaba en la sala. El toque de Annie brillaba por todos lados. Los muebles no eran del tipo rústico propio de Outer Banks, sino más bien un amontonamiento exagerado y ecléctico de sillas y sofás tapizados en telas estampadas de colores vivos. El suelo estaba cubierto casi por completo de alfombras de dibujo abigarrado, sobrepuestas al azar hasta formar un agradable conjunto. Paul se sintió como si caminara hacia los brazos de Annie.

—La vista es espectacular, ¿no es cierto? —Nola lo acompañaba y señalaba el gran ventanal que miraba al estuario.

El crepúsculo coloreaba ya el cielo, pero la pared adyacente atrajo la atención de Paul: había allí diez pequeñas ventanas ovaladas y en cada una, un complicado detalle con el mismo tema, una mujer con vestido cuyos vuelos flotaban alrededor: una con sombrilla, otra caminando junto a un sabueso, la tercera olía una rosa color rojo sangre.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó. Paul las veía por primera vez, Annie no le había hablado de aquellas ventanas—. Son extraordinarias.

—Sí —admitió Nola—. Era una mujer de mucho talento.

Paul podría haber pasado el resto de la velada frente a los óvalos de cristal, pero Nola lo cogió del brazo y lo condujo a la cocina.

—Saludemos a Alec —dijo.

También la cocina llevaba el sello inconfundible de Annie. Suelo, armarios y aparadores eran blancos, pero las paredes consistían casi por entero en ventanas con vidrieras y, aun a la luz tenue del atardecer, el cuarto estaba inundado de colores.

Alec, apoyado contra el aparador que había junto al fregadero, descorchaba una botella de vino. Cuando los vio, les sonrió.

—Hola, Nola. Hola, Paul. —Apoyó un instante la mano en el hombro de Paul.

—El pescado azul estaba delicioso —dijo Nola.

Besó a Alec en la mejilla y le tocó ligeramente el pecho con la mano de un modo que le puso a Paul la carne de gallina. ¿Habría algo entre ellos? ¿Era posible que Alec, que había perdido a Annie hacía tan poco tiempo, permitiera que se le acercara otra mujer? Y sin embargo, Nola miraba a Alec con evidente adoración aunque el hombre no pareciera advertirlo. Imaginó que era el tipo de hombre que atrae a las mujeres: penetrantes ojos azules, cabello oscuro y sonrisa que sorprendía cuando uno ya lo consideraba incapaz de alguna frivolidad.

«Es muy atractivo», había dicho Annie en la primera cita. Paul había interpretado sus palabras como un aviso, una señal de que esta vez no iba a tener posibilidades. Luego se preguntó si el aviso no iría dirigido a ella misma.

Alec colocó vasos en una bandeja y entregó la botella a Paul.

—¿Puedes servir?

—Claro.

Paul trató de insuflar la energía de Alec en su propia voz pero no lo logró. Tomó la botella y comenzó a servir; no obstante, su mirada quedó atrapada en los anaqueles blancos que había entre el aparador y los armarios. Precisamente allí, frente a él estaba el caballito azul esmaltado que había comprado Paul a Annie en New Hope. Derramó unas gotas de vino en la bandeja y dejó la botella esperando a que se quietara el temblor de su mano.

Baby Blue. Lo había conservado durante todos esos años.

—¿Puedes llevar la bandeja afuera? —pidió Alec; él y Nola llevaban a la sala algo para picar.

—Claro —repitió Paul.

Separó las copas en la bandeja para que no chocaran entre sí.

Se sentó frente a la pared de ventanas ovales pero la luz del día se apagaba rápidamente y desde esa distancia no podía distinguir los dibujos. Además, tenía que prestar atención a lo que se decía. De pronto el tema de conversación era Paul.

Alec bebió un sorbo de vino y levantó la carpeta con el material que había recopilado Paul sobre la historia del faro.

—Paul, es un excelente trabajo —dijo— te has ganado tu lugar en esta comisión.

Los demás estuvieron de acuerdo y Brian Cass añadió que sólo necesitaban alguna información complementaria sobre Mary Poor para que estuviera completo.

—Tengo que hacer algunas tareas para la *Gazette* —dijo Paul—, pero puedo pasar por Manteo un día de la semana que viene.

—No hay apuro —dijo Alec. Inspiró y apoyó el vaso—. Bueno, conviene que esperemos a que bebas un poco de vino antes de abordar el siguiente tema. —Levantó otra carpeta—. Muchachos, siento decirlo, pero el Servicio de Parques ha llegado a una decisión final.

—¡Oh, Dios! —exclamó Sondra—. Lo van a trasladar.

Alec asintió; Walter Liscott gimió y escondió el rostro entre las manos.

—Léelo, Alec —pidió Nola.

Alec abrió la carpeta. Leyó: se construiría una plataforma, tarea que comenzaría hacia finales de agosto y se concluiría la primavera siguiente. Se levantaría el faro, se colocaría sobre la plataforma y se trasladaría medio kilómetro tierra adentro. Paul no podía concebirlo. No podía imaginar la franja de tierra de Río Kiss sumergida en una oscuridad implacable.

Walter se levantó.

—¡Es una locura! —exclamó— ¡Un plan absurdo!

—Parece imposible —dijo Sondra.

Brian Cass movió la cabeza.

—En mi opinión, si trasladan el faro, su significado histórico se irá a la basura.

—¿Y el muro de contención? —Walter gesticuló con ademanes vehementes—. ¿Por qué demonios...?

—Walter —el tono de Alec era calmado y razonable—, esos argumentos son científicos. Tendremos que aceptar la realidad.

Walter echó una mirada a Alec.

—Lo siento, Alec. Tengo que renunciar a la comisión. No puedo participar en esa absurda idea.

Fue hacia la salida, pero Nola se puso de pie y lo cogió del brazo.

—Walter, los ingenieros han trabajado en el proyecto durante años, ya lo sabes. No recomendarían el traslado si tuvieran la mínima duda de que...

—Son una pandilla de muchachos que juegan con un mecano gigante —dijo Walter—. Experimentan con algo que no tienen el derecho de manosear. —Se volvió para marcharse.

—Walter —lo llamó Alec—, no quisiéramos perderte. Si cambias de idea, por favor, no permitas que el orgullo se interponga y procura regresar.

Walter murmuró algo inaudible y salió por la puerta.

De pronto, la habitación quedó en completo silencio. Fuera, en algún lugar del estrecho se oyó arrancar un motor; el pastor de tres patas bostezó y se enroscó a los pies de Alec.

—Bien —dijo al fin Alec—, ¿alguien más desea irse?

Sondra Carter cruzó los brazos sobre el pecho.

—A mí me gustaría irme, pero no lo haré.

Alec prosiguió con la reunión y mencionó las citas que había concertado para charlas. Luego se discutieron ideas para reunir fondos, pero la energía se había evaporado: la realidad que expresaba el informe del Servicio de Parques les pesaba como una capa de plomo.

La reunión concluyó abruptamente a las nueve y Paul descubrió que no deseaba marcharse. Se apartó de los demás; se puso a limpiar una mancha de salsa en la mesita de café y a llevar los vasos de vino a la cocina. Los apoyó con cuidado en el fregadero con la mirada clavada en el caballito azul escuchando a Alec que despedía a los invitados. Luego volvió a la sala y se acercó cuanto pudo a las ventanas ovaladas, pero afuera estaba oscuro. Era casi imposible distinguir las escenas.

—Annie los terminó antes de que la casa estuviera aún construida.

Paul se volvió y vio a Alec en la puerta.

—Debió de haberle costado tiempo —dijo.

—En realidad, no. Una vez estaba hecho el diseño, lo desarrollaba con rapidez. Ven afuera. Por la noche se ven mejor desde fuera.

Paul siguió a Alec por la puerta principal y dieron la vuelta a la casa. De pie uno junto al otro, Paul movía la cabeza fascinado. Aquellas ventanas quitaban el aliento.

—Lo que más me impresiona del trabajo de Annie es el realismo —dijo—. Uno juraría que son mujeres reales, que al tocar los vestidos, se percibiría su suavidad sedosa.

—Ésa era su especialidad —dijo Alec—. Creo que ni siquiera Tom, su colega, pudo dominar nunca la técnica de Annie.

Paul observó a Alec y vio que las mejillas se le teñían de violeta y dorado proveniente de la ventana que había más cerca.

—¿Te molesta hablar de ella? —preguntó.

—En absoluto. Es uno de mis temas preferidos.

Paul pasó los dedos sobre una de las ventanas y observó cómo el color se derramaba sobre su piel.

—La noche que Olivia llegó a casa y me dijo que Annie estaba muerta... no podía creerlo. Era tan vital... Fue maravilloso entrevistarla. —Recordó las cintas grabadas que no se atrevía a escuchar.

—Es verdad: era increíble —afirmó Alec.

—Ya sabes que Olivia y yo estamos separados.

—Sí, ya me lo dijo. —Miró a Paul—. ¿Sabes que Olivia no desea vuestra separación?

—Lo sé. —Paul contempló la imagen de una mujer vestida de blanco y cabello alborotado a punto de morder una manzana—. Funcionó mal por mi causa. Cuando me fui, pensé que hacía lo correcto, pero ahora... aunque a veces la echo de menos, dudo que algún día podamos reconciliarnos.

—Por lo menos, tienes esa alternativa. Te envidio. —Alec contempló la arena unos instantes.

Luego lanzó una risita y miró a Paul.

—Siento un impulso casi incontrolable de aleccionarte —dijo—. Tienes una esposa bella, inteligente y viva y no comprendes lo afortunado que eres y lo fácilmente que puedes perderla... pero lo siento. No tengo derecho a inmiscuirme en tus problemas.

—Está bien —aceptó Paul—. Si estuviera en tu lugar, a mí me ocurriría lo mismo.

Alec aplastó un mosquito sobre el brazo.

—Entremos —dijo.

—La cuestión es que tendría que irme. —El tono de Paul no era convincente. Si por la tarde se resistía a entrar en casa de Alec, ahora no quería marcharse.

—Entra un momento —invitó Alec—. Es pronto y no están los chicos. Tu compañía me va bien.

—En el estudio de Annie vi fotografías de tus hijos —dijo Paul al tiempo que entraban en la casa—. Tu hija es idéntica a la madre.

Alec rió.

—Ya no. Lleva el cabello corto y teñido de negro. —Entró en un cuarto contiguo a la sala—. Ven aquí.

Paul entró en el pequeño estudio. En el escritorio que miraba a la ventana del frente había un ordenador, y una amplia mesa de trabajo, como la del estudio de Annie, ocupaba la mitad de la pared opuesta. Las paredes estaban cubiertas de fotografías, la mayoría escenas familiares en el muelle, en el porche de la casa, en

la playa... En todas ellas, Annie parecía feliz: era el alma de la familia, y Paul sintió de pronto el peso de la culpa por haber amenazado esa felicidad, por haber jugado con la debilidad de Annie.

Contempló el retrato de los hijos, Lacey y Clay.

—¿Se ha cortado ese cabello tan hermoso? —preguntó moviendo la cabeza.

—Lamentablemente, sí.

Paul se acercó a otra foto y sintió un sobresalto. Era de un hombre bronceado, de cabello blanco, con ropas de tenis, de pie junto a una mujer de aspecto hogareño y de cabello rojo.

—¿Y quienes son éstos? —preguntó, aunque ya conocía la respuesta.

Sonó el teléfono que había sobre el escritorio.

—Los padres de Annie —respondió Alec mientras descolgaba el auricular.

Dijo unas palabras y Paul comenzó a sentirse intruso. Saludó a Alec con la mano, formó con los labios la palabra «gracias» y se encaminó a la puerta del estudio, pero Alec alzó la mano para detenerlo.

—Espera un segundo —dijo; y al teléfono—: ahora mismo voy. —Colgó y miró a Paul—. ¿Eres impresionable?

—Pues... no. Creo que no.

—Entonces, ven conmigo. —Alec recogió un juego de llaves que había sobre el escritorio y caminó hacia la puerta—. Cerca de Río Kiss han atropellado a uno de los caballos salvajes. Tal vez necesite tu ayuda.

Paul lo siguió fuera. Se detuvieron en el garaje. Alec abrió un botiquín y sacó algo que parecía una herramienta, pero que era en realidad una pistola.

Paul la vio.

—¿Vas a...? ¿Crees que tendrás que dispararle?

Alec lo miró confundido y luego esbozó una sonrisa.

—Es un dardo tranquilizante —explicó—. Si necesito calmar al caballo, sin duda lo más probable, le pondré una inyección, a menos que esté muerto cuando lleguemos. Aún no he visto ninguno que sobreviva al choque de un automóvil.

Paul subió al coche de Alec; la pistola quedó en el asiento, entre los dos.

—Annie me comentó que esos caballos permanecen cerca de la carretera aun ahora que los alrededores de Río Kiss están urbanizados —dijo.

Alec dio marcha atrás hasta la calle.

—Creen que el césped es para ellos. —Movié la cabeza—. Sólo quedan diez caballos, quizá nueve después de lo ocurrido. Llenamos la carretera de carteles de advertencia, pero todavía hay quien se coloca tras el volante con el cerebro en punto muerto.

Viajaron hacia Southern Shores sin hablar. Paul se preguntaba qué habría pensado Annie si contemplara la escena: Alec y él dirigiéndose a Río Kiss como viejos camaradas, y entre ellos una pistola.

—Habías comenzado a hablarme de los padres de Annie —dijo Paul.

—Ah, sí. —Alec encendió el aire acondicionado. La noche no había aliviado en absoluto el calor del día—. El padre ha muerto, pero la madre vive en Boston, donde se crió Annie. No sé por qué tengo ese retrato en el estudio. Annie insistió en que lo pusiéramos, pero por lo que a mí concierne, podríamos haberlo tirado al mar.

Aun en la oscuridad, Paul percibió tensión en la mandíbula de Alec.

—Me contó que provenía de una familia muy rica —dijo con cautela.

Alec lo miró.

—¿Eso te dijo? —Movió la cabeza—. Sí, tenían dinero, pero desde que nos casamos, Annie no vio ni un céntimo. La desheredaron.

Paul comenzaba a sudar. Giró uno de los ventiladores hacia la cara.

—¿Por qué lo hicieron? —preguntó.

—Mis padres tenían un pequeño café en Arlington: no era una empresa demasiado próspera... y creo que el hijo del propietario de un bar no era suficiente para una hija de sangre azul. —El tono de Alec era sereno, confidencial, pero Paul percibió que aún se sentía herido—. Decían que yo era basura blanca.

Paul giró la cabeza hacia la ventana. Annie no se había casado con Alec para complacer a sus padres. Lo había dejado a él por un hombre que no les había gustado más que Paul.

—Ahí está el faro de Río Kiss —anunció Alec.

Paul miró hacia delante en la noche oscura y lo vio enseguida. «Uno, dos...» Tan familiar, tan constante, tan...

—¡Oh, Dios mío! —exclamó.

—¿Qué?

—¿Qué pasará con la luz mientras trasladen el faro?

Alec sonrió.

—Ya lo he pensado. No es una buena perspectiva, ¿verdad? —Giró el coche hacia el sendero angosto que salía de Río Kiss y se inclinó hacia delante atisbando en la oscuridad—. Ahí están.

A un lado de la carretera, Paul divisó a dos mujeres que les hacían señas con linternas. Alec aparcó en el desnivel arenoso. Entregó la pistola a Paul, cogió el maletín de instrumentos y una linterna y se apearon.

Las mujeres se acercaron.

—Alec, es uno de los potrillos —dijo la más alta—. Cuando te llamamos, estaba en el suelo. Ahora se ha levantado pero tiene una fea cojera.

Señaló la zona boscosa a un lado de la carretera y Paul distinguió la silueta oscura de un potro.

Alec dejó el maletín de herramientas y sopesó la situación con las manos en las caderas.

—¿Dónde está la manada? —preguntó.

—Al otro lado del camino. —La mujer se presentó a Paul—. Soy Julie.

—Paul Macelli —respondió Paul.

Alec tocó el hombro de la otra mujer.

—Y ésta es Karen.

—El potro estaba de costado —dijo Karen—. El que lo atropelló... nada menos que un Mercedes, dijo que el potrillo se abalanzó sobre la capota del coche y rompió el parabrisas. Tiene una herida en el cuarto trasero izquierdo.

Alec miró en dirección al caballo.

—Muy bien, muchacho —dijo en tono calmado—, veamos cómo caminas.

Esperaron los cuatro a que el potrillo hiciera algún movimiento, pero parecía petrificado. Alzó la cabeza para mirar al otro lado de la carretera, donde una manada de caballos triscaban nerviosos en la oscuridad; el resplandor del faro los iluminaba a intervalos de escasos segundos. Paul advirtió estremecido que eran grandes, amenazadores. Recordó que Annie le había aconsejado que se mantuviera alejado. «Son salvajes —le dijo—, pueden resultar agresivos.»

Finalmente, el potrillo dio algunos pasos vacilantes; era evidente que se apoyaba en todas las patas menos en la izquierda delantera. Luego se quedó quieto, solo entre los árboles y relincho... casi gimió... emitiendo un sonido lastimero.

Alec recogió la pistola de manos de Paul y le dio la linterna.

—Paul, ¿puedes dirigir la luz hacia aquí abajo? —pidió, y se arrodilló para cargar la pistola con algo que sacó del maletín. Se levantó—. Mantén la luz dirigida al potro —dijo, y Paul y las mujeres apuntaron las linternas hacia los cuartos traseros ensangrentados del animal mientras Alec se le acercaba despacio.

Paul atisbó sobre el hombro a los enormes caballos al otro lado del camino. Alejado de Alec se sintió más expuesto.

Alec se llevó lentamente la pistola al hombro y disparó. El potrillo corcoveó y lanzó un gemido. Desde el otro lado de la carretera llegó un relincho de respuesta, y Julie y Karen miraron a la manada.

—Es mejor que los vigile —dijo Karen, y se encaminó a la carretera—. Vosotros dos podéis ayudar a Alec.

Mientras aguardaban a que el sedante hiciera efecto, no podían hacer demasiado. Permanecieron los tres juntos contemplando al aterrado potrillo que los miraba también.

—¿Cómo estás, Alec? —dijo Julie rompiendo el silencio después de unos minutos.

La pregunta estaba cargada de sentido; era una de esas frases aparentemente sencillas que cobran significado entre viejos amigos.

—Estoy bien —respondió Alec—. Me las arreglo.

Pasaron un par de minutos de silencio y de pronto el potrillo cayó de rodillas y rodó de lado.

Alec levantó el maletín de herramientas.

—Veamos qué tenemos —dijo, mientras se acercaban Paul y Julie.

Julie se sentó en el suelo y apoyó la cabeza del potro sobre el regazo; Paul permaneció de pie y sostuvo la linterna de modo que Alec pudiera ver lo que hacía. Echaba nerviosas miradas al camino. Si a los caballos se les ocurría acudir en ayuda de uno de los suyos, ¿qué haría Karen para detenerlos?

Alec pasó las manos con cuidado por las patas del potro y se detuvo en la que tenía la herida.

—Es sorprendente —exclamó—. No se ha roto nada. No obstante, estará dolorido durante algún tiempo. —Lentamente, recorrió con las manos el tronco del caballo—. No hay costillas rotas y, milagrosamente, tampoco heridas internas. Creo que éste es el problema más grave. —Concentró la atención en el corte—. Paul, acerca más la luz.

Paul miró a la carretera y se arrodilló de mala gana. Se encontraba indefenso. Si los caballos salían de estampida, estarían perdidos.

Enfocó la luz sobre la herida. Era profunda y grande. Alec la lavó con una solución que sacó del maletín.

—¿Tienes que suturarlo? —preguntó Paul.

Alec asintió.

—Si fuese invierno, la dejaría así, pero con este calor, sin duda las moscas le molestarán.

Paul no quería mirar. Le había dicho a Alec que no era impresionable, pero no sabía en qué se había metido.

Alec rebuscó en el maletín, luego le cogió la linterna a Paul y se la dio a Julie.

—Paul, necesito que mantengas unidos los bordes de la herida, ¿de acuerdo?

—Enséñame a hacerlo.

Alec lo aleccionó y Paul lo imitó; cuando Alec comenzó a suturar hizo una mueca.

—Julie, ¿cómo está tu niña? —preguntó sin apartar los ojos de la tarea.

—Ya no es una niña —respondió Julie— y eso demuestra que hace tiempo que estás en el limbo. Es una muchacha radiante.

Julie habló del pequeño restaurante que administraba, y Alec contó que Clay partiría a la universidad el mes próximo. Paul escuchaba la charla fluida, la comodidad que sentían en la compañía. El tono de Alec era tan tranquilo, tan seguro a pesar del trabajo con el animal, que Paul casi se olvidó de la manada que había al otro lado del camino.

—No estaba segura de llamarte —dijo Julie después de un breve silencio—. Sé que últimamente no estabas trabajando.

—Me alegro de que lo hicieras —le aseguró Alec.

—Bueno, ya te digo que lo pensé dos veces, pero no hay nadie más a quien pueda confiarle a uno de éstos.

Alec la miró sonriente.

—Julie, éste sanará.

Guardaron silencio mientras Alec continuaba suturando. Paul movía los dedos a lo largo de la herida acompañando la sutura. Se había relajado. Mientras Alec permaneciera cerca, los caballos le parecerían inofensivos. Por primera vez creyó comprender. No había ningún misterio en que Annie lo abandonara por Alec. No hubo segunda intención, ningún plan oculto ni derrota alguna frente a los padres. La imaginaba junto a Alec con su eterna necesidad de sentirse amada, apreciada, a salvo y segura. Por naturaleza, Alec había satisfecho esas necesidades.

La luz intermitente del faro pareció disminuir su ritmo y detenerse unos instantes sobre las manos de Alec para esfumarse luego en la oscuridad. De pronto, las manos se quedaron quietas, la aguja vaciló sobre la herida; Paul alzó la mirada y vio que Alec lo observaba.

—¿Estás bien? —preguntó Alec; la luz suave volvió a pasar sobre ambos.

—Sí —respondió Paul; bajó la mirada hacia el caballo. Se preguntó qué habría visto Alec en su rostro.

«Está bien —pensó—, tú has ganado. Era tuya y no mía. Te amaba a ti y no a mí. Ganaste de buena ley, Alec.»

Capítulo 24

Cuando Alec se despidió de Paul y entró en casa eran casi las once. Lacey y Clay no habían regresado y la soledad le resultó opresiva. Ni siquiera *Tripod* había bajado a recibirlo.

Encontró uno de los vasos de cristal verde que le había regalado Julie a Annie para su cumpleaños hacía unos años, se sirvió té frío y lo llevó a la sala; se sentó en un sillón y miró el teléfono. Eran más de las once. Demasiado tarde para llamar a Olivia y era mejor así. Se había vuelto demasiado dependiente de las llamadas. De todas maneras, la llamaría por la mañana, pues se habían puesto de acuerdo para ir a practicar *windsurf* en Río Beach.

Se recostó, estiró las piernas sobre el sofá y colocó un cojín bajo la cabeza. Hacía tiempo que no atendía a un animal. Lo hizo sentirse bien, poderoso, capaz de cambiar la realidad, de resolver algo de manera satisfactoria. Había esperado hallar un caballo muerto o, peor aún, moribundo. Supuso que por ese motivo había llamado a Paul, para que lo ayudara a controlar los nervios.

Paul había resultado ser el hombre más blando que había conocido. Al ver al potrillo herido se le habían nublado los ojos. Lo imaginó con Olivia. Una imagen más bien lasciva se abrió paso en su mente; se tapó los ojos con el brazo desechándola. Era el primer pensamiento erótico que se le ocurría al cabo de muchos meses, y ni siquiera formaba parte de él.

¡Cuánto echaba de menos a Annie, dormir y despertar junto a ella! Echaba en falta aquellos almuerzos clandestinos de los viernes en el hotel. En esas dos horas, Annie era una mujer diferente. Nunca había sido una amante remisa, pero lo importante para ella era la proximidad, los abrazos, las razones amorosas. Había comprendido la necesidad que tenía él del sexo puro, del placer puramente físico que brindaba, aunque ella no la compartiera. Se habían adaptado. Conocían las diferencias entre ambos y las habían aceptado. En aquellos encuentros distanciados, Annie se había mostrado apasionada y ansiosa. En cuanto Alec la tocaba, el cuerpo de la mujer respondía.

Terminó el té frío y deseó haber bebido algo más fuerte que lo aturdiera. Cerró los ojos, respiró profundamente y dejó que el zumbido del acondicionador del aire lo adormeciera.

Cuando despertó, al principio no supo dónde estaba. La luz opaca de la cocina bañaba la pared opuesta y distinguió las diez ventanas ovales. Estaba acostado en el sofá de la sala. Tuvo una erección palpitante y Annie, la inspiradora, ya no existía. ¡Maldito fuera Dios!

Se levantó furioso del sillón y arrojó el cojín al suelo. A la mierda el centro de Mujeres Maltratadas. A la mierda Zachary Pointer. Levantó la jarra que había sobre la mesita auxiliar y la arrojó contra la pared. «¡Vete a la mierda, Annie!»

La jarra voló a través de la sala; contuvo el aliento cuando chocó contra una de las pequeñas ventanas ovales e hizo trizas la vidriera de la mujer de cabello oscuro con sombrilla.

Contempló el agujero ovalado que había abierto en la pared. Cerró los ojos, gimió y se mesó el cabello.

Bajo el alero, el patio estaba iluminado por reflejos; Alec caminó descalzo sobre la arena y encontró algunos trozos diminutos de cristal. Se sentó en el suelo bajo las ventanas, comenzó a recogerlos y los juntó en la palma de la mano.

Un coche se detuvo en la calle, frente a la casa, y Alec oyó risas seguidas por el golpe de una puerta. Instantes después, Clay caminaba hacia él.

—Papá, ¿qué haces aquí? —Clay vio los pedazos de cristal esmaltado en la mano del padre—. ¿Quién ha roto la ventana?

—Ha sido un accidente. —Alec siguió la mirada de Clay hasta donde había caído el jarrón verde, y por un momento padre e hijo permanecieron callados.

—¿Ha sido Lacey...?

—No. No ha sido Lacey.

Clay se metió las manos en los bolsillos de los pantalones.

—Mira, papá —dijo—, es tarde. Mañana puedes ocuparte de la ventana.

—No quiero dejar los vidrios aquí fuera. —Alec pasó los dedos por la arena y encontró un pequeño triángulo blanco con la sombrilla.

—No es necesario. —Clay miró alrededor como si temiera que algún vecino estuviera espiándolos—. Vamos, papá, no seas tozudo. Por la mañana te ayudaré a recoger los fragmentos.

Alec miró a su hijo. Era un apuesto joven de cabello oscuro y piel morena. Tenía diecisiete años. Sin duda, esa noche había hecho el amor con Terri Hazleton. Al cabo de un mes se marcharía de casa para siempre y comenzaría una nueva vida, la suya propia. Alec contempló los ojos claros.

—Echo de menos a tu madre —dijo.

Clay se puso en cuclillas sobre la arena y apoyó la espalda contra la pared de la casa.

—Lo sé, papá —dijo suavemente—. Yo también.

Tamizó la arena con los dedos y halló otro trocito de cristal rojo; se lo dio a Alec.

Alec cerró los dedos sobre los trozos de cristal que tenía en la mano. Apoyó los brazos en las rodillas y contempló el agua oscura del estuario.

—Clay, van a trasladar el faro —dijo—. Arrancarán de la tierra la torre entera, y Río Kiss nunca volverá a ser lo mismo.

Capítulo 25

Alec podía haber invitado a Olivia a casa, donde estaban las tablas de *surf* para partir directamente desde la pequeña ensenada que formaba el patio trasero. No obstante, mientras conducía hacia Río Beach, comprendió que no quería que ella coincidiese allí con Lacey o Clay. ¿Por qué? Nola iba con frecuencia y a Alec no le preocupaba lo más mínimo, pero si invitaba a Olivia tendría que ofrecer una explicación de la presencia de la doctora en casa. Era probable que la recordaran de aquella noche en el Servicio de Urgencias, aunque no era ésa la cuestión. Pero no deseaba que sus hijos lo vieran con otra mujer que no fuese su madre, por amistosa que fuese la relación.

Olivia estaba apoyada contra el coche cerca de Río Beach. Llevaba una camiseta blanca sobre el traje de baño: las piernas mostraban casi el mismo color que la prenda. Era evidente que trabajaba demasiado tiempo encerrada.

Aparcó por allí; Olivia hizo visera con las manos mientras Alec salía del vehículo y desataba la tabla de *surf* del portaequipajes.

—Te lo advierto, Alec —dijo—, no sé nadar.

El hombre cogió un salvavidas del asiento trasero del coche y se lo arrojó.

—No es necesario que sepas nadar —respondió—, pero necesitas protección solar.

—Ya he tomado precauciones. Este verano es la primera vez que me expongo al sol.

—Da la impresión de que fuera la primera vez en tu vida.

Olivia le hizo una mueca y lo ayudó a llevar la tabla a través de las malezas enmarañadas que cubrían el camino hasta la cala.

—¿Por qué traes sólo una tabla?

—Porque hoy el viento está de tu parte, aunque para mí resulta demasiado poco. Aquí hay escasa profundidad. Me mantendré cerca e iré indicándote.

Río Beach era un retazo de arena a la orilla del agua, donde apenas cabía la manta que Alec extendió sobre el suelo. De pie, con las manos en las caderas, oteó el estuario. El sol reverberaba sobre el agua y se divisaba a otros practicantes de *surf* a lo lejos, pero ninguno que hubiera salido desde allí. Río Beach era el rincón secreto de Alec.

—Es un día perfecto —dijo volviéndose a Olivia. La mujer se mordía el labio inferior—. ¿Estás lista?

—Nunca estaré más dispuesta que ahora.

Se quitó la camiseta y la dejó sobre la manta. El traje de baño era negro y violeta, de discreto acabado en las piernas pero con escote profundo; Alec

recordó la fantasía que había tenido de Olivia y Paul la noche anterior.

—¿Por qué sonríes? —preguntó la mujer.

El hombre se quitó la camiseta y rió.

—Es que me siento feliz aquí —respondió—. Hace tiempo que no me lo permitía.

La doctora usaba una larga cadena de oro que se deslizaba entre los pechos. La blancura nívea de la piel le daba un aspecto de fragilidad, pero el embarazo no se percibía. La leve curva del estómago no permitía adivinarlo.

—¿Consultaste a tu médico sobre la práctica del *surf*? —preguntó Alec.

La doctora le había comentado que no sabía si le convenía hacer *windsurf* estando embarazada.

Olivia frunció la nariz.

—Sí. Mi doctora lo practica. Me dijo que el único riesgo era que lo pasara demasiado bien y no supiera parar después de la experiencia.

Alec rió.

—Al parecer tu doctora te ha descubierto.

Alec le hizo una breve demostración; le enseñó a salir desde la playa con un par de zambullidas antes de entrar en los movimientos para dominar las olas. La tabla de tres metros y medio le parecía pesada y lenta. Estaba habituado a la más pequeña, la que llevaba cuando navegaba.

Al meterse en el agua, Olivia se estremeció. Alec sostuvo la tabla y la mujer subió; el rostro era la viva imagen de la concentración.

—Coloca los pies a ambos lados del mástil —dijo.

—¿Es éste el mástil?

—Sí. —La sostuvo de la mano mientras se ponía de pie—. Ahora, agárrate de la cuerda. Para que la tabla permanezca fuera del agua tienes que empujar hacia arriba. Flexiona las piernas. Eso es. Mantén la espalda derecha y utiliza las piernas para deslizar la tabla sobre el agua.

Olivia se aferró a la cuerda con ambas manos y la tabla comenzó a emerger, tomó viento y giró con brusquedad bajo los pies de la mujer. La doctora gritó y cayó al agua de espaldas con un chapoteo. Alec dio la vuelta alrededor de la tabla para ayudarla, pero ella emergió riendo.

—Tendría que haberte advertido —dijo—. Cuando el puño sale del...

—¿Cuál es el puño? —preguntó la mujer sacudiéndose el agua.

—Esta parte de la tabla —respondió Alec señalándosela, volvió a subir para enseñarle cómo se hacía.

Olivia pasó más tiempo en el agua que sobre la tabla, pero era obvio que se trataba de una buena perdedora. Un par de veces rió tanto que le saltaron las lágrimas. Era un aspecto de la doctora que Alec no conocía y supuso que tampoco conocería ella de sí misma.

Olivia trepó a la tabla casi por centésima vez y un tirante del traje de baño se le deslizó sobre el hombro; Alec vio la línea blanca que había dejado sobre la piel.

—Te has quemado —dijo—. Será mejor que salgamos.

Olivia se sentó sobre la manta castañeteando los dientes. Alec la envolvió en la toalla y le frotó los brazos unos instantes; pero dejó de hacerlo en cuanto percibió la intimidad del contacto. La cadena se deslizaba blandamente entre la suave hinchazón de los pechos y Alec apartó la mirada.

Sacó del coche la sombrilla de rayas verdes y blancas y la instaló sobre la mitad de manta donde estaba Olivia. Luego se tendió junto a la mujer y disfrutó de la tibieza del sol sobre la piel.

—Es raro que no aprendieras a nadar.

Él había pasado la mitad de su infancia navegando en canoa y deslizándose en tabla por las aguas del Potomac.

—Nunca he vivido cerca del agua. —La sombrilla captaba las palabras y las llevaba flotando a Alec.

—¿Dónde te criaste?

—En la región central de Nueva Jersey. ¿Has oído hablar de Pine Barrens?

—¿Pero no es ahí donde la gente se casa entre sí y tiene, eh... —no sabía cómo decirlo—... hijos deficientes?

Olivia adoptó una expresión sarcástica.

—Sí, ese mismo lugar, pero te has dejado llevar por la prensa sensacionalista. Los matrimonios entre parientes son antes la excepción que la regla.

—¿Naciste allí?

—Sí, y ya sé lo que estás pensando. No porque no pueda navegar en tabla soy menos brillante.

Alec sonrió y contempló el ciclo claro, azul resplandeciente que había visto sólo en Outer Banks.

—La otra noche, Paul asistió a la reunión de la comisión del faro en mi casa —dijo.

Olivia se sentó de golpe. La cadena osciló, se liberó un instante y luego volvió a su refugio entre los pechos.

—No le comentarías nada, ¿verdad?

—No. —Alec contempló la expresión afligida de la doctora—. Te prometí que no le diría nada. Sin embargo, Paul dijo algo que a ti quizá te resulte interesante.

—¿Qué? Cuéntame todo lo que dijo sin olvidar palabra, ¿de acuerdo?

Alec sonrió.

—Olivia, es un buen muchacho, pero no es Dios. Lo siento, pero me olvidé de tomar nota. No sabía que sería interrogado sobre el tema.

Olivia calló unos momentos.

—¿Estás enfadado conmigo?

—No. —Se protegió los ojos con la mano para verla con más claridad. Olivia se había quemado la nariz—. ¿Parezco enfadado? —¿Parecía enfadado? ¿Lo estaba?—. Dijo que cualquier cosa que hubiese funcionado mal entre vosotros había ocurrido por su causa y que cometió un error al abandonarte.

Olivia se tapó la boca con el puño.

—¿Eso dijo?

—Sí. Lo vi deprimido. Se advierte en él una... una especie de pesadez.

Olivia contempló el mar.

—No puedo creer que haya dicho que cometiera un error. ¿Ésa fue la palabra exacta?

Alec suspiró.

—Creo que sí. Olivia, la próxima vez lo grabaré, te lo prometo.

La mujer volvió a tumbarse.

—Lo que ocurre es que estaba a punto de rendirme.

Alec le contó lo sucedido con el caballo.

—Mientras me ayudaba, estuvo a punto de desmayarse.

—Al parecer pasaste la mitad de la noche con él. Estoy celosa. —De pronto, Olivia tragó saliva—. Alec, no le digas una palabra a Paul sobre mis prácticas con el vidrio. No se lo mencionaste, ¿verdad?

Alec la miró ceñudo.

—¿Tanto te asusta que se entere?

—Es difícil de explicar —dijo Olivia apartando la mirada—. Sólo te pido que no se lo digas.

Los dos callaron un momento; Olivia volvió a hablar en tono apagado.

—El jueves me harán una amniocentesis —dijo.

—¿Estás nerviosa?

—No. Bueno —se encogió de hombros—, creo que siempre llega el momento de enfrentar la posibilidad de que algo salga mal. No me preocupa tanto la prueba en sí como la espera; y detesto tener que pasar por esa situación sin Paul.

—Olivia, creo que alguno de los dos debería decirle a Paul que somos amigos, ¿no te parece? Quizá le abra los ojos el hecho de que no te quedes sentada esperándolo siempre.

—Pero lo haré. Quiero decir, lo esperaré siempre. —Exhaló un suspiro fatigado—. ¿Y tú, Alec? —preguntó—. ¿Sales con alguien?

—No. —Cerró los ojos al amarillo brillante del sol—. Aún no es el momento y, en realidad, no me interesa nadie. Hay una mujer que se ha fijado en mí, pero no tengo interés alguno.

—¿Quién es?

—Una vecina, Nola. —Se pasó la mano por el cabello. Estaba casi seco—. Es amiga de la familia desde hace años. Annie siempre decía que se me comía con los ojos y yo no lo creía, pero ahora así lo creo. Me llama para controlarme.

—¿Y no estás interesado?

—En lo más mínimo. —Se estiró y se dispuso a cambiar de tema—. Bien, escúchame. Me pidieron que interviniera en un programa de radio y en un encuentro de amigos del faro, en Norfolk el sábado que viene, y me encantaría que aceptaras uno de los dos compromisos. ¿Hay alguna posibilidad? —La miró—. ¿Tienes el sábado libre?

—Sí, lo tengo —respondió Olivia—, pero ahora que sé que Paul está arrepentido, me gustaría pasar ese tiempo con él.

—Oh, está bien —dijo Alec decepcionado—. Así debe ser. —Se apoyó en el codo y se encaró a ella—. Háblale de esto. —Le tocó con la yema de los dedos el hueso de la cadera, que aún sobresalía, y se preguntó si se habría sobrepasado—. Háblale del niño.

—No. —La mujer se sentó y se apartó el cabello de la cara con las manos—. Tiene que interesarse por mí.

—Bien. —Alec se sentó también y se puso la camiseta—. Creo que ya es momento de que conozcas mejor Outer Banks. Veremos cuánta diversión eres capaz de soportar.

La llevó al Jockey's Ridge. Olivia dijo que había visto las enormes dunas arenosas muchas veces desde la carretera, pero que nunca se le había ocurrido andar entre ellas. Se había puesto unos pantalones cortos sobre el traje de baño y Alec le prestó una camiseta. El hombre revolvió en la guantera del coche hasta encontrar un tubo de óxido de zinc de color verde fosforescente y se lo untó en la nariz. Se había levantado viento y casi podían ver cómo se desplazaban las dunas ante sus ojos mientras trepaban. Sin aliento, llegaron al tope de la más elevada y se sentaron en la loma a contemplar a un grupo de personas con cascos que estaban aprendiendo a deslizarse.

Luego la llevó hasta el faro Bodie. Pasearon por el solar y contemplaron la torre pintada de rayas blancas y negras; Alec le contó a Olivia la historia del faro. Se sintió un tanto culpable por no haberla llevado al de Río Kiss, teniendo en cuenta que le había pedido que hablara de él. Se tranquilizó pensando que quedaba demasiado lejos de donde estaban; sin embargo, el motivo real era claro: el faro de Río Kiss les pertenecía a Annie y a él. Aún no estaba dispuesto a compartirlo con nadie más.

Cenaron temprano y fueron hasta Río Beach donde había quedado el coche de Olivia. Estaban tranquilos y contentos, pero un tanto fatigados.

—Alec, ¿cuándo volverás al trabajo? —preguntó Olivia cuando estuvieron a unos cien metros de la playa.

—¡Tú también! —exclamó.

—Bueno, no me parece saludable que lo abandones durante tanto tiempo.

—Piensas eso porque eres una adicta al trabajo.

—Y necesito el sueldo.

Se situó en el aparcamiento y apagó el motor.

—Annie tenía un seguro de vida. —La miró—. Es ridículo. Trescientos dólares para asegurar a una mujer que ganaba quince mil al año y que donaba la mayor parte. —Alec rió—. Cuando me enteré, me disgustó. Lo encontró Tom limpiando el taller.

—¿Por qué lo hizo?

Alec contempló a los que practicaban *windsurf* en el mar.

—Yo tengo dos teorías al respecto —dijo—. O Annie sabía que, si moría, yo estaría tan abatido que no podría trabajar en mucho tiempo, o bien la acorraló un agente de seguros y quiso hacerle ganar el día. Necesitaba que la gente la quisiera. —Sacudió la cabeza—. Creo que por esa razón daba la mayor parte de lo que ganaba. Nunca la abandonó esa inseguridad. Nunca se convenció de que las personas la quisieran por ella misma.

—Bueno, el dinero no es la única razón para trabajar —repuso Olivia—. Alec, la otra noche disfrutaste atendiendo al caballo. Cuando me lo contaste, se te iluminó la expresión. ¿Por qué no vuelves a trabajar al menos uno o dos días a la semana?

Alec vaciló.

—Me asusta. A pesar de todo, no estoy en muy buenas condiciones. Pero me siento mejor que antes de que me contaras lo que pasó aquella noche en el Servicio de Urgencias. —La miró. Tenía las mejillas rojas. El óxido de zinc había desaparecido de la nariz. Esa noche le ardería—. El trabajo de la clínica veterinaria es muy pesado, sobre todo en verano —continuó—. Se presentan muchas urgencias... aunque tú te ocupas en eso y yo me refiera sólo a perros y gatos.

—Sí, pero de todos modos sufren. Y también los dueños.

—Es cierto. Antes no me importaba, pero desde que Annie...

—Es como volver a cabalgar —lo interrumpió Olivia—. Tienes que hacerlo y, cuanto más tiempo esperas, más difícil resulta. Cuando ocurre algo espantoso, a veces hago un esfuerzo y vuelvo al trabajo al día siguiente aunque no tenga que hacerlo. Aunque no estaba de guardia, fui a trabajar al día siguiente de la muerte de Annie.

Alec la miró atento.

—Te exiges demasiado, Olivia.

—No cambies de tema —replicó la mujer—. Sólo un día a la semana, ¿de acuerdo?

El hombre sonrió.

—Si llamas a Paul y procuras pasar con él el próximo fin de semana.

«Paul admite que se equivocó al abandonarme.»

Olivia condujo desde Río Beach hasta la pequeña tienda frente al aparcamiento junto al estudio de Annie y compró la cuna a la que le había echado el ojo. El empleado la ayudó a cargarla en el maletero del coche y volvió a casa con una sensación de esperanza y bienestar que ya creía olvidada... y el comienzo de una feroz quemadura solar.

Entró la caja a la casa y la arrastró a través del vestíbulo hasta la pequeña habitación que convertiría en cuarto de los niños. Luego se apoyó contra la pared y estuvo a punto de abrirla y armar la cuna. Pero no tentaría al destino con un optimismo exagerado.

Esa noche llamaría a Paul, le diría que quería verlo, hablarle. Repasaba en la mente la conversación mientras iba hasta el buzón a buscar la correspondencia; allí encontró la nota garabateada en el dorso de un sobre usado.

«He pasado por aquí antes de irme a Washington —había escrito Paul—. Estaré allí una semana más o menos ocupándome de un artículo acerca del petróleo que se pierde en Outer Banks. Te llamaré a la vuelta.»

Contempló el sobre, la escritura familiar, le dio la vuelta, espío dentro, lo arrugó en el puño y lo estrujó entre las manos. Quería perseguirlo, llamarlo al hotel, gritarle: «¿Es verdad que le has dicho a Alec O'Neill que habías cometido un error?».

Pero no haría semejante cosa. En cambio, entró otra vez en casa y remojó unos saquitos de té para aplicar en las quemaduras. Después llamó a Alec y le dijo que le encantaría acompañarlo a Norfolk el sábado siguiente.

Capítulo 26

El miércoles era el cumpleaños de Jonathan Cramer y Olivia aceptó reemplazarlo en la guardia aquella noche; esperaba que la ayudara a no pensar en la amniocentesis programada a la mañana siguiente. Alrededor de las seis llegó Alec; llevaba una carpeta azul con la información del faro que utilizaría Olivia en la entrevista de radio del sábado. En ese momento, la sala de espera estaba repleta y no tuvieron tiempo de conversar mientras Alec le entregaba la carpeta por encima del escritorio de la recepción.

—¿A qué hora terminas? —preguntó el hombre.

—A medianoche. —Le devolvió la expresión de desencanto. Esa noche no podrían hablar por teléfono.

Cerca de las once, ingresó un adolescente acompañado por los amigos. Olivia los oyó antes de verlos.

—Será un maldito ataque al corazón —gritaba mientras Kathy y Lynn lo llevaban en camilla al consultorio.

Olivia entró y comenzó a interrogar al muchacho; era apuesto, con el cabello descolorido por el sol. Dijo tener diecisiete años; había estado en una fiesta, bebiendo un poco, y de pronto el corazón empezó a acelerarse y a latir tan fuerte que no podía oír nada más. Apeataba a alcohol. Los ojos azules estaban vidriosos, aterrados.

—Enciende la pantalla —ordenó Olivia a Kathy. Y al muchacho—: ¿Qué has tomado, además de alcohol?

—Nada. Sólo un par de cervezas.

Mentía. Estaba demasiado agitado, demasiado tenso y las palpitations eran descontroladas.

—Habrás tomado algo más. Necesito saber qué para curarte.

—Mi maldito corazón está a punto de explotar.

Miró a Kathy.

—¿Lo acompaña alguien?

Kathy asintió.

—Están en la sala de espera —respondió—. Les pregunté qué había tomado pero aseguran que sólo estaba bebiendo y de pronto comenzó a quejarse de palpitations.

Olivia dejó al muchacho al cuidado de Kathy y fue a la sala de espera. Había tres jóvenes, dos chicas y un muchacho, sentados juntos en el sofá revestido de plástico azul, con expresión pétrea y a la defensiva. Sin duda se habían puesto de acuerdo en el trayecto en cuanto a sus respuestas a las preguntas que les

hicieran. No obstante, mientras se acercaba, Olivia percibió el temor de los muchachos. A pesar de las expresiones adustas, los rostros estaban pálidos.

—Soy la doctora Simon. —Cogió una silla; se alegró de que en ese momento sólo estuviesen los tres jóvenes en la sala de espera—. Necesito que me deis cierta información con respecto a vuestro amigo.

La miraron. El muchacho parecía tener dieciocho años. Iba descalzo y el cabello rubio le llegaba a los hombros. Una de las muchachas, rubia, llevaba unos vaqueros pegados a la piel y una camiseta blanca con las mangas y la delantera adornadas de flecos; la otra llevaba un jersey de escote pronunciado y una minifalda de color azul claro. Olivia quedó atónita: podía ver con toda claridad las flores estampadas de la ropa interior de la niña, pero un instante después se fijó en el pelo de la joven, muy oscuro y que parecía que hubiese sido cortado por un carnicero. Olivia supo sin ninguna duda quién era. Tal vez la chica había deseado borrar el parecido con su madre, pero poco podía hacer para ocultar las pecas, los hoyuelos y los ojos de color azul oscuro.

—¿Lacey? —preguntó Olivia.

La rubia contuvo el aliento.

—¿Te conoce?

Lacey se esforzó por evitar la mirada de Olivia.

—Necesito saber lo que tomó vuestro amigo —afirmó Olivia.

—Sólo cerveza —dijo el muchacho rubio con su voz profunda, en tono desafiante.

—No —replicó Olivia—. No sólo bebió cerveza. Esto es grave y vuestro amigo puede morir. Necesito saber con qué me enfrento.

—*Crack* —dijo Lacey; el muchacho agitó las manos en el aire y se puso de pie. Se volvió y miró a Lacey.

Olivia se estiró y apretó la mano de Lacey.

—Gracias —le dijo—. Os haré saber cómo sigue. Por favor, mientras tanto, dadle a la recepcionista el número de teléfono y el nombre de sus padres.

Olivia volvió al consultorio. El muchacho estaba recostado y con los ojos cerrados, y sus constantes asomaban a la pantalla. El latido del corazón era rápido pero regular y, además de esperar y observarlo, no era mucho lo que podían hacer por él. Olivia se aseguró de que estuviera fuera de peligro y volvió a la sala de espera para comunicárselo a los amigos.

Las dos chicas permanecían juntas en el sofá, pero el muchacho se había apoyado contra la pared y fumaba un cigarrillo.

—Se pondrá bien —dijo Olivia. La miraron los tres inexpresivos sin reflejar emoción—. Lacey, me gustaría hablar un momento contigo en mi oficina.

Lacey miró al muchacho antes de levantarse; siguió a Olivia por la puerta de la sala de espera. No dijo nada hasta que atravesaron el vestíbulo y entraron en la oficina.

—Siéntate —ofreció Olivia e indicó una silla frente al escritorio.

Se sentó, un poco impresionada por el olor a alcohol y tabaco que había llevado consigo Lacey a la habitación.

Lacey miró a Olivia a través de los ojos entrecerrados desde el lado opuesto del escritorio. Al perder los largos rizos rojos se había convertido en una joven más áspera, de aspecto más arrogante.

—¿Cómo es que me conoce? —preguntó.

—Me acuerdo muy bien de ti —dijo Olivia—. Fue una noche terrible y no se borra de mi memoria. —En aquel momento lo ignoraba, pero ahora sabía que Lacey había estado con su madre en el momento en que le habían disparado—. Lacey, debió de ser muy difícil para ti esa noche. Sin duda te traerá recuerdos espantosos.

Lacey se encogió de hombros.

—No es para tanto.

—Tu amigo podría haber tenido problemas graves —dijo Olivia—, no sólo de salud sino también con la policía. Quizá te hayas vinculado a personas que no te convienen. Tú misma podrías haber estado en el lugar de tu amigo.

—Maldito si pudiera. No se me ocurriría tragarme tal cosa. No lo conocíamos. Es un amigo de Bobby de Richmond. Trajo el *crack* pero fue el único que lo tomó.

—Me alegro de oírlo —aseguró Olivia. Sobre el escritorio estaba la carpeta azul que le había llevado Alec y la doctora la rozó con los dedos antes de volver a hablar—. ¿Cómo habéis venido al Servicio de Urgencias?

—Con Bobby.

—Bien, creo que Bobby ha bebido demasiado como para llevarte a casa. ¿Por qué no llamas a tu padre y le pides que venga a buscarte?

—¡No! —De repente, la cara de Lacey perdió su máscara de rudeza. Se le llenaron los ojos de lágrimas—. Por favor, no.

Olivia contempló la carpeta. Le tentaba la idea de llamar a Alec, pero el padre no se alegraría de saber que Lacey hubiera caído en semejante situación y era obvio que la chica estaba aterrada de que pudiera enterarse de lo sucedido esa noche.

—¿Y tu hermano? —preguntó Olivia.

Lacey negó con la cabeza y bajó la vista.

—Bueno, hablemos con tus amigos y veamos si hay modo de que llegues a casa sana y salva.

Olivia se puso de pie y Lacey salió de la oficina; era evidente que la aliviaba haber concluido la conversación. Olivia la contempló un instante; luego siguió tras ella preguntándose si existiría en el mundo un ser más frágil que una muchacha de catorce años.

Capítulo 27

Paul había olvidado lo que era el verano en Washington. Eran sólo las siete de la mañana; se encaminaba hacia el Rock Creek Park y su camiseta ya tenía manchas de sudor en espalda y pecho. Había recorrido el mismo camino con Olivia varias veces a la semana y aún sentía la presencia de la mujer en ese lugar. Allí estaba el ancho roble de grueso tronco que Olivia había declarado de su propiedad; jamás dejaba de admirarlo, por más veces que pasara bajo sus ramas. Allí, en la hierba a un lado del sendero, Olivia había encontrado un huevo de petirrojo intacto. Lo había envuelto en papel de seda y había pedido a Paul que trepara al árbol para devolverlo al nido. Era imposible recorrer ese sendero sin recordar a Olivia.

Las ramas de los árboles pendían bajas sobre la tierra por el peso de las hojas y alrededor de Paul, hasta donde alcanzaba su mirada, todo era verde. A pesar del calor, ese color lo serenaba. Eso era lo que echaba de menos en Outer Banks, el verdor y la lozanía; la arena, el agua y el cielo azul no eran suficientes.

El trabajo que tenía que hacer allí esa semana era insoportablemente aburrido, no tenía nada que ver con el tipo de tarea que acostumbraba a realizar. Ya había decidido rechazar el próximo ofrecimiento de un trabajo similar, aunque en un periódico como la *Gazette* no tenía demasiadas alternativas. Echaba en falta el *Post*. Echaba de menos todo lo que no tenía en ese mismo momento.

Llegó al final del sendero y cruzó la calle hacia la cafetería que solía frecuentar con Olivia. Entró y olió el aroma a cebolla, ajo y canela. ¡Qué intenso era y cuán profundamente consolador!

Era temprano y en el pequeño local había sólo otros dos parroquianos sentados a una mesita cerca del fondo.

—¡Señor Simon!

Paul sonrió al reconocer a Joe, el propietario calvo y de cara redonda que se atareaba tras el mostrador. Joe conocía el apellido de Olivia desde hacía muchos años y daba por sentado que Paul, siendo el marido, tendría el mismo. Ni Olivia ni él se habían molestado en rectificarlo.

—¡Hacía meses que no lo veía! —rió Joe entre dientes.

—¿Cómo anda, Joe? —preguntó Paul acercándose al mostrador—. Olivia y yo nos hemos trasladado a Carolina del Norte, a Outer Banks.

—Ah —exclamó Joe—. Es hermoso aquello. Se disfruta el clima, ¿no es cierto?

—Pues sí.

—Tome asiento. —Joe indicó una mesa—. ¿Quiere un plato de salmón con cebollas y crema de queso?

—¡Vaya memoria!

—Algunas personas le quedan a uno en la memoria, ¿me entiende? —Apoyó una taza de café sobre el mostrador y Paul la llevó a la mesa más cercana.

—¿Y cómo está la doctora Simon? —preguntó Joe mientras preparaba la comida de Paul—. Espero que todavía trabaje como médico.

—Sí, trabaja en un Servicio de Urgencias. He venido solo, por razones de trabajo.

En algún momento tendría que encontrar el modo de decir que estaban separados. Imaginaba la reacción de Joe. Casi veía el dolor y la desilusión en los ojos del hombre.

—Le gustaban la canela y las pasas, ¿no es cierto?

—Eso es.

Joe movió la cabeza mientras llevaba el plato a la mesa de Paul.

—Dele mis recuerdos —dijo, y apoyó el plato junto a la taza de café.

Se enjugó las manos en el delantal, buscó algo en el bolsillo posterior y sacó la billetera. Antes de sentarse a la mesa frente a Paul, echó un vistazo a la puerta.

—Déjeme mostrarle algo —dijo.

Sacó una foto de la cartera y la apoyó en la mesa delante de Paul. En la foto sonreía una niña de cabello oscuro de unos cinco años de edad.

—¿Sabe quién es?

—¿Una de sus nietas?

—Claro. Lindsay. No estaría viva si no hubiese sido gracias a su esposa.

—Oh. —Paul levantó la fotografía y la acercó para ver mejor a la niña—. Lo había olvidado.

—Fue una coincidencia fantástica, ¿no? Cuando el busca empezó a sonar como hacía tan a menudo, usted y la doctora Simon estaban sentados aquí mismo, ¿cierto?, y la doctora salió disparada como de costumbre; no le importó no haber terminado su plato, y nosotros nos quedamos comentando que era una lástima que tuviera que salir corriendo de ese modo. ¿Recuerda?

Paul asintió.

—Resultó que la llamaban para ocuparse de la pequeña Lindsay, que estaba siendo atendida en la sala de urgencias.

Paul recordó aquella mañana y también la siguiente, cuando toda la familia de Joe apareció en el pequeño restaurante para conocer a Olivia; la comida corrió a cuenta de la casa. Paul se había sentido orgulloso de ser el marido.

—Casi se ahogó en la bañera —dijo Joe. Se le humedecieron los ojos—. El tipo de la ambulancia dijo que cuando llegó su esposa, la chica estaba prácticamente muerta. —Joe dio unos golpecitos a la foto—. Llévelo esto a la doctora Simon. Muéstrole el buen trabajo que hizo aquella mañana.

Paul tragó con dificultad.

—De acuerdo —dijo. Sacó su cartera y guardó la fotografía—. Gracias, Joe. Le encantará verla.

De pronto llegaron clientes y Joe volvió a su puesto tras el mostrador. Paul envolvió la comida en la servilleta. Tenía un nudo en la garganta. No podía comer. Saludó con la mano a Joe y salió; el aire lo abofeteó en la cara como un trapo caliente y húmedo mientras cruzaba rápidamente la calle y penetraba otra vez en Rock Creek Park. Ya había decidido en qué lugar exacto terminaría aquel desayuno: en la fresca hierba verde bajo el roble preferido de Olivia.

Capítulo 28

—¿Cómo ha ido la amniocentesis? —preguntó Alec.

Olivia sostuvo el teléfono contra el oído y se volvió de costado. Se había alzado el camisón por encima de las caderas y apoyaba la mano sobre el apósito que llevaba bajo el ombligo.

—Sin problemas.

Era un alivio oír la voz de Alec, un consuelo poder hablar con alguien que supiera del hijo que esperaba. Ese día se sintió más sola que nunca desde que Paul la había abandonado. Lloró en el largo viaje hasta Chesapeake y al regreso también; se acostó temprano, a las nueve y media, como si ese solo hecho apresurara la llamada de Alec.

—Hoy ha sido fácil —agregó—. Ahora viene la espera.

—Me acordé de que irías sola. Me habría ofrecido a acompañarte, pero se me ocurrió demasiado tarde.

Olivia sonrió. ¡Era tan dulce y considerado! La voz del hombre sonaba adormilada, cálida, como el triángulo de luz lunar que trepaba por la cama, por las piernas y por la mano que descansaba sobre el vientre de Olivia. La luz de la luna bañaría también el dormitorio de Alec y tal vez se posara sobre los ojos, sobre el pecho. Imaginaba el borde de luz blanca jugueteando con los rizos suaves del torso. El otro día en Río Beach no había reparado en el cuerpo de Alec, pero ahora recordaba cada detalle.

—¿Olivia?

—¿Qué?

—Estás muy silenciosa. ¿Estás segura de que te encuentras bien?

La doctora levantó la mano que apoyaba sobre el vientre y contempló los diamantes de la sortija que atrapaban la luz de la luna.

—Es que esta noche mi cama parece más desolada.

—Oh —exclamó Alec—. ¿Sabes cómo comunicarte con Paul? Quizá debieras llamarlo.

—Últimamente me resulta mucho más fácil hablar contigo que con Paul.

—Sí, pero yo no puedo llenar el vacío de tu cama.

Olivia se crispó y volvió a acostarse de espaldas.

—¿Hacia dónde se encamina esta conversación? —preguntó.

—¿Quieres que cambiemos de tema?

—Por cierto, estos días he reflexionado mucho sobre ello. Todo comenzó cuando me comentaste que Paul pensaba que había cometido un error. Comencé a pensar en él, en estar con él, ¿sabes?, pero se marchó a la capital.

—Quizá cuando regrese...

—Tal vez. Alec, ¿cómo te...? —Buscó las palabras adecuadas—. ¿Cómo te las arreglas con el celibato?

Alec rió.

—Doctora Simon, ése es un asunto muy personal.

—Lo siento.

Alec suspiró.

—La Madre Naturaleza tiene su manera de arreglar las cosas —dijo—. Al parecer, la muerte de la esposa extingue las urgencias de la libido... al menos durante un tiempo, o por lo menos me gustaría creerlo. —Lanzó unas risitas—. En realidad, estoy seguro de que es así. Supongo que cuando te separas es diferente, ¿verdad?

—Sí —respondió la mujer.

—¿Todavía recibes masajes?

—No es lo mismo —gruñó Olivia.

Alec guardó silencio unos momentos.

—¿Qué pasaría si aparecieras en el hotel de Paul?

—No quiero arriesgarme a sufrir una humillación.

—Estoy seguro de que aún le importas.

Casi sin darse cuenta, Olivia había posado la mano en el tibio triángulo de vello púbico. Separó un poco las piernas. Podría hacer eso. Podría escuchar la voz de Alec y...

—¡Oh, Dios! —Se sentó bruscamente y se bajó el camisón hasta las rodillas.

—¿Qué sucede?

—Alec, hablar de esto me molesta. —Acomodó la almohada en el respaldo de la cama y se sentó; tomó la carpeta azul de la mesilla de noche y la apoyó en el regazo—. Sería mejor que habláramos de la charla del faro.

A última hora, la tarde siguiente, Mike Shelley entró en la oficina de Olivia.

—¿Tienes un momento?

Mientras Mike se sentaba al escritorio frente a ella, la doctora cerró la hoja de estadística de los pacientes. Se lo veía cansado pero sonriente. Se retrepó en la silla.

—Quería comunicarte que dejaré el Servicio de Urgencias en septiembre.

—¡No!

El disgusto de Olivia era genuino. Dependía de la tranquila eficiencia que infundía Mike al trabajo como director.

—Pues sí. Mis padres viven en Florida y el año pasado tuvieron problemas de salud. Me gustaría vivir más cerca y me han ofrecido un trabajo allá. —Hizo una pausa—. Es obvio, por tanto, que mi puesto queda aquí vacante. Quería que

supieras que estás incluida en la lista de aspirantes con Jonathan y otros dos candidatos externos.

La ambición que Olivia había tratado de moderar a su incorporación en el modesto y tranquilo Servicio de Urgencias alzó otra vez la cabeza. Sonrió.

—Me honra figurar en la lista.

—Olivia, entre nosotros, eres tú a quien prefiero. Desde el punto de vista clínico, Jonathan es bueno, pero tu experiencia es más amplia y conservas la sangre fría frente a cualquier caso que entre por esa puerta, cosa fundamental en este trabajo. Sin embargo, no quiero alentar tus esperanzas. Hay que tener en cuenta que eres el miembro del personal con menos antigüedad. —Se puso de pie y suspiró—. Jonathan lo desea con desesperación —dijo; Olivia creyó percibir una advertencia en el tono del colega—. Hasta que esto concluya, puede resultar difícil trabajar con él.

Olivia sonrió.

—Vaya novedad.

En cuanto Mike salió de la oficina, Olivia descolgó el teléfono y marcó el número de Paul, pero la atendió el contestador automático. Había olvidado que estaba en Washington. Escuchó la voz grabada, la imaginó colmando el chالé vacío y rebotando contra las figuras de los trabajos de cristal de Annie.

No dejó mensaje. Prefirió llamar a Alec y se alegró cuando la invitó a cenar para celebrarlo.

—Aún no hay nada que celebrar —aclaró la doctora.

Mike le había advertido que no se hiciera demasiadas ilusiones, pero ella ya se veía ocupando el puesto.

—Claro que lo hay. —Alec parecía extrañamente alegre—. Más de lo que supones.

—¿Qué quieres decir?

—Te lo diré cuando nos veamos.

La fue a buscar a la salida y la llevó en el coche a un pequeño restaurante que Olivia no conocía. Se rodeaba de un parque de atracciones y un espacio de remolques, pero el interior era íntimo y penumbroso. Las mesas tenían velas y manteles color malva, y el camarero desplegó la servilleta de Olivia sobre su falda cuando ella se sentó. Sin duda, el ambiente era romántico.

Pidieron la comida; en evidente consideración al estado de Olivia, Alec declinó el vino. Ella lo miró a través de la mesa mientras el camarero se alejaba.

—Bueno —dijo— ¿qué motivo dices que tenemos que celebrar?

Alec se colocó la servilleta en el regazo.

—He vuelto al trabajo —anunció con una risita.

—Oh, Alec, ¿es cierto? ¿Cómo es eso?

—Fue bien hasta que empezaron a aparecer los animales.

Olivia le ofreció una sonrisa de simpatía sin darse cuenta de que estaba bromeando.

—No fue difícil —dijo—. Gracias por persuadirme. Desde ahora, trabajaré tres días a la semana.

—Tu aspecto me indica que te sienta bien —afirmó la mujer.

Desde que se habían sentado, Alec no había dejado de sonreír y a Olivia le resultó difícil recordar la apariencia desencajada que tenía cuando lo vio por primera vez en el estudio.

Se sirvieron ensaladas de la mesa donde estaban expuestas.

—Debieron de hacerte también una ecografía, ¿no es cierto? —preguntó Alec mientras volvían a la mesa.

—Sí.

—¿No hay mellizos?

Olivia se sentó.

—Sólo un diminuto e inconfundible feto —respondió—. El sexo es aún indeterminable.

—¿Qué tal resultaba ser gemela? —Alec cortó con precisión un tomate rojo—. Sin duda te sentías muy unida a tu hermano.

—Sí, de pequeños estábamos muy unidos pero no del modo que seguramente imaginas. —Bebió agua y dejó el vaso—. Yo nací primero, pero mi madre no había recibido atención médica durante el embarazo y la comadrona no esperaba mellizos. El cordón quedó enroscado en torno al cuello de Clint durante unos momentos hasta que advirtió que existía. Sufrió daños cerebrales.

—Oh, no.

—Era algo retrasado y tenía otros problemas de salud —recordó al hermano cuando era pequeño: la piel tan pálida, tan translúcida que las venas se distinguían con toda claridad en las sienes—, era pequeño para su edad y con asma, muy débil. Por lo tanto, no viví la experiencia habitual de los gemelos, sino que más bien tuve que cuidar de él.

Olivia atendía a Clint durante los ataques de asma que se producían en plena noche. A los niños que se burlaban del hermanito les cascaba. Cubría sus tareas escolares, hasta que una maestra le explicó que no podría protegerlo siempre. «Livi, tienes que cuidar de ti misma», le había dicho, y al fin Olivia había optado por hacerlo. Cuando se fue de casa, cortó de manera limpia y definitiva el vínculo con Clint. En los primeros años de matrimonio, Paul la alentó a ponerse en contacto con él pero el apoyo de Paul no bastó para que Olivia se sintiera capaz de llamarlo por teléfono o escribir una carta que hubiese introducido otra vez al hermano en su vida.

—¿Cómo murió? —preguntó Alec.

—Por problemas respiratorios y disfunción hepática. Mi madre murió unos años después de irme yo y él y Avery, mi hermano mayor, se quedaron en Pine

Barrens. Clint adoraba a Avery, pero era un tipo peligroso para depender de él.

El camarero sirvió la comida y Olivia probó un bocado de salmón: era tierno y estaba preparado a la perfección.

—¿Fue haber crecido con Clint lo que te impulsó a ser médico? —preguntó Alec.

Olivia negó con la cabeza.

—Me inicié en los estudios con el preparatorio médico. Iba a la estatal de Penn y vivía con una mujer que ejercía la medicina, hermana de... —No sabía si extenderse—. Esto es algo confuso. Era hermana de una maestra que había tenido yo en el colegio secundario con quien me fui a vivir cuando abandoné mi casa. —Tomó otro bocado de salmón y lo masticó con lentitud antes de proseguir—. Siempre me influyeron mucho las mujeres que me rodearon. Como mi madre no era un modelo digno de imitar, crecí más bien insegura de mi identidad femenina. Siendo niña, mi mayor influencia fueron mis hermanos. Cuando tenía doce años me enfrentaba con cualquiera en el patio de la escuela. —Olivia sonrió—. Sin embargo, al llegar a la adolescencia, comprendí que no era el comportamiento de una muchacha; comencé pues a observar a mi maestra en busca de otras pautas de conducta y empecé a emularla hasta que se convirtió en mi modo de vida. En la época del ingreso a la universidad, viví con su hermana, y entonces la imité a ella. Por esa razón la medicina se convirtió en algo tan atractivo para mí.

—Menos mal que no era basurera.

Olivia rió.

Durante unos momentos continuaron comiendo en íntimo silencio; entonces Alec comenzó a hablar de Lacey y de Clay. Olivia recordó la grosera apariencia de Lacey unas noches antes en el Servicio de Urgencias. Alec no podía controlar a la niña.

—¿Tienen abuelos? —preguntó de pronto la doctora; se le ocurrió pensar que pudiera recibir ayuda de la familia—. ¿Viven tus padres?

—No. Murieron hace tiempo, antes de que nacieran los chicos.

—¿Y por parte de Annie?

Alec dejó escapar una exclamación de disgusto.

—Ni siquiera los conocen —dijo con amargura.

—Mala suerte.

Alec dejó el tenedor.

—Los padres de Annie tenían organizada su vida, había que seguir la pauta: escuelas privadas y el baile de presentación. Elegirían al muchacho con quien fueran a casarla y no aceptarían a ningún otro. Cuando se casó conmigo cortaron las relaciones con Annie no sólo en el aspecto financiero sino también afectivo. —Alec volvió a coger el tenedor y lo sostuvo sobre el plato—. Intenté establecer contacto con ellos. Los llamé varias veces pero nunca respondieron. Les escribí

con el remite del hospital veterinario para que no se enterara ella, pero jamás llegó una palabra de su parte. Por fin —Alec sonrió al recordar— se me ocurrió un plan.

—¿En qué consistía?

Alec se inclinó hacia delante.

—Fue hace unos cinco años, en pleno período depresivo de Annie. Siempre supuse que esos estados de ánimo estaban relacionados con la nostalgia por la familia, de modo que fui a Boston pertrechado con fotografías de Annie y de los niños y concerté una cita con la consulta de cardiología del padre de Annie.

—¿Una consulta médica?

Alec rió.

—Muy astuto, ¿verdad? Tendrías que haber visto la oficina, de un lujo increíble, con ostentosas reproducciones antiguas. Era nauseabundo. La enfermera me condujo al consultorio y me preguntó el motivo de la consulta. Le dije que tenía fuertes dolores en el pecho; me hizo quitar la camisa para hacerme un electrocardiograma, lo cual, por supuesto, no entraba en mis cálculos. No pensaba ver a mi suegro por primera vez estando medio desnudo.

Olivia sonrió y recordó con exactitud la apariencia de Alec sin camisa.

—Entonces, por supuesto, el electro salió perfecto. La enfermera se marchó y apareció el doctor Chase en persona.

Me preguntó cuál era mi problema y le dije: «No estoy enfermo. Soy su yerno».

—¿Qué dijo?

—Se le puso la cara púrpura y me dijo en términos contundentes que me fuera de inmediato de la oficina. Salió cerrando la puerta de golpe. Yo también me fui, pero antes de hacerlo le dejé a la enfermera el sobre con las fotografías y le pedí que se las entregara.

—¿Las recibió? ¿Obtuviste alguna respuesta?

Alec pasó el tenedor por los restos de cangrejo que había en su plato.

—La siguiente noticia que tuvimos fue que había muerto de un ataque al corazón. Un mes después, un antiguo amigo de Annie escribió para decírselo y, cuando calculé la fecha, comprendí que había sido el día posterior a mi visita.

Olivia se reclinó en la silla.

—Oh —exclamó.

—Por supuesto, jamás le conté a Annie lo sucedido. Ya estaba bastante angustiada por no haberse enterado a tiempo de asistir al funeral. Dios. —Alec movió la cabeza—. La madre tuvo el valor de aparecer en el de Annie. Habría tenido muchas cosas que decirle, pero no quise hablar con ella. Maldita perra. —Miró a Olivia—. Perdóname.

La mujer rió y Alec sonrió.

—¿Cómo es que habré vuelto al tema de Annie? Sigamos con Olivia. ¿Estás preparada para tu debut mañana como entendida del faro de Río Kiss?

—Creo que sí.

—Pasaré a buscarte a las diez.

El camarero retiró los platos y pidieron café. Olivia observó que Alec echaba dos terrones de azúcar en la taza. Sonreía ensimismado.

—Alec.

—¿Mmmm?

—Esta noche estás diferente.

—¿Sí? ¿Y eso es bueno o malo?

—Maravilloso —respondió la doctora—. Pareces feliz, aun cuando te refieras a temas tan peliagudos como los padres de Annie. Al parecer, te has sacudido la tristeza de encima. El hombre asintió.

—Me siento mejor. Cada día estoy un poco mejor que el anterior —la luz de la vela titiló en sus ojos claros—. Y te debo mucho a ti. Me has hecho hablar y desahogarme en tu hombro... o al menos en tu cocina. La culminación del proceso ha sido la vuelta al trabajo. Gracias.

Olivia sintió que las rodillas de Alec rozaban las de ella y esta vez no retrocedió.

Afuera vibraba el aire con los gritos y la música del parque de atracciones que había junto al aparcamiento. El cielo estaba iluminado con luces de colores. Alec apoyó con delicadeza la mano en la espalda de Olivia mientras se dirigían al auto y ella disfrutó de la exquisita presión de cada uno de los dedos.

Tres adolescentes se acercaban caminando; sin duda querían acortar camino por allí para llegar al parque de atracciones. Olivia reconoció a Lacey con aquellos dos amigos que habían acudido al Servicio de Urgencias.

—Papá. —Helada, Lacey se detuvo a pocos metros.

Olivia sintió que Alec se ponía rígido y apartaba rápidamente la mano de la espalda.

—Hola, Lace —dijo—, Jessica. —Alec miró al muchacho que iba entre Lacey y la amiga, y la hija miró a su vez a Olivia con expresión aterrada.

Olivia quebró el silencio.

—Me gusta tu corte de pelo, Lacey —dijo—. Te da un aspecto diferente al que tenías. —Miró con fijeza a Lacey a los ojos, como asegurándole que no le había comentado a su padre el encuentro de ambas.

—Lacey, ésta es Olivia Simon —dijo Alec, y se alejó un paso de Olivia—. ¿La recuerdas?

Lacey asintió, pero Alec no vio el gesto. Extendió la mano al muchacho.

—Soy el padre de Lacey —se presentó.

—Bobby —dijo el muchacho con aire solemne, y estrechó la mano de Alec.

—¿Adónde vais, chicos? —preguntó Alec.

—Al parque de atracciones, papá. —Lacey pasó junto al padre, y Jessica y Bobby la siguieron.

—Bueno, que os divirtáis —les gritó Alec.

Echó una mirada a Olivia y reemprendieron el camino hasta el coche, no obstante separados. Muy separados.

Entraron en el coche; Alec guardó silencio. Se volvió a mirar atrás para retroceder hacia la calle a la luz parpadeante del parque de atracciones. Los nudillos, aferrados al volante, los tenía blancos. Giró hacia Kill Devil Hills. Olivia pensó que en ese momento Alec quería desembarazarse de ella, que no le apetecía llevarla al Servicio de Urgencias y volver luego a casa.

Anduvieron cuatro manzanas en silencio; al fin, Olivia habló.

—¿Es que no quieres que Lacey te vea con ninguna mujer, o sólo con la que no fue capaz de salvar la vida de su madre?

Alec le lanzó una mirada aguda y devolvió su atención al camino. Suspiró.

—Lo siento. Mis hijos jamás me han visto con otra mujer que no fuese Annie y por eso me encuentro tan raro. No quisiera que sacaran conclusiones. Creo que lo considerarían una traición a su madre.

—Alec, somos amigos. ¿Acaso no puedes tener amigas?

El hombre pareció no oírla.

—El muchacho que iba con Lacey parecía bastante mayor que ella.

Olivia retorció la sortija de bodas.

—Quizá tu hija necesite cierta orientación.

Alec movió la cabeza.

—No. Annie jamás le impondría límites.

La doctora consideró cuidadosamente las palabras antes de hablar.

—Pero ya no está —dijo en tono suave—. La situación es diferente a la que afrontabais cuando vivía Annie. Además, no sabes lo que habría hecho ella.

Alec condujo hasta el Servicio de Urgencias.

—Bueno, pronto tendrás tu propio hijo y podrás educarlo del modo que deseas, pero Lacey no ha tenido problemas hasta ahora y no voy a cambiar yo las cosas. —Apagó el motor, salió del coche y dio la vuelta para abrir la puerta a Olivia. Cuando bajó, Alec vio que tenía los ojos húmedos. La doctora lo miró.

—Lo comprendo: te ha molestado que Lacey nos viera juntos —dijo— pero, por favor, no te descargues conmigo.

El hombre se mostró abatido.

—Lo siento —dijo, casi en un susurro; Olivia se alegró de que estuvieran bajo los focos de la calle y no pudieran tocarse.

Entró en su coche, salió con él y al mirar atrás lo vio de pie en el charco de luz, viendo cómo se iba.

Cuando llegó a casa, la esperaban cuatro mensajes en el contestador: todos ellos de una periodista de la *Gazette* y en tono de voz ansioso. Cada mensaje era más apremiante que el anterior y el último, casi amenazador: por fin aclaraba el objetivo de la llamada: «Doctora Simon, es urgente que hable con usted esta misma noche —decía la mujer—. Se trata de Annie O’Neill».

Olivia se crispó. Borró los mensajes. ¿Qué podía ser tan urgente en relación con una mujer que había muerto y de la que Olivia no tenía intención de hablar esa noche? Pero conocía bien a los periodistas. Hasta que no se comunicara con la doctora, esa mujer no se rendiría.

Resiguió el cable del teléfono hasta la pared y lo desconectó. Fue a la cocina y dejó el receptor sobre el aparador. También desenchufó el del dormitorio; sabía que de ese modo cortaba toda posibilidad de volver a hablar con Alec esa noche. Y así sería. No quería enterarse en caso de que decidiera no llamarla.

Capítulo 29

—Es la doctora que mató a mamá —dijo Lacey vertiendo leche sobre los copos de maíz.

Alec lanzó a su hija una mirada ceñuda desde el lado opuesto de la mesa.

—No —dijo en tono firme—. Es la doctora que intentó salvar la vida a tu madre.

Lacey lo miró.

—Mamá sólo tenía una mancha de sangre insignificante sobre la blusa, pero cuando esa médica le puso las manos encima, se desangró hasta morir. —A Lacey le tembló el labio inferior y Alec vio cómo se esforzaba por controlarlo.

Bajó la mirada a su tazón y revolvió los copos con la cuchara. En la raíz del cabello negro comenzaba a asomar una pequeña franja roja.

—Lace —dijo el padre—, mírame.

La muchacha lo intentó. Alzó la mirada un breve instante, pero volvió la cabeza hacia la ventana.

—Cariño —Alec le apoyó la mano en la muñeca—, nunca hemos hablado sobre lo que ocurrió aquella noche.

Lacey apartó la mano.

—Mi madre está muerta —replicó—. Ya no importa.

—Bien, yo creo que sí importa, Lacey, pues yo me hacía muchas preguntas y estoy seguro de que tú también te las formulas. Conocí a la doctora Simon hace unas semanas cuando me encontré con ella en el estudio. Tom le da clases de técnica del cristal; sostuve una larga conversación con ella y me explicó todo lo que le pasó a mamá.

Lacey, que tenía la nariz roja, lo miró.

—¿Estás saliendo con esa mujer?

—No.

—Entonces, ¿por qué estabas con ella la otra noche?

—Somos amigos.

—Le pasabas el brazo por la espalda.

Alec no supo qué decir, como aún no podía explicarse a sí mismo lo que había sucedido la noche anterior.

—Lace, la doctora está casada —replicó—. En este momento, está separada de su marido, pero seguramente se reconciliarán. Su esposo es el que escribió aquel artículo sobre mamá en *Seascape*, ¿te acuerdas?

La muchacha frunció la nariz.

—Se equivocó con mi edad.

—¿Sí?

—¿No te acuerdas? Dijo que tenía doce años. ¡Doce! —abrió los ojos—, cuando ya tenía trece y medio.

Alec sonrió ante la indignación de su hija.

—Bueno, es un error bastante común.

Lacey empezó a hundir otra vez la cuchara en el cereal. Hasta ese momento, no había probado bocado.

—Entonces, ¿de qué hablasteis tú y la doctora la otra noche?

—Del faro —Alec se reclinó en la silla—. Nos ayudará en las charlas. Tiene mucha experiencia con los medios de difusión. Hoy me acompañará a Norfolk.

Lacey volvió los ojos y se levantó para llevar el tazón al fregadero.

—¿No vas a comer? —preguntó Alec.

—No tengo apetito. —Hizo correr el agua en el tazón.

—¿Quién es Bobby? —preguntó Alec.

—Un amigo. —Siempre de espaldas al padre, la niña dejó el tazón en el lavavajillas.

—Bueno, ¿por qué no lo invitas a venir alguna vez y así lo conozco?

Lacey se volvió hacia su padre con expresión ceñuda.

—Dedícate a tu vida, papá. —Se secó las manos con un paño de cocina y salió.

Alec entró con el coche en el camino particular de la casa de Olivia y sonrió. La mujer estaba sentada en el porche delantero, vestida con un conjunto de color albaricoque pálido que parecía fuera de lugar en el entorno de la madera rústica, pero que resultaría perfecto para la entrevista. Él llevaba traje.

Salió del coche y dio la vuelta para abrirle la puerta; vio con alivio que a pesar del tenso diálogo de la noche anterior, le sonreía de buena gana.

—Estás guapa —le dijo, y se sentó al volante—, y muy elegante.

—Tú también —respondió Olivia—. Es la primera vez que te veo con corbata. Te queda bien.

Alec repasó con ella algunos datos sobre el faro mientras cruzaban el largo paso hacia el interior, y ya habían rebasado el límite con Virginia sin haber mencionado lo que había sucedido la noche pasada.

—Siento el modo en que reaccioné cuando encontramos a Lacey —dijo—. ¿Todavía estás enfadada conmigo?

—No, ya sé que te resultaba incómodo.

—Quise comunicarme contigo para disculparme, pero no contestaste al teléfono. —Había marcado varias veces el número, pero por fin, a las once, se dio por vencido.

—Desconecté el teléfono.

Alec la miró ceñudo.

—¿Para que no pudiese llamarte?

—No, Alec. —Olivia sonrió. La nariz despellejada por el sol le daba apariencia de muchacha—. Una periodista de la *Gazette* intentaba comunicarse conmigo y no deseaba hablar con ella.

—¿Qué quería?

Olivia se encogió de hombros y miró por la ventanilla; vio un granero derruido en medio de un campo verde jade.

—No tengo ni idea.

Llegaron a Norfolk después del mediodía y almorzaron en un restaurante próximo a la emisora de radio donde sería entrevistada Olivia. Ella comió un emparedado de atún y le dio un par de bocados al de Alec.

Alec la miró sonriendo.

—¿Comes mucho cuando estás nerviosa?

—Estoy comiendo por dos, ¿recuerdas? —dijo, y añadió, a la defensiva—: Y no estoy nerviosa en absoluto.

El hombre la acompañó hasta la puerta de la emisora y se sintió culpable por dejarla sola en una espera de cuarenta y cinco minutos hasta la hora concertada. Luego se fue en el coche hasta la biblioteca pública donde se reunía la Comisión de Amigos del Faro de Mid-Atlantic.

Mientras hablaba para una audiencia favorable de unas treinta personas, pensó que se había reservado el compromiso más fácil. Imposible encontrar un público mejor predispuesto: cuando terminó la charla, varios hombres y un par de mujeres firmaron cheques de cifras considerables para contribuir con fondos de ayuda al faro. Después de un breve intercambio de preguntas y respuestas, se marchó, subió al vehículo y encendió la radio; alcanzó a escuchar los últimos diez minutos de la entrevista de Olivia. Ella y el entrevistador, Robin McCain, reían: era evidente que todo había salido bien.

—Por supuesto que —decía Olivia— los caprichos de la naturaleza son sólo una pequeña parte de lo que afrontamos. Cualquier decisión que adoptemos en relación al faro puede tener consecuencias políticas, tecnológicas y hasta económicas.

Sonriendo impresionado, Alec se detuvo ante un semáforo en rojo.

—Pero al parecer, la idea de construir un muro de contención contaba con mucho apoyo —dijo Rob McCain—. Ese apoyo, ¿tenía motivos políticos?

—No más que cualquier otra solución —replicó Olivia—. El interés por salvar el faro de Río Kiss desbordaba los límites de la política, del mismo modo que la necesidad de recoger fondos es absolutamente ajena a cualquier etiqueta partidista. Hemos recibido donaciones de escolares, de abuelas, de ejecutivos y de políticos, de cualquiera que desee salvaguardar esa parte de nuestra historia.

Alec se sintió satisfecho de que utilizara el «nosotros» para referirse a la comisión, aunque por lo general se comportaba de modo posesivo con el grupo

de prosélitos que habían logrado reunir. Desde ese día, Olivia había pasado a formar parte de la misma.

De pie en la acera de la emisora, Olivia esperaba a Alec. La entrevista se había desarrollado de manera estupenda. Además de la información que le había proporcionado Alec, la doctora se había informado por su cuenta para tener una mayor confianza en sí misma.

El coche de Alec dio la vuelta a la esquina y se detuvo frente a la emisora. Olivia subió al asiento contiguo y vio que él sonreía.

—Pesqué el final del programa —le dijo, metiéndose entre el tráfico—. Has estado magnífica.

—Gracias —respondió Olivia—. He disfrutado mucho.

En el coche hacía calor. La doctora quería quitarse la chaqueta, pero esa mañana había tenido que poner alfileres a la cintura de la falda para sujetarla. Comprobó asombrada que el broche no llegaba a cerrarse. Tendría que dejarse la chaqueta puesta, por más calor que sintiera.

—Me parece que el aire acondicionado no funciona bien —dijo Alec.

La mujer abrió un poco la ventanilla y se volvió hacia el hombre.

—¿A ti qué tal te fue? —preguntó.

—Magnífico. Eran todos proclives, pero creo que de ahora en adelante deberías encargarte tú de los compromisos de difusión. —La observó—. Olivia, me engañaste. Ya no puedo creer toda esa historia de que sólo te sientes segura en el Servicio de Urgencias. Creo que naciste segura de ti misma.

La mujer sonrió.

—Cuando estaba en el curso de ingreso a la universidad, la profesora con la que fui a vivir al escaparme de casa era la coordinadora del equipo de debates.

Alec guardó silencio un instante.

—¿Te escapaste? —preguntó al fin—. Me dijiste que te habías ido, no que...

—La miró—. ¿Por qué, Olivia? ¿Por qué lo hiciste? —Lo dijo en voz muy suave, más curioso que acusador.

Olivia se mordió el labio inferior: se preguntó cómo responderle. Alec la miró otra vez con las cejas levantadas.

—No sé si contarte la versión completa —dijo Olivia.

—Me gustaría escucharla. Todavía tenemos un largo camino por delante.

La mujer contuvo el aliento y apoyó la cabeza en el respaldo.

—Bueno —dijo— me fui... me escapé de casa el día que me violaron porque tenía miedo, y ya no volví.

—Pero ¿por qué huiste de tu familia en un momento así? —Alec mantuvo la vista en la carretera, pero frunció el entrecejo.

Olivia buscaba las palabras y guardó silencio largo rato.

—¿Tienes ganas de contármelo? —Alec la miró.

—Sí.

—Entonces, inténtalo.

—Hace mucho calor —dijo; ella misma detectó el matiz infantil de su voz.

Alec elevó un punto el acondicionador y logró una prometedora corriente de aire fresco y ligero. Viajaban cruzando Chesapeake, dejando atrás establecimientos de comida rápida, y un hospital. Aquel era uno de los que había tenido en cuenta Olivia cuando decidió dejar el Hospital General de Washington, pero entonces recibió la oferta de Outer Banks.

—La casa en que crecí era un auténtico nido de ratas —comenzó con lentitud —, y muy pequeña. Tenía un solo dormitorio y lo compartía yo con mis hermanos. Mi madre dormía en el sofá de la sala... más bien se tiraba en él cuando perdía la conciencia. Mi padre murió y no volvió a casarse. Era... obesa, y solía decir que el único hombre que cabía en la cama con ella era el Jack Daniel's. —Olivia percibió que sus labios se estiraban en una sonrisa.

Miró a Alec, que permaneció con una expresión sombría, imperturbable, los ojos fijos en la circulación.

—Un día, después del colegio, volví a casa tarde. Era invierno, y recuerdo que ya estaba oscuro. Nathaniel, el chico que vivía en la casa de al lado, estaba con mis hermanos. Para empezar, yo me sentía incómoda con ese muchacho porque era inmenso. Tenía diecisiete años, uno noventa y dos de altura y pesaba ciento catorce kilos; para divertirse, disparaba a gatos y perros con una escopeta de perdigones. De todos modos, cuando entré en la habitación, se quedaron los tres callados y comprendí que tramaban algo. Traté de irme, pero Avery se paró ante la puerta; Nathaniel comenzó a dar vueltas a mi alrededor diciendo que estaba muy buena, que estaba... rellenándome... decía. Empezó a tocarme mientras giraba en torno a mí. Sólo unos pequeños toquecitos... —Olivia tocó unos segundos el hombro de Alec con la yema de los dedos—... así, pero por todos lados. Me sorprendía. No sabía en qué parte me tocaría la próxima vez. Estaba asustada. Empecé a pegarle a Avery para conseguir abrir la puerta. En otra época habría podido vencerlo, pero había cumplido los diecisiete y se había hecho fuerte, y se limitó a reír. Alguien dijo algo, no recuerdo qué, cuando comprendí que me habían hecho formar parte de algún trato. Nathaniel habría hecho o les habría dado algo y yo era la contrapartida.

—Dios mío —exclamó Alec.

El acondicionador se había vuelto perezoso otra vez. La mujer casi no podía respirar. Abrió un poco más la ventana, pero el aire caliente y ruidoso era insoportable; volvió a cerrar.

—De repente, Avery me atrapó, me sostuvo contra sí con los brazos, y Nathaniel me desgarró la blusa. —Los botones de la blusa habían aterrizado en el suelo de madera del dormitorio con un breve repiqueteo y rodado bajo las

camas y la cómoda—. Yo luchaba como enloquecida, le daba puntapiés, pero él ni siquiera lo notaba. Luego me arrancó el sostén. —Volvió la cabeza, miró por la ventana y recordó una vez más el dolor agudo de la vergüenza. Hacía poco tiempo que había comenzado a vestirse en el cuarto de baño, fuera de la vista de sus hermanos.

—Olivia —Alec movió la cabeza y giró el coche para torcer junto a la torre de agua de color azul cielo—, no es necesario que me cuentes más, no te pregunto nada.

—Quería que lo supieras —replicó la mujer. Quería contárselo todo, librarse de aquello—. Quiero que me conozcas.

Alec asintió.

—De acuerdo.

—Nathaniel comenzó a tocar mis pechos. Era algo más bien rudo y grité llamando a mi madre, pero sabía que era inútil y pedí ayuda a Clint, quien se limitó a quedarse sentado sobre la cama mirando al suelo. A continuación me di cuenta de que estaba yo en el suelo, que Avery me sostenía con la blusa hacia atrás para que no pudiera utilizar los brazos ni las manos. Todavía... me siento atrapada. Una vez Paul me sujetó los brazos cuando hacíamos el amor; no tenía intención de asustarme, pero yo me puse a gritar. —Paul había llorado cuando comprendió de qué modo había alimentado el terror de Olivia—. Pobre Paul —dijo la mujer—. No tenía la menor idea de lo que estaba haciendo.

Apoyó la sien contra el cristal tibio de la ventanilla y se removió inquieta en el asiento. Necesitaba un lavabo. Últimamente sentía la vejiga llena a cada momento.

—Entonces —prosiguió— Nathaniel me levantó la falda, me quitó las bragas y Avery me las metió en la boca para que no gritara. Sentía que me asfixiaba y era tan... humillante. Yo le pegaba a Nathaniel con todas mis fuerzas, y al fin Avery le pidió a Clint que lo ayudara a sujetarme. —La doctora se miró las manos caídas sobre el regazo y sintió que un antiguo dolor recomenzaba en lo profundo de su pecho—. Cuando lo recuerdo, siento pena por Clint —dijo.

Todavía veía la confusión en la mirada del gemelo luchando para decidir a cuál de sus hermanos debía lealtad. Un año antes no habría dudado en ayudar a Olivia, pero ahora, a los catorce, la aprobación del mayor significaba todo para Clint.

—Él también lloraba, pero se arrodilló en el suelo y me sostuvo una pierna mientras Avery me sostenía la otra.

Nathaniel se había cernido sobre la muchacha como un gigante y Olivia recordaba la escena como si hubiese ocurrido a cámara lenta: las manos carnosas que bajaban el cierre de los pantalones y se metían dentro para sacar el pene enorme y erecto como una daga. La muchacha gritó pero la prenda que tenía en la boca ahogó el ruido.

—Lo primero que sentí a continuación fue que tenía encima ciento catorce kilos, pero no pudo penetrarme. El cuerpo del muchacho arremetía sobre mi carne y su cara enrojecía de frustración. Decía que era como tratar de penetrar un muro de ladrillos y le rogué que desistiera pero no lo hizo. Yo lloraba, tenía náuseas... y no podía usar las manos. —Se llevó las manos al cuello—. Era tan pesado... Me aplastaba. Recuerdo que Clint decía: «Nat, será mejor que lo dejes», pero creo que Nathaniel ni lo oyó. Por fin —se encogió de hombros— sentí como si... me abrieran en dos. El dolor fue terrible y Nathaniel no acababa nunca. Creo que me desmayé porque cuando volví en mí estaba sola en la habitación. Tenía sangre en la falda y en las piernas y había más en el pomo de la puerta.

Alec retiró la mano derecha del volante, la acercó a la de Olivia y deslizó los dedos en la palma. El pulgar del hombre recorrió los nudillos y la mujer, agradecida, apretó los dedos en torno a los de Alec.

—Corrí hasta la casa de Ellen Davison, mi profesora de ciencias. No le conté lo sucedido, pero creo que de algún modo se enteró. Se comportó como si hubiese estado esperándome. Tenía una habitación libre con la cama preparada y todo lo demás. Me instalé allí, y ella me llevó a una escuela de otro barrio. Jamás he vuelto a ver a mi familia.

—¡Por Dios, Olivia!

—Me preocupaba Clint —dijo— pero al marcharme de casa sólo pensé en mí. En el primer año de escuela secundaria supe de la muerte de mi madre y pensé que tendría que volver para saber cómo estaba Clint, pero no fui capaz de hacerlo. Avery me provocaba pánico y... —frunció la nariz— sentí que, si volvía después del esfuerzo por alejarme de allí, quedaría atrapada otra vez, que me convertiría nuevamente en la antigua Olivia, la asustadiza. No tiene ningún sentido, pero...

—Después de lo que hizo, ¿cómo es posible que te preocupes por Clint? —la interrumpió Alec.

—En realidad, mi hermano pequeño no participó.

Alec le lanzó una mirada penetrante.

—¿Qué significa eso de que «no participó»? Te sostuvo mientras el otro te violaba.

—Pero no...

—Dijiste que sólo era algo retrasado. ¿Acaso no establecía la diferencia entre lo bueno y lo malo?

—Sí, pero... Paul solía decir que yo debería darle una oportunidad de redención, que en ese entonces era sólo un niño y...

—¡No! —Alec le oprimió la mano con fuerza—. Lo que ocurrió fue tremendo, demasiado para perdonarlo nunca.

Olivia se mordió el labio.

—Annie jamás le habría vuelto la espalda a un hermano —dijo— sin importar lo que hubiese sucedido en el pasado.

—En nombre de la caridad, Annie cometió muchas estupideces.

—Sin embargo, Clint me necesitaba. Cuando me recuperé, cuando me establecí como médico, tendría que haber intentado verlo. Sin duda, Avery no sabría cómo cuidarlo, ni siquiera mi madre. Vivíamos en una pocilga. Si hubieses visto dónde vivía, te habrías descompuesto, y yo simplemente dejé que se pudriera allí. —Retiró la mano de la de Alec y se apartó el cabello de la frente—. Hace un par de años, Ellen me escribió y me contó que había oído hablar de la muerte de Clint. Entonces se habría hecho alcohólico, como mi madre. Nadie le dijo que la bebida podía matarlo. Si lo hubiese ayudado yo, tal vez aún estuviese vivo —miró a Alec—, pero lo abandoné.

—Para sobrevivir. No tenías otra maldita alternativa.

Olivia cerró los ojos y trató de asimilar las palabras, de creerle. Suspiró.

—Necesitaría un cuarto de baño —dijo.

Bajó la visera para mirarse en el espejo y gimió al verse la cara. Tenía la nariz roja y el rímel le había corrido por las mejillas en regueros grises.

—Nos detendremos en la próxima estación de servicio —le aseguró Alec.

La esperó en el aparcamiento de la gasolinera. Limpió el parabrisas del coche y se quitó la chaqueta y la corbata antes de volver a sentarse al volante. En definitiva, el aire acondicionado no funcionaba.

No podía quitarse de la mente la imagen de los hermanos de Olivia sujetándola mientras la violaba el gigante de diecisiete años, con la diferencia de que veía a su hija sobre el suelo en lugar de Olivia. Quizá la doctora tenía razón la noche anterior cuando le dijo que tenía que controlar un poco más a Lacey. No tenía noción de adónde iba de noche ni con quién. No le brindaba más apoyo a su hija del que Olivia había recibido de su madre, inconsciente en el sofá.

Olivia volvió al coche con la cara limpia. El bronceado reciente había desaparecido y no se ocultaba su palidez anémica, los ojos verdes y las pestañas negras en extremado contraste con la blancura de la piel. Sin embargo, aún era bella. Quizá todavía más.

—¿Estás bien? —preguntó el hombre mientras la mujer se ajustaba el cinturón de seguridad.

Asintió. Transpiraba, con los mechones de cabello pegados a la frente.

—¿Por qué no te quitas la chaqueta?

—No puedo. La llevo sujeta a la falda.

Alec rió: fue un perverso, repentino y bienvenido alivio, pero Olivia no lo imitó.

—¿Crees que me importa? —preguntó—. Quítatela. Aquí hace demasiado calor.

Le sostuvo la chaqueta y Olivia se inclinó hacia delante para sacar los brazos de las mangas. Alec la plegó y la dejó sobre el asiento trasero.

—¿Estás mejor? —preguntó, y la mujer asintió.

Arrancó y permanecieron en silencio; pasaron algunos minutos y percibió que la doctora estaba llorando en sollozos casi inaudibles con la cara vuelta hacia la ventanilla. Condujo el coche al arcén y paró el motor.

—Olivia.

Desabrochó el cinturón de Olivia y la atrajo a sus brazos. La mujer se aferró a él un instante y Alec sintió la humedad de la piel bajo la delgada blusa blanca.

—Lo siento —dijo Olivia cuando al fin pudo hablar.

Se había alejado un poco de Alec, con el rostro hacia abajo: la frente rozaba los labios del hombre. Cerró los ojos y dejó los labios posados allí, sobre la seda tibia del cabello.

—Hacía tiempo que no hablaba de esto —dijo—, ya ni siquiera lo recordaba. —Lo miró: las lágrimas brillaban en las oscuras pestañas—. Te agradezco que me digas que no habría podido hacer nada por Clint. Siempre creí que tendría que haberme sobrepuesto de alguna manera a lo ocurrido, hacer a un lado el pasado y ayudarlo, pero...

—Pero sabías que no podías ayudarlo y cuidar de ti al mismo tiempo.

Olivia asintió.

—Dios, tuve suerte de que me violaran. Me sacó de allí.

—No —replicó el hombre—. No fuiste afortunada. Habrías encontrado otro modo de salir.

—No lo sé. —Se apartó, se acomodó en el asiento y cerró los ojos—. Aquello me ayudó a salir de la situación, pero me costó tanto... —Abrió los ojos y miró a través de la ventana a la lejanía—. Cobré terror a los hombres y al sexo y me sentí más despreciable que antes.

Alec contempló los ángulos nítidos del perfil de Olivia.

—Pero pudiste superarlo, ¿no es cierto?

La mujer asintió.

—Paul me ayudó. Tuvo una paciencia increíble.

Olivia sonrió y aún permanecía en su mirada la expresión soñadora.

—Estaba nerviosa —dijo—. Se me metió en la cabeza que no me había recuperado del todo, que no podría permitir que nadie me tocara o intentara hacerme el amor porque no sabía cuál sería mi reacción física o emocional. Paul fue la primera persona que conocí en quien pude confiar y que me comprendiera. Tenía muchos deseos de hacer el amor, pero aun así nos costó cuatro o cinco noches... Paul me penetraba unos milímetros cada vez, pero yo

me paralizaba —se sonrojó; sobre las mejillas blancas se formaron unas sombras rojas y lo miró—. ¿Te sientes incómodo oyéndome hablar de esto?

—No. —El susurro de Alec fue más tenue de lo que él supuso—. Me gusta escucharte y necesito recordar a Paul, porque a veces, cuando estoy contigo, olvido su existencia.

Antes de continuar, Olivia sostuvo la mirada de Alec unos instantes.

—Escribía poemas —contó—. Cada día aparecía con uno nuevo inspirado en nuestros progresos. Algunos eran dulces y conmovedores, y otros metafóricos: un cazador con lanza que se cierne sobre la presa... —Rió—. Por fin lo hicimos. Yo tenía veintisiete años y fue mi primer orgasmo: no tenía idea de que pudiera ser tan... poderoso.

—¿Tuviste un orgasmo la primera vez que hiciste el amor? —Comprendió que la pregunta carecía de tacto en el momento en que se le escapó, pero Olivia no pareció molesta.

—Sí —respondió—. Me resulta fácil, no puedo impedirlo. —Eres afortunada; Annie... —Alec vaciló; descubrió que no podía hablar del tema con tanta facilidad como Olivia—. A Annie siempre le fue difícil —prosiguió— y después de un tiempo comprendí que a ella no le importaba. El sexo no significaba mucho, sólo necesitaba sentirse en intimidad y querida. Decía que la intimidad era el remedio que necesitaba para sentirse bien y que el sexo era sólo una cuestión secundaria.

Olivia frunció el entrecejo.

—Durante el tiempo que estuvisteis casados, ¿tuviste que dejar de lado tus apetencias sexuales?

—No, te olvidas de que estaba casado con la mujer más generosa del mundo. Nunca me quedé con ganas. —Sintió un repentino aguijón de culpa por hablar de Annie con tanta candidez—. ¡Uf! —esbozó una sonrisa forzada—. No puedo creer que sostengamos esta conversación.

Olivia le devolvió la sonrisa. Estiró los brazos frente a sí y suspiró.

—¿Y qué hay de la cena? —preguntó—. Estoy hambrienta y me gustaría disfrutar del aire acondicionado.

Se detuvieron a cenar y prefirieron abordar un tema más inofensivo: el faro y sus respectivos compromisos. De nuevo en camino, Olivia se durmió con la cabeza apoyada entre el asiento trasero y la ventanilla. Alec la despertó cuando cruzaban el puente hacia Kitty Hawk. El crepúsculo era demasiado bello para perderselo: el cielo los rodeó, todo púrpura y oro. Bajaron las ventanillas del coche para que se llenara del aire húmedo y el aroma del mar. Olivia soltó el cinturón de seguridad, se volvió y se arrodilló para mirar por la ventanilla de atrás. Tenía una pequeña rotura en la media, en la parte de la pantorrilla, y la blusa se plegaba sobre el imperdible que llevaba a la cintura de una manera que

conmovió a Alec y lo indujo a estirar la mano y pasar levemente el dorso de los dedos por el cabello de Olivia.

La mujer volvió a sentarse; una vez llegaron a Kitty Hawk, Alec tomó por Croatan Highway en dirección a casa de Olivia.

—¿Te encontrarás bien esta noche? —preguntó.

—Sí. —Buscó las llaves en el bolso—. En cuanto me despertaste y aspiré una bocanada del aire de Outer Banks me sentí mejor. —Apoyó la cabeza en el asiento y lo miró—. A pesar de que sólo tengo un amigo aquí, es decir, tú, me siento como en casa.

Alec le sonrió. Luego, obedeciendo a un impulso, giró en redondo y tomó la siguiente intersección.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Olivia.

—Te llevo a otro sitio. Te has ganado el derecho a conocerlo.

—¡El faro! —exclamó cuando Alec giró a la derecha en dirección hacia Río Kiss.

El camino que conducía al faro estaba oscuro y los árboles formaban un túnel gris verdoso por donde marchaba el coche. Alec entró en el aparcamiento, rodeado por arbustos de zarzamora. La noche había caído sobre Río Kiss y el reflector estaba ya encendido. Cuando bajaron del vehículo, los barrió la luz iluminando la cara blanca y maravillada de Olivia.

—Tiene un aura espectral —manifestó.

La vivienda del faro estaba a oscuras y no vieron a nadie mientras cruzaban el campo de avena silvestre; Olivia estiraba el cuello para ver la luz.

—Es más alto de lo que suponía.

Alec seleccionó una llave del llavero.

—No debería tenerlas —dijo—. Mary Poor se las entregó a Annie hace tiempo. —Abrió la puerta, entró en el vestíbulo oscuro y tanteó la pared buscando el interruptor de la luz.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Olivia cuando la luz inundó el vestíbulo e iluminó la escalera circular. Dio unos pasos y miró hacia arriba—. ¡Doscientos setenta escalones!

—Por cierto, subirás con más facilidad si te quitas los zapatos de tacón alto. —Esperó a que Olivia se quitara los zapatos y comenzó a subir—. No sufres de vértigo, ¿no es verdad? —La voz rebotó contra las paredes curvas de ladrillos blancos.

Olivia miró hacia los fantásticos círculos de los escalones iluminados encima de ella.

—Supongo que ya lo descubriré —respondió.

Se detuvieron en el tercer rellano para que ella recuperara el aliento. Desde la ventana angosta veían el contorno de la casa del faro dormida en la noche.

La curva de la escalera se hacía más estrecha y Alec oyó la respiración de Olivia junto a la propia.

—Ya casi estamos —dijo.

Llegaron al angosto descanso, Alec abrió la puerta de la galería y retrocedió para dejar paso a Olivia.

—¡Es extraordinario! —exclamó; una brisa tibia les acarició las caras. Miró hacia arriba—. Mira qué cerca estamos de las estrellas. ¡Oh!

Las lentes encima de ellos lanzaron destellos; la mujer se sobresaltó y Alec rió.

Alec apoyó los codos en la barandilla y contempló el océano. La luna iluminaba el agua y las olas semejaban centelleantes bandas de plata corriendo hacia la orilla.

—Una vez me encerré aquí con Annie durante toda la noche —dijo Alec—. Tiré la llave de la puerta por la barandilla.

—¿Lo hiciste adrede?

—Sí. —Parecía increíble que alguna vez hubiese tenido una idea divertida y espontánea—. Hasta la mañana siguiente, cuando llegó Mary Poor, no pudimos salir.

Sonrió al recordar y de pronto se sintió cerca de Annie. Si Olivia no hubiese estado allí, habría hablado con su esposa.

Olivia se apoyó en la barandilla junto al hombre.

—Gracias por traerme —dijo—. Sé que consideras el faro exclusiva tuya y de Annie.

Alec asintió; confirmó la veracidad de la afirmación.

—Eres bienvenida.

Contemplaron largo rato las luces de los barcos que surcaban el horizonte. Alec llenó otra vez los pulmones de aire salado.

—¿Estás dispuesta a bajar? —preguntó.

Olivia asintió y se acercó a la puerta de la galería, pero algo en el suelo captó la atención de Alec.

—Espera un instante —dijo.

Caminó hasta la parte del balcón que miraba al estrecho y se aferró a la barandilla de hierro observando en la oscuridad entre la casa del faro y el bosque. El rayo de luz dibujó un sendero entre Alec y el suelo y en esa luz blanca vio una excavadora que esperaba junto a dos heridas recientes de la tierra.

Acompañó a Olivia hasta la puerta de su casa. Extendió un brazo y la mujer se refugió en el abrazo. La besó con suavidad en las sienes.

—Gracias por tu ayuda —dijo.

Olivia retrocedió un paso y sonrió.

—Gracias por la tuya. Es más de la que te he dado yo a ti. —Olivia abrió la puerta y se volvió a mirarlo otra vez—. Alec, esta noche no tendrías que llamarme.

—¿Quieres decir que ya has tenido suficiente?

—No —la mujer dudó un instante—, es que hoy me he sentido demasiado cerca de ti y no sé si es bueno o malo.

El corazón de Alec dio un vuelco y se acordó de Annie: «¿Esperarás un año?». Asintió.

—En ese caso, te llamaré mañana.

Cuando llegó a casa, estaba vacía. Calentó una ración de *pizza* en el microondas y se sentó a la mesa de la cocina para comerla con la edición de la *Beach Gazette* desplegada frente a él. Allí, en la esquina superior derecha de la primera plana, había una foto de Annie. Alec dejó la *pizza* y levantó el periódico. El titular resaltaba en enormes letras negras: «El Servicio de Urgencias de Kill Devil Hills, acusado de encubrimiento de la muerte de Annie O’Neill». Leyó el artículo dos veces y contrajo las manos. Cogió las llaves del coche y salió a la carrera de la casa.

Capítulo 30

Aliviada, Olivia se quitó el traje y las medias y se metió en la ducha; se refregó para quitarse los resabios dolorosos del día. Se puso la bata, se preparó una taza de té y se sentó a la mesa de la cocina con las piezas de cristal que había cortado la semana anterior en el estudio. Cuando llamaron a la puerta, estaba cubriendo los bordes con alambre de cobre. Levantó la mirada, alarmada por lo iracundo del ruido.

Dejó la pieza que estaba trabajando y fue a la sala. La habitación estaba a oscuras; sólo llegaba de la cocina un pequeño charco de luz. Caminó despacio hasta la ventana que había al lado de la puerta, espió afuera y vio a Alec de pie a la luz del porche. Llevaba unos pantalones cortos blancos y una camiseta azul marino y ya alzaba el puño para volver a llamar.

Se ajustó el cinturón de la bata y abrió la puerta.

—Alec.

Alec entró en la sala y arrojó frente a Olivia un ejemplar de la *Gazette*.

—¿Has visto esto? —preguntó.

Estaba enfadado y la mujer retrocedió asustada por el brillo desconocido de los ojos de Alec.

Alec recogió el periódico, lo alzó para que le diera la luz de la cocina y leyó el titular: «El Servicio de Urgencias de Kill Devil Hills, acusado de encubrimiento de la muerte de Annie O’Neill».

Lo miró ceñuda.

—¿Encubrimiento? —exclamó—. No tengo idea a qué se refieren, Alec.

Le arrancó el periódico de las manos.

—Cuando me contaste lo que ocurrió con Annie en el Servicio de Urgencias, olvidaste algunos detalles. —Habló con una calma controlada, aunque Olivia detectó el enfado de su tono.

La doctora se envolvió mejor en la bata; recordó los mensajes que le habían dejado la noche pasada en el contestador. Aquella mujer seguramente sí que sabía a qué se referían los titulares. Ciertamente que no había habido «encubrimiento» en el caso de Annie, pero todos sabían que era preferible no comentar el asunto a los medios de comunicación. Algunos miembros del personal habían considerado absurdo el intento de Olivia de salvar la vida de Annie. Si cualquiera otra persona que no fuese Olivia le hubiera relatado los hechos, Alec, de suficientes conocimientos médicos, habría llegado a una conclusión parecida.

En ese momento tenía la misma mirada acusadora que en el retrato del estudio de Annie y Olivia deseó provocar otra vez la sonrisa. Estaba a punto de

perder algo precioso: la amistad de Alec, su confianza.

—¿Te lo leo? —preguntó, y comenzó a hacerlo sin esperar respuesta—.

«Olivia Simon, una doctora del Servicio de Urgencias de Kill Devil Hills y aspirante al cargo de director médico, está involucrada en el encubrimiento de la muerte de una de las ciudadanas más queridas de Outer Banks, Annie Chase O’Neill, según afirma el doctor Jonathan Cramer, que ejerce también en el citado servicio y es aspirante al mismo cargo. “La doctora Simon cometió graves errores de apreciación, —afirmó ayer Cramer—. A menudo actúa como si el Servicio de Urgencias le perteneciera.” En particular, citó el caso O’Neill. La primavera pasada, la señora O’Neill había sido atendida de un disparo de que había sido víctima mientras trabajaba como voluntaria en el centro de Mujeres Maltratadas de Manteo. Cramer manifestó que: “En ese tipo de casos, el procedimiento habitual consiste en estabilizar al paciente y enviarlo en helicóptero al Emerson Memorial, donde tienen recursos para atender traumatismos graves. Aquí no tenemos suficientes elementos. Yo consideré que debíamos preparar a la paciente para el traslado, pero la doctora Simon insistió en que la atendiéramos en el Servicio de Urgencias. Annie O’Neill no contó con otra posibilidad”.»

—¡Oh, Alec, eso es una locura! —dijo Olivia, pero Alec continuó leyendo y comprendió que aquel artículo era suficiente para eliminar cualquier posibilidad al puesto de directora.

«La doctora Simon trabajó en la sala de urgencias del Hospital General de Washington, en el distrito de Columbia, durante diez años antes de llegar aquí. “Está habituada a contar con recursos avanzados, —afirmó Cramer—. No comprende las limitaciones de un modesto lugar como éste.”

»Michael Shelley, actual director del Servicio de Urgencias gratuito, negó cualquier acusación de encubrimiento y dijo que el caso escapaba a toda consideración. No pudimos comunicarnos con la doctora Simon para que hiciera algún comentario al respecto.»

—Porque —dijo Alec en tono sarcástico— como todos sabemos, la doctora Simon desconectó el teléfono. —Dejó caer el periódico sobre la mesita de café y la miró—. ¿Por qué no me dijiste que hubo discrepancias en el caso de Annie? —preguntó—. ¿Por qué me ocultaste los hechos?

Abatida, Olivia se dejó caer en la silla más próxima y lo miró. Estaba de pie en el centro de la habitación y le daba la luz de la cocina, como a un actor iluminado por un reflector teatral.

—Alec —Olivia movió la cabeza—, no hubo ningún encubrimiento. No te comenté que hubiera habido dudas con respecto al tratamiento de Annie porque en mi mente no las hubo. Jonathan Cramer me detesta y tiene miedo de que me nombren directora. Está buscando una manera de perjudicarme.

—En este mismo momento me importa un bledo lo que pueda hacerte a ti —dijo—. Quiero saber qué le pasó a mi esposa.

—Yo te expliqué todo lo que suce...

—Lo dijiste como si hubiera habido una única posibilidad.

—Estoy segura de que fue así.

Alec caminó fuera del charco de luz, luego volvió a él.

—Me parece una locura que sólo un médico realice una operación de corazón, cuente o no con los instrumentos necesarios. Intenté desechar la idea, pero este artículo... —Movié la cabeza y se volvió—. ¿Por qué no la enviaste al Emerson?

«Ahora, la vida de la mujer está en tus manos.»

—Estaba segura de que no habría podido soportarlo...

Alec señaló con un gesto el periódico que había sobre la mesita.

—Evidentemente, según ese tipo, habría tenido más posibilidades si la hubieran trasladado y él trabaja en el servicio desde hace más tiempo que tú. ¿Se te ocurrió pensar que tal vez estuviera en lo cierto?

—La cirugía era...

—Olivia, no se hace cirugía en un lugar como ése. No es necesario ser un graduado de Rhodes para entenderlo. Hay que colocar la sonda, una dosis de intravenosa y proceder al traslado lo más rápido posible. —Se detuvo frente a Olivia y el tono de su voz hirió los oídos de la doctora—. Si la hubieras enviado al Emerson tal vez habría tenido una posibilidad, quizás estaría viva todavía.

Las lágrimas rodaron por las mejillas de Olivia. Miró a Alec.

—Jonathan estaba asustado —dijo—. Nunca había visto una herida semejante y no sabía qué hacer. Piénsalo, Alec, ¡por favor!, tenía dos agujeros en el corazón y Jonathan no ha mencionado el hecho. ¿Cómo estabilizar a una persona con dos agujeros en el corazón? No tenía más alternativa que operarla. Habría muerto en el helicóptero. No tengo la más mínima duda al respecto. Perdía muchísima sangre.

Olivia hizo una pausa. La respiración de Alec era pesada y aún tenía los ojos entrecerrados, la expresión furiosa, pero la escuchaba.

—Cuando dije que había que operarla, Jonathan se desentendió. Me dejó sola para atenderla. Supe que corría riesgo cuando decidí operar, en especial porque tuve que hacerlo sola. Quizá fue una locura por mi parte intentarlo. Sabía que

tanto desde el punto de vista legal como médico, caminaba al borde del precipicio, pero bajo el punto de vista ético, no. —Apartó el cabello de la mejilla húmeda con la mano—. Trasladar la responsabilidad a manos de otra persona habría sido el camino más fácil, pero en ese caso habría muerto. Hice lo que consideré correcto y si hubiese podido cerrar de alguna manera el otro agujero en el corazón, podría haberla salvado. —Le tembló la mano; volvió a sentir el mismo calor en los dedos. Miró otra vez a Alec—. Ha sido lo más difícil que he tenido que hacer en mi vida.

El pecho de Alec se agitaba desacompañadamente, pero mientras Olivia hablaba, la mirada se había suavizado. La cogió por los hombros y la acercó a él, la atrajo en silencio al círculo de luz, entre sus brazos.

—Alec, no sabes lo duro que fue —murmuró contra el pecho del hombre—. No puedes imaginarlo.

—Lo siento. —La besó en la coronilla—. De verdad que lo siento, Olivia. Es que leí el artículo y... perdí la razón. Creía que me habrías mentido, que me habrías ocultado algo. —Suspiró—. Al parecer, aún necesito un culpable.

La doctora apartó la cabeza y lo miró de hito en hito.

—Alec, por favor, habla con Mike Shelley y con las enfermeras que estuvieron de guardia esa noche. Necesito que me creas.

—Sí —afirmó—. Te creo. —Apretó otra vez la cabeza de Olivia contra el hombro y la sostuvo así durante un momento. La mujer cerró los ojos y poco a poco percibió la profundidad y el ritmo de la respiración de Alec. El hombre se apartó un poco, le echó la cabeza hacia atrás para besarle las sienes, los ojos, las mejillas húmedas, y Olivia alzó aún más la cara para recibir el beso en los labios.

El enfado se había esfumado cediendo paso a la pasión. Alec deslizó las manos entre los dos, deshizo el nudo del cinturón de la bata y la abrió unos milímetros. Retrocedió y le acarició los pechos con el dorso de los dedos.

—Qué hermoso —dijo, y recorrió el contorno de la cadena de oro con la yema de un dedo.

Se quitó la camiseta y abrió más la bata hasta que el satén resbaló sobre los pechos y la luz blanca que venía de la cocina iluminó a Olivia. El cuerpo de la mujer lo anhelaba. Alec alzó sus manos a los pechos y la mujer se arqueó hacia delante al encuentro con el roce suave de sus dedos.

Le quitó la bata de los hombros y la dejó caer al piso en un montón blando a sus pies. Olivia se sintió líquida, fluida. Llevó la mano a la parte delantera de los pantalones y apoyó con cautela el dorso de los dedos sobre la inequívoca dureza de la erección a través de la tela.

—¡Sí! —exclamó el hombre, exhalando su aliento tibio en el oído de la mujer — ¡Por favor!

Olivia movió la mano y sintió que todo el cuerpo de Alec se estremecía y se apretaba contra la palma de ella. Alec retiró las manos de los pechos y la mujer

apartó un poco las piernas deseando que la tocara, anhelándolo, pero la mano de Alec se paralizó en la curva del vientre: en ese momento todo pareció enfriarse en él. La mujer oprimió la mano sobre el cuerpo de Alec, pero él se apartó, entrelazó sus dedos con los de Olivia, los levantó y los sostuvo bajo su barbilla. La luz de la cocina brilló en la sortija de oro. La miró de frente.

—Olivia, ¿qué estamos haciendo? —Movi6 la cabeza—. Eres una mujer casada y yo me siento aún como un hombre casado. Tu marido es mi amigo. Esperas un hijo de él.

Se inclin6 a levantarle la bata y el cabello roz6 el muslo de Olivia. Pas6 la prenda por los brazos de la mujer, la subi6 por los hombros, la cerr6 sobre los pechos y ajust6 el cintur6n. Olivia se sonroj6 al pensar que había sido Alec quien se detuviera y no ella, que lo deseaba.

Cruz6 los brazos sobre el pecho; Alec la mir6 a los ojos con expresi6n nuevamente seria, como la primera vez que se habían visto.

—Quizá sea mejor que no nos veamos durante un tiempo —dijo—. Ha sido un día demasiado intenso. Era distinto cuando pensé que éramos amigos, pero los amigos no hacen lo que acabamos de hacer y... tú eres tan vulnerable como yo. Trabajo con tu marido... —La mir6, exasperado—. Olivia, di algo.

La mujer mir6 al suelo con los brazos apretados alrededor. «Mi marido hizo el amor con tu mujer.» Las palabras querían escapar. Quiso que Alec comprendiera por qué aquella noche en el Servicio de Urgencias había sido tan dura para ella y compartir con él ese dolor.

—Está bien —dijo, y alz6 la cabeza pero fue incapaz de mirarlo; se inclin6 para recoger la camiseta de Alec.

El hombre se visti6.

—Será mejor que me vaya —dijo.

La doctora lo sigui6 hasta la puerta sintiendo las piernas temblorosas y un enorme y profundo vacío en el pecho. La cabeza le daba vueltas. Pens6 que iba a descomponerse.

Alec abri6 la puerta; se volvi6, la mir6, y la luz revel6 el azul claro de sus ojos.

—Convendr6 que vayas a las reuniones de la comisi6n —dijo. Se estir6 y le apret6 cariñosamente el brazo—. Veros a Paul y a ti juntos me ayudará y quizá sea bueno para vosotros tener un interés común, ¿entiendes?

—No —dijo Olivia; la imagen de los tres juntos la crisp6—. No podría. —Mir6 hacia atr6s, a la mesita de caf6—. ¿No te llevas el peri6dico?

Alec mir6 detr6s de Olivia a las sombras de la sala y neg6 con la cabeza.

—Tíralo —dijo; con el atisbo de una sonrisa, agreg6—: puedes aprovecharlo con *Sylvie*.

Alec habría preferido que Olivia se hubiera resistido, porque consideraba que no era un deseo justo. Si no hubiera sentido la hinchazón suave pero firme del abdomen, ese recuerdo de Paul bajo la palma de la mano, habría llegado hasta el final. Y en la siguiente reunión de la comisión, no habría podido mirar a Paul a los ojos.

Manoseó los botones de la radio buscando alguna melodía que tararear y despejarse la cabeza, pero sólo había música clásica, publicidad o temas que no conocía. Cuando llegó a casa se duchó con el agua tan fría que lo hizo estremecer, pero mientras se secaba, recordaba la sensación de la mano de Olivia oprimiéndolo, acariciándolo a través de la tela de los pantalones. Quiso anular las sensaciones de su cuerpo y sus pensamientos. Rebuscó en la despensa hasta que encontró lo que quería: una botella de tequila que quedaba del verano anterior, de una de aquellas fiestas que solían dar Annie y él a base de combinados de «margaritas». Destapó la botella y bebió un sorbo. ¡Mierda! Era veneno. Haciendo un esfuerzo, bebió otro trago y se fue al dormitorio; se desvistió y se metió en la cama apretando aún la botella por el gollete.

Recordó la última fiesta. Annie había preparado pollo a la mexicana y él los margaritas. Tom Nestor había pescado una borrachera feroz y Annie lo observaba con atención; al final, le había pedido a Alec que le echara agua a la bebida. Tom era de los que cambian de personalidad cuando están ebrios. Se ponía a lloriquear y contaba sus problemas a cualquiera que estuviese dispuesto a escuchar; esa noche se lamentó de una pelea con la mujer a quien acompañaba y no cabía duda de que le echaba la culpa de todo a ella. Annie había tratado de hacerlo callar. «Tom, cuando bebes, hablas demasiado. Dices cosas que te acarrearán problemas.» Sin embargo, Tom no pudo evitarlo y siguió con sus quejas hasta la madrugada. Annie no quiso dejarlo en ese estado. Le preparó el dormitorio de invitados, pero por la mañana lo encontraron acurrucado sobre el suelo de la sala, bajo las ventanas ovaladas.

Alec permaneció inmóvil y dejó que los recuerdos vagaran a su antojo, pero el alcohol no atenuó la erección. En cambio confundió sus pensamientos y ya no pudo controlar las imágenes que aparecían en su mente: los pechos de Olivia, blancos y suaves a la luz que venía de la cocina; la fina línea como de oro líquido que parecía gotear entre ellos; el firme capullo de los pezones bajo las yemas de los dedos. Tragó otro sorbo de tequila y quiso conjurar el rostro de Annie, pero no pudo. Con un sentimiento de resignación, deslizó la mano bajo la sábana y supo que no se hundiría sino en la tibieza y el consuelo imaginarios del cuerpo de Olivia.

Tuvo un orgasmo explosivo, furioso, y un tibio arroyo de lágrimas se derramó sobre su pelo.

—Annie —murmuró—, ya no quiero seguir solo.

Cayó en un sueño profundo e inquieto. Soñó que veinte hombres levantaban del suelo el faro, lo cargaban sobre los hombros y luego lo colocaban bamboleándose y crujiendo sobre un camión. La gente gritaba y Alec sentía el latido del corazón en los oídos. Luego amarraron cuerdas y poleas al faro, y la torre alta, blanca y digna, comenzó su lento viaje hacia el interior. Alec fue el primero en oír los crujidos, en ver cómo el hormigón de las juntas se desmoronaba. Agitó los brazos para advertirlo, les gritó que se detuvieran, pero nadie podía oírlo entre los vivas de la multitud. Se desprendieron grandes trozos del faro y cayeron en cámara lenta sobre la arena. Alec se lanzó a correr hacia el faro cuando vio a Annie allí. Lo cogió del brazo y vio cómo modulaba las palabras aunque no podía oírla por el fragor del faro que se derrumbaba: «... Debemos dejarlo estar».

—¡No! —Alec se sentó en la cama. Estaba sudando. Respiraba agitado.

—Papá —Lacey lo llamaba desde la puerta del dormitorio.

La voz de la niña debió de haberlo despertado. Se pasó las manos por la cara y trató de ahuyentar la pesadilla.

—¿Qué? —respondió en voz tan baja y tensa que no estaba seguro de que su hija lo hubiera oído.

—¿Puedo entrar, por favor? —Parecía la voz de una niña.

Abriría la puerta y Alec la vería de pie allí, con los rizos rojos, a sus seis o siete años.

La cabeza de Alec palpitaba. La única luz de la habitación eran los números del reloj digital que marcaban las 2,07. Sobre el colchón, alrededor de él, había un círculo de humedad y por un momento creyó que se habría emborrachado tanto que había mojado la cama, hasta que recordó. La habitación olía a tequila, a sudor y a semen. No podía dejar que entrara Lacey.

—Papá, necesito hablar contigo, papá, por favor.

—Lacey, salgo enseguida.

Salió de la cama y buscó los pantalones cortos en la oscuridad. Se los puso y sintió que el cuarto daba vueltas. Iba a vomitar. Llegó al cuarto de baño a tiempo y vomitó dos veces; luego cayó al suelo y apoyó la espalda en la bienhechora frescura del suelo de baldosas. Descansaría unos minutos, hasta que el cuarto dejara de girar.

Después de un momento se puso de pie y comprobó las piernas y el equilibrio. Estaba bien. Se cepilló los dientes; luego encontró su camiseta. En el reloj de la mesilla de noche eran las 3,15. ¿Las 3,15? Debió de haberse desmayado. Abrió la puerta del dormitorio, pero el vestíbulo estaba en penumbras. Mientras se dirigía al dormitorio de Lacey, uno de los gatos se escabulló entre sus piernas y lo asustó. Llamó a la puerta y, al no recibir respuesta, abrió. La lámpara de cabecera estaba encendida y la niña acostada, completamente vestida, dormida sobre la cama y abrazada con fuerza a una de

las muñecas de porcelana. Despedía olor a cerveza como si se hubiese bañado en ella.

Alec sacó una manta del armario y la cubrió, arropándola en torno a los hombros. Luego se sentó al borde de la cama y la sacudió con suavidad por el brazo.

—Lacey.

Permaneció con los ojos cerrados y la respiración profunda y regular. La había hecho buena. La hija había querido hablar con su padre esa noche. Había dicho: «lo necesito», ¿verdad? Incluso lo había llamado «papá», pero Alec no había respondido.

Lacey había bebido. Ahora era innegable. Tendría que hablarle y arreglárselas para que la conversación no degenerara en una pelea. Era preferible que durmiera, le daría tiempo a pensar cómo afrontar la situación. Al día siguiente, no sería duro con la niña ni permitiría que lo dominara el enfado. Trataría de reaccionar como lo habría hecho Annie y, lo primero de todo, le diría que la quería.

Se inclinó y apartó de la frente el cabello oscuro de Lacey y vio la nítida línea de cabello rojo que asomaba. Se levantó suspirando, apagó la luz y dejó a su hija sola con la barbilla apoyada en la fría mejilla de porcelana de la muñeca.

Capítulo 31

A la mañana siguiente lo despertó una llamada de Nola.

—¿Has visto la *Gazette* de esta mañana? —preguntó.

Se dio la vuelta y miró el reloj; la botella de tequila chocó contra sus costillas y Alec hizo una mueca. Eran las nueve y media y sentía un martilleo constante en la cabeza.

—Sí, la he visto —respondió.

—Me he puesto furiosa cuando lo he visto. Me imagino lo mal que te sentirás, Alec. ¿Has pensado en llevarla a juicio?

Alec miró al cielo raso.

—Ya he hablado con Olivia Simon —dijo—. Se trata de una citación; la doctora hizo lo que creyó mejor y estoy convencido de ello. ¿Sabes quién es?

—¿Olivia Simon?

—Sí. La esposa de Paul Macelli.

—Estás bromeando. No sabía que fuera casado.

Creó percibir desilusión en el tono de Nola. Tal vez estuviera interesada en Paul.

—Están separados, pero creo que no es definitivo. —Contuvo el aliento y reunió valor esperando la reacción de Nola a lo que diría a continuación—. Ayer me acompañó a Norfolk.

Nola guardó silencio tanto tiempo que Alec creyó que habría cortado.

—¿Sí? —dijo por fin.

—Pues sí. Tiene experiencia con el público y la invité a la entrevista de radio.

Nola hizo otra pausa.

—Alec, eso podría haberlo hecho yo.

No había pensado en pedírselo a Nola. No se le habría ocurrido pasar tanto tiempo a solas con su vecina.

—Bien, el sábado es tu gran día.

—Es cierto, pero ¿qué sabe o cuánto le importa el faro a Olivia Simon? Y ahora con este escándalo de la asistencia a Annie O'Neill... es como aliarse con el enemigo, ¿no te parece?

Alec rió.

—No, Nola, tu metáfora es un tanto exagerada.

—Bueno, querido, creo que este asunto tendrá cierta repercusión. Ayer recibí varias llamadas telefónicas de gente preocupada que quiere hacer algo al respecto.

Alec suspiró.

—Nola, trata de transmitir esta idea, ¿eh? Annie ya no está con nosotros ni nos será devuelta.

Cuando Alec bajó, Clay estaba solo sentado a la mesa de la cocina. Comía melón relleno con requesón; al verlo, a Alec se le revolvió el estómago. Puso un par de rebanadas de pan en el tostador y se sirvió una taza de café negro; luego se sentó frente a su hijo.

—¿Se ha levantado Lacey?

—No. —Clay lo miró—. Tienes el aspecto de haber salido de un bidón de residuos tóxicos.

—Gracias.

Alec se frotó la barbilla con la mano. Esa mañana no se había tomado la molestia de afeitarse. Aún no se había duchado. No quería que se fuera Lacey sin haberla visto.

Clay clavó la cuchara en el melón.

—Papá, he tomado una decisión —dijo—. Este año no voy a seguir los estudios.

—¿Qué? —La tostada saltó en el tostador, pero Alec no le prestó atención.

—Me quedaré en casa. Muchos chicos hacen lo mismo.

—Tienes un promedio de notas excelente y una beca para Duke... ¿y piensas quedarte en casa y vender tablas de *surf*?

Clay miró el melón.

—Creo que me necesitas —dijo—, y Lacey también.

Alec rió.

—Lacey y tú os lleváis como el perro y el gato.

—Eso no significa que no me preocupe lo que le ocurre. Si me voy, temo encontrarla embarazada al regresar y consumiendo cocaína o algo por el estilo.

Alec se estiró por encima de la mesa y tocó el brazo de su hijo.

—Clay, ¿qué significa esto? ¿Tienes miedo de marcharte de casa?

Clay retiró el brazo.

—Sí, tengo miedo, pero no por mí.

—Irás a la universidad porque, por cierto, soy capaz de cuidar de una niña de catorce años.

Clay lo miró. Sorprendido, Alec vio que tenía los ojos llenos de lágrimas. Había visto llorar a Clay una sola vez, siendo pequeño, y la noche de la muerte de Annie.

—Solías ser el mejor padre del mundo —dijo— pero ahora no estoy seguro de que puedas cuidar de una niña de catorce años, ni de que puedas cuidar de ti mismo. —Se inclinó hacia delante apoyado en los codos—. Papá, escúchame bien —insistió—. La otra noche estuve en una fiesta y unos chicos que conozco me dijeron que venían de otra donde habían visto a Lacey ebria, destruida, y que

había entrado en un cuarto primero con uno y luego con otro. Y todo eso mientras ellos estuvieron allí.

El café comenzó a perforar el estómago de Alec. Miró a su hijo sin poder hablar.

—No sabía quiénes eran esos chicos porque si no, los habría buscado y hecho picadillo.

—Está bien —dijo Alec—, gracias por decírmelo. No obstante, éste es un problema mío, ¿de acuerdo? Ya me encargaré. El padre soy yo, no tú. —Fue a buscar la tostada y pensó en Annie. Jamás obligaría a Clay a ir a la universidad si no lo deseaba—. Clay, en relación con los estudios, la decisión es tuya, pero no te quedes por Lacey.

Puso en marcha el contestador y escuchó las llamadas de amigos y conocidos indignados por el modo en que se había tratado el caso de Annie en el Servicio de Urgencias, furiosos por un hecho que desconocían. Después se duchó y se afeitó tratando de darse ánimos; luchó sin éxito por olvidar la imagen de Lacey manoseada en un dormitorio ajeno.

La despertó al mediodía. Tenía la cara hinchada y pálida, y gimió al abrir los ojos. Alec había apagado la luz de la cabecera y había dejado las cortinas cerradas, pero incluso esa semipenumbra la hizo dar un respingo. Lentamente, se sentó y se apoyó en el respaldo; la muñeca de porcelana yacía boca abajo a su lado.

—Anoche querías hablar conmigo —dijo. Debía tener cuidado de no llamarla Annie.

—No me acuerdo —dijo con esa voz densa a la que el padre estaba habituándose. Tenía en el cuello una hilera de marcas rojas, redondas, que desaparecían bajo el escote de la camiseta.

—Creo que necesitamos conversar.

—Ahora no. No me siento bien.

—Lo que tienes es una resaca y ése es uno de los temas que tenemos que discutir. Eres demasiado joven para beber. —La chica se puso ceñuda y el padre se maldijo. ¿No iba a empezar la conversación diciendo que la quería?

—Sólo bebí una cerveza —dijo; el padre se mordió la lengua y resistió la tentación de llamarla mentirosa.

Levantó la muñeca y se la puso sobre el regazo. Los ojos castaños pintados miraban ciegos al cielo raso. Alec miró a su hija.

—Anoche estuve pensando que hace tiempo que no te digo que te quiero —dijo.

La muchacha bajó la mirada hacia la manta que le cubría las rodillas y cogió un hilo suelto del tejido. Había cometido un error de táctica al cortarse el cabello: ya no le cubría los ojos.

—Lace, te quiero mucho, y estoy preocupado por ti. Clay me contó que unos amigos te habían visto entrar en un dormitorio con dos muchachos distintos la misma noche.

El rostro de la niña se encendió. La expresión de los ojos era de alarma, pero forzó una risa.

—Deben de haberme confundido con otra.

—Lace, eres una chica inteligente, pero creo que la bebida te anula el entendimiento y terminas por hacer cosas que no harías en estado normal. Los chicos se pueden aprovechar de ti. Eres demasiado joven para...

—No estoy haciendo nada, y si lo hiciera, ¿qué? A mamá le fue bien.

—Es cierto, tu madre empezó muy joven, pero fue porque buscaba amor. Ya sabes cómo eran sus padres: Annie nunca se sintió amada. Tú sabes que te quiero, ¿no es cierto, Lace? No necesitas el sexo para que te quieran los chicos.

—No lo hago.

Sobre la pared, un músico de cabello largo con pantalones de cuero ajustados como para realzar el bulto en la entrepierna, atrajo la mirada de Alec y le pareció que le dirigía una sonrisa afectada.

—Me parece que tendríamos que hablar del control de natalidad —dijo.

Lacey se sonrojó; las mejillas cobraron el mismo color que las moraduras del cuello.

—Por favor, cállate.

—Si necesitas prevención, puedes conseguirla. ¿Quieres que pida una consulta con el médico?

—¡No!

Alec miró la muñeca; tocó los delicados dientecllos blancos con la punta de un dedo.

—Bueno, eso no se discute. Si estás enredada con... muchachos, tendrás que ver a un médico, te guste o no.

Lacey lo miró, incrédula.

—Mamá no me habría obligado.

El padre sintió que se le agotaba la paciencia.

—Mira, Lacey, si quieres actuar como una adulta, tendrás que afrontar las responsabilidades que acarrea...

—Mamá tampoco me habría sermoneado así —lo interrumpió—. Habría creído todo lo que le dijera y confiado en mí.

Alec arrojó la muñeca con fuerza sobre la cama y se levantó.

—Bueno, yo no soy mamá —estalló, incapaz de disimular el enfado en la voz—, y mamá no está con nosotros. Nos quedamos sin ella porque pensaba que una pandilla de mujeres maltratadas la necesitaban más que nosotros.

Lacey apartó con brusquedad la manta, saltó al suelo y se volvió.

—A veces creo que habrías preferido que Zachary Pointer me matara a mí en lugar de a mamá —dijo—. Apuesto a que por las noches, cuando no duermes, piensas: «¿Por qué no Lacey? ¿Por qué tuvo que ser Annie?».

Alec se sintió demasiado atónito para hablar. La vio salir corriendo de la habitación, oyó los pasos rápidos y nítidos en el vestíbulo y un portazo tan fuerte en el baño que lo sobresaltó.

Se quedó allí unos minutos antes de dedicarse a hacer la cama de Lacey. Dobló con cuidado el borde de la sábana sobre la manta, arregló la colcha y la almohada y sentó a la muñeca apoyada en la cabecera. Luego bajó al estudio; pasaría el resto del día con el trabajo del faro.

Capítulo 32

Durante unos días, en el Servicio de Urgencias atendió sólo a los turistas, porque la gente del lugar, al menos los más coherentes, rechazaban a la doctora que les había arrebatado a Annie O'Neill.

El martes que siguió a las venenosas declaraciones de Jonathan en la *Gazette*, Mike Shelley, el director, pidió ver a Olivia. Cuando la doctora entró en el despacho él estaba hablando por teléfono y le indicó que se sentara. Mientras escuchaba por el auricular, la doctora observó las profundas arrugas de la frente. Al parecer, lo que tendría que decirle no sería nada bueno.

Los últimos días, Olivia se había sentido muy sola a pesar de que la mayoría del personal le demostraba cierta recatada simpatía. «Estamos contigo, —le había dicho Kathy Brash—. Sabemos lo que tuviste que soportar esa noche», había agregado Lynn, pero hablaban en susurros como si temieran apoyarla públicamente. Jonathan también tenía aliados que observaban cada movimiento de Olivia, que esperaban que cometiera otro error de apreciación.

Olivia no había sabido nada de Paul desde que se había ido a Washington, y tampoco supo nada de Alec desde la noche en que había estado desnuda y anhelante entre sus brazos. Al recordarlo, sentía que se crispaba. Él hablaba en serio cuando decía que tendrían que dejar de verse. Las noches pasadas, acostada en la cama, esperaba que llegaran las diez y media y que sonara el teléfono. Por fin se dormía y se despertaba por la mañana, consciente de que Alec no había llamado. Quizás él también la culpara.

Mike colgó el teléfono y le dedicó una sonrisa fatigada.

—Voy a enseñarte lo que he recibido esta mañana —dijo. Sacó una hoja de papel de un sobre grande y la empujó hacia Olivia a través del escritorio—. Es un pliego de trescientas firmas que quieren tu renuncia, dirigida a mi nombre.

Olivia contempló el papel amarillo rayado. Al comienzo de la primera hoja, alguien había escrito a máquina: «En vista del tratamiento inadecuado de una urgencia médica, a resultas del cual murió una apreciada miembro de la comunidad, Annie Chase O'Neill, los siguientes solicitan la renuncia inmediata de la doctora Olivia Simon».

Olivia recorrió con la mirada la lista de nombres, pasó la segunda hoja, la tercera; buscaba el nombre de Alec entre los firmantes pero no pudo leer con suficiente rapidez y las palabras comenzaron a bailotear ante sus ojos. Miró a Mike.

—Olivia, no tengo intenciones de pedir tu renuncia, pero considero que tienes que saber con qué nos enfrentamos. Siento que todo esto se haya salido

de madre.

Mike había hecho sus propias declaraciones a la prensa, y aunque negaba con vehemencia el encubrimiento, utilizaba expresiones reservadas y cautelosas. Olivia comprendió. El puesto de Mike era tanto político como médico y no podía permitirse tener a la comunidad en contra. De todos modos, lo que dijera no tenía importancia. La gente escuchaba sólo lo que quería escuchar. Incluso después de tanto tiempo, querían un chivo expiatorio, alguien a quien culpar de la pérdida de su querida *Santa Ana*.

—¿Sabes algo del marido de Annie? —preguntó Olivia— ¿Sabes cuál es su posición?

—Bien, no creo que apoye la requisitoria. Sólo espero que no se le ocurra consultar a un abogado.

—Mike, lo siento.

—No lo sientas. Tal vez lo que hiciste haya sido un error desde el punto de vista de las probabilidades, pero requirió valor. No sé si yo habría tenido el mismo para hacer algo aquí por esa mujer.

La doctora se puso de pie y Mike la acompañó hasta la puerta.

—Mantén la cabeza alta —le dijo. Señaló la petición sobre el escritorio—. Pensaré qué hacer al respecto. Tú concéntrate en el trabajo.

Por la tarde, Olivia fue al estudio para mostrarle a Tom el diseño de un nuevo *vitraux*: globos de colores sobre un prado verde. Un trabajo que era un desafío. Ya le parecía verlo en la ventana del cuarto de los niños.

La doctora entró en el estudio y Tom levantó la mirada de la mesa de trabajo.

—Hola. —Olivia sacó el rollo de papel gráfico del enorme bolso y lo dejó sobre una silla vacía—. ¿Cómo estás?

—No sé —la voz de Tom expresaba tensión; Olivia lo miró y el hombre cruzó los brazos sobre el pecho.

—Olivia, he estado pensándolo —dijo— y no sé si puedo seguir enseñándote.

La mujer lo miró sorprendida y se preguntó si habría firmado la petición.

—¿Se trata de las declaraciones de Jonathan Cramer?

—No sé qué pensar. Creo que pusiste en peligro la vida de una amiga muy querida y valiosa. —Se le llenaron los ojos de lágrimas auténticas, a punto de caer desde las pestañas claras.

Olivia apoyó las manos en las caderas.

—Tom, hice todo lo que pude por Annie. Yo no la maté. Creo que la gente me echa la culpa a mí porque Zachary Pointer está lejos y no pueden verlo: culparlo a él no los satisfaría, y yo me he transformado en el chivo expiatorio, pero te juro, Tom, que hice todo lo que pude.

—Quizá lo hiciste, Olivia. Yo no puedo saberlo, pero lo que no puedo hacer es sentarme aquí contigo, prestarte las gafas de Annie, sus herramientas y...

—Está bien. —Cogió el bolso—. Ya has dicho lo que pensabas.

—Puedo recomendarte a alguien capacitado para enseñarte, pero te advierto que la comunidad artística es muy cerrada y dudo que ninguno de sus miembros quiera tomarte como alumna.

Olivia metió el diseño en el bolso y se fue del estudio sin añadir una palabra más. Dejó que la puerta golpeará tras ella y la gente que había en el aparcamiento la miró. ¿Sabían quién era? ¿Lo sabía todo el mundo? Entró en el coche; sólo se permitió llorar al salir a la calle por si hubiera habido alguien que la mirara.

La noche siguiente, poco antes de terminar el turno de Olivia se recibió el aviso de un choque en la carretera principal. Uno de los conductores escapó con unos pocos arañazos pero la ocupante del otro vehículo, una mujer de poco más de veinte años, estaba gravemente herida y la llevaban en ambulancia.

—Necesitaremos otro médico —dijo Olivia a Kathy mientras preparaban el quirófano.

—Ya sé —respondió Kathy vacilante—, está de guardia Jonathan.

Olivia estaba frente al lavabo.

—Está bien —dijo—. Será mejor que lo llames.

La herida llegó al mismo tiempo que Jonathan. El médico irrumpió en el quirófano ladrando órdenes, como si ya fuera el director del Servicio de Urgencias. Trajeron a la paciente, una mujer de veintiún años, asida a una tabla y con protector cervical. Se veía un hematoma extendiéndose por el abdomen. Estaba consciente pero no demasiado lúcida y gemía de dolor.

—No usaba cinturón de seguridad —dijo el camillero—. Tuvo suerte de quedar atrapada por el volante, porque en caso contrario habría salido volando por la ventanilla.

—Consigue un espinal-C—le ordenó Olivia a Kathy— y un CBC, factor RH y grupo sanguíneo. Y además averigua la proporción de alcohol en la sangre. — Había creído percibir alcohol en el aliento de la joven.

Jonathan comenzó a sondear a la muchacha.

—¿Viene hacia aquí el helicóptero? —preguntó a Lynn; la enfermera asintió—. La estabilizaremos y la haremos trasladar —dijo. Luego miró a Olivia por encima de la paciente y agregó en tono sarcástico—: ¿O quieres jugar a médicos con ella?

Olivia no respondió. No estaba segura de cuál tendría que ser el próximo paso con la paciente. La tensión sanguínea era de nueve y medio y seis. Era una mujer delgada y parecía en buen estado físico. ¿Sería su tensión normal o indicaba algún peligro?

—El pulso es de ciento diez —informó Kathy mirando a Olivia.

Olivia palpó con cuidado el abdomen de la mujer.

—El abdomen está firme —dijo, y pasó los dedos por el costado izquierdo de la paciente.

De pronto, la joven gimió y trató de apartarse del contacto de la doctora. ¿Retrocedía a causa del dolor o acaso habría ruptura de bazo?

—Palparemos el abdomen —dijo Olivia.

Jonathan la miró ceñudo.

—No hay tiempo. ¿Quieres otra muerte en tus manos?

Olivia no dijo nada más. Aceptó las órdenes de Jonathan, lo ayudó a preparar a la paciente para el traslado y cuando vio que los técnicos la subían al helicóptero que aguardaba, se sintió mareada. Cuando volvió al consultorio le parecía que sus piernas fueran de goma. Se sentó al escritorio, se respaldó en la silla y cerró los ojos. Se había comportado como una cobarde. ¿Por qué había permitido que Jonathan la intimidara?

Tendría que haberse resistido, pero ahora le producía terror; no se trataba de Jonathan ni de la posible pérdida del trabajo, sino de su propio juicio. Si en ese momento, sentada al escritorio nauseabunda y temblorosa, alguien le preguntaba si creía haber hecho lo correcto en el caso de Annie, no habría podido asegurarlo.

Esa noche llamó al Emerson Memorial y le dijeron que, en efecto, la paciente había sufrido ruptura del bazo. Jonathan tenía, pues, razón: si perdían algunos minutos palpando el abdomen, la mujer podría haber muerto. Olivia lloró, en parte por el alivio de saber que la paciente estaba bien y en parte por comprender que se había equivocado, que ya no confiaba en sí misma para tomar decisiones pertinentes en el Servicio de Urgencias.

Se fue a acostar con una intensa sensación de soledad. A las doce y media descolgó el teléfono y marcó el número de Alec. Cuando contestó, la voz sonaba densa y adormilada, y Olivia colgó sin decir palabra.

Capítulo 33

Agosto de 1991

Paul cruzó la avenida Connecticut y aspiró con fuerza para llenar los pulmones con el aire espeso y húmedo del distrito de Columbia. Se necesitaban agallas para soportar ese clima. El cartel de neón rosado de la librería Donovan brotó frente a él del lateral de un edificio a media manzana y apretó el paso.

Entró en el local y se quedó un instante junto a la puerta; se enjugó la frente con el pañuelo y absorbió el esplendor magnífico de la librería que más le gustaba en el mundo. También era la preferida de Olivia. Echaba de menos la vida en esa ciudad y ya comenzaba a echar de menos a su esposa.

Eran las nueve y media de la noche y el lugar estaba atestado. ¡Alegría! A las nueve y media de la noche, ¿qué otro sitio permanecía abierto en Outer Banks, excepto las tiendas donde vendían carnada?

Caminó lentamente por el negocio rozando los libros con las yemas de los dedos. En otras épocas, había desarrollado allí lecturas de poesía con regularidad, los domingos por la tarde y los martes por la noche. El público siempre era ecléctico y comprensivo y se inclinaba a favor de Paul.

Llegó a las escaleras al fondo del local y subió al ático; le pidió agua mineral y una porción de tarta de queso al camarero que había tras el mostrador. Luego, con la bandeja en las manos, buscó un lugar vacío entre las mesas, casi todas ocupadas. En ese momento, dos hombres se levantaban de una que había junto al barandal. Se la ofrecieron y Paul se sentó; al contemplar la tienda desde allí recordó que ésa era la mesa que preferían Olivia y él. Los dos primeros años de matrimonio habían vivido en un apartamento en la acera de enfrente. Incluso cuando compraron la casa en Kensington, se encontraban en esa misma mesa varias veces a la semana y pasaban horas bebiendo agua mineral y comiendo emparedados de aguacate mientras redactaban «*El desastre del Espíritu del Este*». ¡Dios, cuánto había disfrutado escribiendo ese libro con Olivia!

Cuando se enteró del accidente de tren en el Potomac estaba en Washington cubriendo un artículo sobre la enfermedad de un senador. Fue el primer periodista que llegó al hospital en medio del caos del momento y en las horas que siguieron, nadie advirtió la presencia de Paul ni se fijó en lo que hacía.

Vio a Olivia por primera vez cuando se acercaba a una de las víctimas que venía en camilla. Se sujetaba el cabello castaño en una cola de caballo torcida y la

sostuvo con una banda elástica que llevaba en la muñeca. Luego, acompañada por los camilleros, pasó junto a Paul llevando rápidamente a aquella anciana a la sala de curas; Olivia sostenía una gasa ensangrentada al costado de la mujer y le hablaba en tono tranquilizador. Muchos doctores y enfermeras trabajaron duramente los días posteriores al accidente, pero Paul sólo veía a Olivia. La observó cuando hablaba con los familiares y les decía si su ser querido viviría, y vio con qué delicadeza los trataba o los abrazaba si lo necesitaban. Al final de tantos días terribles, el cabello de Olivia caía lacio a su espalda y los mechones de la frente empapados de sudor y suciedad se pegaban a su cabeza. Llevaba la bata verde manchada de sangre y tenía ojeras en la piel alabastrina alrededor de los ojos. A Paul le pareció bellísima.

Paul pensó que Olivia lo atraía porque él ya estaba en condiciones de iniciar una nueva relación, pero en el fondo sabía que lo había seducido la compasión profunda y desprovista de egoísmo que había demostrado en el Servicio de Urgencias porque le recordaba a Annie. La comparación era absurda. Annie habría provocado un desastre en el Servicio de Urgencias con su absoluto desprecio por el tiempo y su visión caótica de la vida. Lo que hacía a Olivia tan magnífica era su fría eficiencia clínica. A Paul le costó comprender que no se parecía a Annie y entonces se dio cuenta de que se había enamorado de Olivia.

Algunas noches, sentados a la mesa, hojeaban libros que elegía ella en los estantes de la librería, en general, sobre biología o medicina. En el comienzo de la relación, atravesó un período en el que leía cuanto libro encontrara acerca del sexo. Había pasado gran parte de su vida negándose cualquier pensamiento o sentimiento relacionado con el sexo, pero una vez se sentía libre, nada podía detenerla. El sexo con Olivia era como enseñarle un juego nuevo a un niño: al comienzo era insegura, pero cuando las reglas quedaban establecidas, quería jugar a todas horas. Y en verdad, lo hacía muy bien.

Sin embargo, en los últimos años de matrimonio, los libros que llevaba a la mesa sólo trataban sobre esterilidad; algunas veces les brindaba esperanza, y otras, decepción.

Paul dejó diluir en la boca el último trozo de pastel de queso y contempló la alianza de oro que llevaba en el dedo. Se la había puesto esa misma mañana; no la había usado desde hacía meses, pero ahora le resultaba consolador verla en su mano. Si Olivia y él hubiesen tenido hijos, no se habrían separado. Cuando Paul supo que su esposa era incapaz de concebir se sintió engañado, pero intentó ocultarlo. Olivia no tenía la culpa y ella también había sufrido al saberlo. Cuando la esposa le anunció que le habían ofrecido trabajo en Outer Banks, Paul creía haber superado el golpe.

Al mismo tiempo, sabía que Annie vivía en Outer Banks con su marido y dos hijos, y se sintió arrasado por una mezcla de excitación y pánico. Trató de convencer a Olivia de que rechazara la oferta, pero había vuelto entusiasmada de

la entrevista hablando de las características de la zona y el tranquilo desafío del puesto que le ofrecían. Paul insistió: «Es muy desolado», dijo. Adujo que estarían lejos de la familia y de los amigos. Retrospectivamente, comprendió que había presentado argumentos débiles, que en realidad la idea de vivir cerca de Annie lo fascinaba. A medida que dejaba aflorar la fantasía e imaginaba cómo estaría Annie, toparse con ella en las tiendas o en la playa, se alejaba cada vez más de Olivia. Casi no le hablaba, y cuando lo hacía, adoptaba el tono más agudo. Estaba resentido con ella por haberlo metido de cabeza en esa situación.

Cuando concluyeron la mudanza, Paul aguantó durante una semana hasta que buscó «O'Neill» en la guía telefónica. Annie figuraba con el teléfono particular y el del estudio. Al día siguiente cruzó con el coche frente al estudio y al otro entró.

Annie estaba sola colgando una fotografía en la pared opuesta; cuando se volvió a mirarlo, el rostro no habría expresado más terror que si Paul hubiese aparecido con dos cabezas en lugar de una.

—No te asustes —se apresuró a decirle, y alzó una mano en prevención a cualquier palabra que fuera a pronunciar—. No he venido a traerte problemas. Yo también estoy casado y soy feliz. Mi esposa es médico y trabaja en el Servicio de Urgencias de Kill Devil Hills. —Mencionó a Olivia al azar en parte para llenar el silencio y para convencerla de que no sería una amenaza para el matrimonio.

La mujer lo escuchó apoyada contra la pared, con los brazos cruzados sobre el pecho como para protegerse. Las manos apretaban los codos con tanta fuerza que Paul pudo ver los nudillos blancos desde el extremo opuesto de la habitación.

Tenía un aspecto extraordinario. Parecía haber engordado un tanto desde la última vez que la había visto. No estaba gorda, pero su cuerpo era más femenino. Aún tenía el mismo cabello, no tan salvaje, y el color suavizado por algunos toques de plata. La piel era tan fresca y sana como cuando la conoció.

Por fin, Paul hizo una pausa para respirar y Annie habló.

—Tienes que decirle a tu esposa que no podéis seguir aquí —dijo—. Paul, no es posible. Nos resultará imposible vivir en la misma ciudad sin toparnos constantemente.

Esas palabras sólo consiguieron alimentar la fantasía de Paul. Si no tenía miedo a que la sedujera, ¿por qué le preocupaba residir en la misma ciudad?

—Créeme, yo no quería venir aquí —dijo—. Intenté disuadir a Olivia, pero ya estaba decidida.

—¿Sabe algo de lo nuestro?

Paul negó con la cabeza.

—Incluso ignora que pasé aquel verano aquí. Una vez, hace tiempo, empecé a hablarle de ti, pero Olivia prefiere dejar atrás el pasado.

El pasado de su esposa había sido tan pesado, tan doloroso que había consumido todas las energías de ambos en la primera etapa de su relación. Paul tuvo que resarcir a Olivia de todo lo que había sufrido, y después ella quiso olvidar. Sólo sabía que Paul hubiera tenido una relación, mucho antes de conocerla. No quería enterarse de nada más.

Paul caminó hasta la pared trasera del estudio para examinar un trabajo de cristal que quitaba el aliento.

—Annie, tu trabajo es muy hermoso. Has avanzado.

—He cambiado, Paul —replicó—. Ya no soy la mujer que conociste. Por favor, no te hagas ilusiones de que tú y yo volvamos a tener una relación.

—Simplemente quiero tu amistad.

—No. Es imposible. —Bajó la voz, y Paul comprendió que debía de haber otra persona en el estudio—. Entre nosotros hubo demasiado como para que nos limitemos a ser amigos.

En ese momento, él estaba situado cerca y podía distinguir las líneas de las comisuras de la boca y los ojos de Annie. Deseaba oírla reír y escuchar la resonancia en los cristales.

—Estoy trabajando para la *Gazette* —dijo— y también por cuenta propia. Me gustaría escribir un artículo sobre ti para la revista *Seascape*.

—No.

—Ya he hablado con el director al respecto. Por favor, Annie, me ayudaría a darme a conocer aquí.

Una puerta sobresaltó a Paul al abrirse chirriando tras él; se volvió y vio a un hombre corpulento peinado con cola de caballo que entraba en la habitación desde lo que parecía ser el cuarto oscuro.

—Tom —dijo Annie—, éste es Paul Macelli, periodista, y quiere un artículo sobre mí para *Seascape*.

—Hola —dijo Paul estrechando la mano de Tom. Seguir el juego a Annie: si era lo que ella quería, se comportaría como un desconocido.

—Bueno, no podría haber elegido una persona más apropiada —afirmó Tom—. Es una mujer verdaderamente polifacética. Participa en todo lo que ocurre en la comunidad y como usted puede ver, es una artista de talento.

Siguió contándole detalles del trabajo de Annie y Paul comenzó a tomar notas en una libreta; Annie volvió a inclinarse sobre la mesa de trabajo y los miró a ambos con expresión resignada y seria.

Las entrevistas comenzaron. Paul la dejó hablar del hijo, de la hija, y de Alec. Aquellos encuentros plantaron las raíces de su obsesión. Envió al fotógrafo de *Seascape* al estudio y le pidió que hiciera fotografías de Annie, muchas más de las que utilizaría para el artículo, porque quería quedarse con algunas. Imaginaba que la sonrisa a la cámara iba dirigida a él, porque en la vida real no había

sonrisas para Paul. Esa mujer lo quería, Paul estaba seguro. No existía otro motivo para que tuviera miedo de estar cerca de él. Sin duda, lo quería.

Paul no tenía amigos. Sí muchos conocidos, pero nadie en quien pudiera confiar, y sentía urgencia de hablar. Y Olivia siempre estaba dispuesta a escuchar.

Olivia. ¿Cómo había sido capaz de soportarlo durante todos aquellos meses cuando Paul, inmerso en Annie, no hablaba de otra cosa?

Había sido como una terrible enfermedad. Ahora, pasado el tiempo, podía entenderlo tal cual era: una obsesión patética que le estaba costando el sueño, el amor propio y el matrimonio. Hacía unos días lo había llamado Gabe para hablarle del artículo de la *Gazette* en el que Jonathan Cramer acusaba a Olivia de negligencia en el caso de Annie. Paul pasó toda la noche pensando en el asunto y llegó a la conclusión de que Cramer estaba equivocado. Para confirmar cuán equivocado estaba, le bastaba recordar el desastre del *Espíritu del Este*. Confiaría a Olivia su vida y las de todos los que amaba. A cargo de Olivia, Annie habría tenido más posibilidades de supervivencia que al de cualquier otro médico del Estado. Ahora, mirando al pasado, lo comprendió con tanta claridad como sentía la presencia de Olivia en la librería junto a él. Aquellos años que habían vivido Olivia y Paul habían sido satisfactorios y sentía gratitud con ella por haberlo liberado de su gran obsesión.

Y Paul le había pagado solamente con dolor, siendo frío y cruel, y ahora, con la hostilidad del periódico donde trabajaba, como si fuera él mismo quien siguiera provocándole sufrimientos incluso sin estar físicamente presente.

Miró el reloj. Si se iba en ese momento, cuando llegara al hotel, Olivia aún estaría levantada. Pagó la cuenta y se apresuró a salir a la noche cálida.

Capítulo 34

El teléfono sonó a las diez y media.

Olivia estaba en la ducha, lavándose el cabello; salió rápidamente, se envolvió en una toalla y fue corriendo al dormitorio para atender la llamada antes de que lo hiciera el contestador.

La voz que la saludó era de Paul, no de Alec, y por una fracción de segundo ganó la decepción.

—¿Estás aquí? —preguntó Olivia.

—No. Estoy en un hotel, en la capital. Vuelvo mañana. —La voz denotaba fatiga, también cierta tensión.

—¿Cómo estás? —preguntó la mujer.

Paul guardó silencio un instante. Olivia oyó una risa... ¿O era una tos?

—Desde el punto de vista físico, bien, pero emocionalmente... comienzo a aceptar el hecho de que he estado enloquecido.

La espuma empezaba a deslizarse por la espalda de Olivia.

—¿A qué te refieres? —estirando el cable llegó hasta el armario del vestidor, buscó una toalla y se la envolvió alrededor del cuello.

—He hablado con Gabe, de la *Gazette*, y me ha contado el escándalo del caso de Annie. Lo siento muchísimo, Olivia. No creí que la *Gazette* fuera tan sensacionalista. Si yo hubiese estado allí, quizá podría haberlo evitado de algún modo.

La doctora volvió al dormitorio y se sentó en la cama.

—También tú me culpas —dijo.

—¿Por la muerte de Annie? No, Liv, te conozco demasiado como para pensar eso de ti, aunque no sé por qué lo hiciste, cómo fuiste capaz de atenderla; sí, yo me comporté de una manera detestable a causa de lo que sentía por ella, pero estoy seguro de que hiciste todo lo que pudiste. Perdóname por haberte acusado de negligencia.

Olivia acunó el receptor entre las manos.

—Es muy importante para mí oírte decir eso.

Paul se quedó callado un momento.

—He tenido tiempo de pensar, aquí en Washington —dijo—. Esta ciudad está colmada de recuerdos tuyos... nuestros. Anoche estuve en la librería Donovan.

—¡Oh! —Olivia revivió las imágenes, los sonidos y el cálido aroma del café Donovan.

—Ojalá no nos hubiéramos ido de aquí. Entonces lo pasábamos bien.

—Sin embargo, ninguno de los dos quería una familia en la ciudad, tanto si teníamos un hijo propio como si lo adoptábamos.

—Lo sé, lo sé. —Hizo una pausa. Olivia lo oyó soltar el aliento—. A mi vuelta, ¿puedo ir a verte?

—Por supuesto.

—Me refiero a concertar una cita, ir a cualquier sitio, volver a conocernos...

—Me gustaría. —La mujer adoptó el mismo tono tierno que percibía en la voz de Paul.

—Llegaré alrededor de las cinco.

—Yo trabajo hasta las siete. —Se puso tensa; esperaba que Paul se enfadara por permitir que el trabajo interfiriera otra vez en el matrimonio.

—A las siete está bien —dijo; vaciló un instante—. Liv, ¿por qué no luchas contra Cramer? No es propio de ti permanecer tan pasiva.

Olivia pasó la mano por la colcha. Paul tenía razón. En general, ganaba la delantera a sus adversarios y había peleado toda su vida contra cualquier obstáculo que se le presentaba.

—El único recurso que tengo es convocar una junta médica —dijo— pero no sé si en estos momentos tengo la energía suficiente para soportar un proceso semejante.

—¡Hazlo, Liv! Yo estoy contigo y te apoyaré hasta el final, te lo prometo.

La mujer le dio las gracias; la sorprendió y de algún modo también la puso en guardia, pues no confiaba por completo en sus palabras ni en su calidez. No obstante, cuando colgó el teléfono había tomado una decisión y, pese a la hora, llamó a Mike Shelley.

Mientras Olivia le contaba su plan, Mike guardó silencio. La doctora adivinaba lo que estaba pensando: una junta médica pondría en el candelero no sólo a Olivia sino también a todo el Servicio de Urgencias.

—Olivia, antes de iniciar cualquier acción, espera un par de días —dijo al fin Mike—, déjame pensarlo.

La mujer cortó; se sentía mejor, menos indefensa que momentos antes. Se miró en el espejo de cuerpo entero que forraba la puerta del armario. Tenía el cabello lleno de espuma.

Dejó caer la toalla sobre la alfombra y se estudió de perfil. La protuberancia del vientre ya no se podía ocultar. Si Paul la tocaba, se daría cuenta. Había sido suficiente para alejar a Alec.

En lugar del camisón, se puso una camiseta y el único par de vaqueros que aún le cerraba. Salió al patio, fue hasta el armario de herramientas y cogió un par de destornilladores y una llave inglesa del material que había dejado Paul. Lo llevó al cuarto de los niños, se sirvió un vaso de *ginger-ale*, encendió la radio y se dispuso a pasar una larga y satisfactoria noche armando la cuna.

La tarde siguiente, a la hora del relevo, Mike reclamó a Olivia y a Jonathan a su despacho. Jonathan se sentó cerca de la ventana con la expresión amarga que acostumbraba aquellos días; Olivia, cerca de la puerta.

Mike se incorporó inclinado hacia delante y apoyó los antebrazos sobre el escritorio.

—Jonathan —comenzó—, quiero que te retractes ante la prensa de tu acusación de encubrimiento.

—No me retractaré de algo que considero cierto.

Mike movió la cabeza.

—Olivia piensa pedir una reunión de la junta médica y, en ese caso, yo hablaré en esa junta tal como yo entiendo: porque en el caso O'Neill, ambos tenéis razón. —Mike pronunció las palabras con lentitud, como si temiera que Jonathan no lo entendiese—. Olivia actuó correctamente con la habilidad y experiencia necesarias en ese tipo de operación. Si no hubiese intentado salvar la vida de la señora O'Neill, podría habérsela acusado de *mala praxis*. Pero tú, Jonathan, también tienes razón. ¿Por qué? —No esperó a que Jonathan respondiera—. Porque tú no tienes ni habilidad ni experiencia para emplear ese procedimiento. Si lo hubieras hecho, se te habría acusado a ti de *mala praxis*. —Mike volvió a sentarse sin apartar la mirada de Jonathan—. ¿Quieres que se entere todo el mundo?

Jonathan entrecerró los ojos. Unas gotas de sudor perlaban su labio superior.

—Estás tergiversando los...

—No estoy tergiversando nada —gruñó Mike; se inclinó otra vez hacia delante y tanto Olivia como Jonathan se sorprendieron ante la intensidad de su reacción—. Si no te retractas, Olivia pedirá la reunión de una junta para limpiar su buen nombre, y lo logrará, y el resultado no te hará quedar bien, ¿verdad?

La doctora sintió sobre ella la mirada aguda y cáustica de Jonathan.

—No te molestes —replicó el hombre poniéndose de pie—. Ahora mismo presento mi dimisión irrevocable. Después, por lo que a mí respecta, podrás palpar abdomenes hasta que te hartes. —Se sacó el estetoscopio con gesto dramático, lo dejó con un golpe sobre el escritorio y salió de la oficina echando humo.

Mike miró el estetoscopio y Olivia lo vio hacer un esfuerzo para no sonreír. Alzó la mirada a la doctora.

—Olivia, discúlpame por no haberlo hecho antes y por favor, espera a ver qué ocurre antes de solicitar una junta médica. —Hizo un gesto señalando el teléfono—. ¿Quieres que llame a la *Gazette* y le dé la noticia?

Olivia se cambió en la antesala para acudir a la cita con Paul; ignoró los rumores que ya corrían en el Servicio de Urgencias especulando con lo que habría pasado en el despacho de Mike. Se puso una falda azul que disimulaba el vientre, y un jersey blanco de manga corta. Salió de la antesala y vio a Paul en la sala de espera: sintió que la inundaba un anhelo, casi olvidado, por Paul.

Le había traído una delicada rosa azul en un jarroncillo de plata y Olivia la reconoció: era de una extraña variedad que había plantado ella misma en el jardín de la antigua casa de Kensington. Al verla se le hizo un nudo en la garganta, pues le trajo el recuerdo de tiempos felices.

—La he cortado esta mañana —dijo mientras caminaban hasta el coche—. Me metí en el jardín antes de que saliera el sol.

Esa travesura, tan poco habitual en Paul, la hizo sonreír.

Arrancó el coche, salió del aparcamiento y echó una mirada a Olivia.

—Tienes buen aspecto —dijo.

—Gracias.

Olivia vio que llevaba de nuevo la alianza de bodas. No le decía en broma que la echaba de menos y quería intentar una reconciliación. La mujer examinó el perfil de Paul. Tenía una barbilla adorable con un atisbo de hoyuelo y una nariz recta y fina, pero él sí que no tenía buen aspecto. En los últimos meses había perdido peso. Tenía la piel flácida, las mejillas hundidas y Olivia sintió pena por su marido.

—¿Cómo te han ido las cosas desde que apareció la historia de la *Gazette*?

—Creo que estaba como paralizada —dijo.

La doctora le describió las cartas venenosas que habían salido en las dos últimas ediciones de la *Gazette*, el tono airado y la eclosión de opiniones desfavorables que la habían humillado; también le comentó que el trabajo se le hacía difícil y cómo había perdido de pronto la confianza en su propio juicio; se sorprendió de su disposición a hablar tan francamente con Paul y por último se refirió al pliego de firmas.

—Esperaba ver tu nombre el primero de la lista —dijo luego—. Creí que no figurabas por haberte sorprendido fuera de la ciudad.

Paul estiró una mano y le oprimió el hombro.

—Perdóname por pensar siquiera que no habrías dado lo mejor de ti al atender a Annie. Liv, me duele enormemente ver tu nombre arrastrado por el lodo de esta manera, de verdad.

Se detuvieron ante una luz roja y el hombre sacó de la cartera la foto de la nieta de Gallo. Le contó su conversación con Joe y le dijo que se sentía orgulloso de ser su marido, pero Olivia sólo lo escuchaba a medias.

Tendría que decirle que había ido a Norfolk con Alec y que había intervenido en la radio. Sin duda, se enteraría en la próxima reunión de la comisión y sería

mejor que lo oyera de labios de Olivia. Pero no quería estropear la intimidad que sentía en ese momento.

Llegaron al restaurante; Olivia se volvió para dejar el jersey en el asiento trasero y vio el vidrio ovalado que colgaba de la ventanilla. Estaba muy oscuro para distinguir la figura, pero no le cupo duda de que era uno de los trabajos de Annie; la realidad marchitó la esperanza que había alimentado durante todo el día.

Llevó la rosa al restaurante y la puso en lugar del clavel que había en la mesa. Después que les sirvieron las bebidas, Olivia juntó las manos sobre la mesa y contuvo el aliento.

—El sábado pasado intervine en un programa de radio en Norfolk —dijo—. Trataba del faro.

—¿Qué? —Tras las gafas, los ojos de Paul se abrieron—. ¿Qué quieres decir?

—Me invitó Alec O'Neill. Tenía que cubrir dos compromisos el mismo día y me pidió que me encargara de uno de ellos, ya que tenía experiencia en presentaciones públicas.

—Eso es ridículo. No sabes nada del faro.

—Ahora sí.

Paul movió la cuchara en el vaso.

—¿Fuisteis juntos Alec y tú?

—Sí. —Paul dejó escapar el aliento y se pasó la mano por la barbilla—. Olivia, ¿de qué hablasteis? ¿Le comentaste que estamos separados?

—No sabe nada de Annie y tú.

—Bueno, ¿de qué hablasteis durante... tanto tiempo...?

Pensó en todo lo que le había dicho a Alec, cuántas cosas personales le había contado.

—A la ida, hablamos de nuestros respectivos compromisos, y al regreso, de cómo nos había ido. Eso es todo.

Paul se apoyó en el respaldo de la silla y movió la cabeza.

—No lo entiendo. ¿Por qué tú? ¿Acaso te interesa el faro tanto como para hablar de él?

—¿Por qué te importa tanto a ti?

Paul se ruborizó de inmediato.

—Siempre me han fascinado los faros —dijo—. No te lo había comentado porque vivíamos en la capital, y allí hay pocos faros y están lejos. —Retorcí la cuchara de plástico hasta que se rompió—. Me inquieta que hables con O'Neill. ¿Te has comprometido para una próxima ocasión?

—No.

—No lo hagas, ¿de acuerdo?

Olivia cruzó los brazos sobre el pecho.

—Paul, si tengo tiempo y ganas, lo haré. En realidad, no tienes derecho a pedirme lo contrario.

Una mujer que había en la mesa de al lado los miró y Paul bajó la voz.

—No hablemos de esto ahora, ¿eh? —dijo—. Quiero que esta noche sea agradable. Hablemos de Washington.

—Está bien. —Se apartó un poco de la mesa mientras la camarera le servía la ensalada.

—Allí me he sentido bien. Hacía tiempo que no me sentía así. He regresado hace pocas horas y ya estoy tenso. Es este lugar —se estremeció—, Outer Banks. Aquí todo me habla de Annie. Es una ciudad muy pequeña. A cualquier sitio que voy encuentro cosas que la evocan. Incluso el olor del aire me la recuerda.

—Adoro el olor de este lugar —dijo; se alarmó al darse cuenta de que estaba provocándolo.

A Olivia, el aroma del aire le recordaba a Alec, a la tarde que habían estado en el mirador del faro de Río Kiss y la señal luminosa que latía sobre ellos. Ahora, cada vez que estaba al aire libre, aspiraba grandes bocanadas para que la limpiara por dentro.

Paul contempló la ensalada.

—Si volvemos a vivir juntos, tendremos que irnos de aquí.

Olivia acusó el impacto.

—Paul, me encanta este lugar aunque la mitad de los pobladores quisieran lincharme. Espero solucionarlo. Creo que es un lugar perfecto para criar a un hijo.

—¿Qué hijo? —preguntó con voz airada, y la mujer de la mesa vecina no resistió la tentación de mirarlos—. Tienes treinta y siete años y la cirugía te concedió sólo un veinte por ciento de posibilidades de concebir. No es un porcentaje favorable.

Olivia se acercó más a Paul para que no la oyeran los demás.

—Tengo más certeza que tú de que pueda concebir. En caso contrario, podríamos adoptar, ya lo hemos hablado, no es nada nuevo.

—Desde la última vez que hablamos de formar una familia, las cosas han cambiado.

La camarera les trajo los platos principales y Olivia vio que, mientras esperaban, los músculos de la mandíbula de Paul se contraían.

—No lo entiendes —dijo cuando se retiró la camarera—. Olivia, necesito irme de aquí, y eso es todo. Solo o contigo, tengo que marcharme. He llegado feliz y optimista respecto a nosotros, ansioso de verte, pero en cuanto crucé el puente de Kitty Hawk, una nube negra cayó sobre mi cabeza. A medida que me adentraba en la isla, mi ánimo empeoraba, y cuando llegué a mi casa y bajé del coche... —Movié la cabeza—. Es como si ella estuviera todavía aquí, más poderosa que cuando vivía.

A Olivia se le agotó la paciencia.

—¿Y qué esperas? Tu casa está llena de recuerdos de Annie. Si te deshicieras de todos esos iconos, de todas las evidencias materiales de que la conociste, podrías empezar a olvidarla.

Paul le echó una mirada breve y furiosa, y Olivia comprendió que no podía perdonarlo y seguir adelante. Su propia furia la dominó.

—Me gustaría volver a estar juntos —dijo— pero me niego a vivir a la sombra de Annie.

—Entonces, tendremos que irnos.

—Hasta que no tenga una prueba concreta de que la has olvidado por completo, no me marcharé de un lugar que he llegado a amar. Tira los cristales esmaltados, rómpelos en pedazos.

La alarma de Paul fue obvia.

—Oh, Paul. —Estrujó la servilleta y la dejó junto al plato—. No estás dispuesto, ¿verdad?

—No, no me siento capaz de destruir los trabajos de cristal.

Parecía agotado: tenía los ojos rojos y casi cerrados. Olivia se imaginó a Annie como un demonio que venía por la noche a absorber la vitalidad de Paul. Quizás Annie era más enemiga de Paul que de Olivia.

Después de la cena, Paul la llevó hasta el Servicio de Urgencias.

Ella se alegró de que no la llevara a casa y se viera obligada a invitarlo: la noche anterior se había quedado armando la cuna hasta quedar exhausta. El hombre caminó con ella cogiéndola de la mano. Le dio un leve beso en los labios y Olivia se volvió bruscamente para abrir la puerta de su coche. No permitiría que la tocara, no dejaría que adivinara su secreto.

Llegó a su casa y encontró en el contestador un mensaje de Clark Chapman, el director médico del Emerson Memorial. Al oír la voz profunda y resonante, frunció el entrecejo.

«Esta misma noche, por favor, llámeme», decía el médico. Dejaba un número y estaría levantado hasta las once. Aún no eran las diez.

Llena de curiosidad, marcó.

—¡Doctora Simon! —Parecía encantado de oírla, como si fueran viejos amigos—. ¿Cómo está?

Olivia vaciló: tal vez lo hubiera conocido en algún lado y no lo recordara.

—Muy bien, gracias —respondió.

—Se preguntará por qué la llamo, ¿no es cierto?

—Bueno, sí.

—Por supuesto, habría preferido hablar de esto en persona, pero no quise posponerlo. Doctora Simon, he seguido su carrera. Desde luego, tengo algo más que una curiosidad casual pues la señora O'Neill, su paciente, habría terminado en nuestra unidad de traumatología si usted nos la hubiese enviado.

—Sí.

—Y ambos sabemos que habría llegado muerta.

La inundaron de inmediato la gratitud y el alivio y los ojos se le llenaron de lágrimas. Últimamente lloraba con facilidad.

—Al parecer, usted y yo somos los únicos que estamos convencidos de ello —replicó.

—He hablado con algunos colegas del Hospital General de Washington — continuó Clark Chapman—, quienes confirman su habilidad clínica y su claridad de juicio. Con la señora O’Neill tomó usted la decisión más difícil, ¿no es así? Demostró iniciativa y valor y corrió un elevado riesgo personal. —La voz expresaba una sonrisa—. Se preguntará a dónde quiero llegar.

—Pues sí.

—Le estoy ofreciendo el puesto de codirectora de nuestro equipo de traumatología. Es un grupo de personas selectas que la catalogan a usted como a una gran profesional.

Era perfecto. Uno de esos acontecimientos que aparecen de pronto y permiten que todas las piezas se ajusten en su lugar. Paul y ella podrían estar juntos en un lugar distinto, sin el ajetreo de Washington y sin el recuerdo de Annie, ninguno de los dos. Sin embargo, a pesar de la reivindicación que significaba la oferta de Clark Chapman, no sintió entusiasmo.

—Me halaga mucho —dijo— pero no estoy segura de querer abandonar Outer Banks, porque significaría soslayar el problema. —No era la verdad exacta, pero a Clark Chapman pareció conformarlo.

—Es una propuesta abierta —dijo—. Venga a vernos. —Le dio el número del trabajo y Olivia lo anotó en la agenda—. El puesto ha sido creado para usted —añadió—. En este momento no existe, pero hemos conseguido algunos dólares más para el departamento: por lo tanto, es suyo cuando lo desee.

Colgó el teléfono y se sintió extrañamente halagada, pero no podía dar rienda suelta a la esperanza, no podía soñar con un futuro nuevo pues no confiaba en que su marido quisiera participar y comprometerse. Pero Paul había vuelto, se dijo, la echaba de menos. Sin duda, podrían solucionar las cosas.

Sin embargo, cuando se acostó y cerró los ojos, sólo podía ver la delatora pieza de cristal ovalado que colgaba de la ventanilla del coche.

Capítulo 35

Paul Macelli había vuelto y estaba más nervioso que la primera vez, si era posible. Mary lo esperaba ya desde hacía tiempo y comenzaba a creer que no regresaría porque después de la primera visita habría perdido el valor. Detestaba esperar. Tenía noventa años. Sentía que lo único que hacía últimamente era esperar.

Paul se acomodó las gafas, sacó la grabadora del portafolios y la colocó en el brazo de la mecedora de Mary. Oprimió el botón para comenzar a grabar.

—Hoy me gustaría que hablara de usted —dijo—. Solían llamarla *El Ángel de la Luz*, ¿no es cierto?

—Así me llamaban —dijo algo sorprendida y a la vez complacida—. ¿Qué quiere saber?

—Me dijo que había conocido a su marido en Deweytown. ¿Fue allí donde se crió?

—Oh, sí. Comparado con Río Kiss, Dewey era casi cosmopolita, se lo aseguro. Mi padre tenía un pequeño almacén. Caleb pensaba que yo no querría irme de Deweytown, pero en aquella época era todo coraje. Pensé que vivir en Río Kiss sería una aventura.

—¿Y lo fue?

Mary sonrió.

—A veces, sí. Otras... bueno, no importa. Siempre tuve imaginación. Cuando no sucedía nada más interesante que observar las vueltas de la señal luminosa, siempre encontraba algo en que ocuparme.

Mary cerró la boca. Convenía que pensara en lo que decía. Miró a Paul, que se acomodaba las gafas. Sacudía una pierna y la vibración que transmitía al suelo del porche la irritaba.

—Bien —dijo Paul—. Cuénteme con qué ocasión la apodaron *El Ángel de la Luz*.

—Le diré. —Mary miró a la calle—. Se podría decir que yo soy una persona sociable y la vida en Río Kiss es muy solitaria. Pues en cada ocasión cuando alguien caía enfermo, me ocupaba de su comida y de cuanto necesitaba. A veces lo llevaba en nuestra pequeña embarcación al médico de Deweytown, al otro lado del estrecho. Y así gané fama de ayudar a la gente.

Mary se movió en la mecedora. Le molestaba que la gente la considerara bondadosa. En realidad, no la conocían.

—Caleb y yo formábamos un buen tándem —continuó; volvió a mirar a Paul—. Éramos buenos trabajadores y amábamos el faro. Cada vez que veía un barco,

subía yo a la terraza y saludaba con la mano. Creo que también por eso conquisté mi reputación. Seguramente se preguntaran unos a otros quién era la mujer que vivía en el faro: «¿Ésa? Es Mary Poor, siempre amigable y generosa.» Y al cabo, los marinos me buscaban con la mirada en lo alto de la torre y esperaban a que los saludara al pasar.

Miró hacia la costa y cerró los ojos para no ver los barcos; en su lugar imaginó la alta torre blanca del faro.

—También cocino bien. —Abrió otra vez los ojos y sonrió—. Mi fama se debe en parte a la tarta de nísperos y a los budines. Creo que usted ya ha probado alguna vez mi tarta de nísperos, ¿no es así?

—Eh... —Paul dejó caer el bolígrafo y se inclinó a recogerlo—. No lo recuerdo —dijo; volvió a enderezarse.

—Es una pena que no pueda hacer una ya —dijo Mary— pues no nos permiten cocinar, beber ni fumar. ¿Ha traído cigarrillos?

—No, lo siento. —Se movió en la silla y acercó la grabadora a Mary—. Hábleme del trabajo en el Servicio de Socorrismo.

Mary sintió que se ruborizaba y esperó que Paul Macelli no lo notara.

—Bueno, creo que ése fue el motivo de que me llamaran *El Ángel de la Luz*, una razón en verdad importante. —Se irguió en la mecedora y enderezó la espalda—. Yo era fuerte, nadaba mejor que la mayoría de los hombres, casi todos los días salía mar adentro varias veces. De tanto trepar la cima del faro, tenía unos brazos y piernas tan duros como ladrillos. —Mary sonrió—. Soñaba con trabajar para el Servicio de Socorrismo. Conocíamos a muchos hombres que trabajaban en el puesto y les pedía que me llevaran con ellos cuando fueran a rescatar a alguien, pero se limitaban a reírse. Por fin allá por 1927 tuve mi oportunidad. Caleb y yo estábamos en la playa porque habíamos oído que había encallado un barco en la barra. Cuando llegamos, los muchachos del puesto de socorrismo acababan de salir con el bote de motor para intentar el rescate de la tripulación. Ese día había una fuerte tormenta; la lancha de motor chocó de frente contra una ola monstruosa y se hizo pedazos. Aún quedaban unos pocos hombres en la playa con la vieja barca. Embarcaron de inmediato para dirigirse mar adentro y yo aproveché la oportunidad. —Mary sonrió—. Simplemente subí de un salto, así como estaba, vestida de falda. No me echaron porque faltaba gente y no podían prestarme demasiada atención. Le aseguro que estaba muy familiarizada con los remos y logramos cargar a los muchachos de la lancha en la barca sin necesidad de amarras. Durante varios días tuve los hombros acalambrados, pero no me importó. En adelante, cuando el equipo de socorrismo necesitaba colaboración, solían llamarme... por supuesto, de forma extraoficial.

Mary apoyó la cabeza en el respaldo de la mecedora. Tanta charla estaba agotándola.

—¿Quiere que lo dejemos por hoy? —preguntó Paul.

Mary negó con la cabeza.

—Todavía no he terminado —dijo. Había una historia que necesitaba contar... y esa historia era más fantasía que realidad. La había relatado de esa manera tantas veces que ya casi no recordaba la original—. Verá, finalmente fue mi valor, o quizá mi cabeza dura, lo que le costó la vida a mi esposo. En julio de 1964 estaba yo en lo alto de la torre y divisé a un hombre que nadaba en las cercanías de Río Kiss: parecía en dificultades. Bajé a la playa y me metí al mar en su busca. Cuando llegué a donde estaba, había perdido la conciencia, y resultaba pesado para mí; comencé a entumecerme y a hundirme. Caleb nos vio, bajó a la playa y saltó al agua para rescatarnos. Logró acercarse, pero fue demasiado para él, tenía sesenta y cuatro años. En ese mismo momento se le detuvo el corazón y cayó sobre la arena.

—Lo siento —dijo Paul—. Debió de ser trágico perder de ese modo a un ser querido.

Mary miró un momento al vacío.

—Sí, lo fue —dijo por fin. Alzó las manos y las apoyó en los muslos—. Bueno, creo que eso es todo por hoy.

—Por supuesto. —Paul apagó la grabadora y se puso de pie—. Gracias otra vez por su ayuda.

Mary lo observó mientras cruzaba la vereda y subía al coche. El relato la había fatigado, obligado a recordar cosas que no quería. También se acordaba de la noche en que le había contado lo mismo a Annie.

En ese entonces hacía sólo unos meses que conocía a Annie pero aun así se sentía con ella más cómoda de lo que nunca se había sentido con nadie, hombre o mujer. Nunca se había dado el lujo de tener una amiga y sentía que podía confiar en Annie a pesar de la diferencia de edad, que podía decirle la verdad.

Era una fría noche de enero, una de las muchas que pasaban juntas en aquella época. Alec se ocupaba en sus prácticas de veterinario pero Outer Banks estaba poco poblado y casi siempre atendía animales de granjas de tierra adentro. A menudo pasaba las noches fuera de casa ayudando a parir vacas y curando el cólico a los caballos, y dejaba sola a Annie durante demasiado tiempo.

Esa noche de enero Annie había llevado a Clay como casi siempre. El niño gateaba por la casa del faro, parloteaba con la media lengua característica de su edad y lo tocaba todo. Por fin, Annie lo acostaba en el pequeño dormitorio de arriba encajando almohadas alrededor para que no se cayera de la cama. A Mary se le oprimía el corazón cuando la oía desde su silla en el fuego. Imaginaba el cuarto de Caleb cuando niño, que se iluminaba por segundos. Annie cerraba las persianas y las cortinas, pero la luz se infiltraba de todas maneras y Clay caía bajo el influjo hipnótico. Dormía mucho mejor que en casa.

Al cabo de un rato bajaba Annie; Mary mantenía el fuego y servía coñac. Por primera vez desde hacía años, la mujer había forjado un vínculo con otro ser

humano.

La mayor parte de las noches se llenaban con la charla de Annie que a Mary le gustaba escuchar: le encantaba cómo deformaba las palabras con aquel acento tan particular. Hablaba acerca de Alec y cuánto lo adoraba, de Clay o de los trabajos con el cristal. En ocasiones mencionaba a sus padres, a quienes no veía desde que había conocido a Alec. No respondían a sus llamadas y le devolvían las cartas sin abrir. Una vez voló a Boston con su pequeño creyendo que no rechazarían la oportunidad de conocer a su único nieto, pero la recibió una doncella a la puerta diciéndole que no era bienvenida en casa de sus padres.

Le preocupaba que Alec tuviera que conducir con mal tiempo y trabajar al aire libre con animales grandes. Tenía las manos agrietadas y ásperas y, en una ocasión, se partió un brazo a causa de la terrible contracción de una vaca durante el parto. A veces lo acompañaba, pero Alec decía que aquello, en medio de la nada, con un viento que les desgarraba la ropa y les hacía arder los ojos, no era lugar para Annie ni, por cierto, para el niño. Por lo cual, Annie visitaba a menudo la casa de la farera.

Aquella noche fría en particular, mientras el coñac las entibiaba, resonaba suavemente esta vez en la sala la voz de Mary y no la de Annie. El fuego restallaba y chisporroteaba y, afuera, el océano rugía, pero la voz de la anciana era tranquila y firme. No sabía por qué, esa noche le había contado aquello a Annie, una parte secreta de sí misma que nadie conocía; tal vez la alentaran el silencio y la mirada amorosa de la muchacha.

Mary le contó las mismas historias que a Paul Macelli: cómo habían empezado a llamarla *El Ángel de la Luz* por sus acciones nobles y generosas.

—En ese sentido, Annie, tú te pareces a mí —dijo—. Tienes tan buen corazón... Siempre te preocupas por los demás y no piensas en ti misma. —Sorbió el coñac para darse ánimos—. Pero ahí acaba la comparación. En realidad, eres mucho mejor persona que yo, una mujer superior a mí.

Annie la contempló con las mejillas enrojecidas por el calor del fuego.

—¿Por qué dices eso?

Mary se encogió de hombros como si lo que fuera a decir le resultara fácil.

—Hay una parte de mí —dijo— que nunca he mostrado a nadie. —Miró a Annie directamente a los ojos—. Mi esposo era el mejor marido que cualquier mujer pudiera desear, paciente, bondadoso y fuerte. Sin embargo, a mí nunca me bastó. Quizá fuera por soledad, no lo sé, pero yo quería... —cerró la boca y contempló las llamas anaranjadas del hogar—... me habría gustado poseer a otros hombres —concluyó.

—¡Oh! —exclamó Annie—. ¿Es cierto?

—Sólo en mi imaginación. —Mary cerró los ojos—. Era un sentimiento muy intenso, un fuerte anhelo. Me avergüenza hablar de ello.

—No tienes por qué avergonzarte. Muchas mujeres piensan...

Mary interrumpió a Annie con un gesto.

—No como yo. Por las noches me quedaba despierta imaginando que estaba con otros hombres que conocía. Estaba acostada con Caleb e imaginaba que era otro. En ocasiones no podía concentrarme en el trabajo. Subía a la torre a pulir las lentes y en cambio me sentaba en el balcón y soñaba. Saludaba con la mano e imaginaba que los marineros volvían por la noche y llegaban hasta la playa a buscarme. Me entretenía pensar qué pasaría si colgaba una tela roja en la galería como contraseña de que Caleb no estuviera en casa y yo, disponible. Incluso compré la tela.

Mary sintió que se sonrojaba. ¡Una mujer de setenta y tres años hablando de aquellas cosas... debía de parecer una tonta!

—¿Colgaste la tela? —la aguijoneó Annie.

—No.

—Debía de ser doloroso —dijo Annie— desear algo con tanta intensidad y saber que no se podía hacer.

Mary sonrió. Annie comprendía.

—Por ese motivo quería yo trabajar con el equipo de salvamento —dijo—, de ese modo estaba rodeada de hombres y sentía la excitación de las mil cosas que podían pasar. Pero cuando estaba al límite, recobraba la sensatez. Me preguntaba qué derecho tenía a sentirme tan insatisfecha y a desear más de lo que tenía. Mary tamborileó en la copa con los dedos. Le habría gustado un cigarrillo, pero a Annie le molestaba que fumara.

—A veces me obligaba a dejar de pensar en algún otro, pero era una parte tan esencial de mi ser que sentía como si estuviera cortándome un brazo o una pierna. Incluso en la iglesia no podía dejar de fantasear. Unos me decían que Caleb no era suficiente para mí, otros que, siendo yo una mujer magnífica y Caleb un hombre tan sencillo, sólido y cabal, qué había visto en él. —Movié la cabeza—. Mi esposo era mil veces mejor que yo.

Annie se inclinó hacia delante en la silla; el fuego teñía de dorado el largo cabello rojo.

—Eres demasiado dura contigo misma.

Mary bebió un sorbo largo de coñac: le supo espeso como la miel. Miró a Annie.

—A Caleb lo mató mi insensatez.

—¿Qué quieres decir?

Mary movió la cabeza.

—Incluso contando mis sesenta y tres años, tenía yo la cabeza llena de pajaritos. Nadie sabe la verdad de la muerte de Caleb. ¿Eres capaz de guardar un secreto?

Annie asintió.

—Por las fechas en que cumplía treinta años, un pescador se enamoró de mí; coqueteamos con un posible romance y nos asegurábamos que cualquier día haríamos algo más que hablar. Por fin me convenció. Me señaló que estaba envejeciendo y pensé: «Es verdad. Tiene que ser ahora o nunca». Lo arreglamos para encontrarnos una noche una vez que Caleb hubiera salido, pero no se fue. Por lo tanto, fui a la playa a decirle a Chester que esa noche no podría ser. Seguramente no me creyó y pensó que estaba haciéndome de rogar, el caso es que comenzó a besarme allí mismo en la playa y yo trataba de apartarlo pensando que Caleb pudiera estar en la torre. Efectivamente, lo había visto y creía que Chester estaba atacándome. Voló escaleras abajo, salió a la playa y desafió a Chester. ¡Dos hombres de cabellos grises! —La anciana movió la cabeza—. Llegaron al agua y cada uno trataba de hundir al otro, pero Caleb era demasiado viejo para hacer aquello. En realidad eran dos viejos tontos peleándose como un par de indios salvajes. Cuando Caleb reaccionó, no logró recobrar el aliento y cayó muerto a mis pies.

Mary hizo una mueca al recordar ese momento: al principio no pudo creer que Caleb hubiera muerto, pero luego la culpa la abrumó.

—Unas semanas después del entierro de Caleb, Chester tuvo el valor de pedirme en matrimonio. Inútil es decir que lo rechacé. Había encontrado el remedio a mi viciosa fantasía pagando un precio demasiado elevado.

Mary habló un rato más y percibió un cambio en Annie: sintió que la invadía una especie de silencio. Se había envuelto los hombros en un chal y en ese momento se arropó más en él contemplando las llamas mientras la anciana hablaba. Después de un momento, oyeron un débil grito procedente del piso de arriba.

—Se ha despertado —dijo Annie en tono suave.

Mary asintió.

—Es mejor que te vayas a casa.

Annie se levantó y dejó caer el chal sobre la silla. Subió las escaleras con paso pesado y lento. Mary la oyó tranquilizar a Clay con arrullos y ronroneos cariñosos.

Cuando bajó, dejó al niño sobre el regazo de Mary.

—Antes de irme, avivaré el fuego —dijo.

Durante un rato removió los leños y Mary contempló las llamas en torno a la cabeza de la muchacha. Cuando por fin se incorporó y cogió a su hijo de brazos de Mary, tenía la cara sonrojada y desprendía calor de manos y ropa. No miró a la anciana a los ojos y Mary deseó no haber hablado tan abiertamente. Había arriesgado demasiado al contárselo, aquella amistad tan especial.

Mary se levantó y acompañó a Annie hasta el porche. La joven se volvió, abrazando con fuerza al niño para protegerlo del viento.

—Mary —dijo—, tus anhelos y fantasías... no te hacen una mala persona.

Mary contuvo un rápido y silencioso suspiro de alivio.

—No —dijo.

Contempló a Annie caminar en la oscuridad hasta el coche. A mitad de camino se volvió hacia ella y le dijo en voz tan suave que apenas pudo oírla sobre el bramido del mar:

—Mary, somos más parecidas de lo que supones.

La señal del faro la iluminó un instante y la mujer observó el brillo de las mejillas de la joven y la mano regordeta del niño que se alzaba para tocarle la barbilla. Luego el mundo volvió a oscurecerse.

Capítulo 36

Aquel jueves por la tarde, cuando llegó a casa del trabajo, vio el coche de Paul en el sendero. Olivia sintió una mezcla desconcertante de alegría y enojo. ¿Acaso tenía permiso para ir y venir cuando se le antojara? ¿Y si entraba en el cuarto de los niños y descubría la cuna?

Dentro, la casa olía a ajo, aceite de oliva y vino: los aromas familiares de la cocina de Paul. Olivia entró y Paul le sonrió de pie junto a la cocina, atareado con la sartén; sostenía un tenedor en la mano como una batuta y llevaba un delantal rojo bordado anudado a la cintura.

—Hola —exclamó—. Quise darte una sorpresa: *scampi*. —En una ocasión, hacía muchos años, Olivia le había dicho que los *scampi* de Paul le resultaban un afrodisíaco.

Dejó la cartera sobre la mesa.

—En el futuro, ¿harías el favor de avisarme cuando tengas intención de venir? —preguntó—. Me parece que no es justo que... aparezcas en esta casa cuando quieras.

Paul la miró sorprendido: no entendía por qué sus primeras palabras eran un desafío, por qué no saltaba de alegría al verlo.

—Aún pago parte de la hipoteca —dijo.

—No se trata del dinero —replicó Olivia—. Ya que me abandonaste, al menos, tengo derecho a cierta intimidad. —Tuvo deseos de mirarse el vientre para comprobar que no se notara el bulto delator.

El hombre dejó el tenedor sobre el aparador y se volvió.

—Tienes razón. Quería darte una sorpresa, hacer algo agradable, Liv. ¿Prefieres que me vaya?

La mujer movió la cabeza.

—No. —Su voz exhibió un matiz de seguridad que la asombró tanto como a Paul—, prefiero que te quedes —dijo con tono más amable—. Espera, voy a cambiarme de ropa.

En el dormitorio se puso el par de vaqueros que aún le entraban y una camiseta larga y amplia. Pronto tendría que rendirse y usar ropa de futura mamá. Entonces, la gente lo sabría y Paul también.

Volvió a la cocina.

—¿Puedo ayudar? —preguntó.

—Ya está listo —dijo el marido—. Tú siéntate. —Señaló la mesa de la cocina. Olivia aún no había sustituido la mesa del comedor.

La doctora se sentó y Paul le presentó una fuente de camarones cubiertos por una generosa capa de ajo y arroz integral. Tenía un talento natural para la cocina, era alguien capaz de preparar un manjar sorprendente sin consultar un libro de recetas. Siempre había tenido más inclinación por las tareas domésticas que Olivia. Habían pensado que él se quedaría en casa con los niños y ella saldría a trabajar.

Paul inclinó la botella de vino sobre la copa de la mujer, pero ella interpuso la mano.

—No, gracias —dijo, y Paul la miró sorprendido—. He dejado de beber durante un tiempo.

—¿Por qué?

Habría sido más simple dejar que le sirviera el vino. No tenía obligación de beberlo.

—He decidido purificar un poco mi vida —respondió.

El hombre se sentó.

—Esta noche esperaba embriagarte para poder seducirte.

Olivia sintió que se sonrojaba y bajó la mirada.

Paul alargó la mano y la apoyó sobre la de Olivia.

—En realidad, estás furiosa conmigo —afirmó.

—Has hecho cosas que, sencillamente, me cuesta mucho perdonar.

Paul asintió y se respaldó otra vez en la silla; se sirvió vino.

—No puedo culparte —dijo— pero hoy he hecho algo que seguramente aprobarás.

—¿Qué?

—He donado dos obras de Annie a la biblioteca.

Olivia sintió una genuina sorpresa.

—¿Sí?

El hombre bebió un sorbo de vino.

—Liv, no puedo dejar atrás el pasado sin más, pero me esfuerzo. Son aquellas escenas bajo el agua que tenía en la sala y la pequeña ovalada del coche. La bibliotecaria estaba atónita. Ahora que ella... ha muerto, esas vidrieras deben de valer mucho más. —Guardó silencio un instante como si la conciencia de Annie muerta aún le doliera—. Dentro de una semana o dos, en cuanto encuentre a quién donarlos, me desharé de los demás.

—Paul, eso es bueno. —Trató de sonreírle—. Desde luego necesitas dejar atrás esa historia, tanto si nos reconciamos como si no.

Paul se ruborizó.

—Olivia, ¿a qué juegas? ¿Estás tratando ahora de hacerte desear?

—No estoy jugando a nada en absoluto. —Lo miró, contempló los cálidos ojos castaños tras las gafas—. Me resulta difícil decidir cómo comportarme

contigo. Me aterroriza confiar en ti, bajar la guardia. Tengo miedo de comprometerme contigo, pues no sé si tú podrás comprometerte contigo mismo.

—Anteriormente estábamos bien —replicó el hombre—. Sólo necesitamos irnos de aquí.

Olivia comió en silencio unos momentos y luego lo miró otra vez.

—He recibido una oferta de trabajo —anunció— en el Emerson Memorial.

Le contó la llamada de Clark Chapman y en el rostro de Paul apareció una sonrisa. Dejó el tenedor, se inclinó sobre la mesa otra vez y volvió a cogerle la mano.

—Es una suerte, ¿no crees?, un buen augurio. Viviríamos en Norfolk y empezariamos otra vez. Liv, acepta. Llámalo esta misma noche.

La mujer movió la cabeza pero no retiró la mano.

—Necesito pensarlo —replicó—. No puedo precipitarme.

Después de la cena, Paul sirvió el *mousse* de frambuesa en la sala; Olivia se sentó en un extremo del sofá y él en el otro. La mujer se preguntó cómo podría hacer que se fuera antes de que la tocara. Al parecer, no tenía intenciones de marcharse. Se quitó los zapatos y estiró las piernas sobre el sofá.

—Volví a leer «*El desastre del Espíritu del Este*» —dijo Paul.

—¿Por qué?

—Quería sentirme cerca de ti. Me recordó lo que sentía en esa época, el día que te vi trabajando en aquel Servicio de Urgencias y me enamoré. ¿Te acuerdas de lo maravilloso que fue?

Olivia lanzó una risa amarga.

—Es cierto, fue maravilloso. Murieron cuarenta y dos personas. Fue estupendo. —En cuanto las palabras escaparon, Olivia lo sintió. Paul se levantó con expresión herida.

—Has cambiado —declaró—. Te has vuelto... insensible.

—Es que me da miedo acercarme a ti.

—Liv, ¿qué puedo hacer?

—Podrías deshacerte del resto de los trabajos de Annie.

Paul asintió.

—De acuerdo, mañana mismo.

La mujer sintió que la atravesaba un ramalazo de temor; comprendió que aunque Paul se deshiciera de todo rastro tangible de Annie O'Neill, tampoco así lo querría.

—Que hicieras el amor con esa mujer —dijo— es lo que más me duele. No puedes borrar el hecho y yo sentiría que el recuerdo perdurara en ti. Si alguna vez volviéramos a hacer el amor, creería que me comparabas con Annie o que imaginabas que era ella.

Paul pareció estupefacto.

—Oh, no. —Se sentó, y la abrazó—. Liv, te quiero —dijo—. Perdí la razón durante un tiempo, nada más. —Echó la cabeza de Olivia hacia atrás para besarla y ella lo aceptó: esperaba sentir cierta ternura hacia su marido pero deseó morderle los labios y hacerlo sangrar. Apartó la cabeza y cruzó torpemente los brazos sobre el vientre para que no la tocara.

El hombre se apartó.

—Supongo que no quieres que me quede esta noche.

Olivia movió la cabeza.

—Te echo de menos —dijo luego.

La mujer lo miró.

—Paul, yo también te echo de menos —dijo—, te he echado mucho en falta, pero necesito sentirme segura respecto a ti. Cuando hayas terminado con Annie y estés seguro por completo, llámame.

Permaneció sentada en el sofá mientras Paul se ponía los zapatos. El hombre se estiró para oprimirle la rodilla sin hablarle ni mirarla y Olivia notó que estaba a punto de llorar, que cuando saliera liberaría el llanto.

Cuando Paul se fue, Olivia se bajó el cierre del pantalón; lanzó un suspiro de alivio y aspiró una profunda bocanada de aire. Apoyó la mano sobre la curva suave del vientre y su mirada se sintió atraída por el teléfono. Eran las diez y treinta y cinco y no había sonado.

Alec.

Tuvo que reconocer la verdad: estaba embarazada de cuatro meses de su marido al que creía no amar, y amaba a otro enamorado a su vez de la esposa que había muerto.

Capítulo 37

El niño se movió.

Olivia permaneció inmóvil. A través de la ventana del dormitorio aparecía el primer tinte rosado del amanecer en el cielo, sobre el estrecho.

Otra vez. El aleteo de un pájaro.

Cesó. Olivia cerró los ojos y apoyó la mano en el vientre. ¿Lo habría soñado? No. Era demasiado real: el hijo de Paul.

Cuando volvió a abrir los ojos, el sol estaba alto y el cuarto resplandecía con clara luz amarilla. Se quedó quieta un instante y trató de percibir algo. Quizás había sido un sueño. Tal vez su imaginación.

Tenía el día libre; media hora después, aún en bata, recogió la *Beach Gazette* del porche delantero y la llevó a la cocina. Últimamente se ponía tensa al leer el periódico, pero esa mañana tendría que aparecer alguna mención de la dimisión de Jonathan como aspirante al Servicio de Urgencias.

Sí, había un artículo en primera plana. Manifestaba que Jonathan Cramer había dimitido repentinamente sin demasiadas explicaciones salvo la recapitulación de una complicada y turbia situación: dejaba que los lectores extrajeran sus propias conclusiones acerca de la súbita dimisión. «Esto no es suficiente», pensó Olivia, decepcionada.

Había comido la mitad del pastel de mora cuando llegó a la sección de cartas del lector. Hoy no las leería. Por lo general, había varias que la atacaban con furia por el manejo de la situación en el caso de Annie. Estaba a punto de pasar la página cuando advirtió la firma de la última carta: Alec O'Neill. La alisó otra vez y comenzó a leer.

Escribo para expresar mi aflicción por la publicidad desfavorable y los hostiles ataques contra la doctora del Servicio de Urgencias de Kill Devil Hills, quien intentó salvar la vida de mi esposa, Annie Chase O'Neill. Como veterinario, soy consciente de la posibilidad del error humano en las decisiones médicas, en particular bajo las condiciones apremiantes de un caso traumático. Aun así, estoy convencido de que la doctora Simon adoptó las decisiones pertinentes en sus intentos por salvar la vida de Annie. Comprendo el enfado general y la necesidad de buscar un chivo expiatorio, porque yo mismo he experimentado sentimientos parecidos en los últimos siete meses, pero aquellos que conocieron el espíritu generoso de Annie, sabrán que ella

jamás habría calumniado a otra persona o intentado destrozar la carrera o la vida de nadie. Si se repasa la actividad de Annie en Outer Banks, su campaña a favor de Mary Poor, la farera de Río Kiss, hasta su última batalla por evitar que se echara de la escuela a un niño con sida, se comprenderá que concentraba sus energías en ayudar a los demás. Atacar a la persona que arriesgó su propio bienestar tratando de curarla no es una manera de honrar el recuerdo de Annie.

Es absurdo creer que una mujer con dos orificios en el corazón pudiera soportar un vuelo de cuarenta y cinco minutos hasta el quirófano más próximo. La doctora Simon fue más allá de su deber al atender a Annie en nuestro Servicio de Urgencias local, en lugar de lavarse las manos y enviarla a Emerson, lo cual habría significado una muerte segura. La doctora merece nuestro apoyo y no nuestras críticas.

Olivia olvidó el pastelillo y leyó la carta dos veces. Llamó a Alec, pero le respondió el contestador automático y colgó. Llamó al hospital veterinario; cuando la atendió la recepcionista, sintió pánico. No podía interrumpirlo. Sin duda, estaría ocupado.

—Estoy preocupada por mi gata —dijo; se dio cuenta de que había aprendido la artimaña del mismo Alec cuando le contaba cómo había concertado una cita médica con su propio suegro—. Quisiera saber cuándo podría ver al doctor O'Neill.

—¿Cuál es el problema?

—Debe de ser la piel. —Olivia echó una mirada a la sala: *Sylvie*, hecha un ovillo y muy satisfecha, estaba acurrucada sobre una silla de caña—. Desde hace unos días se rasca como enloquecida.

—Puedo darle una cita para esta tarde, alrededor de las cuatro y media. ¿Le parece bien?

—Sí.

—¿Su nombre, por favor?

—Señora de Macelli. —Temió que «Olivia Simon» le resultase un nombre familiar a la muchacha.

En la sala de espera del hospital veterinario había tres perros; Olivia dudó de que fuera justo utilizar a *Sylvie* de ese modo. La gata temblaba en sus brazos, pero cuando pasaron al pequeño consultorio y esperaban a Alec, se tranquilizó. Olivia pensó que había cometido un error. A la doctora no le gustaba que nadie interrumpiera su horario de trabajo por problemas personales. Ya había puesto

la mano sobre el pomo de la puerta cuando Alec entró desde el lado opuesto de la habitación.

—Olivia. —Estaba confundido. Por lo demás, tenía un aspecto magnífico. Hacía casi una semana y media que no lo veía y el bronceado contrastaba con la bata blanca—. ¿Qué le pasa a *Sylvie*?

—Absolutamente nada. —Olivia esbozó una sonrisa tonta—. Lo siento, Alec. Sólo quería agradecerte la carta que escribiste para la *Gazette*; en casa no contestabas y no podía esperar a decírtelo.

Alec sonrió. Tomó a *Sylvie* de los brazos de la mujer y la gatita se acurrucó contra su pecho mientras él le sacudía las orejas.

—No necesitas un pretexto para venir a verme —dijo.

Olivia sintió que el color le subía a las mejillas. Era una actitud adolescente.

—Tu carta me proporcionó un alivio enorme —reconoció—. No merecías la flagelación pública.

—Bueno, modifique tu carta la situación o no, quería que supieras que estoy muy agradecida de que la hayas escrito y de que opines de ese modo. No estaba segura.

Alec miró a *Sylvie*. Ronroneaba y repasaba sus garras por el bolsillo de la bata blanca.

—Siento no haberte llamado —dijo Alec, y volvió a mirar a Olivia—. Considero que las últimas semanas habrías necesitado apoyo, pero...

—No te disculpes. No he venido a recibir disculpas.

—Es que comenzó a resultarme un poco incómoda nuestra creciente intimidad —dijo.

—Debes de pensar mal de mí por haber llegado hasta ese punto.

—Claro que no. Últimamente no contabas demasiado con la presencia de un esposo y yo no tenía nada parecido a una esposa... ¿Te preocupa?

—Me siento avergonzada.

—Por favor, no.

—Bueno, permite que me vaya y así podrás seguir atendiendo a tus verdaderos pacientes. —Cogió a *Sylvie*, pero Alec se ladeó para seguir con la gata en brazos.

—No tan rápido —dijo—. Dime qué tal estás.

En la mente de Olivia se agitaron los acontecimientos de la última semana. Paul había regresado y tenía remordimientos. Pero ella no quería hablar de Paul.

—Estaba a punto de comenzar un nuevo trabajo —le contó— pero Tom decidió que no quería seguir enseñándome.

—¿Por qué? —De pronto, los ojos de Alec se abrieron—. Espero que no se trate de Annie.

La mujer asintió.

Alec se puso ceñudo.

—Eso es ridículo. Hablaré con él.

—No, por favor, no lo hagas. Sólo empeoraría las cosas.

—Entonces, ¿qué harás con los cristales esmaltados? ¿Lo vas a dejar?

—Ya me las arreglaré.

—Tengo un montón de herramientas de Annie en casa que no usa nadie. ¿Por qué no vas a ver si hay alguna que te sirva?

El alivio de la mujer no guardó proporción con la oferta de Alec.

—¿Hay afilador en tu casa?

Alec asintió.

—Ven esta noche. —Le entregó a *Sylvie* y sus dedos pasaron en ligera caricia sobre el pecho de Olivia a través de la blusa—. Sin duda estarán mis hijos. Ellos pueden vigilarnos y evitar que nos metamos en problemas.

Olivia puso la mano en el picaporte pero no hizo ademán de irse. Lo miró.

—Esta mañana he sentido al niño que se movía.

Alec entrecerró los ojos y la mujer no pudo descifrar su expresión. Incómoda, se encogió de hombros.

—Necesitaba decírselo a alguien —dijo, y abrió la puerta.

—Olivia —dijo Alec, y la mujer se volvió otra vez—, es a Paul a quien tendrías que contárselo.

Capítulo 38

Por primera vez después de siete meses, Alec sacó del armario del vestíbulo el maletín de herramientas y el afilador de Annie y los llevó al estudio. El maletín, confeccionado en blando cuero marrón, estaba polvoriento, y el solo verlo fue suficiente para provocarle un doloroso vacío en el pecho. Antes de abrirlo, le quitó el polvo con papel tisú, lo extendió sobre la antigua mesa de trabajo de Annie y se armó de valor al sentir el olor, aquel aroma antiguo y familiar, metálico y jabonoso al mismo tiempo: una mezcla de Annie y sus herramientas.

Los instrumentos no encajaban en los bolsillos correspondientes sino que estaban arrojados al azar, tal como su mujer los habría dejado. Pinzas, tenazas, rollos de soldadura, láminas de cobre y tijeras de tres hojas. Le producía cierta incomodidad que lo viera Olivia, que supiera exactamente cómo había sido Annie en su caótica gloria. La veía sentada en el estudio luchando con el cabello que se deslizaba sobre su trabajo. Aferraba la masa de cabello en las manos, le daba una vuelta y lo empujaba por encima del hombro: era un gesto inconsciente que le había visto hacer desde que se conocían. Sería mejor darle a Olivia las herramientas y que revivieran.

—¿Por qué sacas las herramientas de mamá?

Se volvió y vio a Lacey en la puerta. El cabello estaba creciéndole y el rojo y el negro se alternaban en un dibujo casi cómico.

—Le voy a prestar algunas a Olivia Simon.

—¿Es que no usa las de Tom?

—En este momento, Tom ya no le enseña, y la doctora ha llegado al nivel en que necesita sus propias herramientas, así que yo le propuse que echara una ojeada a las de mamá.

—¿Vendrá aquí? —Los ojos de Lacey se agrandaron—. Creía que ya no salías con ella.

—En realidad, nunca he salido con ella, Lace. Es una amiga, ya te lo expliqué.

Lo asaltó la duda: ¿había hecho bien en invitar esa noche a Olivia a casa? Podría haberle llevado las herramientas a la suya. Surgió en su memoria el recuerdo de lo ocurrido en casa de Olivia y sacudió la cabeza. Bueno, en todo caso podía llevárselas al consultorio.

Sonó el timbre y oyó que Clay se precipitaba escaleras abajo para abrir. Ya le había dicho que iría a visitarlos Olivia y había obtenido una respuesta de un definido matiz lascivo poco habitual en Clay. Alec oyó la voz de Olivia a la entrada y la réplica risueña de Clay.

—Tengo que estudiar —declaró a su vez Lacey; y en lugar de salir por la puerta que daba a la sala, salió por la que comunicaba con la cocina para no tener que saludar a Olivia.

Olivia y Clay entraron en el estudio.

—Voy a salir, papá —dijo Clay.

Alec levantó la vista de las herramientas.

—Bueno, que te diviertas.

Olivia sonrió mientras veía a Clay salir de la habitación.

Llevaba un jersey de rayas blancas y rosas con la cintura suelta. «Le queda perfecto —pensó Alec—, es el camuflaje ideal.» Nadie podría darse cuenta de que estaba embarazada.

—¡Es increíble cuánto se te parece tu hijo! —dijo; apoyó el bolso en una silla junto a la mesa de trabajo. Su mirada tropezó con el maletín de herramientas—. ¡Ah!

—Están desordenadas —dijo Alec—. Annie podría encontrar lo que necesitara sin problemas, pero yo no.

—Creo que me las arreglaré. —Olivia lo miró y al hacerlo descubrió las ventanas ovales a través de la puerta del estudio—. ¡Oh, Alec! —Cruzó la sala y se acercó a ellas. Afuera aún había luz, y los dibujos y los colores exhibían toda su vitalidad—. Qué hermosos.

Alec se quedó junto a Olivia.

—A tu marido también le gustaron.

—¿De veras? —Señaló el del centro—. ¿Por qué dejó este cristal transparente?

—No lo hizo. Lo rompí yo hace un par de semanas. Le tiré un vaso.

La doctora lo miró.

—No creí que fueras un tipo violento.

—Normalmente, no lo soy.

—¿Querías tirarlo contra alguien?

—Creo que contra Dios. —Se rió y Olivia le rozó el brazo—. Tom está intentando arreglarlo. —Se encaminó a la cocina y la mujer lo siguió—. ¿Quieres té frío?

—Sí, por favor.

El hombre sacó la jarra de té frío del refrigerador y cogió dos vasos verdes del armario sobre el fregadero.

—¿Y cómo está Olivia? —preguntó mientras servía el té—. En realidad, no te he llamado desde el día que fuimos a Norfolk.

Olivia recibió el vaso de té y se apoyó contra el aparador.

—Olivia está un tanto confundida. —Bajó la mirada al vaso; las pestañas oscuras y espesas se destacaban contra las mejillas—. Desde la última vez que

hablamos han sucedido muchas cosas: entre ellas, me he convertido en la médica menos popular de Outer Banks.

Alec movió la cabeza.

—Lo siento.

—Pero el otro día recibí una oferta de trabajo. El director del Emerson Memorial me llamó para ofrecirme un puesto en el equipo de terapia intensiva.

—¿Sí? —Alec apoyó el té en el aparador; estaba algo desconcertado—. ¿Vas a aceptarlo?

—No sé. Me gusta esta ciudad y me gustará aún más cuando la gente vuelva a confiar en mí. Pero hay otra cosa. —Sorbió el té y miró a Alec por encima del borde del vaso. Sus ojos tenían el mismo matiz verdoso—. Paul ha vuelto cambiado —dijo—. Se muestra muy atento conmigo.

La sonrisa de Alec se congeló.

—Olivia, eso es magnífico. ¿Ha acabado con esa obsesión?

—No creo que haya terminado con esa historia, pero se esfuerza en ello. Sin embargo, Paul dice que Outer Banks se la recuerda y quiere que nos marchemos de aquí.

—Ah. En ese caso, el puesto de Norfolk sería ideal. —Tomó el vaso de té y se encaminó al estudio—. Ya sabía yo que era cuestión de tiempo —dijo. Pero quería saber más, si habían hecho el amor—. ¿Le hablaste del embarazo?

—Todavía no.

Estaban otra vez en el estudio, otra vez con las herramientas de Annie, y ese olor fue demasiado intenso para Alec.

—Olivia, eso lo resolvería —dijo—. Paul es tan romántico... Cuando le digas...

—Aún no puedo.

—Pronto lo descubrirá, ¿no crees?

Olivia contempló el jersey de rayas blancas y rosas que le caía suelto sobre el vientre.

—¿Es tan evidente?

—Al mirarte no se nota. Pero... supongo que... él es tu marido... —Sintió que se sonrojaba y Olivia sonrió.

—Aún no le permito que se acerque demasiado.

—Ah, entiendo. —Quitó el bolso de Olivia de la silla—. Siéntate.

En ese mismo momento sonó el teléfono y Alec lo atendió en el escritorio. La operadora le comunicó una urgencia en el hospital veterinario. Se trataba de un perro con una esquirla en un ojo.

Sonriendo, Alec colgó y le explicó la situación a Olivia. —Fuiste tú quien me convenció de volver al trabajo —dijo—. Elige las que necesites. —Señaló las herramientas—. No sé cuánto tardaré; no te sientas obligada a esperarme. Si necesitas algo, Lacey está en casa.

Subió las escaleras para avisar a Lacey de que se iba. La niña estaba sentada en la cama con libros y papeles desparramados alrededor, y la radio aullaba una música enervante.

—Olivia estará buscando entre las herramientas de mamá. No sé a qué hora volveré yo.

—¡Papá! —gimió—. Si te vas tú, dile a ella que se vaya también.

—Lace, acaba de llegar. Llamaré si se me hace demasiado tarde.

Salió de la habitación antes de que Lacey pudiera seguir protestando y bajó las escaleras. Se detuvo en la puerta del estudio, pero Olivia estaba muy concentrada. Tenía una hoja de papel cuadriculado sobre el regazo e, inclinada sobre él, se mordía pensativa el labio inferior y sujetaba en la mano unas tijeras. Se fue sin interrumpirla.

Al salir lo envolvió el aire húmedo y salado. El coche de Olivia estaba cubierto por una neblina tenue y brillaba a la luz rosada del atardecer; Alec rozó con la mano el lateral tibio y liso mientras salía a la calle en busca del suyo.

Lacey apareció en la puerta del estudio. Olivia levantó la mirada del maletín de herramientas; la impresionó el aspecto de la niña, parecía mayor de lo que determinaban sus catorce años.

—Hola, Lacey —dijo—. ¿Cómo estás?

—Muy bien. —Lacey entró en el estudio y arrastró la silla del padre desde el escritorio hasta la mesa de trabajo.

Se sentó abrazando las rodillas, con los pies descalzos sobre la silla. Era difícil mirarle el cabello y no reír.

—¿En qué estás trabajando? —preguntó.

Olivia pensó un instante. No podía decirle que estaba haciendo una vidriera para el cuarto del niño: cómo decírselo a Lacey si Paul no lo sabía todavía.

—Estoy haciendo una hoja para uno de los dormitorios —dijo.

—¿Has hecho el boceto? Mamá siempre trabajaba con uno.

—Sí.

Olivia alzó el papel cuadriculado y lo puso sobre la mesa. Acostumbrada al tipo de obras que ejecutaba la madre, los globos debían de parecerle demasiado simples a Lacey. Pero la niña sonrió.

—Es bonito —dijo; el tono era sincero. Miró a Olivia que sacaba un rollo de cobre del maletín—. No le dijiste a mi padre que me habías visto en el Servicio de Urgencias ¿verdad? —dijo.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque lo que sucede en el Servicio de Urgencias es confidencial. —Miró a Lacey—. ¿Cómo está tu amigo? El chico que había tomado *crack*.

Lacey frunció la nariz.

—No es amigo mío. Es de Richmond. De todos modos, era un estúpido.

Olivia asintió.

—Puso su vida en grave riesgo.

—No le importaba. Algunas personas llevan una vida tan difícil que no les importa.

La niña cogió uno de los rollos de soldadura y comenzó a jugar con él. Se mordía las uñas; tenía las yemas de los dedos enrojecidas. Tras una apariencia ruda se ocultaba una niña asustada.

—Tu padre me ha comentado que tienes una colección de muñecas antiguas —dijo Olivia.

—Sí. —Lacey no levantó la vista—. Mi madre solía regalármelas para mi cumpleaños.

—¿Puedo verlas?

La muchacha se encogió de hombros, se levantó y Olivia la siguió escaleras arriba. Pasaron por lo que debía de ser el dormitorio principal, con una hermosa cama de dosel cubierta por una manta. Lacey abrió la puerta de su dormitorio y Olivia no pudo reprimir la risa.

—¡Oh, Lacey, es fantástico! —dijo.

Un anaquel recorría tres de las paredes y sobre él estaban las muñecas de ojos enormes, acicaladas con primorosos vestidos fruncidos. Por sobre y debajo de las muñecas había posters de grupos de *rock*: muchachos con pantalones de cuero, los torsos desnudos, el cabello largo, aros en las orejas y miradas insolentes.

Lacey sonrió ante la reacción de Olivia.

—Este cuarto debe de ser una buena muestra de tu personalidad —comentó Olivia.

—¿Qué quieres decir?

—Que eres mitad ángel y mitad demonio.

—Creo que tres cuartos de demonio.

Olivia vio los libros de texto sobre la cama.

—¿Qué estás estudiando?

Lacey gimió.

—Biología y álgebra.

Olivia cogió el texto de biología y lo hojeó; recordó que se había sentido entusiasmada con el suyo en la escuela secundaria, y cómo lo había leído hasta la última página durante la primera semana de clase.

—¿Qué haces ahora?

—La genética —Lacey cogió una hoja de la cama—. Son mis deberes. Odio esta materia. Tengo que hacer esta genealogía en forma de cuadro y es como estudiar chino.

Olivia miró la hoja y luego a Lacey.

—Déjame ayudarte.

La niña se ruborizó.

—No estás obligada.

—Me encantará hacerlo. —Se quitó los zapatos y se sentó sobre la cama deshecha de Lacey—. Ven —dijo señalando un lugar junto a ella.

Lacey se sentó al lado de Olivia y la doctora le explicó las tablas de Punnett y los genes dominantes y recesivos hasta que Lacey comenzó a comprender los conceptos. Estaban comparando los respectivos lóbulos de las orejas y plegando las lenguas, con grandes muecas, cuando oyeron que *Tripod* bajaba las escaleras ladrando.

—¿Hay alguien en casa? —exclamó una voz de mujer desde la cocina.

—Es Nola —explicó Lacey. Alzó la voz—. Estamos aquí arriba, Nola.

Oyeron pasos en las escaleras: una atractiva rubia vestida con traje oscuro apareció en la puerta del dormitorio con un pastel en las manos. Olivia recordó que era la mujer que tenía «intenciones» con Alec.

—Discúlpame, Lacey —dijo Nola—, no sabía que estuvieras ocupada.

Olivia se inclinó hacia delante y tendió la mano a Nola.

—Soy Olivia Simon —se presentó.

—Es una amiga de papá —explicó Lacey.

—Estoy ayudando a Lacey a estudiar biología. —Olivia sintió que le debía a Nola alguna explicación—. Alec atiende a una urgencia en el hospital veterinario.

—Oh. —Nola pareció confundida. Acomodó un mechón de cabellos claros sobre la oreja—. Bueno, le he traído este pastel. Lacey, ¿se lo dirás?

—Claro.

—Lo dejaré en el aparador de la cocina. Es de moras de ruibarbo, el preferido de Alec.

Nola salió de la habitación; ninguna de las dos habló hasta que oyeron cerrarse la puerta trasera de la casa.

—Es la madre de mi mejor amiga —dijo Lacey—. Creo que también quiere ser la mía.

—Quieres decir... ¿casarse con tu padre?

—Exacto.

—¿Te gustaría?

—Sí, me gustaría tanto como morir aplastada por una manada de elefantes.

Olivia rió.

Lacey dibujó pequeños círculos en una esquina del papel de los deberes escolares.

—No creo que mi padre quiera volver a casarse.

—¿No?

Lacey negó con la cabeza.

—Quiso mucho a mi madre.

Olivia contempló la hilera de muñecas. Tenían un aspecto fantasmal, con aquellos enormes ojos fijos.

—Estas muñecas te ayudarán a recordarla —dijo—. ¿Cuál es tu preferida?

Lacey se puso de pie, fue al otro extremo de la habitación y cogió una de las muñecas del estante: tenía el cabello negro y representaba a una niña pequeña. Se dejó caer sobre la cama y apoyó la muñeca en el regazo de Olivia; en ese momento oyeron un coche que entraba a la casa.

—Es papá —comentó Lacey, pero no se movió del lado de Olivia.

—Olivia —llamó Alec desde el estudio.

—Estamos arriba —dijeron a coro Lacey y Olivia; la niña rió.

Lo oyeron trepar las escaleras; apareció en la puerta del cuarto y no pudo disimular la sorpresa al verlas juntas como antiguas amigas: Lacey abrazaba el libro de biología y Olivia tenía la muñeca sobre el regazo.

—Hola. —Sonrió.

—¿Cómo está el perro? —Olivia se levantó.

—Sobrevivirá.

—Olivia está ayudándome con la biología.

—Y ha venido Nola a dejar un pastel para ti —dijo Olivia. Allí de pie, descalza, se sentía parte de la casa, como una presencia bienvenida en el dormitorio de la hija de Alec—. Ha dicho que era de ruibarbo, tu preferido.

—Seguro que se ha despellejado los dedos recogiendo las moras.

—Lacey, no seas traidora —dijo Alec, pero la risa bailoteaba en su sonrisa. Miró a Olivia—. ¿Quieres un trozo de pastel?

—¡Sí! —Lacey saltó de la cama—. Lo cortaré yo.

Alec miró a Lacey que salía corriendo de la habitación y bajaba las escaleras. Se volvió a Olivia.

—Está actuando como un ser humano —dijo. Pasó los dedos por el brazo de ella y le sacudió la mano antes de soltarla—. ¿Cómo lo has conseguido?

Camino a casa, el ánimo de Olivia era ligero. Canturreaba mientras entraba en el sendero y sonrió al subir los escalones de entrada, pero estuvo a punto de caerse al tropezar con un enorme ramo de flores que había en el porche. El aroma le invadió la cabeza cuando se arrodilló para leer la tarjeta.

Habría preferido que estuvieras en casa para dártelo personalmente, Liv; te quiere,

Paul

Capítulo 39

Una vez más, la reunión de la comisión tuvo lugar en casa de Alec. Paul habría preferido que se realizara en cualquier otro sitio, pero pensó que era algo así como una prueba: le demostraría que era capaz de estar en casa de Annie sin sucumbir a los recuerdos. Esa mañana había regalado otras dos obras; sólo le quedaban el *vitraux* grande del dormitorio y algunas otras piezas pequeñas diseminadas por la casa. Por cierto, había sido lo más difícil que había tenido que hacer en la vida, pero era necesario. No podía continuar como hasta entonces.

La noche pasada había visto a Olivia en el noticiario. Un periodista la entrevistaba a la puerta del Servicio de Urgencias; recababa un comentario sobre el cambio de la opinión pública a partir de la renuncia de Jonathan Cramer y la publicación de la carta de Alec en la *Gazette*.

—El caso de la señora O'Neill nos alerta de que resulta imprescindible contar con servicios de urgencia más eficaces en Outer Banks —decía Olivia—, y el próximo director del Servicio de Urgencias de Kill Devil Hills tendrá que trabajar en pos de ese objetivo.

Estaba muy atractiva con la bata; parecía brillante y sostenía con perfecto control la entrevista. Al verla en esas circunstancias, Paul se inspiró para escribir un poema... ¿cuánto hacía que no le sucedía?, y al día siguiente lo dejó en un sobre en el buzón de Olivia, camino de la reunión.

Poco más tarde, en la cocina de Alec, lo acometió una sensación de *déjà vu*. Alec llenaba bandejitas con *pretzels* y maíz inflado mientras él servía vasos de vino en otra grande. Pero esta vez, Paul evitó mirar el caballito azul esmaltado del anaquel que había frente a él.

Echó una mirada a Alec.

—Olivia me comentó que intervinisteis ella y tú en sendas charlas en Norfolk hace un par de semanas.

—Sí —dijo Alec. Sacó servilletas de un armario bajo el fregadero—. Olivia se desenvolvió de un modo estupendo.

—Te agradezco que escribieras esa carta a la *Gazette* —dijo Paul—. La ayudó mucho.

—Era lo menos que podía hacer.

Paul inclinó la botella sobre otra copa.

—Los últimos meses han sido un infierno para Olivia —dijo— y yo no la apoyé demasiado. Necesitaba pensar en muchas cosas.

Alec se encaminó hacia la sala con la entremesera y las servilletas, pero se detuvo, miró a Paul y sus labios se abrieron en una lenta sonrisa.

—Cuídala bien, ¿de acuerdo? —Miró más allá de Paul y vieron a una niña en la puerta que comunicaba la cocina con el estudio—. Es mi hija Lacey —presentó Alec—. Lacey, Paul Macelli, el marido de la doctora Simon.

Alec salió de la cocina y Paul sonrió a la niña. Era alta, de piel clara y tenía los mismos ojos azules que Annie, pero el cabello mitad negro y mitad rojo. La vio coger un puñado de *pretzels* de la bolsa que había sobre el aparador.

—Tú eres el que se equivocó con mi edad. —Se apoyó contra uno de los armarios.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Paul, apoyando la botella. Aquel cabello era ridículo.

—En el artículo que escribiste sobre mi madre en *Seascape* pusiste que yo tenía doce cuando en realidad tenía trece. Ya he cumplido los catorce.

Paul frunció el entrecejo.

—Te juro que tu madre me dijo que tenías doce.

La muchacha se metió un puñado de bizcochos en la boca.

—Se rieron todos de mí cuando apareció el artículo —dijo masticando—. ¡Dios, doce años, por favor! —Lo miró desaprobadora, entrecerrando los ojos mientras pasaba junto a Paul—. Papá, voy a salir —gritó hacia la sala, y desapareció por la puerta trasera.

Paul se quedó mirando cómo se iba. Podía jurar sobre uno de los *vitraux* de Annie que le había dicho que la niña tenía doce años.

Durante la reunión, se sintió inquieto. Alec comentó los progresos que se hacían en relación con el traslado del faro. Ya se estaba construyendo la plataforma, y el nuevo emplazamiento bullía de ingenieros y proveedores.

Paul casi no escuchaba. Las madres no se equivocan con la edad de los hijos. La madre de Paul era capaz de recitar las edades de sus seis hijos en cualquier momento. Existía una sola razón por la cual Annie habría mentido con respecto a la edad de Lacey.

En cuanto finalizó la reunión, Paul se despidió de Alec y prácticamente escapó hacia el coche. Condujo en trance hasta la casa y al llegar comenzó a revolver las cajas de grabaciones que tenía en una habitación desocupada. Encontró las tres cintas en que había registrado las entrevistas con Annie y las llevó al dormitorio junto con la grabadora. Se sentó en la cama y las repasó utilizando el avance rápido hasta encontrar lo que buscaba. Aspiró profundamente y encendió el aparato.

Oyó el tintineo de vajilla en una mesa del Sea Tern. Luego, su pregunta.

«—Háblame de tus hijos.

»—Bueno...»

La voz de Annie lo sobresaltó. Hacía tiempo que no la escuchaba. Un poco ronca, y en este punto, algo vacilante. En ese momento, escuchando la manera lenta y cuidadosa de hablar, comprendió el motivo de su vacilación.

«—¿Qué quieres que te cuente de ellos?

»—Todo —respondió Paul en la grabación—. Ya veo que no les pusiste Rosa y Guido.»

Ahora, oyendo su propia pregunta, Paul recordó la mirada furiosa que le había lanzado Annie.

«—Prometiste no... —dijo Annie, y el hombre se apresuró a interrumpirla.

»—Lo siento. Muy bien. ¿Clay y...?

»—Lacey.

»—Lacey. ¿Cuántos años tienen?

»—Clay tiene diecisiete y Lacey doce.»

Paul presionó el botón de rebobinado.

«—... doce años», repitió la voz de Annie en la cinta.

Paul apagó el aparato y cerró los ojos. Había un solo motivo para que Annie mintiera. Recordó a la niña que había visto en la cocina de Alec, la muchacha con ojos de Annie, el cabello de Annie que se abría paso a través del negro, y una vez que comenzó a pensar, ya no pudo detenerse.

Paul recibió el diploma de *master* en comunicaciones a los veinticuatro años. Vio desplegarse el futuro ante sí y descubrió una brecha que sólo una persona era capaz de cerrar. Hacía cuatro años que no veía a Annie, desde que lo había abandonado en el colegio de Boston para establecerse por su cuenta. Paul no podía buscar trabajo ni comprometerse con el futuro si no hacía un último intento para incluir a Annie consigo.

A finales de primavera se trasladó a Nag's Head; alquiló un apartamento con servicios incluidos a doscientos metros del mar. Se presentó a una prueba para un papel en *La colonia perdida*, una obra sobre la historia de Outer Banks que se representaba todos los veranos en Manteo, y lo aceptaron sin dificultades. Encontró el teléfono de Alec y Annie en la guía, pero no llamó. En cambio fue en automóvil hasta la dirección que figuraba: era una pequeña cabaña en Kitty Hawk. Llegó por la mañana muy temprano y aparcó un poco antes; se sentó a tomar café sin apartar los ojos de la casa. Alrededor de las siete vio a un hombre alto de cabellos oscuros que salía de la cabaña y subía a un camión baqueteado que había allí aparcado. Debía de ser Alec. Mientras lo veía alejarse, Paul sintió una mezcla de odio y envidia. Esperó quince minutos más para asegurarse de que no hubiera olvidado algo y regresara y entonces, cogió el coche y condujo hasta la cabaña. Se examinó en el espejo retrovisor; en cuatro años no había cambiado demasiado. Aún usaba las mismas gafas con montura de metal. Llevaba el cabello un poco más corto, pero eso era todo.

Salió del coche, caminó hasta la puerta de entrada y llamó antes de arrepentirse.

Annie abrió la puerta. Por un instante pareció no reconocerlo, luego lanzó un grito de alegría.

—¡Paul!

Le abrió los brazos y Paul la estrechó, riendo aliviado. Detrás de Annie lo observaba un niño pequeño, sentado sin moverse en un parque. Incluso a esa distancia, Paul vio los claros ojos azules que, sin duda, se parecían a los del padre.

Prolongó el abrazo una fracción de segundo y Annie se liberó con el rostro sonrojado.

—¡Oh, Paul! —exclamó, sosteniendo una mano del joven entre las suyas—. Siento haberme comportado de aquella manera cuando nos separamos. Luego me sentí mal. Me alegro de tener esta oportunidad de decírtelo. —Tironeó de él para que entrara—. Pasa, entra. —Se apartó, puso las manos en las caderas y lo observó—. Paul, tienes buen aspecto —afirmó.

—Tú también. —Se veía radiante.

—Éste es Clay. —Se inclinó sobre el parque y cogió al pequeño en brazos.

Paul tocó la mano del niño.

—Guido —dijo en voz suave.

Annie pareció confundida y luego rió.

—Lo había olvidado. Y Rosa, ¿no es cierto?

—Sí —dijo sintiendo una inmensa tristeza—, Rozer.

Annie miró a su hijo.

—¿No saludas, precioso?

El niño hundió la cabeza en el hueco tentador del cuello de su mamá.

—Tiene sueño —explicó Annie a Paul. Volvió a dejar a Clay en el parque y lo cubrió con una manta liviana—. ¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó—. ¿Estás de vacaciones? ¿Con quién? —No esperó las respuestas—. Me gustaría que conocieras a Alec... a menos que te resulte difícil. —Se dejó caer en el sofá—. ¡Oh, Paul!, ¿pudiste perdonarme? El modo en que me comporté fue espantoso, pero estaba tan confundida, con la enfermedad de mi padre y todo aquello...

—Lo sé. —Se sentó junto a la mujer en el sofá y le cogió la mano—. Me quedaré al menos durante el verano —dijo; la sonrisa de Annie se congeló de modo evidente y Paul intentó ignorarlo.

—¿Todo el verano? —preguntó Annie.

—Sí. Me han dado un papel en la obra *La colonia perdida*.

—Eso es maravilloso —exclamó la mujer, pero el tono expresaba dudas.

—Y he alquilado un apartamento en Nag's Head.

—¿Estás solo?

—Sí.

Entonces, Annie empezó a comprender.

—¿Por qué aquí, en Outer Banks?

—¿Tú qué crees?

La mujer movió la cabeza y apartó la mano de Paul.

—Paul, estoy casada.

—¿Y eres feliz?

—Sí, lo soy. He cambiado mucho. Ya no soy tan... salvaje. Tengo esposo e hijo y he asumido mis responsabilidades.

—Bueno, ¿puedo verte de vez en cuando como dos viejos amigos que se encontraran para almorzar?

—Si pretendes algo más de mí, no. —Cruzó los brazos sobre el pecho y se apartó de Paul.

—Annie, aceptaré lo que quieras darme, aunque signifique un solo almuerzo durante todo el verano.

Anotó su número telefónico en una libreta que había sobre la mesita de café, la abrazó otra vez y se fue, decidido a esperar al menos una semana hasta volver a verla.

La obra fue su salvación. El papel era exigente y la camaradería del elenco absorbía el tiempo de Paul durante el día con los ensayos. No obstante, por la noche no podía dejar de imaginar a Annie en la cabaña, acostándose complacida con su esposo alto de ojos claros.

La colonia perdida se estrenó una noche húmeda que hacía insoportables los pesados trajes de la obra, pero se había reunido una multitud entusiasta de turistas. En el entreacto, Paul salió del escenario complacido. Recogía una botella de gaseosa que le entregaba uno de los técnicos cuando divisó a Annie cerca de los camerinos con los ojos fijos en él. Uno de los hombres del elenco alargó la mano para tocarle el cabello. La mujer sonrió al extraño como disculpándolo, seguramente porque sería incapaz de mantener las manos quietas.

Paul se acercó.

—Me alegro de verte —dijo.

—Paul, has estado sensacional —dijo—. Estos pantalones tan ajustados te favorecen.

Le rozó la cadera y Paul sintió como si lo atravesara una corriente eléctrica. La miró a los ojos y comprendió que sabía exactamente lo que hacía.

—Annie...

—¡Chst! —Le tapó los labios con las yemas de los dedos—. Después de la obra —dijo, sonriente—, hay un lugar donde podemos ir, es de una amiga mía. Puedes seguirme. Mi coche es un descapotable rojo. Ya me verás.

Paul la vio: estaba sentada sobre la capota con las piernas cruzadas y la iluminaban las luces del aparcamiento. Paul rechazó la invitación del elenco. En cambio siguió a Annie muy cerca con su propio automóvil contemplando hipnotizado el cabello rojo que revoloteaba en la oscuridad. Cruzaron el puente al sur de Nag's Head y viraron por la carretera de Croatan; por espacio de unos

veinte kilómetros Paul mantuvo su coche pegado al de Annie. ¿Adónde diablos lo llevaba? Por fin ella se arrimó a una acera, detuvo el automóvil y se volvió a llamarlo.

—Aparca aquí y sube a mi coche —le indicó.

El hombre obedeció y no bien había cerrado la portezuela del descapotable cuando Annie giraba en círculo y se situaba otra vez en la carretera.

—¿Dónde vive tu amiga? —preguntó Paul mientras cruzaban Southern Shores.

—Ya lo verás.

Anduvieron algunos kilómetros más entre los médanos sombríos. Paul trató de divisar alguna luz en el horizonte, pero salvo la cuña de los faros, estaban en medio de una oscuridad absoluta.

—¿Dónde está Alec esta noche? —preguntó, luchando contra el viento.

—Trabajando en una granja, tierra adentro. Últimamente trabaja mucho con animales de granja.

—¿Y tu hijo?

—Con unos vecinos.

El coche se tambaleó en un surco y Paul se aferró al asiento.

—Annie, ¿adónde demonios vamos?

La mujer señaló a la oscuridad delante de ellos y un instante después Paul vio un destello luminoso.

—¿Un faro?

—El faro de Río Kiss. Haremos una visita a la guardesa.

En silencio, Paul se entregó totalmente. Dejaría que lo guiara Annie.

La mujer giró por un camino de barro y se tambalearon en la oscuridad unos minutos hasta que llegaron a un claro. Annie condujo hasta una pequeña zona de arena apisonada cerca del faro, junto a una gran casa blanca. Paul salió del coche y miró hacia arriba, a la torre que apenas se veía, y en ese mismo momento un haz de luz le dio en los ojos.

—¡Es fantástico! —exclamó.

—Lo sé. Ven. —Lo cogió de la mano y caminaron por el sendero de ladrillos hasta la casa. En algunas ventanas de la planta baja había luces encendidas, pero el hombre no pudo ver el interior.

Annie llamó con vivacidad y un instante después les abrió la puerta una mujer alta, de edad madura, vestida con una falda oscura larga y una blusa blanca.

—Pasa, Annie —dijo apartándose.

—Éste es Paul Macelli. Paul, ésta es Mary Poor, la guardesa del increíble faro de Río Kiss.

Solemne, Paul saludó a Mary con la cabeza. ¿Qué demonios sucedería? ¿Acaso pasarían la noche conversando con la anciana?

Annie besó a Mary en la mejilla.

—Tesoro, ¿necesitas algo?

—No, no. —Mary agitó la mano—. Subid.

Annie aferró la mano de Paul y lo condujo escaleras arriba hasta un pequeño dormitorio donde había una cama doble cubierta con una manta. Cerró la puerta, se volvió y lo besó.

—¡Oh, Paul, estabas tan atractivo en el escenario! Lo había olvidado. —Comenzó a desabotonarle la camisa, pero el hombre le cogió las manos.

—Annie, no entiendo...

—¡Chst! —Annie se quitó la blusa por la cabeza sin desabrocharla y enseguida el sostén—. Abrázame —exigió.

Paul la abrazó y el aroma del pelo y la piel desnuda y tibia de la espalda de la mujer en sus manos le resultaron dolorosamente familiares. A intervalos de escasos segundos, la luz blanca del faro inundaba la habitación, encendía el rojo de los cabellos de Annie, la blancura cremosa de la piel, pero al mismo tiempo dejaba demasiada oscuridad para no verla bien.

—Tócame —susurró la mujer— por todos lados.

Paul se desnudó y acostó a Annie en la cama para obedecer la orden. El cuerpo de la mujer estaba más vivo de lo que recordaba y odiaba él la idea de que ese nuevo fervor se lo debiera al marido. Ella lo envolvió con las piernas.

—Paul, te necesito cerca de mí —dijo—, lo máximo que puedas.

Paul la penetró con facilidad y tuvo breve conciencia del crujido de la cama, de la anciana que estaba en la planta baja, pero que seguramente sabría lo que estaba pasando en el dormitorio. Olvidó los sonidos y se concentró en Annie. Después de tanto tiempo, estaba con ella, dentro de ella. Rodaron juntos, pero cuando Paul deslizó la mano entre los cuerpos para tocarla, la mujer negó con la cabeza.

—No es necesario —dijo.

Paul insistió. Fue persistente. Y cuando al fin Annie llegó al orgasmo, los espasmos lo llevaron al borde de la explosión.

Después de unos minutos, Paul comenzó a apartarse, pero Annie lo retuvo.

—No —dijo—, quédate así.

—Annie, te quiero.

—¡Abrázame!

—Ya lo hago. Estoy aquí. —Se concentró en estrecharla, en aquietar los temblores del cuerpo de Annie, luego se apartó a medias para verle el rostro cuando la luz inundaba el cuarto—. Annie, no lo entiendo —dijo—. La anciana...

—Ya sabe que necesito verte. Cuando Alec trabaja, la visito a menudo. Le he contado todo.

—¿Podemos volver a encontrarnos?

—Tenemos que hacerlo. Sería mejor por la tarde, ¿podrás?

—Por supuesto, pero encontrémonos en mi apartamento.

—No —replicó la mujer—, tiene que ser aquí. La gente podría verme contigo y me conoce mucha gente. Soy un rostro muy familiar. En cambio, aquí estamos seguros.

Y así prosiguió. Fue el verano más maravilloso en la vida de Paul, con excepción del que habían pasado en New Hope. Por las mañanas, mediante un chal rojo que colgaba en el porche del estudio, Annie le indicaba que podían verse. Le exigió que nunca fuese allí: no quería explicarle a Tom Nestor la presencia de Paul.

Durante ese verano, Paul la vio algunas veces a distancia en compañía de Alec. En una ocasión los encontró en el almacén y otra, pescando en la playa. Reía con Alec exhibiendo los hoyuelos en las mejillas y Paul no podía borrar esa imagen de la mente hasta que volvía a estar con ella.

El chal rojo aparecía con frecuencia. Annie y Paul se encontraban en casa de Mary y pasaban las tardes en el dormitorio de la planta alta. A menudo hablaban del pasado, pero jamás del futuro. Paul era cauteloso en sus exigencias, pero hacia mediados del verano ya no toleraba el carácter clandestino de la relación. Quería más.

—Creo que ya es hora de que abandones a Alec —le dijo una tarde después de hacer el amor.

Annie apartó con brusquedad la cabeza del hombro de Paul. La proposición la había dejado atónita.

—Paul, no voy a dejar a Alec. Jamás.

—¿Por qué no? Yo podría mantenerte mejor, y también a Clay. Lo adoptaré.

—¡No hables así! —Se sentó—. Dijiste que aceptarías lo que yo quisiera darte, y aquí está.

—Pero yo te quiero.

—Y yo a Alec.

Paul se puso furioso con Annie por primera vez. La apartó y se levantó de la cama, pero la mujer se apresuró a cogerlo del brazo.

—Lo siento, lo siento. No quise decirlo de esa manera.

—Casi nunca lo ves. Se va, te deja sola con el niño y...

—Porque intenta ganar dinero. En este momento es el único trabajo que puede conseguir. Si viviéramos en la ciudad, Alec no tendría que trabajar tanto, pero queremos vivir aquí y es el precio que debemos pagar.

Paul la miró.

—Estás utilizándome.

—¡No!

—Sí. Sólo lleno el vacío que deja Alec cuando se va, ¿no es así? El buenazo de Paul.

—No digas eso.

Comenzó a llorar, se acercó a Paul, le rodeó la cintura con los brazos y el hombre olvidó la discusión.

Esa noche, cuando lo acompañó hasta el coche, le cogió la mano.

—Paul no voy a dejar a Alec. Si me quieres en estas condiciones, seré tuya. De lo contrario, no vuelvas.

Por supuesto, Paul siguió viéndola; soportó la mirada cómplice de Mary Poor y el crujido delator de la cama. No abandonó la esperanza de que Annie cambiara de idea. El Día del Trabajo terminaron las representaciones de *La colonia perdida* y Paul se colocó como camarero en Manteo. No era en absoluto una tarea para la que estuviera cualificado, pero no podía irse. Y de pronto, las cosas cambiaron.

El chal rojo no apareció durante varios días. Preocupado, Paul pensó que Annie estaría enferma o enfadada con él, y ya había decidido llamarla cuando vio la insignia roja colgando otra vez del porche. Esa tarde, sintiendo un considerable alivio, condujo hasta Río Kiss.

—Está arriba —dijo Mary Poor cuando abrió la puerta.

Paul no podía mirar a la mujer a los ojos. La anciana no lo apreciaba, sólo lo toleraba.

—No se siente bien.

El aspecto de Annie era espantoso. Llevaba el cabello recogido y tenía los ojos hinchados. En las comisuras de la boca y en la frente tenía unas arrugas que Paul desconocía.

—¿Qué sucede? —Le palpó la frente pensando que tendría fiebre, pero estaba fresca— ¡Pobre Annie! No estás bien. —Trató de abrazarla, pero la mujer lo rechazó.

—No podemos hacer el amor —le dijo sentándose en la cama.

—Claro que no. Si te sientes mal...

—No, no es eso. —Estaba agitada, nerviosa—. Tenemos que hablar.

Sin duda, Alec se habría enterado. Seguramente se trataba de eso. Por fin llegaban las cosas a un punto decisivo e inmediatamente sabría Paul si había ganado o perdido.

Annie enlazó las manos sobre el regazo.

—No puedo continuar así —dijo.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Se ha enterado Alec?

—No. Es que... estoy disgustada conmigo misma.

En cuanto lo dijo, se levantó de un salto y corrió al diminuto baño del piso alto. La oyó vomitar. En ese momento, Paul recordó que Annie no quería preservativos porque lo iban a privar del placer. Sin embargo, le había asegurado que no había motivos de preocupación, que había sustituido los métodos de la juventud por un diafragma. ¿Era seguro el diafragma?

Cuando volvió al cuarto tenía la piel húmeda y gris. Paul la abrazó con fuerza y Annie se aferró a él sollozando.

—Estás embarazada.

Lo dijo en voz suave, con la boca contra el pelo de la mujer.

—¡No! —Se apartó de él con mirada salvaje—. Por favor, Paul, vete de Outer Banks y no vuelvas.

—No me iré. Primero me dirás qué ocurre.

—¡Por favor! —comenzó a gemir más fuerte.

Le rogó que se marchara sin soltarse del abrazo. Oyó los lentos pasos de Mary Poor en las escaleras y aferró las manos de Annie tratando de tranquilizarla; la puerta se abrió de golpe.

Mary entró en la habitación: de pronto, ya no era la anciana que Paul había visto. Estaba erguida, era alta y una luz ardía en sus ojos azules.

—Váyase y deje de angustiarme —dijo. Se sentó sobre la cama y atrajo la cabeza de Annie contra su hombro; Annie se abrazó con fuerza a la mujer—. Cálmate, Annie. De lo contrario, vas a descomponerte. —Mary miró a Paul—. Márchese —le ordenó; pero esta vez la voz era suave y no carecía de gentileza.

Paul sintió que él también comenzaba a llorar.

—¿No tengo derecho a saber por qué?

—Váyase —repitió Mary.

Annie se estrechó más contra Mary y alzó las rodillas tratando de refugiarse toda ella en la protección de los brazos de la anciana y Paul no tuvo más alternativa que irse. Regresó al apartamento e hizo el equipaje. Esa misma noche, después de dejar la dirección y el teléfono de su familia en Filadelfia en el estudio de Annie, se fue de Outer Banks.

«Doce años.» Por supuesto: aquella vez estaba embarazada. ¿Qué otro motivo habría tenido para un comportamiento conspirativo y tan repentina desazón? Si en las entrevistas le hubiese dicho que Lacey tenía trece años, Paul habría sacado cuentas de inmediato y lo habría descubierto.

¡Oh, Dios! Abrió el cajón de la mesilla de noche y sacó un montón de fotografías que le había hecho a Annie el fotógrafo de la *Gazette*. Había una de Lacey y Clay que no había acompañado el artículo y Paul observó atentamente el rostro de la niña. Se parecía a Annie. Necesitaba verla otra vez y examinarla, buscar el parecido consigo mismo y con sus hermanas. Necesitaba estar seguro y sólo había una persona que podría decírselo.

Puso otra cinta en la grabadora y oprimió el botón; se apoyó en la cabecera, cerró los ojos y se abandonó a la voz de Annie.

Capítulo 40

El poema conmovió a Olivia. Le recordó los que había escrito Paul dedicados a ella en *Dulce acogida*. Lo imaginaba leyéndolos con la voz que reservaba a la poesía, capaz de acallar a otras en una sala atiborrada de gente y atrayendo las miradas. Evocó el orgullo que había sentido escuchándolo en las lecturas públicas y esa clase de amor un tanto perverso que le inspiraba. No era de extrañar que echara de menos Washington. En esa ciudad había muchas personas que valoraban el talento de Paul.

Esa tarde temprano la habían llamado del consultorio médico para comunicarle que los resultados de la amniocentesis eran normales y que el hijo era un varón. Cuando la inundó una salvaje ola de alivio, comprendió lo aterrada que había estado de que algo anduviera mal. Ahora no podía pensar nada más que en su hijo.

Estaba convencida de que el antiguo Paul, aquel con quien se había casado, había regresado, pero aun así leyó el poema varias veces. Ya era hora de que le hablara acerca del niño, hora de aceptarlo otra vez, de esforzarse en perdonarlo y reanudar el camino hacia el futuro.

Marcó el número de Paul, pero le respondió el contestador. Alec ya le había comentado que esa noche habría una reunión de la comisión del faro. Era probable que estuviese allí.

—Paul, yo también te quiero —dijo después de oír la señal del contestador. Apoyó la mano en el vientre—. Por favor, llámame cuando vuelvas. Tengo algo importante que decirte.

Trabajó con el cristal en la mesa de la cocina esperando la llamada, pero no se produjo. El teléfono no sonó hasta que fue a acostarse y, antes de responder, intuyó que la llamada era de Alec y no de Paul.

—¿Ha acudido Paul a la reunión esta noche? —preguntó después del intercambio de saludos.

—Sí, pero fue el primero en irse. Me parece que estaba preocupado.

—Escribió un poema dedicado a mí y lo dejó en el buzón. Creo que está dispuesto a volver a casa.

Por parte de Alec se produjo un breve silencio.

—Puede que tengas razón. Comentó que estaba en deuda por el infierno que te había obligado a pasar.

—¿Eso dijo?

—Algo así.

La mujer sonrió.

—He decidido comunicarle lo de nuestro hijo.

—Ya era hora.

—Alec, es un varón. Me han entregado los resultados del análisis y todo evoluciona normalmente.

—Maravilloso. —El tono de Alec era monocorde.

—Paul siempre quiso un hijo. Creció rodeado de mujeres. —Suspiró—. No obstante, me pone nerviosa la idea de decírselo. Una vez lo haya hecho, no habrá retroceso posible. Le he dejado un mensaje en el contestador diciéndole que me llame.

—¡Ah! —exclamó Alec—. Entonces, será mejor que colguemos.

—No, por favor, no cuelgues. —Se mordió el labio y el silencio dominó otra vez la línea.

—He hablado con Tom —dijo Alec, al fin—. Me pidió que te comunicara que se retracta de su reacción y que le gustaría continuar enseñándote.

—¿Sí? Estupendo, gracias.

—¿Tienes todos los útiles que necesitas?

—Me haría falta un soldador. ¿Hay alguno de Annie?

—Dos.

Olivia cerró los ojos.

—¡Oh, Dios! Cuando me vea trabajando con cristales, a Paul le dará un ataque.

—¿Por qué?

La mujer aferró el teléfono. Se le había escapado: olvidaba que Alec no conocía la historia completa.

—No soy una mujer con dotes artísticas. Pensaré que estoy perdiendo el tiempo.

—Hacer algo que te guste no es una pérdida de tiempo.

Antes de que Alec volviera a hablar, se produjo otra pausa breve pero densa.

—Si mañana por la noche no aparece Paul, serás bienvenida en casa y podrás recoger el soldador o cualquier otro instrumento que necesites.

—De acuerdo —respondió, pero Olivia sabía que vería a Paul. Tenía que verlo. De pronto, quiso dividirse en dos—. Oh, Alec —exclamó—, has sido el mejor de los amigos.

—Lo dices como si no fuéramos a vernos más.

—No, eso no me gustaría.

Sin embargo, sabía que así sería, que tendría que separarse de Alec. Era demasiado peligroso. Era probable que estuviera depositando su confianza en Alec cuando en realidad debería confiar en Paul. Al comparar a Paul con Alec, cabía el riesgo de que resultara malparado Paul. Así que debería romper por completo con Alec, pero no en aquel momento. Todavía no.

—Alec —preguntó—, ¿estás en la cama?

—Sí.

—¿Con qué duermes?

El hombre rió.

—Es conveniente que corte la conversación y deje a tu marido que se ocupe de ti.

Terminó de decirlo y colgó. Olivia permaneció despierta un rato y esperó a que el teléfono sonara por segunda vez, pero ya no sonó.

Paul tampoco la llamó al día siguiente. Olivia se preguntó si habría perdido el teléfono del Servicio de Urgencias, pero aun en ese caso, no era difícil comunicarse con ella. A última hora de la tarde, estaba segura de que el contestador de Paul habría borrado el mensaje y dejó otro. Luego, lo intentó en la oficina.

—Hoy no ha venido —le contestó la recepcionista—. Tenía el día libre.

Dieron las siete y, sin noticias de Paul, Olivia se presentó en casa de Alec.

—Quizás haya salido de la ciudad —sugirió Alec.

Estaba sentado al escritorio eligiendo diapositivas del faro para una presentación a la semana siguiente. Olivia se dedicó a leer las instrucciones del soldador, que estaba sobre la mesa.

—Así debe de ser —dijo Olivia.

—Hola, Olivia.

La mujer se volvió y vio a Lacey en la entrada. Llevaba pantalones vaqueros cortos y un corpiño ajustado que alzaba los pequeños pechos y dejaba al descubierto la cintura.

—Hola, Lacey. ¿Cómo te ha ido con los deberes de biología?

—He sacado un excelente, pero más bien te corresponde a ti.

—No es cierto —replicó Olivia—. El trabajo lo hiciste tú. Yo sólo te orienté.

—Voy a salir —dijo Lacey a su padre.

Alec alzó la mirada de las diapositivas.

—Que te diviertas —dijo.

Lacey se volvió y salió: los pantaloncitos marcaban el pequeño trasero redondo.

—¿A qué hora tiene que volver? —preguntó Olivia cuando oyó que Lacey cerraba la puerta tras de sí.

Alec se encogió de hombros.

—Cuando se aburra.

Olivia lo miró sorprendida.

—¿Y si vuelve a las cinco de la mañana?

Alec se volvió al percibir el tono de desafío.

—No lo hará. Rara vez rebasa los límites.

—Pero ¿cómo sabes que está bien?, ¿cuándo empiezas a preocuparte?

—Creo que ya hemos sostenido antes esta discusión —dijo—. Lacey está aprendiendo a decidir por sí misma y a asumir la responsabilidad a tenor de sus actos.

—¿Es Alec o Annie quien habla? —Al ver la expresión de Alec, Olivia comprendió que había llevado la discusión demasiado lejos. Suspiró—. Discúlpame, Alec. En realidad, no es asunto mío.

Alec se puso de pie, cogió un libro del estante junto a la ventana y rozó el hombro de Olivia antes de volver a sentarse.

—Está bien —admitió—. Tú no lo comprendes. Es imposible que lo comprenda nadie que no hubiera conocido a Annie.

El día siguiente transcurrió con lentitud en el Servicio de Urgencias y Olivia se dedicó a controlar el contestador de su casa, sin noticias de Paul. Intentó encontrarlo nuevamente en el trabajo y la recepcionista le dijo entonces que Paul estaba de baja por enfermedad. Preocupada, Olivia telefoneó a Paul. No hubo respuesta, pero no podía hacer nada hasta que transcurriera su turno.

Acababa de suturar una ceja abierta en brecha por una caída cuando Kathy le avisó de que en la sala de espera había una niña que quería verla. Olivia se dirigió a recepción y vio a Lacey apoyada contra la pared de la sala de espera hojeando una revista.

—Lacey.

En posición de firmes, Lacey la miró con los brazos caídos.

—¿Ves? —Lanzó una risita—. Estoy viva y bien. Papá me ha comentado que estabas preocupada porque volviera demasiado tarde y se me ocurrió pasar para que vieras que aún estoy entera.

Olivia sonrió.

—¿Cómo has venido?

—En bicicleta.

—¿Y el casco?

Lacey volvió los ojos.

—¡Por Dios! Estás obsesionada con la cuestión de la seguridad, ten calma.

Olivia abrió la puerta que comunicaba la recepción con la sala de espera.

—Pasa —dijo—. ¿Quieres un café?

—¿Café? —Lacey la siguió—. Olivia, tengo catorce años. ¿No consideras que me impediría crecer, o algo así?

Olivia condujo a Lacey a su oficina, sirvió una taza de café para cada una y cerró la puerta.

—¿Y —preguntó, observando a Lacey que vaciaba tres sobrecitos de azúcar en su café— te divertiste anoche?

Lacey se encogió de hombros y bebió un sorbo.

—Más o menos.

—¿A qué hora volviste?

—No lo sé. —Levantó el brazo izquierdo—. No llevo reloj. Mi madre no confiaba en los relojes.

—¿Cómo es posible que no se confíe en el reloj?

—Tú no conociste a mi madre.

—¿Cómo te levantabas para llegar puntual a la escuela?

—Simplemente, lo hacía. Mi madre decía que uno desarrolla un reloj biológico, y es cierto. De vez en cuando llegaba tarde, pero ninguno de mis profesores protestó nunca, porque la conocían. —Echó otro sobre de azúcar en el café y volvió a mirar a Olivia—. El viernes, mi padre tendrá que llevar a Clay a Duke. Pasaré la noche allí y yo tendría que quedarme en casa de Nola, pero me preguntaba si... —Fruunció la nariz—. Me resulta embarazoso pedírtelo, pero ¿podría quedarme contigo?

Sorprendió a Olivia con la guardia baja.

—Lacey, casi no me conoces.

La niña se sonrojó.

—Pero tú me gustas y creo que mi padre estará de acuerdo, porque no me permitirías vagabundear por las calles de madrugada, ¿no es cierto? —Rompió a reír otra vez.

Olivia no pudo evitar una sonrisa. Cortaría cualquier posibilidad de estar con Paul, pero no era capaz de rechazar a una niña de catorce años que la necesitaba.

—Me encantará disfrutar de tu compañía —respondió—, pero tenemos que preguntarle a tu padre.

—Yo se lo diré.

—Ya me dirás algo.

Lacey rió.

—Y dile que yo estoy de acuerdo.

En cuanto terminó el turno de trabajo, se dirigió a casa de Paul. El coche estaba allí pero cuando llamó, no obtuvo respuesta, lo cual la preocupó. Giró el picaporte y la puerta se abrió sin dificultad.

Entró en la sala y cerró la puerta tras de sí. La casa estaba en silencio.

—¿Paul?

No hubo respuesta. Sin los vidrios esmaltados de las ventanas, el cuarto parecía más espacioso. Fue un alivio ver el azul profundo del océano a lo lejos a través del cristal transparente.

Se acercó hasta la cocina llamando a Paul y sintió que su inquietud crecía. ¿Dónde estaría? Se dirigió a los dormitorios de la parte trasera sin saber cuál usaría él, temiendo lo que podría descubrir.

La puerta del primero estaba abierta y al entrar, se sintió sumergida de inmediato en los colores. Sobre una de las ventanas aún pendía una pieza de vidrio esmaltado que representaba dos vividos peces tropicales. La cama

matrimonial estaba deshecha a medias, y sábanas y colcha amontonadas a un lado. Contra el respaldo había dos almohadas. La habitación olía a comida y a una extraña combinación. Sobre la mesilla había un envase medio vacío de comida china, una copa de vino volcada y una botella vacía de Chardonnay. Encima de un envase de *pizza* había un plato sucio y en el suelo un tenedor.

El pulso de Olivia se aceleró. Sin duda, algo malo sucedía. Paul era irritante. De no haber sido por el adorno de Annie, jamás habría adivinado que fuera el cuarto de su marido. ¿Habría alquilado la casa?

Entonces descubrió las fotografías desparramadas sobre la cama, todas ellas de Annie. Olivia levantó una y frunció el entrecejo. Estaba harta de ese rostro, de sus cabellos rojos, de aquella nariz impertinente, de la piel pálida y pecosa. Entre las fotografías había una grabadora con una cinta, y dos más a un lado. Cogió una y leyó la etiqueta. «Entrevista con A.C.O.». Movi6 la cabeza. ¡Tres cintas y montones de fotografías para un reportaje en una revista! Oprimió el botón de la grabadora. Escuchó una risa y, segundos después, a Paul que preguntaba:

«—¿Te ha inspirado el faro en tu trabajo?

»¿El de Río Kiss? —preguntó Annie; la voz sorprendió a Olivia por su profundidad y gravedad—. Sí. Es un sitio muy especial para mí. Allí conocí a Alec.»

Olivia oyó con claridad a Paul que retenía el aliento.

«No lo sabía», dijo.

«Así fue.»

Se produjo otra pausa.

«¡Cristo, Annie, cómo pudiste...!

»¡Paul, cállate!»

Olivia oyó la puerta principal al abrirse. Apagó rápidamente el aparato, se quedó de pie junto a la cama y esperó. Lo oyó cruzar la casa. Debía de haber visto el coche de Olivia, por tanto, su presencia no sería una sorpresa. Luego, Paul apareció en la entrada del dormitorio. Tenía mal aspecto. Llevaba la camiseta verde arrugada y manchada; el cabello le caía lacio sobre la frente. El sol que tamizaba la vidriera confería al rostro del hombre un color amarillento enfermizo y Olivia se preguntó cuál sería su propia apariencia bañada en los colores del cuarto. Paul la contempló largo rato y luego miró la cama.

—He visto tu coche, he llamado a la puerta y no ha contestado nadie —explicó ella—. La recepcionista de la *Gazette* me dijo que estabas enfermo; cuando llamé y no abriste me preocupé.

Paul se aclaró la voz.

—Estaba caminando por la playa —dijo.

Olivia señaló la cama.

—Veo que has estado celebrando un... pequeño festejo en honor de Annie.

El hombre movió los labios, pero no respondió.

—Aún te acuerdas de ella. —Aunque hablaba en tono suave, Olivia percibió el desaliento que expresaba su propia voz—. Nunca te desharás de esa mujer.

—Necesito un poco más de tiempo —replicó Paul.

Con gesto altivo, Olivia pasó junto al hombre, atravesó a paso vivo el vestíbulo y la sala, y no se detuvo hasta llegar al coche. Introdujo las llaves en el contacto y salió a la carretera haciendo chirriar los neumáticos. Pero al llegar al cruce, aminoró la marcha y se concentró en el tráfico recordando que dentro de ella llevaba a su hijo en perfectas condiciones.

Capítulo 41

Mientras ayudaba a Olivia a preparar la cama en el cuarto de invitados, Lacey parloteaba sin cesar. Olivia imaginó que estaba algo nerviosa, un tanto eufórica, y eso le recordó el consejo de la anciana del faro: que le diera a Paul coles con sal marina.

La noche anterior, Alec la había llamado para disculparse por la precipitación de Lacey.

—Estoy seguro de que preferías pasar el tiempo con Paul —dijo, y Olivia, que volvía de casa de su marido, trató de retener las lágrimas mientras le contaba lo que había ocurrido allí.

—¡Alec, Paul estaba sumergido en recuerdos! —dijo—. Se abasteció de comida para quedarse a contemplar las fotos...

—Olivia —la interrumpió Alec.

—¿Qué?

—Por favor, permíteme hablar con él.

—¡No!

—Creo que necesita ayuda.

—Lo sé, pero no la aceptará.

—¿Y si voy a su casa con el pretexto de hablar del faro?

—Alec, por favor, no lo hagas.

Al final, Alec se rindió, no sin antes expresar su deseo de que las cosas se arreglaran entre los dos.

—Al menos por mi bien —dijo en tono calmado y solemne—, ya que no por el tuyo.

Lacey embutió la manta a los pies de la cama.

—Estoy pensando en hacerme un agujero en la nariz —dijo, observando la reacción de Olivia. «El cabello de Lacey a estas alturas parece un tablero de ajedrez», pensaba la doctora—. ¿Qué te parece?

—Me revuelve el estómago. —Olivia alzó la colcha del sillón y la extendió sobre la cama—. ¿Lo permitiría tu padre?

—Mi padre me deja hacer lo que quiera, ¿no lo has advertido?

La cama quedó perfecta; Olivia miró a la invitada frente a ella.

—Iremos a cenar —dijo—. Puedes escoger el restaurante.

Lacey se decidió por el Palacio Italiano, un restaurante casero que servía pasta y que, para sorpresa de Olivia, era muy recomendable.

—Es mi restaurante preferido —afirmó Lacey con los ojos entrecerrados en una mueca burlona, saboreando la lasaña. De pronto se irguió y dijo en tono

atento—: Mi padre me dio dinero para la cena.

—Bien, es un gesto amable, pero innecesario.

—Me recomendó que no aceptara una negativa.

—De acuerdo. —Olivia sonrió y alzó el vaso de agua para brindar—. Por tu padre.

Lacey rió y entrechocó su copa con la de Olivia.

—Mañana por la mañana tengo prácticas de técnica del cristal con Tom — dijo Olivia—. ¿Quieres acompañarme?

—Claro —aseguró Lacey—. No veo a Tom desde que me corté el pelo. Quedará impresionado.

—Tom no tiene mucha autoridad para criticar el peinado de nadie, ¿no es cierto? —preguntó Olivia.

Lacey rió.

—Creo que no. —Bebió un sorbo de gaseosa—. ¿De qué signo eres? — preguntó.

—¿De qué signo? —Confundida por un momento, Olivia frunció el entrecejo—. ¡Ah! Acuario.

—¡Oh, excelente!

—¿Sí?

—Sí. Yo soy Cáncer. El del cangrejo, ¿sabes? Es signo de agua, como el tuyo. Por algo te llevas bien con mi familia. Mi madre opinaba que los signos de agua son los mejores. Mi padre es Piscis...

«Como Paul», pensó Olivia.

—... y mi madre era Acuario, como tú, pero fuera de lo común y tú... bueno, es difícil creer que seáis del mismo signo. Por desgracia, Clay es Escorpio. No sé cómo pudo suceder. De todos modos, cuando mi madre descubrió que estaba embarazada de mí y supo que correspondería a un signo acuático, lo celebró nadando en el océano en pleno invierno y con el agua helada.

Lacey hizo una pausa para comer otro bocado y Olivia sonrió. La chica estaba reponiéndose.

—Mi madre quería más hijos —continuó— pero decía que no era justo para el medio ambiente. Creía que las personas debían limitarse a producir réplicas de sí mismas, pues de lo contrario se acabarían el agua y los alimentos. Mi padre y ella hablaban de adoptar algún niño abandonado pero no lo hicieron, y estoy taaaan contenta. —Lacey hizo girar los ojos—. Soy muy diferente a mi madre y en verdad egoísta. No quería compartir a mis padres con otro chico. Ya era bastante malo compartirlos con Clay.

—Clay y tú ¿os lleváis bien?

—En general, lo ignoro. Este verano ha sido un verdadero incordio, porque ahora voy a los mismos sitios que él y odia tener a su hermana cerca.

Olivia la miró, ceñuda.

—Eres aún algo joven para salir con graduados de secundaria.

Lacey le dirigió una sonrisa afectada.

—¡Graduados de secundaria! —dijo imitando la voz de Olivia— ¡Por Dios, Olivia, a veces hablas como una anciana!

—Bueno, pero Clay es un graduado, ¿verdad?, un graduado de secundaria. ¿Hasta qué hora duran sus diversiones?

—¿Qué quieres decir?

—Tengo entendido que no te imponen un límite. Por lo común, ¿a qué hora regresas a casa?

—A la una o las dos.

—¡Lacey! Es un desatino. Tienes catorce años.

Lacey le dedicó su sonrisa más condescendiente.

—Olivia, estamos en verano y la escuela de recuperación ha acabado. No tengo que levantarme temprano.

—Cuando tu madre vivía, ¿te acostabas tan tarde?

Lacey hincó el tenedor en la lasaña.

—No —dijo, y apretó los labios—. No necesitaba hacerlo, pero si lo hubiera hecho, ella no me habría dicho nada.

—¿Qué significa que no necesitaras hacerlo?

Lacey la miró.

—Me gustaba quedarme en casa. Mis padres eran divertidos. Mis amigos vivían prácticamente en casa, les encantaba estar con mis padres. —Volvió a cerrar la boca—. Tendrías que haber conocido a mi padre en esa época. Era muy divertido y siempre se le ocurrían ideas. Una noche nos llevó a todos hasta Jockey's Ridge, trepamos a los médanos en la oscuridad y nos tendimos en la arena a contemplar las estrellas. Siempre hacía cosas por el estilo. Solía llevarnos a mis amigos y a mí a los conciertos a Norfolk. Ningún otro padre hacía lo mismo. Era tan espontáneo... —Miró por la ventana hacia el aparcamiento en sombras—. Ha cambiado mucho. En parte, por esa razón llego tarde a casa. No me gusta estar con mi padre porque nuestra vida se ha convertido en una mierda. —Miró a Olivia—. Discúlpame por lo de mierda.

Olivia se respaldó en la silla.

—Quiero regalarte algo —dijo.

—¿Qué?

—Un reloj de pulsera.

—¡Estás bromeando! —Lacey esbozó una sonrisa vacilante— ¿Por qué?

—Porque una chica de tu edad tiene que llevarlo.

—Mi madre... —Lacey se interrumpió—. ¿Puedo elegirlo?

—Sí, pero implica un compromiso.

—¿Qué compromiso?

—Una obligación a cambio del reloj.

Lacey pareció intrigada.

—¿Cuál?

—Tendrás que llamarme cada día a medianoche y decirme si estás bien, no importa dónde te encuentres.

—¿Qué? —Lacey rió.

—Ese es el compromiso. —Sabía que desautorizaba a Alec, pero tal vez necesitaba que lo desautorizaran.

—Te despertaría —dijo Lacey.

—Sí, quizá, pero volveré a dormirme después de saber que estás bien.

Lacey la miró con aire solemne.

—¿Tanto te preocupa que esté bien o no?

Olivia contempló el plato un instante. Casi no había probado el *manicotti*. Volvió a mirar a Lacey.

—Me recuerdas a mí misma cuando tenía tu edad —dijo.

—Bien. —Lacey dejó el tenedor y miró con timidez a Olivia—. A cambio de llamarte, quiero un compromiso de tu parte.

Olivia sonrió.

—¿Qué?

—Te llamaré si dejas de trabajar en el centro de Mujeres Maltratadas.

La evidente preocupación que expresaba la exigencia de Lacey conmovió a Olivia. Sacudió la cabeza.

—Lacey, me gusta trabajar allí. No es necesario que te preocupes por mí. No soy como tu madre. Nunca tendría el valor de arriesgar mi vida por otra persona.

De regreso a casa, se detuvieron a comprar el reloj. Lacey se probó seis o siete; evitó cuidadosamente los de precio más elevado y por fin se decidió por uno con el cuadrante de plata y una pulsera negra con estrellas plateadas.

Compraron helado y prepararon enormes helados de plátano. Los llevaron a la sala y los comieron sentadas en el suelo con las piernas cruzadas. *Sylvie* ronroneaba acurrucada en el regazo de Lacey mientras saboreaban la copa helada. A cada momento, Lacey alzaba la mano izquierda para contemplar el reloj.

—Me cuesta creer que tengas catorce años y que éste sea tu primer reloj —dijo Olivia.

—En este momento, si mi madre estuviese sepultada, se revolcaría en la tumba.

Olivia cortó un trozo de plátano con la cuchara.

—¿Fue incinerada? —preguntó.

—Sí. Por supuesto, primero se donó cualquier partícula de ella que pudiera ser útil a alguien, y luego, lo que quedó, ya sabes... —Lacey agitó la mano en el aire—. Clay y mi padre arrojaron las cenizas al océano en Río Kiss.

Olivia se estremeció; la imagen le resultaba insoportable.

—Yo no fui al funeral —dijo la niña.

—¿Por qué, Lacey?

—Deseaba recordarla tal como era cuando vivía. —De pronto, el rostro de la muchacha se nubló. Miró a *Sylvie*—. No entiendo que algunas malas personas vivan cien años y que una mujer tan buena como mi madre muriera tan joven. Odiaba... ¿cómo se dice cuando te mandan a la silla eléctrica?

—Pena capital.

—Sí. La odiaba, pero si yo encontrara al hombre que la mató y tuviera un cuchillo, lo cortaría en pedazos. —Mientras hablaba, las manos se transformaron en puños; *Sylvie* abrió un ojo para observar el helado que había quedado olvidado—. Sería capaz de hacerlo —dijo Lacey—. Lo mataría sin sentir remordimientos.

Olivia asintió: estaba convencida de que Lacey hablaba en serio.

—Siempre me pregunto qué sentiría al recibir una bala en el pecho.

—Tu padre me contó que estabas con tu madre cuando sucedió. Debió de ser espantoso para ti.

Lacey revolvió el helado con la cuchara.

—Yo estaba junto a ella —dijo—, me ocupaba de los guisantes y mi madre, de la ensalada. El hombre irrumpió y comenzó a gritarle a una mujer que esperaba la comida. Mi madre, que nunca pudo mantenerse al margen de nada, se puso delante de ella y dijo: «Por favor, baje el arma. Estamos en Navidad». Y el tipo le disparó. ¡Bam! —Lacey hizo una mueca y un evidente temblor le recorrió los brazos—. Sigo viendo su rostro. A veces, cuando estoy acostada, no puedo ver otra cosa. Los ojos se le abrieron muy grandes, emitió un sonido de sorpresa y, cuando el proyectil penetró en el pecho, apareció una pequeña mancha de sangre en la camisa. —Miró a Olivia—. Durante mucho tiempo te culpé porque estaba segura de que se salvaría. No podía creer que muriera. Luego, cuando la atendiste tú, pareció que hubieran empeorado las cosas. Sin embargo, mi padre dice que no fue así, que te esforzaste por salvarla.

—Es cierto, meforcé.

Lacey comió un par de cucharadas de helado; luego contempló a Olivia bajo el cabello bicolor.

—¿Te gusta mi padre? —preguntó.

—Mucho.

Lacey volvió a bajar la mirada.

—Desde que... sois amigos, mi padre ha comenzado a sentirse mejor —dijo—. Acostumbraba a andar por ahí como sonámbulo. Casi no comía, no le importaba cómo vestía y la ropa comenzó a quedarle demasiado grande. Parecía un espantapájaros; se limitaba a ir de un lado a otro con esas estúpidas fotografías del faro. Solía dormir con una vieja camiseta de mi madre.

Olivia sintió pena por Alec. Esa visión del mundo sombrío y privado del hombre la perturbó.

Lacey comió el último bocado de postre que nadaba ya en chocolate líquido. Revolvió dentro de la copa la cuchara con sus dedos despellejados y las uñas mordidas.

—La otra noche conocí a tu marido en una reunión de la comisión del faro —dijo mirando a Olivia—. Me pareció un tanto pomposo, sin intención de ofender.

¿Pomposo? Olivia supuso que tal vez un hombre de cuarenta años con gafas de montura metálica y apariencia intelectual tal vez le pareciera pomposo a una niña de catorce años.

—No hay ofensa —replicó.

—¿Consideras a mi padre apuesto?

Olivia se encogió de hombros eludiendo el compromiso: sabía que pisaba terreno peligroso.

—Pues sí.

—Mi madre solía decir que era seductor. Estaban absolutamente enamorados. —Lacey agitó la muñeca y el reloj brilló a la luz de la lámpara de mesa—. A Nola le encantaría irse a la cama con mi padre —dijo sin despegar los ojos del reloj.

—Es un modo un tanto crudo de decir que está interesada en tu padre, ¿no crees?

Lacey lanzó unas risitas.

—Me parece que eres un poco melindrosa. Pero si consideras apuesto a mi padre, ¿no se te ocurre en alguna ocasión que te gustaría acostarte con él?

Olivia trató de disimular la impresión. Se inclinó hacia delante y habló con lentitud.

—Lacey, lo que yo imagine o lo que piensen tu padre o Nola con respecto a estas cuestiones es muy personal. A ti no te corresponde especular en ese sentido.

De inmediato, los ojos de la niña se humedecieron.

—Lo siento —susurró; en el cuello y las mejillas de la muchacha aparecieron manchas rojas.

Le tembló el labio inferior y Olivia no pudo soportarlo. Dejó la copa con los restos de helado en el suelo y se acercó a abrazar a Lacey. La niña la estrechó con fuerza y los delicados hombros se sacudían en sollozos.

—Está bien. —Olivia la besó en la coronilla.

Recordó cuando Ellen Davison la había abrazado de ese modo sin preguntarle qué le dolía ni por qué sangraba y no se le había ocurrido decirle que volviera a casa. Evocó su sorpresa al sentir la fuerza de los delgados brazos de Ellen, que la convencía de que por fin podía confiar sus penas a un adulto que fuese capaz de contenerla.

—Mi padre me odia —sollozó Lacey.

—¡Oh, no, cariño! Te quiere mucho.

—Sólo había una gota de sangre en la camisa de mi madre y le dije que se recuperaría. Estaba muy asustado. Yo no estaba acostumbrada: nunca lo había visto tan aterrado y le dije que no se afligiera. Él me creyó, y ahora me culpa por haber alentado sus esperanzas.

Olivia sintió los dedos de Lacey que se apretaban a su espalda, estrujaban la blusa, la soltaban y volvían a aferrarla.

—Pudo haberme pasado a mí —dijo Lacey—. Yo pensaba hacer lo mismo que mi madre: ponerme delante. Quizás aquel hombre no habría disparado contra una niña y, en ese caso, nadie habría resultado herido. Creo que mi padre habría preferido que me disparara a mí. Desde que mamá murió, no me habló durante mucho tiempo. Ni siquiera me miraba y me llamaba «Annie». —La niña se puso tensa en brazos de Olivia—. Lo odio. Olvidó mi cumpleaños. Piensa que Clay es maravilloso porque es inteligente y ha conseguido una beca en Duke, mientras que yo he tenido que recuperar durante el verano. Le gustaría que me fuera. No le importa que pase toda la noche fuera de casa. Si no volviera, no se preocuparía.

Las lágrimas de Olivia se derramaron sobre el pelo de la niña. Lacey tenía que hablar con Alec, era el padre quien tendría que escuchar los temores de la hija, quien debía hacer todo lo posible para que el mundo de la muchacha volviera a restablecerse.

Pero Alec no se encontraba allí y quizá no estaba en condiciones de escuchar a Lacey y de afrontar unos temores similares a los propios; entonces Olivia estrechó más a Lacey en sus brazos. La abrazaría durante todo el tiempo que fuera necesario hasta que se sintiera segura.

Capítulo 42

Cada vez que Alec se miraba en el espejo retrovisor, veía las arrugas de la frente y las patas de gallo de las comisuras de los ojos. Quizás había pasado demasiado tiempo al sol. O tal vez, simplemente, estaba envejeciendo.

Hacía un par de horas que había dejado a Clay en Duke; no esperaba el golpe emocional que experimentara al despedirse de su hijo. En la antesala del dormitorio había otros estudiantes y Alec le dio a Clay un discreto abrazo, cuando lo que deseaba era estrecharlo con fuerza. De todas maneras, el abrazo no había sido correspondido. Descubrió en la mirada de Clay la excitación que sentía ante esa nueva etapa de la vida que estaba a punto de comenzar. De los dos, sólo uno echaría de menos al otro.

Cuando giró hacia el camino a Manteo, comenzó una llovizna ligera. Condujo hasta la residencia de ancianos, azul y esplendorosa, y recordó que tenía que ver a Mary Poor para concertar la visita al faro. En un impulso, giró el automóvil y se detuvo frente a la residencia. Bien podía hacerlo en ese mismo momento.

Al salir del coche descubrió la pequeña tienda de antigüedades al otro lado de la calle: había unas muñecas antiguas sentadas en sillas de aspecto vetusto. Una mujer de cabellos grises las iba recogiendo para guarecerlas de la lluvia. Olivia estaba en lo cierto. Debía de ser la tienda donde Annie conseguía las muñecas de Lacey.

En el amplio porche de la residencia no había nadie. Alec tocó el timbre y una joven rubia le abrió la puerta.

—Busco a Mary Poor —dijo.

—Pase. —La joven se apartó y lo hizo pasar—. Está en la sala resolviendo crucigramas, como acostumbraba.

Lo condujo a una sala donde había varias ancianas viendo la televisión. Mary Poor estaba sentada en una silla tapizada de respaldo alto en un rincón apartado y sostenía un periódico doblado bajo el cono de luz de una lámpara de pie.

—Mary —dijo la joven rubia— un caballero desea verla.

La anciana dejó el periódico sobre la falda azul y miró a Alec a la cara: la agudeza de los ojos azules era sorprendente. Usaba zapatillas de tenis.

—¿Señora Poor? —Alec le extendió la mano—. No sé si me recuerda. Soy Alec O'Neill, el marido de Annie.

La mujer lo miró un momento entrecerrando los ojos y luego le estrechó la mano.

—De modo que es usted —dijo—. Es usted.

Alec se sentó en otra silla tapizada y advirtió asombrado que Mary cubría los crucigramas con pluma.

—Quisiera saber si acepta la guía de una visita a la casa del faro por parte de algunos miembros de la comisión. Se habrá enterado de que estamos preparando un folleto sobre el tema. Paul Macelli se entrevistó con usted y el trabajo ya va tomando forma, pero él necesita ver la casa y describir sus impresiones personales, y yo haría algunas fotografías. —Contempló la delgada piel surcada de venas que cubría las manos huesudas de Mary—. ¿Sería posible? ¿Se encuentra usted en condiciones?

—Estoy bastante bien, bastante bien —comentó Mary—. ¿Cuándo sería?

—Dentro de unos días. A Paul le daría tiempo de redactarlo y a mí de revelar las películas para enviar luego el material a la imprenta.

—Cuando estén dispuestos, llámenme, y le pediré a una de las chicas que me lleve en coche.

—Eso es magnífico. Gracias. —Echó una mirada al televisor y luego a Mary—. ¿Cómo se encuentra usted? ¿Necesita algo? Sé que Annie solía traerle cosas.

La anciana sonrió. Tenía unos dientes hermosos y Alec se preguntó si serían naturales.

—Es cierto, solía traerme cosas —dijo Mary—. Echo de menos a esa muchachita.

Señaló la ventana tras la cabeza de Alec; éste se volvió y vio una vidriera que representaba el faro de Río Kiss: la señal luminosa cortaba las cintas azules del ciclo nocturno. Era de una sencillez asombrosa y el hombre se quedó mudo un instante.

—Nunca lo había visto —dijo al fin—. Es muy bello.

—Me lo regaló hace años y lo traje conmigo aquí.

Alec se levantó para mirarlo de cerca, hipnotizado por la blancura inmaculada del faro de cristal. Pensó que conocía todas las obras de Annie y se sintió como si hubiese descubierto una nueva dimensión de quien creía conocer tan bien.

Mary siguió la mirada de Alec.

—Entonces, ¿me llamará? —preguntó.

Alec apartó la vista con esfuerzo y miró a la anciana.

—Sí —contestó; no quería irse—. Me comunicaré con usted.

Fue a casa de Olivia a buscar a Lacey. Vio cómo se abrazaban en el porche delantero: aquel estrecho abrazo parecía excluirlo.

—Gracias, Olivia. —Lacey cogió la mochila de lona y se dirigió al coche.

Alec sonrió a Olivia.

—También yo te lo agradezco —dijo—. ¿Alguna noticia de Paul?

La mujer negó con la cabeza.

—He disfrutado mucho con la compañía de Lacey.

El hombre subió al coche y salió a la carretera mientras Lacey manipulaba los botones de la radio hasta encontrar una música cacofónica y estridente.

—¿Lo has pasado bien? —preguntó.

—Sí. —Palmoteo sobre los muslos al compás de la música y Alec descubrió el reloj.

Le rozó la muñeca.

—¿Qué es esto?

La niña alzó el brazo para contemplar la resplandeciente esfera.

—Me lo ha regalado Olivia —dijo—. Tengo que llamarla a medianoche cada vez que salga.

Alec se puso ceñudo.

—¿Para qué?

—Para decirle que estoy bien.

—Es una locura. La despertarás.

—Es un compromiso. —Lacey alzó la voz—. Me regaló el reloj a condición de que la llamara.

—¿Por qué, de pronto, necesitas un reloj? Nunca has querido tenerlo.

—Tú usas uno. No veo el problema.

El padre no deseaba discutir. Minutos después llegarían a casa y sentirían el vacío de la ausencia de Clay. Ahora sólo contaban el uno con el otro.

Entró en el camino y apagó el motor. Levantó la muñeca de Lacey para observar el reloj.

—Te queda bien —dijo.

La muchacha retiró la mano y le hizo una mueca.

—¿Y eso qué significa? —Cogió la mochila del asiento trasero, salió del coche y se adelantó al padre caminando hasta la puerta principal.

—Lace.

La niña se volvió y miró fijamente al padre.

—Me gusta cómo te queda. —La miró por encima de la capota del coche—. Lacey, ahora estamos sólo tú y yo —dijo—. No empezemos con tono agrio.

—Has empezado tú. Yo iba feliz escuchando la radio, eras tú el que quería hablar. —Subió los escalones y entró en casa.

A las nueve, Alec llamó a Olivia desde el estudio, demasiado enfadado para esperar hasta las diez y media. Esa noche no deseaba sentirse tan próximo a ella.

—Lo del reloj me ha hecho sentir incómodo.

—No es caro.

—No se trata del dinero. —Se pasó los dedos por el pelo—. En realidad, ni siquiera se trata del reloj, sino de la petición de que te llame a medianoche. Olivia, ya estoy yo en condiciones de cuidarla.

Olivia no respondió de inmediato.

—La niña necesita cierta... orientación, Alec —dijo al fin—, y la certeza de que te importa hasta el punto de que le sigas los pasos.

El hombre sacudió la cabeza.

—Sé que el estilo como manejamos la familia te resulta extraño, pero no pienso cambiarlo. Si comenzara ahora a modificar las reglas, se marcharía. Necesita la... la misma organización que cuando vivía Annie.

—¿Qué organización? Ninguno de los dos os opusisteis a que Lacey hiciera lo que se le antojara. Alec, es una niña. Necesita un padre.

—Por lo tanto, te estás ocupando tú de ello, ¿verdad? Olivia, has pasado una noche con ella. Eso no te convierte en su madre.

La mujer guardó silencio y Alec cerró los ojos, arrepentido de sus palabras. Se daba cuenta de que se sentía celoso de la fluida relación que Olivia había establecido con su hija.

—Voy a colgar —dijo Olivia.

—Olivia...

—Dejémoslo así, ¿de acuerdo? Adiós.

Capítulo 43

*D*urante cuatro noches seguidas, Lacey la llamó a medianoche: dos veces desde casa y las otras, desde algún otro lugar. Cuando el teléfono sonaba, Olivia se despertaba un tanto aturdida y con náuseas, pero no le dijo nunca que dejara de telefonar.

—Mi padre dice que no tendría que llamarte —dijo Lacey la primera noche.

Estaba en casa de una amiga y Olivia oyó las risas y la estridencia de la música al fondo.

—Eso es cierto —dijo Olivia—, no tienes ninguna obligación, pero me gustaría que lo hicieras, así yo me quedaría tranquila.

—Está bien —dijo Lacey sin protestar—, lo haré.

Después de la noche de la discusión del reloj, Alec la llamó un par de veces. Se disculpó por su estallido y la mujer dejó que el asunto se diluyera. Sin embargo, el clima entre ambos estaba enrarecido y evitaba que Olivia se sintiera demasiado cerca de Alec. «Y así tiene que ser», pensaba ella.

El quinto día desde que Lacey se había acostumbrado a telefonar, Olivia se despertó automáticamente a medianoche y levantó el auricular, cuando cobró conciencia de que no había sonado. Quizá Lacey se había quedado en casa. Sin duda se habría dormido profundamente. Olivia veía sucederse los números verdes fosforescentes en el reloj de su mesilla de noche. Por fin, a las doce y media, sonó el teléfono. Descolgó y oyó al otro lado de la línea los sollozos y las palabras ininteligibles de Lacey. Olivia se sentó en la cama y prestó atención a la niña.

—Lacey, parece que hayas bebido.

Lacey lloró al teléfono. Al fondo se oyó un estallido de risas.

—Estoy asustada —dijo al fin.

—¿De qué?

Mientras Lacey trataba de controlarse, se produjo otra pausa.

—No he tenido el período.

—¡Oh! ¿Cuántos días de atraso llevas?

—No estoy segura. He perdido la cuenta.

—Lacey, ¿dónde estás? Voy a ir a buscarte.

Lacey no se opuso. Le dio a Olivia una serie de confusas indicaciones, la dirección de una casa cerca de Río Kiss y dijo que la esperaría fuera.

La carretera estaba casi desierta y cuando finalmente descubrió la señal luminosa en la oscuridad, Olivia se sintió aliviada. Condujo con cuidado, sabiendo que los caballos salvajes andaban por allí. Encontró la intersección que

Lacey le había indicado y giró por un sendero de arena apisonada, rogando que el coche no se empantanara. Ya se veía atrapada allí en medio de la noche.

Las instrucciones de Lacey habían sido insuficientes, pero después de un trecho de camino arenoso, Olivia oyó música. Siguió la dirección del sonido hasta una casita blanca: allí estaba Lacey sola, sentada sobre la cerca de hormigón. Vio que Olivia entraba en el camino plagado de hierbas y se aproximó al coche.

Olivia abrió la puerta para que entrara. Era obvio que estaba ebria: sus ropas olían a tabaco y a cerveza. Tuvo que hacer tres intentos para subir al coche; cerró los ojos y apoyó la cabeza en el respaldo del asiento.

Olivia se inclinó para abrochar el cinturón del asiento de la niña.

—Además de cerveza, ¿has tomado alguna otra cosa? —preguntó.

—Sí.

—¿Has vomitado?

Lacey asintió, con los ojos abiertos a medias.

—Tres veces —murmuró.

—Si tienes ganas de vomitar otra vez, avísame.

—Mmmm. —La niña volvió a cerrar los ojos.

Permaneció dormida durante casi todo el trayecto hasta casa de Olivia. La doctora la llevó al dormitorio de invitados y decidió que ya habría tiempo a la mañana siguiente para preocuparse por Lacey. Fue a su dormitorio y llamó a Alec.

—Alec, soy Olivia. Siento despertarte.

—No hay problema —dijo con voz adormilada—. ¿Qué sucede?

—Lacey está en casa.

—¿Por qué?

—Estaba en una fiesta, bebió demasiado y me telefoneó muy alterada. Fui a buscarla y la traje a casa.

—Iré a buscarla —dijo.

—No, no lo hagas, está dormida. La llevaré por la mañana.

—No quiero que te cause problemas.

—Está bien. Me voy a acostar, Alec, vuelve a dormir. Mañana hablaremos sobre este asunto.

A la mañana siguiente, Lacey estaba pálida y tenía los ojos irritados. Se sentó a la mesa con la camiseta y los vaqueros malolientes, y puso muchas cucharadas de azúcar en el café. Estaba sobria y callada.

Olivia le puso delante un plato con tostadas y se sentó al otro lado de la mesa.

—Cuando llamaste anoche, dijiste estar preocupada por el retraso de tu menstruación.

Lacey alzó la vista, sobresaltada.

—¿Yo dije eso?

Olivia asintió.

Lacey gimió y se recostó en la silla.

—No puedo creer que te lo dijera.

—¿En qué fecha tenías que tener el período?

Lacey movió la cabeza hacia atrás y hacia delante con los ojos cerrados.

—¿Has tenido relaciones desde tu última menstruación?

Lacey hizo una mueca y se sonrojó.

—No puedo hablar contigo de eso —dijo.

—Bueno, entonces dime si existe la posibilidad de que estés embarazada.

La niña asintió.

—Iremos ahora mismo al Servicio de Urgencias e indicaré que te hagan un análisis.

Lacey abrió los ojos y miró a Olivia de frente.

—¡Ay, Olivia!, ¿y si lo estoy? Tendré que tenerlo. No podría abortar. Mi madre me mataría, odiaba el aborto. Decía que era un asesinato.

—Pero tu madre y tú sois dos personas diferentes.

A Lacey la sorprendió la idea.

—No obstante —agitó la cabeza—, creo que no podría hacerlo.

—Lacey, esperemos hasta ver con qué nos enfrentamos. No hace falta crear problemas.

Mientras Kathy Brash efectuaba el análisis, aguardaron en el despacho de Olivia.

Lacey no tenía deseos de hablar. Se sentó en una silla cerca de la ventana y jugueteó con los cordones de la persiana; cuando sonó el teléfono, dio un salto.

Olivia levantó el receptor.

—Negativo —dijo Kathy.

Olivia le dio las gracias y cortó. Miró a Lacey desde el lado opuesto del escritorio.

—No estás embarazada.

Lacey se cubrió el rostro con las manos y comenzó a llorar.

—Estaba tan asustada... —exclamó—. No podía pensar en otra cosa. Cuando me quedé la otra noche, estuve a punto de decírtelo. Quería hacerlo, pero creí que me considerarías una furcia o algo parecido.

Olivia negó con la cabeza.

—Lacey, no tengo por qué pensar mal de ti. —Se inclinó hacia delante en el escritorio—. Mírame —dijo.

Lacey dejó caer las manos sobre la falda y miró a Olivia.

—Tienes que decírselo a tu padre.

Los ojos irritados de Lacey se abrieron muy grandes.

—¿Decirle qué?

—Que creías estar embarazada.

—Pero no lo estoy. ¿Por qué hacerlo sufrir? No hay ninguna razón para decírselo.

—Hay una buena razón: tu padre ha de saber que has estado en dificultades.

—¿Y si no se lo digo?

—Entonces, lo haré yo.

Lacey saltó de la silla.

—¡Creí que podía confiar en ti!

—Puedes confiar en cualquier cosa que considere buena para ti.

—¡Por Dios, eres una perra! —Lacey se dejó caer otra vez en la silla—. Me matará, me... —Movi6 la cabeza, mientras gruesas l6grimas le rodaban por las mejillas.

Olivia se puso de pie.

—Lacey, tu padre tiene que saberlo. —Cogió del bolso las llaves del coche—. Vamos.

Lacey la siguió en actitud de exagerada resignación. Durante el viaje a Southern Shores, miró por la ventanilla y lanzó ocasionales miradas venenosas en dirección a Olivia. Incluso gruñó:

—Pero si ni siquiera estoy embarazada. Creía que podía confiar en ti.

Lacey entró en la casa delante de Olivia y soslayó a su padre para subir a la carrera a su dormitorio. Expectante, Alec miró a Olivia.

—¿Podemos ir al estudio? —preguntó.

El hombre asintió y la condujo al estudio, donde se sentó en el sitio habitual tras el escritorio. La doctora se sentó ante la mesa de trabajo.

—Lacey creía estar embarazada —dijo Olivia.

Por un instante, Alec pareció sorprendido; movió la cabeza.

—¡Oh, no! —exclamó.

—No lo está. Esta mañana le han hecho un análisis en el Servicio de Urgencias. Sabe que estoy contándotelo y no la hace muy feliz, pero tenías que saberlo.

Alec asintió.

—¡Dios mío! —Levantó la mirada al techo y habló con tono furioso—. Muy bien, *Annie* —dijo—, y ahora, ¿qué hacemos?

Olivia se levantó.

—¡Olvida lo que haría, pensaría o sentiría *Annie*! ¿No se te ocurrió que tal vez *Annie* estuviera equivocada? —Olivia cogió el bolso con gesto brusco y se encaminó a paso vivo hacia la puerta del estudio; se volvió y le dijo—: Tu hija, que sólo tiene catorce años y que quedó librada a su arbitrio, pensó que estaba embarazada. Olvídate de *Annie*. Lacey te necesita y te necesita a ti.

Salió por la puerta principal y casi chocó con *Tripod* en su prisa por marcharse. Miró desde el coche la ventana del cuarto de Lacey y se preguntó si acababa de perder a Alec y a su hija.

Durante largo rato, Alec permaneció solo en el estudio, consciente del silencio que reinaba en la casa. «Tiene miedo de lo que pueda ocurrir estando solos», le había dicho la consejera escolar sobre su hija. Se puso de pie y subió las escaleras.

Llamó a la puerta y la abrió. Lacey estaba sentada en la cama con las piernas cruzadas y estrechaba contra el pecho una muñeca de pelo negro. Tenía un aspecto espantoso: el cabello bicolor despeinado y las mejillas manchadas de lágrimas. Olía a cerveza rancia.

—Papá, lo siento —dijo.

El padre se sentó en la cama, la estrechó en sus brazos y por primera vez en mucho tiempo, la niña no intentó apartarlo. Sollozó contra el hombro de su padre y éste sintió que la espalda de Lacey se estremecía bajo sus manos. Alec le acarició el cabello, temeroso de hablar, de que la voz se quebrara.

Por fin, la apartó. Sacó un pañuelo de papel de una caja que había sobre la mesilla y lo sostuvo bajo la nariz de Lacey.

—Suénate —dijo, y la niña obedeció.

Luego, Lacey lo miró con unos ojos tan azules como los de Annie y esperó a que hablara.

—Debes de haber sentido miedo —dijo.

La muchacha asintió, bajó rápidamente los ojos y las lágrimas se deslizaron desde las largas pestañas sobre el dorso de la mano de Alec.

—¿Ha sido ese chico, Bobby?

Lacey no alzó la cabeza.

—No sé quién ha podido ser.

Algo se revolvió en el estómago de Alec y trató de mantener un tono tranquilo.

—¡Oh, Lace! —dijo, y volvió a abrazarla. Antes de explicar la idea, esperó a que dejara de llorar—. Tendremos que proceder a algún cambio —dijo.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero que vengas a casa a las doce durante el fin de semana, y entre semana, a las diez.

Lacey se apartó con brusquedad y lo contempló con herida incredulidad.

—¡Papá, es verano!

—Aun así, no existen motivos para que andes fuera de casa más tarde. Y quiero saber con quién estás, los números de teléfono y conocer a los muchachos con quienes sales.

—¡Sabía que harías algo así! Me convertirás en una prisionera. No puedes impedirme las relaciones sexuales.

—Lo sé —dijo Alec con tono calmado—. Sin embargo, preferiría que no las tuvieras, porque no sabes... es poco probable que entiendas lo que haces. Lacey, tiene que ser algo especial. ¿Qué ocurrirá cuando conozcas a alguien a quien quieras de verdad?

—Para mamá significó algo aun cuando lo hiciera siendo muy joven. Ella me contó que contigo, por fin, se sintió colmada.

Alec suspiró. Sentía que Annie, con toda su franqueza, saboteara cualquier movimiento que intentara realizar él con Lacey.

—Bueno, en ese caso, tendrás que asumir la responsabilidad —frustrado, se puso de pie—, pero no es sano que empieces a tomar la píldora a tu edad, como tampoco deberías fumar si la tomas y..., maldición, Lacey, ¿por qué? Sólo tienes catorce años. ¿No lo harás tú porque lo hace Jessica?

—No.

—¿Te preocupa que te rechacen los muchachos si dices que no?

Lacey bajó la mirada hacia la muñeca.

—No tengo la menor idea de por qué lo hago.

El tono de la voz de Lacey le produjo una honda tristeza. Dio un paso hacia la cama, se inclinó y la besó.

—Lacey, convendría que reflexionaras un poco, en lugar de hacerlo sin más. — Se encaminó hacia la puerta y se volvió nuevamente—. En cuanto a las medidas anticonceptivas, puedes contar con lo que quieras —dijo— pero por favor, para mi tranquilidad, piensa un poco. Eres demasiado valiosa y no deberías predisponerte al buen tuntún.

Capítulo 44

No había escapatoria: Paul tendría que hablar con Mary Poor. Incluso en el trabajo comenzaba a resentirse. Sal Bennett, el director de la *Gazette*, se enfadó por el retraso de un artículo y porque había presentado otro colmado de imprecisiones.

—¿Tienes problemas personales? —le preguntó Sal.

Paul comprendió que su rostro debía de reflejar la obsesión que lo atormentaba. Sus pensamientos rondaban constantemente en torno a Annie y a la niña que consideraba su hija.

En dos ocasiones intentó verla. Rondó por la vecindad como un violador demente, la siguió una vez hasta la playa y otra, al cine; allí vio cómo el muchacho que iba con Lacey trataba de meterle mano bajo la falda en algún momento y Paul sintió una desconocida furia paternal.

Postergó la visita a Mary con la esperanza de que Lacey le revelara la verdad por medio de alguna señal, de cierto ademán o de una inflexión de la voz. Preguntarle a Mary le exigía un valor que no tenía, pero comprendió que no podía postergarlo más, pues ahora estaba amenazado su trabajo y la idea le atormentaba la mente.

Encontró a Mary sentada en el porche de la residencia como de costumbre, con el periódico plegado sobre el brazo de la mecedora. Paul se sentó junto a la anciana y ella lo miró.

—¿No ha traído la grabadora? —preguntó la mujer.

—Hoy no la he traído —dijo Paul, tamborileando con los dedos sobre el brazo de la mecedora—. No se trata de una entrevista. Es que necesito que me aclare algunas cosas.

Mary apoyó el periódico sobre las rodillas.

—¿De qué se trata?

—¿Se acuerda de mí? —Bajó la voz—. Supongo que recuerda que hace algún tiempo yo era... amigo de Annie.

Mary asintió.

—En ocasiones, me olvido de lo que pasó ayer, pero recuerdo perfectamente lo que sucedió hace quince años.

—Entonces... ¿recuerda usted la última vez que estuve con Annie en su casa en Río Kiss? ¿El día que me echó a patadas?

—Sí.

Paul se sentó al borde de la silla y volvió el rostro hacia la mujer.

—Necesito saber si... ¿estaba embarazada Annie? ¿Quería que me fuera por aquel motivo? Tuvo una hija que ahora tiene catorce años, Lacey. ¿Es posible que sea mi hija?

—¿Qué diferencia habría? El marido de Annie es el padre de Lacey.

—La diferencia es enorme. Podría ser la única hija que he concebido y ella tendría que saber quién es su verdadero padre. —Contempló los ojos azul claro de la mujer—. Es mía, ¿no es cierto?

Mary volvió a colocar el periódico sobre el brazo de la mecedora.

—Piense lo que quiera —dijo, y se concentró otra vez en los crucigramas.

Paul la observó un momento y se levantó. No obstante, permaneció en el porche y, después de unos momentos, Mary lo miró.

—No puedo librarme de ella —dijo Paul en voz queda—. Annie está destrozando mi vida.

Capítulo 45

Mary observó a Paul Macelli al alejarse y supo que no iba a ser la última vez que lo viera. No se quedaría tranquilo hasta saber la verdad y quizás un día tendría que revelársela ella.

Comprendía la necesidad de un padre de dedicarse a una hija. Ella había sentido lo mismo por Annie, y ese sentimiento ayudó y estimuló a la joven de manera tan desmedida que luego Mary se arrepintió. «Eres mi salvación», le había dicho Annie muchas veces, aunque lo cierto era que le había proporcionado más daño que beneficios.

Recordaba perfectamente el día en que había echado a Paul de Río Kiss y los hechos ocurridos tras la partida del hombre.

En ese momento corría el rumor de que se aproximaba un temporal y algunos vecinos de Outer Banks habían preservado sus más valiosas pertenencias y se habían recogido tierra adentro. Mary no se separó de la radio, pero cerca del mediodía, el aviso fue denegado.

—Probablemente pasará de largo —dijo el meteorólogo con una mezcla de alivio y decepción en la voz.

Mary miró con disgusto al aparato mientras ponía la tetera al fuego. ¿Para qué se molestaba en escuchar? Abrió la puerta trasera y salió al exterior. Sobre los médanos el cielo estaba blanco, sin rastro de gaviotas, pelícanos o gansos de los que solían aparecer y la avena silvestre permanecía erguida en el aire inmóvil y pesado. El océano tenía un aspecto amenazador, hinchado; el agua casi negra se arremolinaba en olas que rompían con fuerza sobre la playa. Mary olfateó el aire y movió la cabeza nuevamente. «Qué estúpidos —pensó—. Mañana se defenderán diciendo que las tormentas son impredecibles, que es imposible estar seguro.»

Mary volvió a entrar, preparó el té y se dispuso a afrontar lo que se aproximaba. Caleb le había enseñado qué hacer y a interpretar las señales de viento y agua. Llenó las linternas de queroseno y las dejó sobre la mesa de la cocina. Sacó tres jarras del armario, las llevó al piso de arriba, las llenó de agua y las dejó sobre la cómoda de su dormitorio. Luego colocó el viejo tapón de goma en el desagüe de la bañera y abrió el grifo, pensando constantemente en Annie. Por la mañana, nada más levantarse, había abierto la ventana, vio que se acercaba la tormenta, y le había telefoneado para advertirle.

—Annie, no salgas —le dijo—. La tormenta te atraparía en el camino.

—Dicen que pasará de largo. —La voz de Annie era débil, con un matiz de temor, aunque Mary sabía que no era la tormenta lo que la asustaba—. Tengo

que ir antes de perder el valor —dijo.

Mary se ofreció a acompañarla, pero Annie desechó la ayuda con una risa.

—No seas ridícula —dijo—. No me pasará nada.

Mary imaginó lo pesada que podía resultar la compañía de una mujer de setenta y siete años en ocasión semejante, pero cada vez que pensaba en Annie conduciendo en sus condiciones, deseaba nuevamente no haber aceptado la negativa.

La lluvia comenzó a caer alrededor de las cuatro de la tarde, mientras Mary luchaba por cerrar las ventanas con tablas. Desde la muerte de Caleb, siempre lo había hecho sola, pero ya no era tan fuerte como antes y apenas quedaba suficiente madera para cubrir las ventanas de la planta baja que daban al mar. Agotada por el esfuerzo, pensó que bastaría. Recogió las plantas que había en el porche y llevó el viejo álbum de fotografías al segundo piso. Revisó todas las ventanas y hubo alguna que se resintió; recordó la voz de Caleb: «Las casas pueden desmoronarse cuando se desata un huracán», le había explicado desde el principio, relatando historias en las que habían ocurrido casos semejantes.

Mary recorrió por última vez el patio para comprobar si había olvidado alguna cosa, entró en la casa y cerró con cuidado la puerta tras ella. Luego se sentó en la mecedora frente al fuego y se dedicó a esperar.

Después de unos momentos, encendió la radio; esbozó una sonrisa torcida al escuchar al meteorólogo que admitía su equivocación y volvía a advertir a los oyentes de la evacuación, pero pensó en Annie y la sonrisa se esfumó. ¿Dónde estaría en ese instante? Quizás hubiera oído las advertencias y permaneciera en un lugar seguro donde pasar la noche. Deseó que así fuera. Le había sugerido alquilar una habitación para no tener que conducir hasta casa, pero Annie se había negado. «Estaría ansiosa por volver junto a Alec y Clay», había dicho. Mary no sabía cómo podría afrontar al marido y al hijo aquella noche. «Lo haré —le había asegurado Annie—. Diré que me duele el estómago y permaneceré en cama durante un par de días. Muchas mujeres lo hacen.»

Sin embargo, Mary conocía a Annie. No sería el dolor físico lo que la abatiera.

De pronto, el viento arreció. Silbaba en el piso superior y la lluvia comenzó a golpear contra las maderas de las ventanas. En la casa, las luces parpadearon pero permanecieron encendidas. Mary se acercó a la ventana que había junto a la chimenea y observó cómo el mundo se oscurecía en escasos segundos; la oscuridad era tan intensa que el mecanismo del faro se activó como si fuese de noche y súbitamente se encendió la señal. La mujer divisaba las blancas capas de espuma que se hinchaban cerca del faro en el océano y lamían los médanos como lenguas sedientas.

Luego vio los faros de un coche que se tambaleaba bajo la lluvia en medio de la oscuridad y se acercaba a la casa. El vehículo llegó a poca distancia del porche delantero y entonces Mary vio que era el de Annie. Sacó el impermeable del

armario de los abrigos y abrió con esfuerzo la puerta principal. El viento se lo arrebató de las manos y lo arrojó contra la puerta de un golpe; Mary tuvo que aferrarse a la baranda para que no la tirara a ella.

Cuando Mary abrió la puerta del coche, Annie estaba llorando. Envolvió como pudo los hombros de la joven en el impermeable, le colocó la capucha sobre la cabeza y corrieron desde el vehículo hasta la casa. Mary forcejeó para cerrar la puerta, sin aliento por el esfuerzo. Cuando se volvió, Annie ya estaba sentada en el sofá, hecha un ovillo con el impermeable. Mary la dejó en paz mientras iba a la cocina y ponía otra vez la tetera al fuego. Sacó dos tazas del armario; en ese momento, las luces se apagaron y la casa quedó tan oscura como el exterior.

—Mary —llamó Annie desde la sala con voz de niña.

—Estoy encendiendo lámparas —contestó Mary buscando fósforos sobre la mesa de la cocina—. Voy enseguida.

Dejó una lámpara encendida en la cocina y llevó otra a la sala. Miró por la ventana y sólo vio una negrura total. Ni siquiera la señal luminosa permitía saber cuán cerca estaba el agua y cuándo tendrían que subir a la planta alta.

—No pude llegar a casa —dijo Annie. El rostro parecía grisáceo a la luz de la linterna y le castañeteaban los dientes, mientras Mary la ayudaba a quitarse el impermeable—. No puedo encararme con Alec.

—Tendrías que llamarlo para decirle que estás bien —dijo Mary.

Annie miró el teléfono que había sobre el escritorio, en un rincón.

—Quizá sea lo mejor —dijo—. Si no hablo yo misma, se preocupará.

Mary acercó el teléfono al sofá para que Annie no tuviera que levantarse. Las manos de la joven temblaban de tal manera que tuvo que marcar el número Mary.

—Alec —dijo Annie—, he pasado por casa de Mary para ver si estaba bien, pero el tiempo se ha puesto tan horrible que prefiero quedarme aquí.

Mary observó el rostro de Annie. La voz no la delataba, pero si Alec pudiese ver el dolor que expresaban sus ojos, sabría de inmediato lo que había hecho. Era mejor que Annie no hubiese vuelto a casa.

—¿Puedo hablar con Clay? —preguntó Annie—. Ah, de acuerdo, está bien. Quizá duerma toda la noche... Sí, estamos muy confortables aquí sentadas, bebiendo té. —Rió, pero las lágrimas corrían por sus mejillas y las enjugaba inútilmente con el dorso de la mano. Mary sintió que ella misma estaba a punto de llorar e inspiró con fuerza para evitarlo—. Alec —dijo Annie retorciendo el cable del teléfono entre los dedos—, te quiero mucho.

Annie colgó el teléfono y se acurrucó en un rincón del sofá. Temblaba convulsivamente. Mary encontró una manta de lana en la cómoda de la planta baja y la cubrió. Llevó el té a la joven y sostuvo la taza mientras bebía. Entonces, Annie la miró.

—¡Oh, Mary, por Dios! —exclamó—. ¿Qué es lo que he hecho?

Mary se sentó junto a ella.

—Tal vez extraigas una lección de todo esto —dijo—, igual que yo. Te facilité demasiado las cosas permitiéndote realizar mis propios sueños, pero jamás tendrían que haberse concretado. Soy tan culpable como tú.

—Chst, Mary, no hables de culpa. —Annie movió la cabeza y enlazó las manos sobre el regazo. La cara no tenía color—. Duele tanto... —dijo—. Me dijeron que sería malo pero fue horrible, y merezco cada punzada de dolor.

—No, no lo mereces —replicó Mary.

Algo se quebró contra la pared exterior de la casa y Annie se sobresaltó.

—Esto no me gusta —dijo. Envolvió los hombros en la manta mientras el viento silbaba enloquecido a través de la habitación.

—Tendremos que subir —dijo Mary.

Annie subió con lentitud las escaleras; el dolor parecía desproporcionado en relación con lo que había hecho. Mary la instaló en el pequeño dormitorio que consideraba ya de Annie. Miró cómo su joven amiga se metía en la cama vestida temblando aún, y se tapaba los oídos para no escuchar el rugir del viento en los cuartos de la planta alta. Comenzó a farfullar palabras sin sentido y tenía la piel caliente al tacto. Mary empapó un trapo en agua fría y le refrescó cara y manos. A la siguiente taza de té, agregaría Southern Comfort.

—Ha cesado —dijo Annie de pronto, y se sentó en la cama a escuchar.

Era cierto, la lluvia había cesado. El viento también se había calmado y, al mirar por la ventana Mary vio las estrellas.

—Sí —dijo Mary; ahora era ella la que temblaba.

Que Annie pensara lo contrario, pero la anciana sabía con certeza que aquello era sólo el aviso de la tormenta que caería sobre el faro. Pronto se reanudaría.

Pero entonces, Annie ya dormía. Mary permaneció atenta junto a la cama toda la noche, mientras escuchaba cómo temblaba la casa sobre sus cimientos.

Por la mañana, Annie tenía mejor color y la fiebre había bajado. Mary la dejó dormir y fue a comprobar los daños. La lluvia había penetrado bajo las puertas y a través de las ventanas rotas; por lo demás, todo lo que había dentro de la casa estaba en perfectas condiciones. La electricidad aún no había vuelto y el teléfono se había quedado mudo en algún momento de la noche. Afuera encontró la tapa metálica aplastada de un recipiente de basura del porche delantero. El contorno de la playa se había modificado durante la noche; la avena silvestre había quedado al borde del agua y la arena estaba anegada. El faro parecía intacto pero, más tarde, Mary tendría que revisar las lentes.

Cuando volvió a la cocina, encontró a Annie empapando agua del suelo.

—¡Eh! —exclamó Mary quitándole la bayeta de las manos—, no tendrías que hacer esto.

Sintiéndose débil, Annie se dejó caer en una silla junto a la mesa de la cocina, con las manos blancas sobre el regazo.

—Anoche soñé que era de Alec —dijo en tono tranquilo.

Mary dejó de recoger agua y la miró.

—Annie, estabas segura de que era de Paul.

Annie cerró los ojos y asintió.

—Claro, admito que no sé demasiado acerca del tema —dijo Mary apoyándose— pero creo que lo que usas como anticonceptivo no es tan seguro... —vaciló buscando la palabra exacta— para alguien como tú.

Annie la ignoró.

—Quedaré embarazada en cuanto pueda.

Mary la miró de frente.

—No podrás sustituir ese hijo.

—Lo sé —dijo Annie con voz tenue—, pero lo intentaré. Y esta vez, sin duda será de Alec. —Debió de percibir incertidumbre en la mirada de Mary, pues agregó—: Lo juro, Mary. El próximo será de Alec.

El crucigrama resbaló de las rodillas de Mary y cayó al suelo del porche, pero no se molestó en cogerlo. Pensó en Paul Macelli, todavía abrumado por cosas que habían sucedido hacía tanto tiempo. Pensó en Annie y en ella misma, y comprendió que cualquiera que fuese la lección de aquellos sucesos, había sido rápidamente olvidada.

Capítulo 46

El viernes por la mañana, cuando llegó al Servicio de Urgencias a trabajar, Olivia encontró esperándola una docena de rosas amarillas.

—¿Te las envía Paul? —le preguntó Kathy mientras Olivia leía la tarjeta.

Tenías razón, me había equivocado.

Alec

Olivia sonrió.

—No —dijo, y aguardó la tarjeta en el bolsillo de la bata blanca—, no son de Paul.

Habían pasado veinticuatro horas desde que había dejado a Alec y a Lacey solos para que resolvieran sus diferencias sin su presencia, y sin Annie. La noche anterior, Alec no la había llamado y la doctora supuso que las cosas no habrían ido bien o que Alec estaría demasiado enfadado con ella por aquel estallido. La alivió comprobar que no se trataba de ninguna de las dos posibilidades.

Por la tarde la llamó Mike Shelley. Quería invitarla a cenar cuando terminara su turno.

—No se trata de una cita —había agregado, riendo—. Mi esposa está siempre al quite. Necesito hablar contigo sobre cierto asunto. ¿Te parece bien a las siete?

—Perfecto —respondió la mujer; se preguntó de qué se trataría lo que había secundado.

La llevó a un pequeño restaurante donde servían marisco, en Kitty Hawk; antes de aplacar la curiosidad de la doctora, Mike esperó a que sirvieran el primer plato.

—La comisión de personal ha tomado una decisión —afirmó.

—¿Sí? —Por el tono de Mike no adivinaba si tenía que sonreír o fruncir el entrecejo.

—Hubo un momento en que la discusión se puso tensa, pero en el fondo, cada uno sabía a quién prefería. Esperamos a que se aclarase la cuestión de Annie para poder decidir. Olivia, estamos todos impresionados por el modo como manejaste la situación. Como dijo Pat Robbins: «Olivia Simon sabe cómo mantener la calma dentro y fuera del Servicio de Urgencias».

La mujer le sonrió.

—¿Quieres decir que, si lo deseo, el puesto es mío?

—Sí —confirmó Mike. La miró, asombrado—. ¿Acaso dudas en aceptarlo?

Olivia bajó la mirada hasta el plato.

—Mike, valoro el modo en que has permanecido a mi lado durante todo el conflicto, estoy emocionada, me conmueve, pero al mismo tiempo...

—¿Qué ocurre?

—Se trata de mi marido. No quiere quedarse en la ciudad.

—Creí... que estabais separados, ¿no es así?

—Sí, pero yo conservo la esperanza... —Se encogió de hombros—. En fin, creo que ésta será una prueba decisiva. Le diré que he recibido el ofrecimiento y ya veremos cómo reacciona. Quizá se produzca una crisis... en realidad, estamos en una especie de limbo: ni juntos ni totalmente separados, y creo que esto nos empujará en una u otra dirección. ¿Puedo disponer de unos días para pensarlo?

—¡Desde luego! —Se respaldó en la silla—. Olivia, no soy de los que piensan que la carrera es más importante que la familia, ya se trate de hombre como de mujer. Por lo tanto, comprenderé tu decisión, sea cual fuere.

—Gracias.

—Al mismo tiempo, el Servicio de Urgencias te necesita. La institución crecerá, tiene que hacerlo, y necesitamos a una persona capaz de afrontar los cambios.

Olivia sintió una apetencia que no sentía hacía mucho. Ante la doctora se presentaba un desafío tentador a la espera de que lo aceptara. Deseó poder decir que sí y acabar con el asunto.

—Mike, hay algo más que deberías saber.

—¿De qué se trata?

—Estoy embarazada. El parto será en enero.

Mike abrió los ojos.

—¡Vaya!

—Si todo sale bien, me gustaría no alargar el permiso. Tendría que habértelo dicho antes, pero...

Mike movió la cabeza.

—En relación con la propuesta, no ha cambiado nada.

Aliviada, Olivia sonrió.

—¡Estupendo!

—Bien —el médico se respaldó otra vez en la silla—, debo llevarte a mi casa después de cenar para tomar el postre: orden de la dirección del hogar. ¿De acuerdo?

—Me encantará.

Por primera vez, Paul esperaba ansioso la reunión en casa de Alec. Quizá tuviera ocasión de observar a Lacey; en efecto, cuando llegó, la niña estaba en la cocina con su padre y con Nola. Bebía gaseosa de una lata y cuando el hombre entró, lo

miró con especial atención. ¿Era posible que lo supiera? ¿Cabía la probabilidad de que Annie le hubiese dicho algo?

Saludó a los tres pero no pudo apartar la mirada de Lacey. Intentó imaginarla sin aquel absurdo cabello. Era el vivo retrato de Annie. Le resultó imposible descubrir rasgos de ninguna otra persona en la niña y, por cierto, tampoco de Alec.

—Paul, el vino ya está allí —dijo Alec; pasó junto a Paul y Nola fue tras Alec pisándole los talones.

—Enseguida voy —dijo Paul—, sólo quiero servirme un vaso de agua. —Se acercó al armario que había sobre el fregadero y contempló a Lacey, que se había sentado sobre el aparador. Llevaba pantalones cortos blancos y una camiseta de color rosa intenso. Iba descalza—. ¿Hay vasos? —preguntó.

—En el otro —respondió Lacey—, a tu derecha.

Llenó el vaso de agua y bebió un gran trago. Luego se apoyó contra el aparador y la observó.

—Lacey, releí las notas que tengo de la entrevista con tu madre y he confirmado que dijera que tenías doce años.

La muchacha frunció la nariz.

—¡Qué raro! —dijo.

—Tal vez estuviera nerviosa a causa de la entrevista.

La niña sacudió la cabeza.

—Nunca se ponía nerviosa por nada. —Balanceó las piernas desnudas y se miró las rosadas uñas de los pies—. Tu esposa me gusta.

El hombre la miró ceñudo.

—¿Cómo sabes...? Ah, es verdad, la conociste en el hospital, la noche en que murió tu madre.

—Sí, pero no fue en esa ocasión cuando la conocí. —Enfadada, Lacey bebió un trago de gaseosa; dejó la lata en el aparador y esbozó una tímida sonrisa—. Curiosamente —confesó— hablo todas las noches con ella.

—¿Con mi mujer? ¿Con Olivia?

—Sí. Insistió ella en que lo hiciera. Ocurrió una noche durmiendo yo en su casa...

—¿Te has quedado a dormir en casa de Olivia?

—Sí, me dijo que tendría que telefonarle cada noche, a las doce, y se las ingenió para convencer a mi padre de que me impusiera alguna que otra regla. —Lacey rió con aire de satisfacción—. Por cierto, me ha trastornado la vida, pero no es fácil rebelarse con esa mujer. —Alzó la mano para mostrarle el reloj negro y plateado—. Me regaló esto.

—Paul —llamó Alec desde la sala—, estamos a punto de empezar.

—Ya voy —respondió, pero no hizo ademán de hacerlo—. ¿Por qué dormiste en casa de mi esposa? —preguntó.

—Porque mi padre tenía que llevar a mi hermano a la universidad y estaría fuera toda la noche, y como Olivia y él son muy amigos, dijo que podía quedarme allí.

Paul contempló el caballito esmaltado en la pared opuesta.

—No sabía que Olivia y tu padre fueran tan amigos... Tengo entendido que lo ayudó en algunas charlas sobre el faro, ¿verdad?

—Una sola vez. —Lacey volvió a llevarse la lata a los labios y echó la cabeza atrás para beber el último sorbo—. Han salido varias veces —continuó— a cenar y cosas por el estilo y, en ocasiones, Olivia ha venido a ver el instrumental de mi madre para utilizarlo con el cristal.

—¿Las herramientas de tu madre...?

Lacey soltó un suspiro exasperado. Sin duda parecía tan imbécil como se sentía.

—Los instrumentos para trabajar el cristal —explicó la muchacha— las herramientas y todas esas cosas, ¿entiendes?

Llegó una risa desde la sala. Paul dejó el vaso vacío en el fregadero; las manos le temblaban violentamente. Se esforzó por adoptar una expresión impasible y se volvió a Lacey.

—Pero Olivia no se dedica a las vidrieras —dijo.

—¡Por Dios, es evidente que hace tiempo que no la ves! Todos los sábados hace prácticas con Tom Nestor en el estudio de mi madre. Es el tipo que...

—Lo conozco.

Paul trató de imaginar a Olivia junto a la mesa de trabajo de Annie. También la imaginó yendo a cenar con Alec, riendo con él, contándole... ¿qué? Había estado en la casa, ¡en casa de Annie! cumpliendo el papel de madre para con su hija.

—Paul. —Esta vez era Nola quien le hablaba en tono irritado.

—Será mejor que vaya —dijo.

—Sí. —Lacey rió—. Si alguien contradice a Nola, no vive para contarlo.

En el mismo momento en que se sentó en el sofá, comprendió que no podría quedarse. La confusión se había convertido en furia. ¿A qué diablos se estaba dedicando Olivia?

Alec hablaba de la inminente visita al faro, fijada el martes siguiente.

—Alec. —Lo interrumpió Paul. Se puso de pie y todas las miradas convergieron en él.

—Lo siento —dijo— pero tengo que irme. No me siento bien. Creí que podría quedarme a la reunión, pero... —Se encogió de hombros.

—¿Quieres recostarte un rato? —preguntó Alec.

—Tengo aspirinas —ofreció Sondra Carter.

—¿No será algo que hayas comido? —preguntó Nola.

—No. —Comenzó a retroceder y el color le tiñó las mejillas—. Sin duda me sentiré mejor al aire libre.

Mientras recorría los pocos pasos que lo separaban de la puerta principal y salía, los demás guardaron silencio. Al salir, se preguntó qué dirían. No mucho, quizá. Probablemente continuarían la reunión y al terminar, lo llamaría Alec para saber cómo estaba, actitud muy propia de él. Se preguntó si había brindado a Olivia una pizca de simpatía y comprensión en los últimos meses.

Condujo hacia el sur, hacia Kitty Hawk, sobrepasando el límite de velocidad; pensó qué le diría a Olivia cuando se vieran cara a cara. No cabía duda: cualquier cosa que le dijera terminaría en un gruñido. No era capaz de tranquilizarse.

La casa estaba a oscuras y el coche no se veía por allí. ¡Maldición! ¡Qué mala suerte! Estaba a punto de explotar con el deseo de arrojarle de todo a la cara.

Se sentó en el porche delantero. ¿Dónde estaría Olivia? ¿Con quién habría salido esa noche? Quizás estuviese en el centro de Mujeres Maltratadas. Podría ir allá. Cerró los ojos y esbozó una sonrisa torcida: imaginaba a otro marido furioso irrumpiendo en el centro.

Permaneció en el porche durante un buen rato; finalmente se dio por vencido y condujo hasta su pequeña casa de South Nag's Head. La encontraría a la mañana siguiente. Era sábado. Lacey le había dicho dónde estaría.

Olivia llegó a casa alrededor de las diez. Pensó en llamar a Paul para contarle el ofrecimiento de Mike, pero necesitaba tiempo para pensarlo. Además, en esos momentos no tenía ganas de hablar con Paul.

Acababa de acostarse cuando llamó Alec.

—Alec, las rosas son muy bonitas —dijo—. Gracias.

—Te las debía por tu ayuda con Lacey —dijo—. De un día para otro, las cosas han cambiado. Mi hija habla conmigo y de pronto llevo el control de la casa.

—En esencia, es una buena chica.

—Lo sé. —Alec suspiró—. Esta mañana me dijo que no quería saber nada de anticonceptivos, que durante un tiempo no quería tener que ver con el sexo. Sin embargo, me parece que no es muy realista. Cuando una niña comienza, ¿acaso puede detenerse?

—Si consigues más atención de tu parte, quizá no la necesite tanto de los muchachos que frecuenta en sus salidas.

—Espero que estés en lo cierto. —Guardó silencio unos instantes. La mujer creyó oír que se estiraba y comprendió que estaba acostado—. Bien —dijo— ¿cómo van tus cosas?

—Esta noche me han ofrecido el puesto de directora.

—¡Lo dices en serio! ¿Por qué no me has llamado de inmediato? Olivia, es magnífico.

Desde la cama, la doctora veía la luna. Estaba casi llena y rodeada de estrellas.

—Tengo miedo de decírselo a Paul. Provocará una crisis.

—Esta noche no se quedó a la reunión.

—¿Qué quieres decir?

—Vino unos minutos y luego se fue. Dijo que no se sentía bien.

—¿Qué le pasaba?

—No dio detalles. ¿Cuándo le contarás lo referente al trabajo?

—Mañana, en un momento u otro. Antes de hablar con Paul, necesito pensar lo que deseo yo.

Por un momento, Alec permaneció callado.

—Me gustaría que lo aceptaras —dijo. Olivia lo oyó contener el aliento y luego soltarlo—. Olivia —preguntó—, ¿estás acostada?

—Sí.

—¿Sabes?... A veces me gustaría decirte cosas que sé que no debería decir.

—¿Como cuáles?

—Bueno, que te aprecio y te admiro. Que cuando paso un tiempo sin verte, te echo de menos...

Comenzó a sonar el aparato de busca de la doctora y Alec se interrumpió.

—Ya lo he oído —dijo—. Será mejor que cortemos.

Olivia cerró los ojos.

—Lo siento.

—Mañana tengo que ir al estudio a buscar la ventana oval y a hacer la ampliación de una foto. ¿Quieres que almorcemos juntos?

—Sí —respondió la mujer—. Nos veremos mañana.

Cortó la conversación y llamó al Servicio de Urgencias. Se había producido un incendio en una casa a orillas del estrecho en Kitty Hawk. Había en camino tres personas con quemaduras. Se esperaba que llegaran al cabo de unos diez minutos.

Salió rápidamente de la cama y se puso el vestido de lana a rayas blancas y rosa. Se lavó los dientes y se peinó. De camino al Servicio de Urgencias, pensó en Alec.

«Ojalá hubiese completado lo que había comenzado a decir», pensó.

«Mañana —pensó—. Mañana, durante el almuerzo.»

Capítulo 47

A través de la puerta del estudio, Olivia vio a Alec y a Tom de pie junto a la mesa de trabajo. Tom estaba envolviendo una pieza ovalada entre dos trozos de cartón y Alec reía. Cuando abrió la puerta, la miraron.

—Buenos días, Olivia —dijo Tom, y dejó el envoltorio sobre la mesa—. Tengo que ayudar a Alec en el cuarto oscuro, pero ve preparando las cosas porque acabaré enseguida.

Alec no le dijo una palabra, pero no era necesario. La cálida sonrisa lo había dicho todo.

Olivia se sentó a la mesa y sacó del bolso la pieza en que estaba trabajando, una obra que necesitaría la ayuda de Tom. Había roto ya dos láminas de cristal tratando de darles la forma que deseaba.

Cortó el contorno de la pieza con la tijera de tres filos; acababa de pegarla al cristal cuando Tom salió del cuarto oscuro. Se sentó junto a ella y rió cuando Olivia le contó sus dificultades con el corte.

—Estás intentando lo imposible —dijo cogiendo un trozo de vidrio.

Le enseñó distintos modos de cortarlo; Olivia seguía atentamente las instrucciones cuando de pronto se abrió la puerta del estudio. Olivia alzó la mirada y vio a Paul que avanzaba hacia ella con el rostro enrojecido y expresión furiosa, y dejó caer las manos sobre el regazo.

—¡No puedo creerlo! —exclamó Paul a voz en grito—. Cuando me dijeron lo que estabas haciendo, no pude dar crédito a lo que oía.

Olivia echó una mirada al cuarto oscuro. Alec debió de oír la voz de Paul porque la puerta se entreabrió. Ella, sin llegar a verlo, imaginó su expresión.

—¡Olivia!, ¿conque vidrio esmaltado? —Paul apoyó las manos sobre la mesa de trabajo y se inclinó a ella—. ¿El centro de Mujeres Maltratadas? ¿También cuidas a la hija de Annie? ¿Qué quieres hacer, convertirte en ella?

—Paul...

Olivia se levantó y buscó las palabras que pudieran acabar con semejante estallido y borrar lo que había dicho Paul, pero le faltó la voz. En la habitación, todo pareció paralizarse. Junto a ella, Tom contenía la respiración y Alec, de pie en la entrada del cuarto oscuro, aferraba el picaporte. Sólo Paul se movía haciendo aspavientos. Al principio, su semblante se tiñó de azul, luego de amarillo.

—Me han dicho que eras muy amiga del esposo de Annie —dijo—. ¿Te acuestas también con él? ¿Dónde, en la cama de Annie?

—¡Basta, Paul! —La voz de la mujer parecía un susurro en contraposición a la del hombre—. No tienes ningún derecho...

Paul se abalanzó hacia la puerta, pero se volvió bruscamente otra vez para enfrentarse a ella.

—Crees que yo estoy loco —exclamó—, pero lo que estás haciendo tú, Olivia, es enfermizo, demente.

Giró sobre sus talones, salió del estudio a la carrera y cerró de un portazo. En ese instante, el vidrio que colgaba de la puerta se soltó; Olivia se crispó al verlo dar contra el picaporte y hacerse astillas en el suelo.

Volvió a sentarse; el silencio invadió el estudio y era tan completo que, cuando la mujer comenzó a dar vueltas a la sortija en el dedo, oyó su débil roce contra la piel.

Alec abrió la puerta del cuarto oscuro y entró en la habitación.

—¡Era Annie —exclamó—, ¿no es cierto?, la obsesión de Paul!

Olivia lo miró. La sonrisa se había esfumado. El azul claro de los ojos parecía de hielo.

—Sí —reconoció.

—Me comentaste que intentabas emularla, Olivia, y deduzco que has estado utilizándome.

La mujer movió la cabeza.

—... Y Paul también ha estado utilizándome, ¿verdad? Quería conocer la casa de Annie, las ventanas ovaladas y las fotografías del estudio. ¡Dios mío! —Alec golpeó con el puño la mesa de trabajo—. Habéis hurgado en mi mente buscando la imagen de Annie. Tú también. —Alzó la voz y la imitó—: «Alec, ¿cómo era ella en realidad?». Me arrancaste las entrañas.

—Alec, es posible que a simple vista parezca...

—Mira, Olivia, te diré una cosa. —Estaba de pie frente a la mesa y Olivia lo miró a los ojos con esfuerzo—. Si intentabas emular a Annie, cometiste un lamentable error. Nunca serás como ella, y no me refiero a tu falta de talento —levantó el papel en que Olivia había trazado con tanto cuidado el diseño de los globos, lo estrujó entre los puños y lo arrojó al suelo—, me refiero al modo en que mientes, engañas y manipulas. Annie fue siempre abierta y honesta. No habría mentido aunque su vida hubiera dependido de ello.

Olivia no veía sino la furiosa mirada de Alec. El resto de lo que la rodeaba se había esfumado, ensombrecido.

Alec recogió el paquete de la vidriera oval y miró a Tom.

—Mañana vendré a hacer la ampliación —dijo—. En este momento, necesito irme de aquí.

Olivia lo vio marcharse y se quedó a solas con Tom sin saber cómo romper el silencio.

—¿Sabes? —después de la furia de Alec, la voz de Tom le pareció bien suave —, yo no ignoraba que Paul tuviera un interés especial en Annie. En varias ocasiones en que vino a verla coincidió que estaba yo aquí y resultaba evidente. Annie creyó que eran imaginaciones mías, pero yo... —Se pasó la enorme mano por la cara como si de pronto se sintiera fatigado—. Comprendía perfectamente cómo se sentía Paul.

Sacó un cigarrillo del paquete que llevaba en el bolsillo de la camisa y lo encendió antes de proseguir.

—Cuando Annie murió, Paul adquirió una detrás de otra sus obras. Invirtió una pequeña fortuna. Traté de frenarlo, pero Paul tenía una sola cosa en la mente: Annie. Me callé la boca porque pensé que no estarías enterada.

Dio una chupada al cigarrillo y miró hacia la puerta principal.

—Desde que conozco a Alec, nunca lo había visto tan furioso. Tendría que haberle recordado que fue él quien te invitó a almorzar, soy testigo. No fuiste tú quien lo persiguió.

De pronto, la voz de Tom, el olor a tabaco de su pelo y de su ropa le resultaron sedantes.

Se levantó para recoger el papel que Alec había arrugado.

—Bien —dijo; volvió a sentarse y lo alisó sobre la mesa—. ¿Sigues interesada en los trabajos con cristal o sólo fue el intento de parecerle a Annie?

Olivia levantó la mirada del sencillo diseño. De pronto le pareció el dibujo de un libro de aquellos para colorear. Se puso de pie y comenzó a guardar sus cosas en el bolso.

—Estaba interesada —admitió— pero creo que no soy tan diestra.

—Olivia, sólo está enfadado. —Tom también se levantó. Colocó el bolso en el hombro de Olivia y le oprimió la mano—. Incluso Annie tuvo que empezar desde el principio.

Olivia fue directamente a casa de Alec y no supo si sentía alivio o desazón al reconocer el coche en el caminillo.

Lacey le abrió la puerta.

—¡Olivia! —Le dirigió una sonrisa.

—Hola, Lacey. Necesito ver a tu padre.

—Me parece que no es buena idea —dijo Lacey—. Ha vuelto a casa hace un rato, muy enfadado.

—Lo sé, pero necesito hablar con él.

—Está por ahí —Lacey señaló la puerta— colocando el vidrio.

Olivia se lo agradeció y dio la vuelta a la casa. Alec estaba atareado con la ventana, que sostenía a la altura del pecho. Cuando la mujer se acercó, se limitó a dirigirle una mirada; pasaron unos minutos y no dijo nada para facilitar las

cosas. La noche anterior había expresado que le gustaba estar con ella y que la admiraba y había estado a punto de decir algo más. Debía de sentirse, pues, un estúpido.

La doctora permaneció de pie sobre la arena, junto al hombre.

—Por favor, déjame que te explique —dijo.

Él no respondió. Aseguró la pequeña y delicada ventana y no levantó la vista de la tarea.

—¡Alec, por favor, no te enfades conmigo!

Alec la miró.

—¿Tengo yo la culpa?

Olivia movió la cabeza.

—Quisiera explicarlo, pero... es tan complicado...

—No te preocupes. De todos modos, no creeré una sola palabra. —Pasó los dedos por el pegamento.

—No podía decírtelo —comenzó—. Al principio no tenía sentido y creí que te angustiaría. Luego empezaste a trabajar con Paul. Así, ¿cómo era posible que te lo contara?

Él no contestó y Olivia continuó.

—Sí, yo deseaba comprender mejor a Annie. Paul la idolatraba, tú la amabas, Tom creía que el sol salía para ella, y la gente del centro... la adoraban todos. Quería comprender que tenía Annie. Quería saber qué la hacía tan especial a los ojos de Paul para que, después de diez años de matrimonio satisfactorio, fuese capaz de olvidar mi existencia.

Alec contempló el estrecho; una lancha de motor arrastraba a un practicante de *windsurf* sobre el agua, cerca del muelle. Sacó luego un trapo del bolsillo y se concentró una vez más en la tarea, quitando con cuidado los restos del pegamento del vestido amarillo de la mujer del cristal.

—Annie, por lo visto, era maravillosa —dijo Olivia tratando de atraer la atención del hombre—. Quise parecerme a ella, ser generosa y desarrollar mi talento. Por eso fui también a trabajar al centro, donde ahora disfruto de verdad, con o sin Annie. Y por el mismo motivo comencé a trabajar con el cristal, pero también lo disfruto, aunque no sea capaz de ninguna obra maestra. —Señaló la ventana oval—. Nunca había tenido... una afición hasta el momento. Nunca me tomé tiempo para... —Frustrada, dejó caer la mano mientras Alec se agachaba para limpiar los restos de pegamento de la pistola que había utilizado. No habría oído ni una sola palabra de cuanto decía Olivia.

»Alec, no ha habido por mi parte intención de utilizarte, al menos de manera consciente. Tú me buscaste primero, ¿recuerdas? Y Paul tampoco te ha utilizado. Siempre le fascinó el faro de Río Kiss. No sabía que formarás parte de la comisión y cuando lo descubrió, estuvo a punto de renunciar.

Súbitamente, Alec se puso de pie y la miró a los ojos.

—Olivia, me has contado mentiras descaradas —dijo—. Según tus palabras, la mujer de la que Paul se había enamorado vivía en California.

—¿Qué podía decirte?

—Podrías haber dicho la verdad; ¿o quedaba fuera de cuestión? —Se limpió las manos en el trapo—. La noche que llevaron a Annie al Servicio de Urgencias... —Cerró los ojos y se formaron profundas líneas en su frente como si sintiera un intenso dolor. Ella le tocó el hombro pero él le apartó la mano y volvió a abrirlos—. Esa noche, ya sabías quién era, ¿verdad? —preguntó—. Mientras la atendías sabías que era ella, la causa misma de que Paul te abandonara.

—Sí —respondió Olivia—, ya sabía quién era, pero Paul me dejó esa misma noche. Cuando regresé a casa y le dije que Annie había muerto, enloqueció.

—No me digas que no sentiste en aquel momento cierta alegría de que Annie hubiera muerto.

Olivia contuvo el aliento y rodaron por sus mejillas las lágrimas que trataba de contener desde hacía una hora.

—¿Qué clase de persona crees que soy? —Se volvió para marcharse, pero Alec la retuvo por el brazo, apretándole con fuerza la muñeca.

—No tengo idea qué clase de persona eres —replicó—. No te conozco en absoluto.

—Sí, me conoces. Sabes de mí cosas que no le habría contado a nadie, a excepción de Paul. Me sentía cerca de ti y atraída por ti. —Se secó la mejilla con el dorso de la mano—. Una vez, Paul me dijo que su relación con Annie carecía de esperanza porque te amaba demasiado a ti —dijo—. No sé si aún no comprendo por qué Paul se enamoró de Annie, pero comprendo que ella te amara a ti, Alec. Lo comprendo a la perfección.

Se volvió y, esta vez, Alec dejó que se marchara.

A las diez, Olivia estaba acostada pero no podía dormir. Esa noche, el niño estaba tan inquieto como ella. Sus movimientos, parecidos al roce de una pluma, eran frenéticos, interminables, y cada vez que cambiaba de posición le manifestaba su disgusto.

No tuvo noticias de Paul y aún no estaba dispuesta a conversar con él. ¡Pero Alec...! ¿Qué más podía decirle para que comprendiera... a no ser que le desvelara la breve relación entre Annie y Paul, con lo cual lo haría sufrir más? Se hicieron las diez y media, pasaron de largo y Olivia, impaciente, levantó el receptor para constatar que el teléfono funcionaba.

A las once menos cuarto llamaron a la puerta de la casa. Se puso la bata sobre el camisón de algodón y bajó las escaleras a oscuras, atravesando la sala silenciosa. Encendió la luz del frente, miró por la ventana y vio a Alec de pie en el porche con las manos en los bolsillos de los vaqueros.

Abrió la puerta. La sonrisa era vacilante.

—Iba a telefonarte —explicó— pero decidí venir.

Olivia retrocedió y Alec entró en la sala. La mujer cerró la puerta, se apoyó contra ella y se ajustó el cinturón de la bata.

—Olivia, esta mañana estaba fuera de mí —dijo—. Perdóname.

La habitación estaba tan oscura que la doctora sólo distinguía el blanco de los ojos y las rayas blancas de la camiseta de *rugby*. Sin embargo, no quiso encender la luz: esa noche no deseaba que viera desnuda la expresión de su rostro.

—Me equivoqué al ocultarte algún hecho —dijo—. No daba abasto entre tú y Paul. A ti te omití algunas cosas y algunas otras a Paul. De pronto, se formó una bola de nieve que cayó sobre mí. Alec, no suelo engañar a los demás. En general, no miento.

Por un par de segundos, Alec permaneció callado.

—No —dijo—. No te considero una mentirosa.

Al acostumbrarse sus ojos a la oscuridad, Olivia vio la tristeza que transmitía la sonrisa del hombre.

—¿Cómo se enteró Paul? —preguntó ella—. ¿Cómo supo lo que estaba haciendo yo?

—Creo que se lo dijo Lacey la otra noche, antes de la reunión; tu marido estuvo hablando con mi hija. Tal vez por ese motivo se marchó de inmediato. —Se pasó una mano por la barbilla—. ¡Pobre Annie! —dijo—. Los últimos meses antes de morir estaba tan deprimida... Ahora pienso que Paul era en parte el motivo... creo que en definitiva estaba acosándola.

Olivia se mordió el labio inferior.

—Sí, Alec, eso creo yo.

Alec frunció el entrecejo.

—¿Crees que trataba de convencerla de que se acostara con él?

La mujer se encogió de hombros y apartó la mirada como si considerara la posibilidad.

—Creo que sólo Paul puede responder a esa pregunta.

Alec caminó hasta la ventana del frente y miró hacia la calle.

—¿Por qué no me dijo que estaba molestándola? —preguntó levantando la voz—. Le pedí muchas veces que me contara lo que le pasaba. Detestaba verla en ese estado. Me asustaba: parecía tan... perdida en sí misma. —En ese momento, era Alec el que parecía estar perdido en sí mismo. Parecía que no estuviera en aquella sala, junto a Olivia. Movié la cabeza—. ¡Ah, demonios! —dijo en tono fatigado—. ¿Qué importa ya?

Olivia apoyó la mano en el respaldo de una silla de caña.

—¿Por qué no te sientas?

El hombre movió la cabeza.

—No quiero sentarme.

Traspuso la distancia hasta Olivia y le echó los brazos alrededor, oprimiéndola contra el hombro. La mujer percibió el familiar aroma de la colonia de Alec y cerró los ojos. Permanecieron un rato en esa posición. Con los ojos cerrados, Olivia se sintió un tanto mareada, como si estuviera ebria; permitió que la sensación creciera, que se consumiera, hasta que tuvo que aferrarse a él para no caer.

Después de unos momentos, Alec llevó las manos a las caderas de Olivia y la empujó con delicadeza hacia él contra la tremenda dureza de su erección. La mujer deseó liberarlo, recibirlo en las manos, en la boca, pero apretó los dedos en la espalda de Alec para no ceder a la tentación de llevarlos hasta su cinturón.

—¿Qué tiene esta habitación? —Alec habló en tono suave al oído de Olivia—. Parece que siempre ejerza el mismo efecto sobre mí.

La mujer se abrió la bata: había sólo una tela delgada entre los cuerpos y al apretarse ella nuevamente contra él, percibió el pulso latiendo en su propio vientre. ¿Tendría que decir algo? ¿Tendría que decirle que lo deseaba? Seguramente, Annie debía de haber sido de las amantes que hablan.

—Olivia —dijo Alec—. ¿Dónde está tu dormitorio?

La mujer se apartó, le cogió la mano y lo condujo escaleras arriba; cruzaron el distribuidor y cuando llegaron al refugio oscuro del dormitorio, ya había perdido el control. Se sentó al borde de la cama, lo agarró para bajarle el cierre de los vaqueros y metió las manos para sacar el pene erecto y llevárselo a los labios.

Alec contuvo el aliento.

—¡Dios, Olivia! —Pasó los dedos por el pelo de la mujer, la nuca, el cuello y volvió a subir, mientras Olivia se afanaba con él. Cuando le pidió que se detuviera, casi no lo escuchó. La petición fue dulce, casi cortés, y lo repitió apartándola de sí.

Olivia tembló creyendo que había hecho algo salvaje e impropio a los ojos de Alec y que volvería a marcharse. Le repetiría que eran vulnerables y saldría de la casa. Lo miró.

—¿Pasa algo malo? —preguntó.

El hombre se sentó en la cama junto a Olivia y le pasó el brazo por los hombros.

—No sucede nada malo —dijo—. Es que me has sorprendido. No era eso exactamente lo que esperaba y ha pasado mucho tiempo desde la última vez que hice el amor. Si seguías así, todo terminaría en pocos segundos y no estoy tan ansioso de que acabe. —Acarició con los dedos la piel debajo de los ojos de la mujer—. ¿Por qué lloras?

Olivia llevó los dedos a los ojos y entonces los sintió húmedos.

—No lo sé —murmuró.

Alec se inclinó para besarla con suavidad... con muchísima suavidad; Olivia no toleraba moverse con tanta lentitud y ahondó el beso con la lengua mientras se sentaba sobre el muslo del hombre.

Alec deslizó las manos bajo el camisón hasta las caderas. Se apartó y la miró.

—¿Siempre te comportas así? —preguntó—. ¿O ha pasado tanto tiempo desde la última vez que hiciste el amor?

—Siempre soy así —dijo, y sacó la camiseta de Alec fuera de los pantalones.

El hombre rió, la retiró de encima y la dejó en la cama. Se puso de pie. Olivia lo contempló mientras se desnudaba. Las cortinas dejaban pasar la luz de la luna que se reflejaba en el mar y distinguió las líneas netas del cuerpo que separaban la luz de las sombras, al Alec público del privado. El vientre era plano y de músculos definidos, y la mujer imaginó que el pene relucía a causa de sus esfuerzos por complacerlo.

Se arrodilló sobre la cama y se quitó la bata, pero cuando agarró el borde del camisón, Alec la sujetó.

—Déjate —dijo y cerró los brazos en torno a la mujer.

No quería ver el cuerpo de Olivia. Pensó en Paul y en el vientre curvo de la mujer a la luz blanca de la luna.

Alec se inclinó para recoger los bajos del camisón con sus propias manos. Lo alzó pasando con lentitud las manos sobre los muslos y las caderas de Olivia. La tela de algodón rozó con suavidad los pezones y luego los pechos y la cabeza: por fin Olivia quedó como en aquella ocasión, hacía unas semanas, desnuda en brazos de Alec. Comenzó él a besarla otra vez y ahora la boca expresaba un ansia, un calor al que Olivia dio la bienvenida y que compartió. Le oprimió el cuerpo mientras se besaban, jugueteando con las manos sobre los hombros, los pechos y las caderas. Alec deslizó sus manos entre las piernas de ella y, aunque unos segundos antes había parecido estar a punto de llegar al clímax, dio paso a un contacto tierno, exploratorio, y luego la acarició con tanta suavidad que la mujer gimió y se apretó contra la mano del hombre buscando más.

—Siéntate —le indicó, y la mujer obedeció.

La recostó sobre la manta y luego se arrodilló a un lado de la cama, colocó las piernas de Olivia sobre sus hombros y acabó con la boca el trabajo de las manos. De inmediato, la mujer comprendió lo que había querido decir al hablar de terminar con demasiada rapidez. El orgasmo fue repentino, de una intensidad casi insoportable, y le provocó un nuevo ataque de llanto incomprensible.

Alec la acostó mejor sobre la cama y la penetró rápidamente oprimiéndola contra él de un modo que produjo a Olivia un instante de pánico irracional: se preguntó si aún estaría enfadado con ella. No. El impulso del cuerpo de Alec era cuidadoso, controlado, y la sensación placentera, magnífica. Se movió de forma insospechada para Olivia, con una profundidad y una presión que la llevaron

otra vez al orgasmo y renovaron el llanto mientras envolvía las piernas sobre la espalda de Alec para llevarlo a su propio alivio.

Después de la frenética actividad de los últimos momentos, el silencio de la habitación era casi sobrecogedor. Olivia trató de llorar en silencio. No quería que Alec se diera cuenta. La había tocado por todas partes. Había explorado el cuerpo de la mujer con libertad total, pero había evitado con cuidado el estómago, la evidencia de Paul.

Olivia volvió la cabeza para besarlo en la barbilla. Alec estaba inmóvil, silencioso.

El hombre se apartó antes de que la mujer estuviese dispuesta a perderlo, le rozó la frente con los labios, se alejó y se recostó de espaldas. El semen fluyó de Olivia y se derramó sobre la manta, y el aire fresco de la casa sobre la piel húmeda de la mujer la hizo temblar.

—Alec —dijo en tono suave.

El hombre buscó la mano de la mujer en la oscuridad y la apoyó sobre su estómago.

—No he dejado recado a Lacey —dijo—. Será mejor que me vaya.

La voz sonó hueca, desilusionada. Olivia cerró los ojos.

—¿A qué se debe todo esto? —preguntó con aparente calma; las palabras salieron con dificultad de su garganta, apretada en un nudo—. ¿Por qué has venido esta noche? ¿Se trata de una venganza? ¿Me has utilizado porque considerabas que lo había hecho yo contigo?

Alec se apoyó sobre el codo y la miró. El reflejo de la luna le daba de lleno en los ojos a los que confería el aspecto de cristal translúcido, de trocitos de mármol azul.

—¿Te sientes utilizada? —preguntó— ¿Eso te parece?

La mujer negó con la cabeza.

—Pero te he sentido distante, abatido, como si hubieses deseado a Annie y obtenido a Olivia, como si yo resultara desfavorecida en la cama, igual que en el estudio.

—Olivia —dijo Alec; el tono era de tierna reprimenda.

Le apartó el cabello de la cara.

La mujer se cubrió los pechos con el borde de la manta.

—Aquella última vez que Paul y yo hicimos el amor, me dijo que había tenido que imaginar que yo era Annie para sentir algo. Creí que te había sucedido a ti lo mismo...

Alec la interrumpió.

—¡Oh, Olivia! —exclamó sonriendo. Se movió para que ella se cubriera mejor y le acomodó la manta sobre los hombros—. Estás muy equivocada. ¿Quieres saber hasta qué punto?

La mujer asintió.

Se llevó la mano de Olivia a los labios y la luna brilló sobre la trenza dorada de la alianza de bodas.

—Desde hace un mes, cada vez que he tratado de pensar en Annie, tu imagen se ha interpuesto. Intenté evocar cómo hacía el amor con mi mujer y sólo lograba recordar aquella noche en la sala de tu casa.

—Entonces, ¿por qué me has parecido de pronto tan distante? ¿Tenías ganas de marcharte?

Alec no contestó de inmediato.

—¿Se trata del niño? —preguntó.

El hombre asintió.

—Sí, en parte. —Suspiró y volvió a tenderse sobre la espalda mirando al techo—. Olivia, es todo muy complicado. Estamos aquí, en la cama de tu marido, haciendo el amor. En cualquier momento podría aparecer Paul, entonces, ¿qué haría yo? ¿Esconderme en el armario? ¿Escapar por la ventana?

—Alec, Paul y yo estamos separados.

—Tu marido me provoca una sensación de debilidad.

Olivia hizo una mueca. Ella no se sentía débil ni sentía el menor atisbo de culpa.

—Paul te quiere. Lo sabes, ¿verdad? Si no fuera así, no se habría enfadado tanto cuando te vio en el estudio —dijo Alec—, ni le habría molestado. Es Paul quien tendría que estar en esta cama contigo, no yo. Ésta es una situación absurda. —Soltó la mano de Olivia—. Y eso no es todo.

Se levantó y comenzó a vestirse. Olivia se incorporó y se apoyó contra el respaldo de la cama. Después de subirse el cierre del pantalón, el hombre se volvió a sentar y miró a Olivia.

—Hace poco tiempo que Annie nos dejó —dijo—, ocho meses. Después de veinte años, ocho meses no significan nada. Todavía me siento el marido de Annie y tengo la sensación de estar traicionándola. —Lanzó una risita, pero el azul de sus ojos se había ensombrecido—. Lo que digo puede parecer un tanto... no sé, melodramático, pero hace unos años, Annie fue sometida a una operación quirúrgica y tuvo miedo de morir. Me pidió que le prometiera que no me vincularía a ninguna mujer hasta el cabo de un año en caso de que muriera. Necesitaba oír decir que la amaba tanto que no consideraría siquiera la posibilidad de salir con otra. —Sonrió ante la evocación—. Claro, yo no pensaba que fuera a morir y aun en ese caso, no imaginaba que pudiera importarme otra mujer durante mucho tiempo. Cuando vine aquí esta noche, dejé a un lado el recuerdo de Annie, pero cuando terminamos de hacer el amor, no pude dejar de pensar en ella. —Miró hacia el estrecho—. Evoco su imagen. La recuerdo pidiéndome la promesa... —Movié rápidamente la cabeza y miró a Olivia—. ¿Entiendes ahora lo que quiero decir? —Sonrió—. Olivia, es demasiado para mí.

Se levantó y cogió la camiseta de *rugby* de la cómoda; Olivia se secó las lágrimas mientras Alec le daba la espalda.

—Lo siento —dijo enderezando el cuello de la camiseta—. No he tenido intención de utilizarte del mismo modo que tú tampoco la tuviste conmigo. —Se sentó nuevamente sobre el borde de la cama para calzarse las zapatillas—. Mañana telefonaré a Paul para aclarar las cosas. Ambos estamos demasiado involucrados en la cuestión del faro para limitarnos a renunciar. Y quiero que le cuentes lo del niño, Olivia, por favor, por mi bien, ¿de acuerdo? —Terminó de atarse las zapatillas y la miró—. Pues una vez que lo sepa, las cosas se definirán. Querrá volver junto a ti, tú y yo ya lo sabemos, y cuando estéis juntos otra vez, podré yo continuar con mi vida sin pensar en ti a cada maldito momento del día. ¿Se lo dirás?

Cuando respondió, la voz de Olivia era opaca.

—Cuando se tranquilice —dijo; pero tampoco deseaba decírselo, porque Alec tenía razón. Si Paul se enteraba, volvería, pero Olivia no estaba segura de quererlo.

—Cuanto antes, mejor, ¿de acuerdo? —Alec se levantó y caminó hasta la puerta; se volvió y la miró. En la oscuridad no era más que una sombra en el vano de la puerta.

—Últimamente he pensado que quizás Annie estuviese equivocada respecto a algunas cosas —dijo en tono suave—. Era una persona tan poderosa, tan carismática que yo aceptaba siempre su opinión, estuviera de acuerdo o no. Sencillamente, era más fácil. Siempre me inspiró ternura: la turbulencia, la desorganización, la incapacidad de llegar a la hora a ningún sitio. Olivia, tú eres lo opuesto. De ninguna manera te pareces a Annie, ¿no lo entiendes? Me atrajeron tus cualidades en contraposición a la forma de ser de Annie. Contigo, el sexo es distinto. Ya sabía yo que sería así, tú disfrutas de él. —Olivia no lo veía, pero percibía la sonrisa en su tono de voz—. Me he sentido culpable al valorar tus cualidades, pues tenía que admitir que las cosas no fueron con Annie tan bien como me habría gustado creer. —Hizo una pausa. Olivia oyó que el acondicionador se encendía, sintió el aire fresco en la garganta.

—Estoy desvariando —dijo Alec—, porque sin embargo, lo que trato de decir es que siento que, al menos, le debo ese año que le prometí, así como tú le debes a Paul la noticia de un hijo. —Hizo otra pausa y la mujer se abrazó las rodillas contra el pecho.

—¿Por qué no dices nada? —dijo él.

—Alec, te quiero.

Siguió a la silueta en sombras mientras se acercaba a ella, aparecía otra vez recortada en la luz y se hacía real. Él se inclinó a besarla con labios suaves y ligeros sobre los otros. Luego dio media vuelta y salió de la habitación.

Capítulo 48

Cuando Alec llegó a casa, Lacey dormía. Se había atenido al horario. Incluso tratándose de viernes, se había quedado en casa. Olivia tenía razón. Aun entre protestas, la niña aceptó de buen grado los límites a su libertad. El padre la oyó hablar por teléfono con sus amigos quejándose: «Papá no quiere que vuelva a casa tan tarde», les decía, y la voz de la muchacha expresaba cierto orgullo contrariado.

Era casi la una, demasiado tarde para llamar a Paul, pero no podría dormirse si no lo hacía. Necesitaba que la discusión aflorara. Fue al estudio en busca de la agenda, se sentó al escritorio y marcó el número de Paul.

—¿Sí? —La voz de Paul se oía despejada.

Alec oyó música al fondo, una pieza instrumental clásica.

—Paul, soy Alec; es la una de la madrugada, disculpa si te he despertado.

—Estoy despierto —dijo—. ¿Sucede algo malo?

Alec rió.

—No te anticipes a los hechos. —Hojeó al azar las páginas de la agenda mientras hablaba—. Mira —dijo—, quiero que sepas que yo estaba en el estudio cuando fuiste esta mañana y que escuché todo lo que dijiste.

Al otro lado de la línea, Paul calló y Alec continuó.

—Quisiera que fueras sincero conmigo —dijo—. Sé que tuviste una relación con Annie y lo comprendo. Era muy fácil tener algún asunto con Annie.

—¿Acaso... te lo ha contado Olivia?

—No. Me comentó que la abandonaste porque te habías enamorado de otra mujer a quien no podías poseer, pero no me dijo que se tratara de ella.

—Entonces... ¿Qué te contó? ¿Te explicó que sólo había sido...?

—Cálmate. —Sintió pena por Paul—. Olivia me aseguró que se trataba de un amor platónico, si tanto te preocupa.

Paul guardó silencio un instante.

—Fuiste afortunado de casarte con Annie —dijo—. Tengo celos de ti.

—No tienes motivos para sentir celos. Olivia es una persona maravillosa. Me ha ayudado a reunir otra vez a mi familia. —Recordó que Paul le había preguntado a Olivia si se había acostado con Alec. Deseó que la pregunta no volviera a surgir.

—No sé qué le ha ocurrido a Olivia para dedicarse al cristal y esas otras cosas —dijo Paul—. No es propio de ella, ha rebasado el límite.

—Si crees que Olivia se comporta de modo extraño, quizá tengas que observarte un poco a ti mismo. ¡Por Dios, la abandonaste porque te habías

enamorado de un ser muerto! —Contempló el retrato de Annie que colgaba de la pared sobre el escritorio. Estaba sentada sobre una cerca y le guiñaba un ojo y le sonreía—. Ten un poco de compasión, ¿quieres? —continuó—. Olivia estaba tan alterada cuando te fuiste que habría hecho cualquier cosa para que volvieras.

Paul suspiró.

—No podía quitarme a Annie de la cabeza.

—Paul, Annie está muerta y el viudo soy yo. Tú tienes una esposa viva y hermosa y le importas. Estás destrozando una relación real por alguien que ya no existe.

—Ya lo sé —dijo Paul con calma.

Alec había llegado a la «S» de la agenda y dejó los dedos en esa página sobre el nombre de Olivia.

—Olivia tiene algo que comunicarte —dijo.

—¿De qué se trata?

—Habla con ella mañana. —Bostezó; de pronto, se sentía fatigado—. Y también, recuerda que Nola, tú y yo iremos a ver a Mary Poor y la casa del faro, el martes por la mañana.

—¿Quieres que siga en el comité?

—Por supuesto.

Paul vaciló.

—La descripción de la casa del faro podría redactarla otra persona.

—En la comisión no hay nadie que escriba como tú, así que, ¿nos vemos alrededor de las nueve?

—De acuerdo.

Cuando colgó el receptor, Alec estaba agotado. Se metió en la cama pero no pudo dormir. Aún sentía el aroma de Olivia en el cuerpo y, cada vez que cerraba los ojos, la imaginaba en el Servicio de Urgencias diciéndole a aquel hombre que aquello no era McDonald's. La evocación lo hizo reír en voz alta.

No tendría que haber ido a casa de Olivia. Sabía lo que pasaría... Deseó que la mujer pasara por alto el asunto cuando le contara todo a Paul. Una cosa era desear a la mujer del prójimo y otra muy distinta, acostarse con ella.

Por la mañana se levantó cansado; su sueño estuvo plagado de pesadillas con el protagonismo del faro y fantasías con Olivia. Salió de la cama y se miró ceñudo en el espejo del cuarto de baño. Hacía tiempo que no veía aquellos círculos oscuros bajo los ojos. Parecía el personaje de una película de terror, un ser embrujado.

Una vez abajo, sacó el maletín de herramientas de Annie del armario del estudio, lo llevó a la cocina y lo dejó junto a la puerta trasera. Luego se sirvió una taza de café y un tazón de cereales.

Ese día iría al faro. Tenía que tomar más fotografías antes de que lo trasladaran, porque cuando lo hicieran ya no sería lo mismo. El paisaje sería

diferente, el aire desde el balcón olería de otra manera, no se sentiría lo mismo.

Abrió el cajón situado junto al refrigerador y sacó las fotografías del faro. Hacía varias semanas que no las miraba. Las apoyó contra el vaso de zumo y se sentó a desayunar.

—Papá.

Levantó la mirada y vio a Lacey a la entrada de la cocina.

—Hola, Lace —respondió.

—¿Te encuentras bien?

—Claro, ¿por qué?

—Tienes un aspecto... no sé. —Se sentó a la mesa y se rodeó el pecho con los brazos. La mirada de Lacey se posó sobre las fotografías que había sobre la mesa —. ¿Cómo es que las has sacado?

—Ah, no sé —dijo; alzó la primera fotografía que había tomado dentro del cuarto de las lentes. El panorama aparecía cabeza abajo a través del cristal curvo de la lente—. Estaba mirándolas para comprobar si he olvidado algo. Quiero asegurarme de que lo he fotografiado desde todos los ángulos, antes de que lo trasladen.

Lacey hizo una mueca.

—Ya has considerado todos los ángulos posibles, papá.

Alec sonrió.

—Puede ser.

La muchacha cogió una naranja del frutero que había sobre la mesa y la hizo rodar entre las manos.

—¿Quieres hacer algo? —preguntó.

El padre la miró sorprendido desde el lado opuesto de la mesa.

—¿Qué se te ocurre?

—No sé, cualquier cosa. Elige tú.

—¿Quieres venir conmigo al faro?

—¡Papá! —Adoptó una expresión herida y Alec pensó que rompería a llorar —. Por favor, no empieces a frecuentarlo otra vez. ¡Por favor!

—Lacey, hace tiempo que no voy.

—Ya lo sé, pero entonces, ¿por qué tiene que ser precisamente hoy? —En efecto, comenzó a llorar. Apoyó los pies en la silla y se abrazó las piernas contra el pecho. La naranja rodó y se cayó de la mesa, pero Lacey no lo advirtió—. No te comprendo —dijo—. Me he levantado esta mañana como si tal cosa y, de pronto, todo vuelve a ser igual que antes.

—¿Qué quieres decir con «igual que antes»?

La mirada de Lacey recayó sobre el maletín de Annie, que estaba junto a la puerta.

—¿Qué hace eso ahí? —preguntó, señalándolo.

—Voy a llevárselo a Olivia al trabajo.

—Pero Olivia podría venir a usarlo aquí.

Alec movió la cabeza.

—Lace, Olivia ya no va a venir a casa. Debe estar con su propia familia, no con nosotros.

—Olivia no tiene familia.

—Está casada con Paul.

Lacey emitió un sonido desdeñoso.

—Es un imbécil.

Alec se encogió de hombros.

—A pesar de lo que opines de Paul, sigue siendo el marido de Olivia.

—Creía que te gustaba ella.

—Me gusta, en efecto, pero es una mujer casada. Por otra parte, hace poco tiempo que mamá nos dejó.

—¡Mamá está muerta! —Lacey le lanzó una mirada—. Ardió en cincuenta millones de partículas y sin duda los tiburones se la cenaron la noche siguiente al funeral. Papá, ahora no es más que mierda de tiburón.

Si hubiera estado más cerca, le habría dado una bofetada. Afortunadamente, la mesa se interponía entre ellos. De inmediato, la niña se ruborizó, se asustó de sí misma.

—Perdón. —Lo dijo con voz débil y la mirada fija en la mesa—. Papá, siento haberlo dicho.

—Lace, mamá fue una persona muy especial —dijo con suavidad—, no podemos reemplazarla.

Lacey guardó silencio un momento. Trazó líneas invisibles con el dedo sobre la mesa.

—¿Puedo seguir llamándola?

—Cariño —dejó la fotografía—, ahora sigues un horario razonable, por lo tanto, no tiene sentido que la molestes cada noche, ¿no te parece?

—Entonces... ¿cuándo voy a hablar con ella?

Con ese absurdo cabello, la nariz enrojecida y los enormes y tristes ojos azules, tenía un aspecto desolado.

—Lo siento, Lace —dijo—. He dejado que las cosas escaparan a mi control y tú te has visto involucrada en el medio. ¿Por qué no la llamas? Pero no hoy, pues tiene cosas que resolver... más bien dentro de unos días. Si así lo quiere, puedes hablar con ella, aunque yo no vuelva a verla.

Cuando entró Kathy con el maletín de herramientas y lo dejó sobre el escritorio, Olivia estaba tomando un almuerzo ligero.

—Alec O'Neill ha dejado esto para ti —dijo.

Olivia asintió.

—Gracias, Kathy.

—Y hay en camino una fractura complicada.

—Muy bien, enseguida estoy.

Cuando Kathy salió, Olivia dejó el albaricoque y abrió el maletín. Las herramientas estaban escrupulosamente ordenadas, tal como las había dejado la última vez en casa de Alec. En uno de los bolsillos encontró un sobre blanco a su nombre y dentro, una nota de Alec.

Las herramientas son tuyas, si lo deseas. Dales un buen uso. Anoche hablé con Paul: ya sabe que quieres hablar con él. Lacey está compungida porque le he dicho que no volverías. Le dije que te llamara dentro de unos días, espero que estés de acuerdo. Te deseo lo mejor.

Con amor, Alec

No volvería a llorar. Definitivamente. Sin embargo, necesitaba unos minutos para sí misma. Cerró la puerta del despacho, se apoyó contra la puerta y permaneció en esa postura hasta que la lejana sirena de una ambulancia la devolvió a la realidad.

Capítulo 49

En la acera, frente a la residencia de ancianos, había una muchachita. Mary acababa de terminar el crucigrama cuando levantó la vista desde la mecedora y la vio protegiéndose los ojos con la mano y mirándola, o eso le parecía. La niña avanzó y Mary dejó caer el periódico doblado sobre el suelo.

—¿Es usted Mary Poor? —preguntó la niña cuando llegó al porche.

La cabeza era un descabello, el pelo, grotesco, rojo en la raíz y con las puntas negras. Mary supo quién era. Reconoció el rojo vibrante que la muchacha había tratado de ocultar. Conocía la piel clara y pecosa, los enormes ojos azules y los profundos hoyuelos.

—Sí, jovencita —dijo—. ¿En qué puedo ayudarte?

La niña señaló la mecedora que había cerca de Mary.

—¿Le molesta que me siente aquí?

—Al contrario, me encantará que lo hagas.

—Me llamo Lacey —dijo, y se sentó—. Soy la hija de Annie O'Neill... ¿Se acuerda de ella?

Mary rió.

—Tan bien como de mi propio nombre —dijo—. Te pareces a tu madre.

Lacey asintió y se tocó el cabello.

—Excepto por esto —dijo. Echó un vistazo al mar, luego miró a Mary y se inclinó de lado en la silla—. Supongo que le parecerá un tanto fantástico, pero sé que mi madre solía conversar con usted cuando tenía un problema, y pensé que... Bueno, pensé que yo también podría contarle mis problemas.

—¿Qué problemas puede tener una niña como tú?

—Pues es bastante complicado. —Lacey la miró vacilante: sin duda pensaría que Mary era más vieja de lo que esperaba, demasiado vieja para ayudar a una niña a resolver un conflicto.

—Por casualidad, ¿no tendrás un cigarrillo? —preguntó Mary.

—¿Qué? —Lacey quedó estupefacta. Se levantó y sacó un aplastado paquete de Marlboro del bolsillo de los pantalones cortos—. No sé si está bien que se lo dé —dijo cogiendo uno y dejando el paquete fuera del alcance de Mary—. ¿No será malo para su salud?

—En todo caso, no es peor que para la tuya. —Mary extendió la mano y Lacey depositó en ella el precioso cilindro de tabaco. La anciana se lo llevó a los labios e hizo una profunda inhalación cuando Lacey lo encendió. Sufrió un ataque de tos tan seca que las lágrimas le rodaron por las mejillas y Lacey, preocupada, le dio unas suaves palmadas en la espalda.

—Chica, ya estoy bien —pudo decir finalmente Mary—. ¡Ah, qué delicia! Gracias. —Señaló la mecedora junto a ella—. Ahora, siéntate y cuéntame tu problema.

Lacey volvió a guardar los cigarrillos y se sentó.

—Bien. —Contempló el brazo de la mecedora como si estuviese allí escrito lo que tenía que decir—. Cuando mi madre murió, mi padre se deprimió mucho —dijo—. Se quedaba sentado en casa y se pasaba el día mirando fotos del faro de Río Kiss porque le recordaban a mamá; no trabajaba y tenía un aspecto horrible.

Mary evocó el año siguiente a la muerte de Caleb. Pensó que Lacey la estaba describiendo a ella misma en aquellas circunstancias.

—Luego, mi padre se hizo amigo de una mujer que se llama Olivia, la doctora que intentó salvar la vida a mi madre en el Servicio de Urgencias, la noche que le dispararon.

—¿Era ella? —Mary recordó a la joven que había llevado las revistas a la residencia.

No imaginó que Olivia fuese doctora y, mucho menos, que hubiera atendido a Annie. Y estaba casada con Paul Macelli. ¡Buen Dios, qué embrollo! Dio otra calada al cigarrillo pero esta vez, con precaución.

—Sí. —Lacey se quitó las sandalias, puso los pies sobre la silla y se rodeó las piernas con los brazos—. Está casada con Paul Macelli, el tipo que la entrevistó a usted sobre el faro, pero, en realidad, está enamorada de mi padre.

Mary entrecerró los ojos.

—¿Es cierto?

—¡Sí, sí, seguro! Me doy cuenta por el modo como lo mira y otras cosas. El problema es que a mi padre también le gusta la doctora, pero dice que no la verá más: en parte, porque es casada, aunque en este momento esté separada, pero además porque considera que ha pasado muy poco tiempo desde la muerte de mi madre para salir con otra mujer. —Lacey se interrumpió para tomar aliento—. Olivia es diferente a mi madre —dijo— y creo que algo inquieta a mi padre. En verdad, quise a mi madre, pero todos se refieren a ella como si hubiese sido una diosa o cosa parecida.

Trudy y Jane entraron en el porche y la niña las miró. Cuando vieron el cigarrillo de Mary, se les desorbitaron los ojos. La anciana asintió y, al parecer, comprendieron que deseaba quedarse a solas con su visita. Se encaminaron al extremo opuesto del porche y se sentaron allí en otras mecedoras.

—En definitiva —dijo Lacey—, mi padre volvió a refugiarse en su capullo como antes. Tiene mal aspecto y piensa constantemente en el faro; no lo soporto así. Parece un fantasma. ¡Y Paul! No entiendo cómo a Olivia pueda gustarle más que mi padre. Es tan cutre...

Mary sonrió. No estaba segura de lo que significaba «cutre», pero sí de la expresión de la niña, bastante precisa.

—Discúlpeme, supongo que son ustedes amigos después de haber hablado del faro y todo lo demás.

—Muchacha, puedes decir lo que pienses.

Lacey bajó los pies y se acomodó en la silla con la cabeza inclinada hacia Mary.

—¿Me he expresado bien? ¿Entiende el problema?

La anciana asintió lentamente.

—Lo entiendo mejor que tú —respondió.

La niña la miró confundida.

—Mi madre siempre decía que era usted una mujer muy sabia. Y si ella le hubiese planteado un problema semejante, ¿qué le habría aconsejado usted?

Mary inspiró una gran bocanada de aire puro y luego lo soltó.

—Si yo hubiese sido una mujer verdaderamente sabia, no habría ayudado a tu madre —respondió. Pero se inclinó y cogió la mano de la niña—. Muchacha, vuelve ahora a casa y no te preocupes más por eso. Es un conflicto entre personas mayores y te prometo ocuparme de él.

Capítulo 50

Mary contaba con un plan. Se podría considerar cruel, pero no había otro modo de neutralizar la influencia negativa de Annie. Las vidas de tres personas entraban en conflicto, cuatro, en realidad, incluyendo a la hija de Annie. Tendría que hacer el papel de anciana excéntrica, cosa que no le gustaba pero que utilizaba en caso necesario. Y al día siguiente, cuando guiara la visita al faro de los miembros del comité, habría llegado el momento; entonces llamaría a Alec O'Neill y le plantearía sus exigencias.

Se armó de valor y usó el teléfono del cuarto de Jane para que nadie la oyera y se preguntara qué le pasaba a la vieja Mary. Sonó tres veces y contestó Alec.

—Hola, Mary —dijo—. Hemos quedado mañana a las nueve en punto. ¿Le viene bien?

—Perfecto —respondió Mary—, perfecto. ¿Quiénes dijo que irían?

—Paul Macelli, Nola Dillard, miembro de la comisión, y yo.

—Ah, en ese caso, no podrá ser.

—Pero... ¿qué?

—Sólo los aceptaré a usted, al señor Macelli y a su esposa, la doctora.

—¿Olivia?

—Sí, Olivia, la joven que trajo las revistas hace unas semanas. Sólo ustedes tres.

—Pues no entiendo, señora Poor. En realidad, no es necesario que vaya Olivia y creo que trabaja mañana. Por otro lado, Nola es un miembro muy activo del comité...

—No —insistió Mary—, Nola no está invitada. Los recibiré a usted, al señor Macelli, a su esposa y a nadie más. De lo contrario, no hay visita.

—Pero si la doctora trabaja...

—En ese caso, podemos fijar un día en que la doctora no trabaje.

Alec guardó silencio un momento.

—Bueno —dijo—, de acuerdo. Veré qué puedo hacer.

—Bien, entonces, hasta mañana.

Ceñudo, Alec colgó el teléfono. Qué extraño, finalmente, Mary Poor debía de haber perdido el juicio. Permaneció ante el escritorio unos minutos sopesando las alternativas. Luego, volvió a descolgar y llamó a Olivia.

—Sé que esto te coloca en una situación complicada, pero ¿podrías hacerlo como un último favor?

—¿Irá Paul?

—Es imprescindible. Además, respecto a ti... creo que le causaste a la anciana una impresión favorable.

—Bueno —dijo—, me alegro, me obligará a ver a Paul. A fin de cuentas, tendré que comunicarle lo del niño.

—¿Aún no lo has hecho?

—No he hablado con él. Me dejó recado de que lo llamara, pero he evitado la confrontación.

—Olivia —Alec deseó que la mujer hubiese resuelto ya el conflicto—, ¿a qué esperas?

Olivia no respondió.

—No es asunto mío, ¿verdad? —dijo Alec—. Bueno, pues, ¿puedes llamar a Paul y advertirle del cambio de planes? Yo llamaré a Nola y le diré que su invitación ha sido anulada.

Capítulo 51

—Olivia, no hay motivo por el que debas acudir a esa visita —dijo Paul.

La doctora sostuvo el receptor entre el hombro y la barbilla mientras abría una lata para *Sylvie*.

—Ya sé —respondió—, pero al parecer Mary Poor se niega a ello si no voy yo.

Paul gruñó.

—Dios. Esa mujer es tan endemoniadamente... dominante. ¿Sabe siquiera de tu existencia?

Olivia se puso tensa.

—La conocí una vez que llevé unas revistas viejas a la residencia de ancianos. Por un momento, Paul guardó silencio.

—¿No era también eso algo que solía hacer Annie? —preguntó.

—Sí. —La doctora no ofreció más detalles. En ese momento, Paul la fastidiaba.

—¿Por qué no has contestado a mis llamadas? —preguntó.

—No me apetecía hablar contigo.

—Eso no fue lo que me dijo tu buen amigo Alec. Me comunicaba que tenías algo importante que contarme.

Olivia dejó el tazón de *Sylvie* en el piso.

—Tengo muchas cosas que decirte... ¿Te parece bien que vayamos mañana a almorzar a cualquier sitio, después de la visita?

—De acuerdo —respondió el hombre—. No pensarás presentarte a la visita con el cabello teñido de rojo o algo por el estilo, ¿verdad?

Olivia rechinó los dientes.

—Eres cruel.

El hombre hizo otra pausa.

—Perdona —dijo—. De pronto, te consideraba una completa desconocida. Llevas una vida que ignoro por completo. —Tú lo quisiste así.

—Lo sé. —Soltó un suspiro fatigado—. Nos veremos mañana.

A las nueve de la mañana siguiente, Olivia entró en la zona de aparcamiento aneja a la casa del faro. Paul y Alec ya estaban allí, apoyados contra el coche de este último. Mientras aparcaba junto al coche de Paul, sintió las miradas de los hombres en ella y aspiró profundamente para tranquilizarse. ¿Era posible reunir

un grupo más insólito que el que formaban los tres? Alisó el jersey azul sobre el nuevo y amplio pantalón blanco y bajó del coche.

Le resultó enervante ver juntos a Paul y Alec. Eran dos hombres muy atractivos. Al acercarse a ellos, sintió esa debilidad de la que Alec había estado hablando aquella noche. Había estado con los dos.

Alec parecía fatigado. La saludó con una sonrisa y sostuvo su mirada unos instantes. Llevaba una cámara colgada al cuello, otra del hombro y vaqueros y camisa azul de manga corta: el vello negro se adivinaba a través del cuello de la camisa entreabierto. La doctora desplazó rápidamente la mirada a su esposo, que le brindaba una relativa seguridad.

—Buenos días, Paul —dijo.

Paul respondió con gesto rígido. «Nunca lo había visto tan incómodo», pensó Olivia.

Fue un alivio que apareciera la furgoneta de la residencia de ancianos. Alec ayudó a bajar a Mary cogiéndola por el codo. Llevaba un vestido a rayas blancas y azules y calzaba zapatillas blancas.

Del asiento del conductor saltó una joven rubia con una libreta en la mano.

—Le pedí a Mary que me dejara acompañarlos, pero se negó. —Rió—. Cuando Mary dice que no, no se le discute. Esperaré en la playa.

Antes de volverse a sus inquietos invitados, Mary se aseguró de que la joven se dirigiese a la playa.

—Buenos días, señor Macelli, señora Macelli —saludó.

—Hola, señora Poor —respondió Olivia; Paul emitió un gruñido ininteligible.

Mary miró la casa.

—Hace tiempo que no pongo los pies en este lugar —dijo—. Estaba convencida de que no volvería a verlo. —Contempló una de las excavadoras que había cerca de un médano y movió la cabeza—. Bien, echemos una mirada dentro.

Siguieron lentamente a Mary hasta la puerta de la casa. Caminaba con ayuda de un bastón. Era más alta de lo que Olivia recordaba y parecía más vieja, mucho más de lo que había creído después de verla en la residencia.

Alec caminó junto a la anciana, Olivia, unos pasos más atrás y Paul a la retaguardia. Olivia alentó al marido con una mirada para que caminara junto a ella, pero Paul no le prestó atención. El asunto de la visita parecía hacerlo muy desgraciado y Olivia supuso que la causa era su presencia allí.

Entraron en la amplia y aireada sala de la casa. Había una chimenea flanqueada por dos mecedoras de mimbre y una silla alta tapizada. Paul puso en marcha la grabadora y Mary se volvió, formando un círculo con ellos en el centro de la habitación.

—Aquí haría falta una mano de pintura —dijo, y señaló con el bastón una de las paredes—. Yo no habría permitido que se deslucieran tanto.

Alec tomó algunas fotografías; Paul permaneció de pie rígido, en el centro del cuarto, con la grabadora en la mano.

—Bien, veamos. ¿Qué podría contar de esta habitación? —se preguntó Mary—. Por supuesto, era el corazón del hogar. Cuando Elizabeth era pequeña, ella, Caleb y yo jugábamos aquí por las noches; en ocasiones, esta sala estuvo llena de supervivientes de algún naufragio. Se quedaban aquí un par de días hasta que podían seguir tierra adentro. —Contempló la silla tapizada—. Les aseguro que en esa silla resolví muchos crucigramas —evocó.

La sala estaba bastante fresca y, sin embargo, Olivia vio que Paul sudaba. El hombre sacó un pañuelo del bolsillo y se secó la frente. La doctora no podía creer que su sola presencia le hiciera perder el color. Quiso preguntarle si se sentía enfermo, pero el cuarto estaba demasiado silencioso y le habría molestado que la atención se concentrara en él.

Se dirigieron a la cocina.

—El maldito cuarto donde me rompí la cadera. —Mary tocó a Alec en el brazo—. Si no hubiese sido por su mujer, aún estaría en el suelo.

Alec le sonrió.

Mary les habló de la bomba de mano que solía haber en un rincón de la cocina y de las cisternas que recogían agua de lluvia para uso casero. Les mostró la despensa y el dormitorio grande de la planta baja, con un pequeño cuarto de baño que se había agregado en los años sesenta.

—Subamos ahora —dijo la anciana indicando las angostas escaleras con el bastón.

Alec y Paul llevaron a Mary casi en volandas cogiéndola cada uno de un brazo para subir a la segunda planta. Se detuvieron en el primer cuarto a la derecha, un dormitorio amplio de muebles rústicos y una manta tejida a mano sobre la cama.

—La tejió la madre de Caleb —contó Mary señalándola con el bastón.

Había sido el dormitorio de su hija Elizabeth; había huido con su novio de la desolación de Río Kiss con ayuda de una escalera de mano que habían apoyado en la ventana que se orientaba al sur.

Paul no se encontraba bien. Mientras Mary hablaba, cerró los ojos y su respiración se hizo rápida y superficial. Olivia se apercibía del golpeteo rítmico del corazón que sacudía el cuello de su camisa. Se inclinó a él.

—¿Te encuentras mal? —murmuró.

Paul negó con la cabeza sin mirarla y la mujer se alejó. Mary siguió hablando unos minutos del dormitorio de Elizabeth y Alec hizo fotografías; luego pasaron a la habitación siguiente, mucho más pequeña que la anterior. Olivia divisó la espiral blanca del faro a través de la ventana.

—Y ésta era la habitación de Annie —afirmó Mary.

Permanecieron en el dintel espiando adentro.

—¡La habitación de Annie! —exclamó Alec— ¿Se refiere a... mi mujer?

—Ciertamente —aseguró Mary—. El cuarto al que Annie traía a sus hombres.

—¿Qué...? —Alec se puso ceñudo—. ¿A qué se refiere?

Mary se volvió y miró de frente a Paul.

—Usted sabe a qué me refiero, ¿verdad, señor Macelli?

En el cuello de Paul, la nuez subió y bajó. El rostro se le volvió ceniciento y los dedos temblaron al apagar la grabadora y colgarla del cinturón.

—No tengo ni idea —dijo.

—¡Oh, lo sabe perfectamente! —insistió la anciana—. Creo que tiene una idea cabal de lo que digo. A Annie le encantaba el aspecto que tenía usted cuando venía vestido con el traje del teatro.

Alec se volvió y se enfrentó a Paul.

—¿Qué está diciendo?

Paul movió la cabeza.

—Dios sabe. —Miró a Mary y habló en voz alta—. Me confunde usted con otra persona —dijo.

Olivia casi no podía respirar. Deseó hacer algo para romper la tensión que chisporroteaba. Quiso impedir que Mary agregara una palabra, pero la mujer ya abría la boca e indicaba el tálamo con el bastón.

—¿Cuántas tardes pasaron los dos en esa cama? —preguntó a Paul.

—Ya es suficiente. —Paul se encaminó a las escaleras, pero Alec lo cogió del brazo.

—Paul, ¿qué sucede? —preguntó—. Es mejor que me lo expliques.

Paul volvió a afrontarlos, pero cerró los ojos. Se quitó las gafas y frotó las manchas rojas que habían dejado sobre la piel a ambos lados de la nariz. Miró a Mary con expresión desdichada.

—¿Qué pretende? —preguntó a la anciana en voz muy suave—. ¿Qué beneficio obtiene?

Mary se encogió de hombros.

—Ahora le toca a usted hablar.

El hombre vaciló un momento, volvió a ponerse las gafas y miró a Alec.

—En efecto, conocí a Annie en la universidad de Boston —dijo.

—¡Paul! —exclamó Olivia, atónita.

—La verdad —dijo Paul dirigiéndose a Alec— es que la conocí mucho antes que tú. Tuvimos una relación muy seria. Cuando todavía no tenías ni idea de su existencia, hacía dos años que éramos novios. —En su voz apareció cierto matiz de orgullo perverso—. Fue mía mucho antes que tuya. ¿Recuerdas el caballito azul esmaltado de la cocina? Se lo regalé yo. Le encantaba. Lo conservó con amor. —Paul bajó la mirada un instante, reflexionando, decidiendo qué decir a continuación.

Olivia no se atrevió a mirar a Alec, pero oyó el sonido áspero de su respiración.

—Pensábamos casarnos —continuó Paul—, formar una familia —en las comisuras de los labios jugueteó una sonrisa—, incluso habíamos pensado en los nombres de nuestros hijos, pero al cabo de dos años te conocí a ti y rompí nuestro compromiso. Sin embargo, nunca logré apartarla de mi mente. —Miró a Alec con expresión de ruego, como si fuera capaz de comprenderlo—. Quien conocía a Annie, ¿cómo podía olvidarla?

Alec movió la cabeza de modo casi imperceptible.

—No —dijo—, por favor, no digas más... —Se le quebró la voz y Olivia le apoyó la mano en la espalda. Quería abrazarlo, taparle los oídos con las manos para que no escuchara lo que decía Paul.

—Paul —dijo—, creo que ya es suficiente.

El hombre pareció no oírla.

—Hace unos años, vine aquí un verano. —Paul cruzó los brazos sobre el pecho y luego los bajó. Metió las manos en los bolsillos, las sacó—. Conseguí un apartamento y un papel en *La colonia perdida*. —Ya no miraba a Alec. Sus ojos se posaban en el suelo del pequeño dormitorio—. Vi a Annie y comprendí que aún quedaban rescoldos por parte de los dos... Algunas veces nos encontramos aquí. —Miró a Alec y señaló la cama con la cabeza.

—Annie no sería capaz... —Alec se dirigió a Mary—. ¿Es verdad lo que dice?

Mary asintió con solemnidad y Olivia comprendió por primera vez que la anciana había urdido la confesión.

Alec miró ceñudo a Paul pero habló casi en un susurro.

—¡Miserable! —murmuró.

—Creo... —Paul parpadeó rápidamente y volvió a mirar al suelo—. Siempre pensé que Annie pudo haber quedado embarazada cuando me marché de Outer Banks. Estaba muy perturbada y cuando la entrevisté para *Seascape* me mintió sobre la edad de Lacey. —Contempló a Alec; tenía manchas rojas en las mejillas—. Alec, lo siento, pero creo que es probable que Lacey sea hija mía.

Mary expresó un repentino enfado.

—Lacey es hija de usted tanto como yo —dijo—. Annie se deshizo del hijo que había concebido de usted.

Los ojos de Alec se abrieron.

—¿Se deshizo de...? —La furia asomaba a su voz—. Es imposible. Jamás habría recurrido al aborto.

Mary miró a Alec y Olivia advirtió la compasión que expresaban los ojos de la anciana.

—Así es —afirmó— y no le resultó fácil. Se deshizo del hijo de Paul y luego, de otro.

Alec dio un paso hacia Mary.

—¿De qué diablos...?

—Alec. —Olivia aferró el brazo del hombre con las manos y lo acercó a ella.

—Lacey es hija del joven con quien Annie hacía vidrieras —dijo Mary—, Tom.

—¿Qué? —exclamó Paul.

—¡Oh, Dios, no! —Alec cerró los ojos y se apoyó contra el marco de la puerta como si no pudiera mantenerse en pie. Volvió a mirar a Mary—. ¿Cómo es posible que lo sepa usted? ¿Cómo puede estar segura?

—Ella estaba segura —afirmó Mary—. Muchas veces la vi perturbada, pero nunca como en esa ocasión, cuando supo que estaba embarazada de Tom. Dijo que no podía provocar otro aborto, aunque más tarde cambió de idea, pero no era aconsejable. Aún estaba fresco en su memoria el primero, y decidió tener la niña. Nunca le dijo a Tom que fuera suya y estoy segura de que, cuando Lacey nació, Annie se había convencido de que era fruto de usted, Alec.

Mary miró a Paul con los ojos entrecerrados.

—¿Creyó que era usted el único? —preguntó—. ¿Tan especial que Annie no sería capaz de resistirse? Bien, permítame desengañarlo. Usted era sólo uno de los muchos hombres que Annie llevaba a la cama. En verano traía turistas, en otoño, pescadores y en primavera, albañiles. Annie no podía negarse a las instituciones benéficas o a la Cruz Roja, como tampoco a nadie que deseara una parte de su alma.

Paul pareció a punto de vomitar. Volvió sobre sus talones y oyeron el taconeo de sus zapatos en las escaleras. Olivia aún estaba aferrada al brazo de Alec, pero él había vuelto la cabeza, seguía apoyado contra el marco de la puerta y se cubría los ojos con la mano.

Olivia miró a Mary. De pronto, la edad de la anciana fue evidente. Parecía a punto de desmayarse, como si sólo la sostuviera la fina caña del bastón. Olivia dejó a Alec, entró en el dormitorio y sacó una silla de respaldo recto. La colocó detrás de Mary, que se dejó caer en ella con un suspiro. Entonces, la anciana cogió la mano de Alec. El hombre la miró con ojos enrojecidos.

—Alec, escúcheme —dijo la mujer—, présteme atención. Annie tenía un ansia que no podía controlar. Sencillamente, ningún hombre era capaz de satisfacerla, pero le aseguro que fue usted el único a quien amó. Se odiaba a sí misma por lo que hacía y me odié yo por ayudarla. En los últimos años, estaba ganando la batalla, ya no traía a nadie. Fue duro para ella. Luchaba contra su propia naturaleza en una lucha constante. De todos modos, estaba ganando y se sentía muy orgullosa hasta que apareció él. —Mary indicó con un ademán la escalera por donde había desaparecido Paul.

Olivia apoyó otra vez la mano en la espalda de Alec. El hombre miró aturdido a Mary y la doctora no estaba segura de que hubiera oído las palabras de la anciana. Tenía los ojos vidriosos; la joven sintió los músculos de la espalda tensos bajo su mano.

—Por lo que yo sé, con Tom se reunió solamente una vez —continuó Mary—. No siguió adelante. Luego se sintió muy mal, terriblemente mal. Pensó contarle la verdad sobre Lacey, pero no supo cómo hacerlo. —Mary se pasó la lengua por los labios—. ¿Recuerda cuando se sometió a la operación de médula? Estuvo a punto de decírselo entonces porque temía morir sin que usted lo supiera; y en definitiva, eso fue lo que sucedió. No quería herirlo a usted. Nunca quiso que sufriera usted por culpa de su debilidad.

Alec se liberó del apretón de Mary. Pasó junto a Olivia y se encaminó hacia las escaleras. Olivia lo vio irse y Mary volvió a sentarse con un suspiro. Pareció derrumbarse: su cuerpo se encogió hasta parecer unos centímetros más baja que un momento antes. Miró a Olivia.

—¿Habré hecho algo malo? —preguntó.

Olivia se arrodilló a su lado y posó la mano sobre la de Mary.

—Creo que nos ha hecho a todos un inmenso favor —dijo.

Capítulo 52

Olivia fue a buscar a Sandy, la muchacha de la residencia, para que la ayudara a bajar a Mary y subirla a la furgoneta. Cuando cruzó el aparcamiento hacia la playa, no estaban ni el coche de Paul ni el de Alec y habían aparecido un grupo de trabajadores que se atareaban junto a la excavadora en torno al faro.

Mientras bajaban las escaleras, Mary no pronunció una sola palabra; cada vez que apoyaba la pierna izquierda, hacía una mueca de dolor. Permaneció callada hasta subir a la furgoneta, pero en cuanto se cerró la puerta y Sandy le sujetó el cinturón, se volvió a hablar con Olivia a través de la ventanilla abierta.

—Ocúpese de Alec —dijo.

Olivia asintió. Ya había decidido hacerlo.

Llegó a casa después de las once y fue directamente al estudio a llamar a Alec. El teléfono sonó largo rato y Olivia pensó qué mensaje podía dejar en el contestador, cuando por fin descolgó él.

—Alec —dijo—, lo siento mucho.

Por un momento, el otro no respondió; cuando lo hizo, su voz expresaba un evidente abatimiento.

—Olivia, ahora no estoy en condiciones de hablar —dijo.

La mujer cerró los ojos.

—Sólo quería que supieras que pienso en ti.

Colgó el teléfono y fue a la cocina. Tenía que comer algo; en menos de una hora debía estar en el Servicio de Urgencias y no podría comer hasta mucho después. Sin embargo, la idea le resultó repulsiva. Se preparó una taza de té; cuando la llevaba a la sala, vio el coche de Paul que entraba en el camino de la casa. Dejó el té y fue a abrir la puerta.

Pálido y abatido, Paul esperaba en el porche.

—¿Puedo entrar? —preguntó.

Olivia se apartó y lo dejó pasar a la sala. El hombre se abandonó a la silla de caña con un suspiro y *Sylvie* le saltó sobre el regazo y comenzó a ronronear por alto. Olivia se sentó en el sofá en el extremo opuesto de la habitación y se llevó la taza a los labios. Sintió que la invadía una calma parecida a la anestesia.

El hombre le dirigió una sonrisa débil.

—Bueno, me han hecho abrir los ojos de un golpe, ¿verdad?

—Creo que a todos nosotros.

—Reuní los trabajos de Annie y los dejé en el estudio de paso hacia aquí —dijo— y Tom Nestor los donará. —Movié la cabeza—. Nunca lo habría imaginado... nunca...

—*Santa Ana* —dijo Olivia en voz suave.

Paul gimió.

—Olivia, he destruido las grabaciones de la entrevista. Les he dado con un martillo.

—¡Qué dramático, Paul!

El hombre adoptó una expresión herida, pero la mujer no se disculpó.

—También he quemado las fotos, aunque reconozco que no fue fácil.

—¿No has guardado ninguna?

—No, no queda nada de ella.

—Bien —dijo Olivia—, necesitas deshacerte de esa mujer; de lo contrario, no podrás seguir adelante.

Paul la miró.

—Es terrible lo que ha ocurrido entre nosotros. Me he portado de un modo espantoso.

Olivia no respondió. No podía discutirle.

—¿Aún quieres seguir conmigo? —preguntó—. ¿Todavía deseas formar parte de mi vida?

Lentamente, Olivia negó con la cabeza: quería conocer la sensación de la negativa; Paul bajó la mirada.

—Supongo que se trata de una reacción frente a lo que ha sucedido esta mañana —aventuró el hombre.

La mujer dejó la taza sobre la mesita de café y se inclinó hacia Paul.

—Reacciono ante lo que sucedió el año pasado y ante todas las cosas que han registrado tu pasado y que no conocía yo. Reacciono por tu falta de respeto a nuestro matrimonio, así como al de Alec y Annie, y aunque pudiera perdonártelo todo, no volvería a confiar en ti. Me has mentido a lo largo de todo nuestro matrimonio.

—¡No he mentido, Liv! Te conté que había tenido una relación seria y contestaste: «Dejemos atrás el pasado», ¿lo recuerdas? Si hubieras querido escuchar, te habría hablado de Annie.

—Nunca dijiste que hubieras pasado un verano aquí.

—Quise olvidar que hubiera existido.

—Antes de que aceptara yo el trabajo, debiste comunicarme que Annie vivía aquí.

—Traté de disuadirte.

—Si hubieses querido disuadirme, todo lo que tenías que haber hecho habría sido contarme que tu antigua amante vivía aquí pero, intencionadamente, evitaste mencionar ese hecho.

—Me equivoqué, me he equivocado acerca de muchas cosas. Lo siento. —Se miró la mano, la alianza de bodas—. ¿Te apetece aún almorzar conmigo?

La pregunta era tan absurda que Olivia rió.

—¡No, no quiero ir a almorzar contigo!

Paul dejó a *Sylvie* en el suelo y se levantó.

—Bien. —No sabía qué hacer a continuación—. ¿Puedo utilizar el cuarto de baño antes de irme?

—Claro que sí.

Salió de la habitación; al cabo de poco, Olivia advirtió que pasaría por delante del cuarto de los niños. Se quedó rígida escuchando, tratando de recordar si había dejado la puerta abierta o cerrada. Se puso de pie con lentitud y llegó al dintel: la puerta estaba abierta. Se armó de valor y entró.

Paul estaba junto a la cuna, con las manos sobre la barandilla. Cuando Olivia entró, la miró y luego deslizó la mirada hacia el vientre.

—¿Estás...?

—Sí.

—¿Es mío?

—Por supuesto —respondió—. Fue aquella noche de abril que te quedaste, la noche que me confundiste con Annie.

—¡Oh, Dios! —Se apartó de la mujer y se apoyó pesadamente en la cuna.

Olivia no quería verlo hundirse en la culpa. Cruzó la casa, salió al porche trasero y se sentó en una de las sillas en lugar de hacerlo en el sillón, para que Paul no se sentara junto a ella. Observó a un practicante de *windsurf* que atravesaba el estrecho. Era rubio y estaba bronceado. A lo lejos, no podía calcular la edad, pero era apuesto, casi tanto como Alec.

Al cabo de un rato Paul se reunió con ella en el porche. Le dio la vuelta a una silla para sentarse de frente, muy cerca.

—¿Cuentas con cinco meses de embarazo?

—Sí, veintiuna semanas.

—¿Cómo te sientes? ¿Va todo bien?

—Estoy bien —dijo—, y sana. Hicieron una amniocentesis: es un niño.

—Un niño. —Paul sonrió y Olivia deseó haberle ocultado el embarazo. Le irritaba el placer que expresaba el rostro del hombre.

—Tendrías que habérmelo dicho —la increpó—. Las cosas habrían sido diferentes. Habría vuelto a la realidad.

—Era mejor que volvieras porque me quisieras a mí —replicó la mujer—, no porque estuviera gestando a tu hijo.

El hombre asintió; estiró vacilante la mano para tocar el vientre. Olivia rechinó los dientes y desvió el rostro para que Paul no se percatara de la expresión.

—Annie me volvió tonto —dijo.

Olivia apartó con brusquedad la cabeza y le retiró la mano.

—Tú mismo te pusiste tonto.

—De acuerdo —admitió—, de acuerdo. —Se sentó otra vez—. ¿Existe algún modo de solucionar las cosas? —preguntó— ¿No podríamos intentarlo por el bien de nuestro hijo, aunque sólo fuera por eso? Acuérdate de que vivimos un excelente matrimonio durante mucho tiempo.

Olivia cruzó los brazos sobre el pecho.

—Paul, se acabó. Ya no te quiero. Es el fin.

El hombre contempló el mar; volvió a hablar con voz opaca.

—¿Y qué pasa con el niño? Quiero participar en su vida.

—Sería mejor que consultaras a tu abogado sobre las posibilidades.

Paul hizo una mueca y los ojos se le enrojecieron. Se levantó con lentitud, como si lo sujetara una fuerza invisible. Cruzó el porche, entró en la casa y Olivia no se lo impidió. Instantes después, oyó la puerta principal que se abría y luego cuando se cerraba.

En el estrecho, el hombre que practicaba *surf* se deslizaba con gracia sobre el agua. Olivia lo observó con las manos apoyadas sobre el regazo mientras se quitaba la alianza del dedo y la guardaba en el bolsillo. Se quedó mirándolo hasta que llegó la hora de ir a trabajar.

Capítulo 53

Alec sacó una colección de fotografías del armario del estudio y se sentó a mirarlas en el sofá de la sala. Hacía años que no las veía y lo había evitado desde la muerte de Annie.

La caja estaba llena de imágenes. Ahora, mirando las fotos, distinguía las líneas del rostro de la mujer, la sonrisa vacilante de sus épocas depresivas, cuando afloraba su parte oscura. Las ocasiones en que Annie se retraía, cobraron sentido para Alec. «Debe de ser un castigo por todas las malas acciones que he cometido.»

Dos abortos. Las noches que había pasado en casa de Mary, Alec se había sentido agradecido a la anciana por la compañía que le brindaba mientras él se iba a trabajar tierra adentro.

Pescadores y turistas. Los llevaba al pequeño dormitorio que Alec consideraba de ellos, el que se llenaba con la luz del faro a intervalos de unos segundos.

Alec oyó de pronto el golpe de la puerta trasera. Lacey llegaba a casa. ¡Maldición! Deseaba estar solo. ¡Lo necesitaba! Instantes después, la niña apareció en la puerta del estudio.

—Ya estoy aquí —dijo orgullosa— y son todavía las nueve y cuarto. —Vio la caja de fotografías sobre el sofá, junto a Alec—. ¿Por qué sacas las fotos viejas?

Contempló a la niña que, según sabía desde hacía bien poco, ya no era su hija.

—Sentí deseo de mirarlas —respondió.

Acongojado, vio que la niña entraba decidida en el estudio y se desplomaba junto a él. Olía a tabaco, como Tom Nestor.

—Ésta me gusta mucho —dijo la niña, y se estiró encima del hombre para sacar una foto de la caja.

Eran Annie y Lacey sentadas en la playa: la había hecho él el verano anterior.

—Mamá parece feliz —dijo.

«Nunca fui tan feliz como ese verano.»

Alec rompió a llorar. Volvió el rostro pero no podía ocultar las lágrimas a Lacey. No era capaz, lo desbordaban. Iba a echarse a llorar.

—¡Por favor, no llores! —exclamó Lacey, asustada—. Papá, por favor, no lo soporto. —Se levantó—. ¿Quieres que las guarde?

Estiró la mano con decisión para coger la caja, pero Alec la detuvo al momento.

—No —dijo—, quiero verlas.

La niña lo miró, ceñuda.

—¿Por qué? Sólo logras afligirte.

Forzó una sonrisa.

—Estoy bien.

Sin convencerse, Lacey metió las manos en los bolsillos de los pantalones y lo observó.

—¿Quieres que las veamos juntos? —preguntó.

El hombre negó con la cabeza.

—No —respondió—, hoy no.

De mala gana, Lacey salió de la habitación; Alec revolvió las fotos hasta encontrar la que le había hecho a Annie embarazada de Lacey. Durante la gestación, vomitaba, no retenía nada y el aumento de peso fue tan escaso que el obstetra estuvo a punto de internarla. Sufrió dolores extraños y el equipo de médicos era incapaz de elaborar un diagnóstico; pasó la mayor parte del embarazo en cama, y Nola cuidaba de Clay.

El parto había sido aterrador, interminable. Alec permaneció junto a Annie sosteniéndole la mano, ayudándola a respirar hasta que sintió que se derrumbaba. No sabía cómo era posible que una mujer, un ser humano, soportara semejante dolor.

Momentos antes de que Lacey naciera, en esos minutos en que Annie debió de sentir la cabecita de la niña asomando, rompió a gritar pidiendo que Alec saliera de la habitación. Al principio, el hombre pensó que había entendido mal. Estaba histérica y quiso pasar por alto aquella objeción, pero el doctor la entendió y las enfermeras se miraron, perplejas.

—Doctor O’Neill, será mejor que salga —le dijo una de ellas—. Está muy alterada. Si no se marcha, no podrá concentrarse en el parto.

Profundamente herido, Alec salió. Permaneció en el pasillo de obstetricia en lugar de aguardar en la sala de espera, donde se habían reunido Nola, Tom y algún otro amigo. No habría sabido explicarles su presencia allí.

Más tarde le preguntó a Annie por qué le había pedido que saliera y ella lloró, se disculpó y le dijo que estaba confundida y no sabía lo que decía.

Debía de estar aterrada para pedirle que se fuera cuando más lo necesitaba, temerosa de que descubriera la verdad a la primera mirada al recién nacido. Y después, ¿lo observaba cuando miraba a su hija para ver si sospechaba algo? ¿O el marido jamás podría creerla capaz de otra cosa que no fuese una fidelidad absoluta?

Permaneció despierto hasta la medianoche; se atormentó mirando las fotografías hasta quedar tan agotado que apenas pudo subir al dormitorio.

Sin embargo, no logró dormirse. Eran demasiados recuerdos, demasiados indicios los que había pasado por alto. Habían discutido la esterilización. Annie insistía en que era preferible que se hiciera ligar las trompas ella y no que se sometiera él a una vasectomía porque no soportaba la idea de que el marido

sufriera o pasara incomodidad. Era una explicación coherente, procediendo de Annie. ¿Y cuando intentaba que Tom permaneciera sobrio en presencia de Alec? ¿Y cuántas veces la había sorprendido llorando sin motivo aparente? ¡Oh, Annie!

La mente de Alec era un torbellino. Sentía los músculos contraídos como hacía meses no los sentía. Necesitaba hacer algo, ir a algún sitio. Iría a ver el faro.

Se levantó antes del amanecer y dejó una nota a Lacey sobre la mesa de la cocina. Luego condujo hasta Río Kiss a través de la densa niebla matinal.

Cerca del faro, divisó los caballos a ambos lados de la carretera y frenó para observarlos. En la niebla, parecían etéreos: un instante se divisaban con claridad y, al siguiente, sólo eran sombras. Vio al potrillo atropellado por el Mercedes. Pastaba cerca de la carretera; era obvio que la experiencia no le había enseñado. Alec descubrió la tenue cicatriz en el cuarto trasero del potro, donde había suturado la herida con ayuda de Paul. «El caballito esmaltado. Ella lo conservó con amor.» ¿Sería verdad?

Alec gimió. Deseó no pensar, dejar la mente en blanco.

Condujo hasta el faro. Los ladrillos blancos se diluían en la niebla y Alec no distinguía el aparcamiento. Entró y comenzó a subir las escaleras de la torre fantasmal, colmada de ecos, y no se detuvo hasta llegar arriba. Salió al mirador. Allí se encontraba por encima de la niebla; la luz había debido apagarse hacía pocos minutos, en anticipación al alba. El sol surgía sobre el mar: un espectáculo fascinante, un derroche de rosas y oro iluminaba el cielo y se derramaba sobre el mar.

Alec caminó despacio hasta el extremo opuesto de la galería y miró la casa del faro. A través de la niebla, sólo veía una excavadora y una azada entre los arbustos, a un lado de la casa.

Se sentó sobre el fresco suelo de hierro del balcón y contempló el océano y el amanecer. Cerró los ojos, se apoyó contra la pared negra del mirador y esperó a que el faro ejerciera el acostumbrado efecto sobre sus nervios.

¿Habría llegado Annie hasta allí con algún otro? ¿Habría hecho el amor con otro en aquel lugar? ¿Y en la playa, junto al faro?

¡Basta!

Abrió los ojos otra vez y tamborileó con los dedos sobre el mirador. Se inclinó adelante y miró sobre el borde. Abajo, el océano trepaba a la base del faro. A través de la niebla que se esfumaba vio las olas coronadas de blanco que mordisqueaban los pocos metros de arena que quedaban entre el agua y la pared de la torre. ¡Maldición, estaba cerca!

«... Tendremos que dejarlo estar.»

Alec se irguió nuevamente con un asomo de risa en los labios. Las palabras de Annie ya no le infundían temor.

Dejó Río Kiss y condujo hacia la isla. Era imposible adivinar que hacía una hora hubiera habido niebla. El sol centelleaba y, cuando Alec cruzaba el puente

de Manteo, iluminaba los botes amarrados a la orilla.

Llegó hasta la residencia de ancianos, pero no era su destino. Cruzó la calle hacia la pequeña tienda gris de antigüedades, con su aspecto viejo pero acogedor; al llegar, vio el «cerrado» y frunció el entrecejo. No advertía que era demasiado temprano.

Sin embargo, junto a la acera había un automóvil. Espió más allá de la puerta y vio luz en la trastienda. Llamó y, al cabo de un instante, acudió una mujer.

Entreabrió.

—¿En qué puedo ayudarlo? —preguntó.

Alec calculó que tendría alrededor de sesenta años, cabellos grises y aire maternal.

—Se trata de algo importante —dijo—. Busco una muñeca antigua para mi hija. Creo que mi esposa solía comprarlas aquí.

—¿Annie O'Neill?

—Así es.

La mujer abrió la puerta.

—Usted debe de ser Alec. —Sonrió—. Entre, por supuesto. Me llamo Helen.

Alec estrechó la mano que le ofrecía la mujer.

—Me alegro de conocerlo —dijo—. Annie compraba las muñecas para el cumpleaños de su hija, ¿no es cierto?

—Sí. Este año me he retrasado un poco.

—Más vale tarde que nunca. —Helen se apoyó contra un mostrador de cristal de joyas antiguas—. Annie era una clienta excelente, una persona encantadora. Me regaló esto. —Señaló un trabajo de vidrio que colgaba en la ventana del frente. Representaba la tienda rodeada de un fondo de hierba y árboles, otra obra de Annie que Alec desconocía.

—Qué hermoso —dijo.

—Sentí mucho lo sucedido —dijo Helen mientras lo conducía a la pequeña trastienda; las muñecas descansaban sobre muebles antiguos. La mirada de Alec se posó en una de ellas: un diablillo de cabellos rojos.

—¡Pues ésa! —El hombre señaló la muñeca—, sin duda.

—Ya sabía yo que la escogería. Es la única que tengo con cabellos rojos y hace un mes, cuando la conseguí, pensé: «A *Santa Ana* le encantaría». La cara es de porcelana muy fina y el pelo natural. Pero claro está, es muy cara. —Del brazo de la muñeca colgaba una pequeña etiqueta blanca y ella le dio la vuelta para que Alec viera el precio.

—¡Uy! —El hombre sonrió—. No importa.

Helen recogió la muñeca y se dirigió a la parte delantera de la tienda. Colocó papel de seda al fondo de la caja y metió la muñeca.

—A Annie le gustaba envolverlas ella misma —dijo—. Creo que confeccionaba el papel, pero supongo que usted... prefiere que la envuelva yo,

¿verdad?

—Por favor.

Cortó de un rollo un trozo de papel a rayas blancas y azules, envolvió la caja y aseguró el paquete con cinta adhesiva.

—Annie venía con frecuencia —dijo, recortando un pedazo sobrante—. La tienda se iluminaba con su presencia. Siempre hablamos de ella. —Pegó un lazo en la tapa de la caja y la deslizó sobre el mostrador—. La echamos mucho de menos todos.

—Le gustaría saberlo —dijo Alec, entregándole un cheque—. Uno de sus temores más grandes era que la olvidaran.

Cuando llegó a casa, oyó la música atronadora de Lacey que llegaba desde arriba, pero pasó por el estudio para llamar a Nola.

—Tengo novedades —dijo— que no te gustarán. Ármate de valor, ¿de acuerdo?

—Querido, ¿de qué se trata?

—Voy a renunciar como miembro de la Comisión por la Salvación del Faro.

Se hizo un silencio prolongado.

—¡Estás bromeando! —exclamó al fin Nola.

—No.

—Alec, en nombre de Dios, ¿por qué...?

—Nola, no podría explicártelo en estos momentos. Te designo como directora de la comisión y te deseo buena suerte en tus propósitos.

—¡Espera! No te atrevas a colgar. Alec, nos debes una explicación, ¿no te parece? ¿Qué voy a decirles yo a los demás?

Alec rozó con los dedos el lazo sedoso del regalo de Lacey.

—Diles que he tenido una visión repentina, que he sido liberado.

Llevó la caja escaleras arriba y llamó al dormitorio.

La niña dejó escapar un grito.

—¡Papá, no entres! —dijo.

—¿Qué ocurre?

—Que no estoy vestida. Un momento.

La oyó revolver la habitación de manera frenética y se preguntó con qué se encontraría cuando se abriera la puerta.

Al cabo de un par de minutos, la niña abrió. Llevaba sus acostumbrados pantalones cortos y camiseta, y ocultaba el cabello bajo un sombrero de paja de ala ancha.

—¿Por qué te pones el sombrero? —preguntó Alec.

—Por nada. —Estaba agitada. Vio la caja—. ¿Qué es eso?

—Un regalo de cumpleaños con retraso.

Lacey la cogió, se sentó en la cama, y Alec se apoyó contra el marco de la puerta observándola. Mientras alzaba la tapa, la niña se mordía el labio.

—¡Oh! —Tragó saliva—. ¡Papá, es increíble! —Sacó la muñeca de entre el papel de seda y le tocó el pelo—. Una pelirroja. —Lo miró—. ¿Dónde has encontrado esta muñeca de cabellos rojos?

Alec se encogió de hombros con expresión misteriosa.

Lacey se levantó y colocó la muñeca en el centro del estante, sobre la cómoda, debajo de aquel truhan de cabello largo, vestido de cuero.

—Bueno —dijo, y de pronto adoptó un aire tímido—. Papá, yo también quiero enseñarte algo, pero, por favor, no te enfades.

Alec sonrió y cruzó los brazos sobre el pecho.

—Lacey, ¿sabes una cosa? Creo que en este momento no tengo ganas de reñir. ¿Qué pasa?

Sin apartar la mirada del hombre, la niña se quitó lentamente el sombrero y dejó al descubierto unos rizos rojos muy cortos. Se había cortado todo rastro de negro y llevaba su propio cabello.

—¡Oh, Lace —exclamó Alec—, qué hermoso! —La estrechó contra sí y la niña se refugió dócil en el abrazo. La oprimió con fuerza, la mejilla contra los rizos húmedos, aspirando el aroma dulce y limpio del cabello de Lacey.

Algún día tendría que contarle quién era su padre, y también tendría que decírselo a Tom. Pero ahora, no. En ese momento, Lacey era de Alec.

Capítulo 54

¿Resultaba siempre tan doloroso acabar con un matrimonio?

Olivia se levantó de la cama y se dio cuenta de que no había pensado en Paul desde que se había marchado la noche última. Ella se había quedado trabajando más tarde de lo acostumbrado y los pacientes habían absorbido toda su atención. Trabajó hasta quedar exhausta para caer rendida en cuanto se acostase.

En ese momento, mientras se duchaba y se secaba el pelo, comprendió que había reprimido cualquier pensamiento de Paul de manera que penetraba más adentro, se adueñaba de ella de tal modo que había llegado a escapar a su control.

Sin embargo, pensaba en Alec. Tenía el día libre y mientras cubría las tareas domésticas, prestaba atención al teléfono y deseaba que sonara. Ella no volvería a llamarlo. Alec necesitaba reflexionar a su propio ritmo.

Cerca del mediodía, Olivia salió de mala gana a comprar. Con dos bolsas llenas, enfiló por la calle de su casa y vio a Alec de pie en el muelle de atrás. Aunque se encontraba a cierta distancia, divisó la silueta inconfundible y detuvo el coche para observarlo. Se apoyaba contra un pilón y miraba hacia el estrecho protegiéndose los ojos con la mano. La invadió una dolorosa ternura. ¡Qué espantoso había sido para Alec el día pasado! Si Olivia había quedado estupefacta con las revelaciones de Mary, en el caso de Alec se trataba de su propia mujer.

Prosiguió la marcha; Alec debió de oírla entrar en el camino porque, cuando empezó a sacar la compra, se acercó a ayudarla.

—Me alegro de verte —dijo Olivia, y lo miró sobre la capota del automóvil—. Estaba segura de que vendrías y no quise molestarte.

—Corro un riesgo viniendo. —Levantó una bolsa en los brazos—. No sabía si estaría Paul, y aún no estoy dispuesto a encontrarme con él. —Se detuvo a mitad de camino—. No está, ¿verdad?

—No. —La doctora abrió la puerta—. Entra.

El hombre la siguió hasta la cocina y dejó la bolsa junto a la de Olivia.

—Entonces —la miró mientras ordenaban la compra—, ¿has hablado con él? La mujer guardó la leche en el refrigerador y se apoyó contra el aparador.

—Paul vino ayer por la tarde —dijo—. Se deshizo en disculpas, estaba muy perturbado, desbordaba remordimiento. —Detectó el tono burlón de su propia voz y se preguntó si a Alec le habría parecido tan cruel como a ella—. Me explicó que había sido un tonto, que había destruido las grabaciones de la entrevista con

Annie y las fotografías. —Movi6 la cabeza—. Creo que jam6s ha perdido la inclinaci6n por el melodrama. Le hablé del ni6o, y si la culpa fuese capaz de matar, habría tenido yo un cad6ver entre las manos. —Esbozó una sonrisa torcida—. Quería que volviéramos a vivir juntos, que intentáramos reconciliarnos por el bien del ni6o, pero yo... —De pronto, sorprendentemente, se le quebr6 la voz y volvi6 la cara para que no la viera Alec.

—Olivia, no te reprimas —dijo Alec con calma—, déjalo afluir.

La mujer movió la cabeza.

—Pero si no estoy triste. —Los ojos se le llenaron de lágrimas y se limpi6 con los dedos—. De verdad, no lo estoy.

Alec acerc6 el brazo a Olivia. Desliz6 los dedos por la nuca de la mujer y ella se dej6 abrazar cerrando los ojos y apretándose contra él.

Alec la sostuvo y la dej6 llorar. No le ofreció consuelo ni falsa simpatía, pues comprendió que el llanto era la única forma de cicatrizar las heridas.

—He acabado con él. —Habl6 contra el hombro de Alec—. Se acab6. Ya no le quiero. Hace tiempo que dej6 de amarlo. —Guard6 silencio unos momentos disfrutando de la proximidad del cuerpo de Alec y comprendió que era el lugar donde quería estar. Apoy6 la mano en la parte baja de la espalda—. Ayer debió de ser espantoso para ti —dijo.

—Sí.

—¿Quieres hablar de ello?

—En otro momento —respondió el hombre—. Ahora, no.

—Mary Poor era consciente de lo que hacía, ¿verdad?

—Sí —Alec la alej6 con suavidad—, así es.

Cogi6 yogur y queso de la mesa y lo llev6 al refrigerador. Se agach6 para colocarlos en el compartimiento inferior y Olivia vio que ya no llevaba el anillo de boda. Había dejado una franja más clara en el dedo bronceado.

Cuando el hombre se incorpor6, su mirada se pos6 en la ventana del fregadero.

—¿D6nde est6 la pluma de pavo real? —pregunt6.

—Oh —exclam6 Olivia—, la rompí cuando Paul me dijo que Annie y él... —Se interrumpió y mir6 por la ventana, más allá de Alec, intentando completar la frase sin revelar demasiado.

Alec la concluy6 en su lugar.

—... Que Annie y él habían hecho el amor.

At6nita, Olivia lo mir6.

—¿C6mo lo sabes?

—¿Ocurri6 s6lo una vez desde que vivíais aquí?

—Según estoy enterada, sí.

—Fue antes de Navidad, ¿no es cierto?

—Sí. Pero ¿c6mo...?

—Lo deduje la otra noche. Estuve atando cabos. Annie me brindó muchos indicios a los que no presté atención porque no se me había ocurrido. —Se apoyó contra el refrigerador—. Una noche, vísperas de Navidad, Annie volvió a casa del estudio muy alterada. Se le había clavado en la mano un pequeño fragmento de vidrio y no podía quitárselo. Yo se lo saqué y ella lloraba. Luego se bañó antes de acostarse, y ahora supongo que deseaba quitarse todo rastro de Paul antes de meterse en la cama conmigo.

Bajó la mirada y Olivia se mordió el labio.

—Cuando recordé esa noche, comprendí que debió de pasar algo entre Paul y Annie en esa ocasión, pero no esperaba que... —Miró a Olivia—. Así que lo hicieron. —Sonrió con expresión apesadumbrada—. ¿No intentaría forzarla Paul y lo rechazaría Annie?

Olivia le devolvió la sonrisa triste.

—Según Paul, fue un sentimiento mutuo.

Alec movió la cabeza.

—Olivia, creí que no lo sabías, que si hubieras estado enterada, me lo habrías echado en cara cuando te acusaba de ser menos honesta que Annie.

—Eso era lo que pensaba —respondió la mujer—, pero no deseaba herirte.

Alec avanzó hacia Olivia, le cogió con delicadeza la cabeza entre las manos y le besó la frente.

—Gracias —dijo—. Creo que en ese momento no estaba en condiciones de oírte decir. —Le apoyó las manos en la cintura y suspiró—. Y ahora, tengo que decidir cuándo y cómo le digo a mi hija que Tom es su padre.

—¡Oh! —exclamó Olivia—. No había pensado en ello. Es algo que necesita saber.

Alec asintió.

—Sin embargo, necesito tiempo para asimilarlo yo mismo antes de pretender que lo haga Lacey. Quisiera decírselo de modo que no menoscabara la imagen de Annie... que la indujera a compadecerse de ella. Todavía no me siento en condiciones de hacerlo.

—Alec, eres un buen padre.

—Pensé que lo dudabas.

Olivia movió la cabeza.

—Quizá disienta con algunos de tus métodos, pero nunca he dudado de tus intenciones o de tu amor por Lacey. —Le tocó la mejilla—. ¿Te alegra conocer la verdad?

El hombre asintió.

—Sí —respondió. Alzó las manos y rozó con los pulgares los pechos de Olivia—. Ha atenuado la sensación de culpa por amarte.

—Te has quitado la alianza —dijo Olivia.

—Y tú.

La mujer sonrió y apoyó la frente en el mentón del hombre.

—Alec.

—¿Qué?

—¿Vamos a la cama?

Alec rió y su aliento tibio rozó la mejilla de Olivia.

—Sí —respondió.

Esta vez hicieron el amor a un ritmo más apacible. El sol que entraba por la ventana entibiando y endulzando el aire del dormitorio los apaciguó, los volvió perezosos. Olivia se hallaba sobre Alec cuando éste llegó al clímax y vio el cuerpo del hombre que se tensaba y se arqueaba a la luz dorada, como él debía de haber visto el cuerpo de la mujer pocos momentos antes.

Cuando recuperó el aliento, Alec abrió los ojos y la miró.

—Qué hermosa eres —dijo. Recorrió con los dedos la cadena de oro que descansaba entre los pechos de Olivia—. Olivia, te quiero.

La mujer cobró conciencia de su desnudez, que instantes atrás no la había inquietado. Pero ahora le parecía que toda ella era un inmenso vientre, y el resto del cuerpo pequeño e insignificante.

—Me da miedo amarte —dijo Olivia.

—¿Por qué?

—Acabo de dejar a un hombre que deseaba a Annie. Tengo miedo de que pase lo mismo.

Alec movió la cabeza contra la almohada.

—Olivia, te deseo —afirmó oprimiéndole los muslos con las manos—. Te quiero tal como eres, con tu organización mental y tu anhelo de armonía, y esa ambición que te impulsa, y tu capacidad de ponerte en primer lugar. —La tocó con suavidad donde ambos cuerpos se unían y la mujer se estremeció—. Y tu deseo carnal, genuino y evidente.

—¿Y mi embarazo?

El hombre deslizó las manos por el firme globo dorado del vientre.

—Ya he criado y amado a la hija de otro hombre —respondió—. Puedo volver a hacerlo.

Capítulo 55

Septiembre de 1991

A las ocho y media de la noche se produjo un corte de electricidad en la residencia de ancianos de Manteo, y la radio portátil se oía áspera e ininteligible. Los residentes y algunos miembros del personal se apiñaban en la sala alumbrada con velas y se turnaban para manipular los mandos, luchando con las baterías medio descargadas.

Mary estaba sentada en un rincón; tenía sobre las rodillas el periódico plegado con el crucigrama resuelto. No necesitaba escuchar la radio para saber lo que sucedía fuera. Podía sentir la destrucción en sus propios huesos.

Hacía unas horas, había abierto las ventanas de su habitación y dejado que el aire le acariciara la piel. Lo olió, lo saboreó y supo que se aproximaba la tormenta. «Ya es hora», pensó. Había tenido el presentimiento hacía días. Antes de que se indicara a los habitantes de Outer Banks que evacuaran, sabía ella que la tormenta sería terrible. Arramblaría con todo golpeando primero la indefensa costa, preludio de un castigo que duraría horas.

Trudy intentó interesarla en un juego de canasta.

—Mary, si hay alguien que debiera estar habituado a las tormentas, ésa eres tú —dijo cuando rehusó—. Mira cómo estás, ahí sentada como una niñita asustada.

No tenía miedo, pero no se molestó en defenderse. No estaba asustada lo más mínimo.

Se fue a acostar mucho más tarde de lo habitual, pero aun así, no pudo dormir. El viento era feroz. Aullaba como un espectro por la enorme casa y, a cada momento, se oía el crujido de algún árbol que se partía en dos. Durante la noche, se abrió una de las ventanas del cuarto de Jane y se despertaron todos a sus gritos. Jane pasó el resto de la noche en el sofá extensible de la sala.

Por fin, Mary se durmió al alba. Cuando despertó, el cielo estaba cubierto y la pequeña vidriera que colgaba de la ventana del dormitorio lanzaba colores tenues y variables sobre las paredes del cuarto.

Bajó las escaleras y se reunió con los demás en el comedor, pero no pudo comer. Después del desayuno, cuando salieron todos al porche a mirar los árboles vencidos y las ventanas rotas de las casas vecinas, Mary fue a la cocina:

allí estaban Gale y Sandy cargando el lavavajillas, únicos miembros del personal que habían acudido esa mañana. Cuando entró, la miraron.

—¿Qué sucede, Mary? —preguntó Gale.

—Necesito que una de vosotras me lleve a Río Kiss —dijo.

Sandy rió.

—Mary, estás loca. El Outer Banks se desbordó anoche y dicen por la radio que se han inundado muchos caminos. Aunque quisiéramos, no podríamos llegar.

—Por favor —insistió. No le gustaba rogar, tener que suplicar, depender de aquellas muchachas en todo—. Os pagaré.

Gale rió.

—¿Con qué, cariño? ¿Tenías algún dinero del que no supiéramos nada?

Mary se apoyó pesadamente en el bastón. Esa mañana, la cadera le dolía.

—Si no me lleváis allí, ya encontraré otro modo de llegar.

Sandy y Gale se miraron y por fin consideraron lo que decía. Hacía un par de semanas, alguien había resuelto el crucigrama antes que Mary y cuando se negaron a llevarla al puesto de periódicos para conseguir otro, se dirigió por sus propios pasos allí y volvió caminando.

Sandy metió un plato en el lavavajillas y se secó las manos con una toalla de papel.

—De acuerdo, Mary —dijo—, te llevaré, pero no esperes que lleguemos muy lejos.

Mary ocupó el asiento de la furgoneta que conducía Sandy. Sandy trató de conversar con ella, pero finalmente se rindió. Ese día, Mary no tenía mucho que decir. Golpeteaba la punta del bastón con el índice y se esforzaba por ver a través de la densa niebla, tratando de adivinar por dónde pasaban.

La ruta principal hasta la isla estaba libre de agua, pero la tormenta se había ensañado con las casas. Cuando la niebla se disipaba unos momentos, veían ventanas sin cristales, tablones en la arena. La calle estaba sembrada de tejas.

Giraron por la ruta que atravesaba Southern Shores y la anciana se preguntó cómo estaría la familia de Annie. ¿Se habrían marchado? ¿Estaría Olivia con ellos o se había quedado a atender a los heridos? Era la directora del Servicio de Urgencias. Era probable que estuviera allí.

La semana anterior, Alec había invitado a Mary a cenar, y la invitación la había sorprendido, pues imaginaba que el hombre le guardaría rencor por el papel que había desempeñado en la traición de Annie. Olivia estaba allí con un embarazo evidente y representaba una complicación que Mary no había previsto; la doctora, Lacey y Alec prepararon la comida mientras Mary, sentada a la mesa de la cocina, observaba el resultado de sus revelaciones en la casa del faro. Eran tres personas felices supervivientes del rescate de Mary... seguramente el último.

Le habían dicho que Paul Macelli se había ido a Washington y estaba trabajando otra vez para el *Post*, escribiendo poesía y ofreciendo lecturas a su fiel cohorte de admiradores.

—Ya estamos —dijo Sandy cuando llegaron a un largo tramo de carretera inundado.

Con buena voluntad, metió la marcha más corta y avanzó, y al cabo estaban otra vez sobre suelo seco. Sandy dio unas palmadas al volante.

—Buen chico —dijo.

Mary miró el mar, pero la niebla ocultaba la playa y no distinguió demasiado. Atravesaron algún que otro tramo inundado y por fin llegaron a Río Kiss.

Sandy entró en un sendero angosto que conducía al faro.

—¡Caramba! —exclamó—. ¡Cuántos árboles caídos!

A Mary no le importaban los árboles caídos. Casi no los vio. Sandy detuvo el vehículo a la entrada del aparcamiento y Mary se espabiló para abrir la puerta de la furgoneta antes de que la joven tuviera tiempo de bajar.

—Quédate aquí —ordenó la anciana.

—De ninguna manera. Iré contigo.

—No quiero que me acompañes. —Mary bajó y cerró la puerta de un golpe, sorprendida de su propia fuerza.

Dejó el camino asfaltado y abordó el de arena empantanada probando las piernas y comenzó a caminar hacia el faro. Un ramalazo de dolor le atravesaba la cadera izquierda a cada paso y el bastón se hundía mientras caminaba, pero después de unos momentos, el dolor se atenuó y se olvidó de él.

Estaba cerca del arbusto de moras cuando los vio. La niebla se aferraba al suelo de Río Kiss tal como había ocurrido muchas veces en el pasado y tuvo que apelar a su sentido interno de orientación para no perderse. Encontró un sendero entre los arbustos y cuando salió, vio un par de excavadoras y un camión con largas vigas de acero. Estaban tirados al azar cerca de la casa. Se acercó más y buscó posibles daños. El tejado ofrecía algunas partes desnudas donde se habían caído las tejas, pero la casa aún se erguía en una pieza según podía ver ella. Sin embargo, se habían roto algunas ventanas. Y cerca de la cisterna había una azada dejada de lado.

Mary pensó que el mar debió de haber llegado muy cerca. Si las olas hubieran sido lo bastante altas para llegar a la casa, habrían sido capaces de...

Se volvió y escudriñó el cielo hacia la torre blanca y el balcón de hierro negro. Tal vez la niebla fuese demasiado densa para darse cuenta. Caminó hacia el faro casi sin apoyarse en el bastón. Mantuvo la mirada hacia el cielo. ¿Se habría confundido? ¿Estaría caminando en dirección equivocada? Sin embargo, en su interior sabía que no, desde la noche pasada, cuando oyó la lluvia golpear contra el tejado de la residencia y al viento castigando a los árboles como si estuviese jugando; ya sabía lo que iba a encontrar.

Dio un par de pasos más. Repentinamente, una ráfaga de viento arrastró la niebla hacia el mar y Mary pudo ver ante ella el paisaje con tanta claridad como en un cuadro de museo. El mar siseaba y se arremolinaba entre los restos destrozados del faro de Río Kiss. La altura de la torre se había reducido a un tercio, el cilindro de ladrillos blancos se había retorcido a un lado y un tramo de la escalera circular emergía de la niebla que se disipaba. La tierra estaba cubierta de restos de ladrillo: la escena era tan nítida que Mary no comprendió por qué no la habría visto un momento antes. Las lentes no se veían por ninguna parte y la anciana las imaginó yaciendo en el fondo del mar como una gigantesca concha en forma de prisma.

Volvió a contemplar las excavadoras y el camión listos para construir una plataforma que ya no sería necesaria. Movi6 la cabeza y record6 la ocasi6n en que, sentadas Annie y ella en el mirador, le había dicho a la joven: «Si es hora de que el mar recupere el faro, tendremos que dejarlo estar».

Al recordar, Mary no resistió a la tentaci6n de esbozar una sonrisa al mismo tiempo dulce y amarga. Comenz6 a caminar lentamente hacia el aparcamiento; el dolor de la cadera se recrudecía mientras se arrastraba sobre la arena húmeda. Cuando llegaba a la hilera de zarzadoras, se volvió a mirar el faro por última vez.

—Annie, llegó la hora —dijo—. Por fin.



DIANE CHAMBERLAIN (Plainfield, New Jersey, EE.UU.) es la autora de los populares libros *Necessary Lies*, *The Silent Sister*, *The Secret Life of CeeCee Wilkes*, y la trilogía *The Keeper of the Light*.

El ser una lectora insaciable desde niña y poseer una vívida imaginación le inspiraron a comenzar a escribir a la edad de doce años. *Private Relations* fue su primera novela que se publicó en 1989 y por el que, en 1990, recibió el premio RITA a la Mejor Novela Contemporánea.

Estudió educación para estudiantes con necesidades especiales en la Universidad de Glasboro, Nueva Jersey y luego se trasladó a San Diego, donde obtuvo el título y la Maestría en trabajo social en la Universidad Estatal de San Diego. Luego de graduarse trabajó en algunas dependencias de orientación juvenil, para luego concentrarse en el trabajo social a nivel médico. También trabajó en los hospitales Sharp en San Diego y para niños en Washington, D.C. antes de abrir una clínica experimental privada de psicoterapia especializada en adolescentes en Alexandria, Virginia, que muy a su pesar tuvo que cerrar en 1992, cuando se dio cuenta que no podía dividir su tiempo entre las dos especialidades y ser eficiente en ambas.

Aunque el enfoque temático de sus libros a menudo gira en torno a la familia, el amor, la compasión y el perdón, sus historias suelen presentar una combinación de drama, misterio, secretos e intriga. Los conocimientos y experiencia de Diane en psicología le han facilitado poder crear y desarrollar con gran realismo los personajes de sus novelas.

Ha estado viviendo en Virginia del Norte hasta el verano del 2005 en que se trasladó a Carolina del Norte, el estado que ha inspirado muchas de sus historias y donde convive con otra fuente de inspiración, el fotógrafo John Pagliuca. Tiene

tres hijastras, dos yernos, cuatro nietos y dos mascotas collie llamados Keeper y Je.